



Varios autores

[http://www.letralia.com/ed\\_let/17](http://www.letralia.com/ed_let/17)

**E**ditorial  
**L**etralia  
[letralia.com/ed\\_let](http://letralia.com/ed_let)

*Colección **Especiales***  
*Internet, mayo de 2013*

**Escribir es un arte**

pero también es un oficio y una profesión. El poder de llevar la creatividad al nivel de una obra maestra encaja en la primera definición; el manejo apropiado de herramientas en la segunda; corresponde a cierto carácter de escritores intentar que la tercera se desarrolle en un esquema que no interrumpa al arte ni al oficio.

Uno de los objetivos últimos de la literatura —obviamente, no el único— es publicar. Ver el propio nombre impreso puede ser alimento para el ego, pero también es la culminación de un proyecto que tuvo en un principio sus planos y coordenadas como cualquier otro.

Pero el mundo está cambiando y el papel no es soporte suficiente para la inquietud humana. En un lapso relativamente corto, el nuevo medio de comunicación que es Internet ha entrado en nuestras vidas y las ha revuelto, provocando rupturas en las fronteras de los paradigmas y concibiendo novedosas manifestaciones en todos los órdenes. La literatura no ha escapado a ello.

Para respaldar la obra de los escritores hispanoamericanos, la revista Letralia, Tierra de Letras, ha creado la **Editorial Letralia**, un espacio virtual para la edición electrónica. La **Editorial Letralia** conjuga nuestra concepción de la literatura como arte, oficio y profesión, y la *imprime* sobre este nuevo e intangible papiro de silicio.

Los libros que conforman las colecciones de la **Editorial Letralia** en los géneros de narrativa, poesía y ensayo son en su mayoría inéditos. Se acompañan con magníficas ilustraciones de artistas contemporáneos, muchos de ellos también *inéditos*. Pueden ser leídos en formato de texto o en HTML, y cada uno tiene su propio diseño.

La tecnología le permitirá no sólo leer el libro que seleccione, sino además comentar con el autor o con el ilustrador sus impresiones sobre el trabajo.

La **Editorial Letralia** *imprime* sus libros desde la pequeña ciudad industrial de Cagua, en el estado Aragua de Venezuela. Nació en 1997 como un proyecto hermano de la revista Letralia, Tierra de Letras y es la primera editorial electrónica venezolana.

Reciba nuestra bienvenida y siéntase libre de enviarnos sus sugerencias y opiniones. A los escritores que nos visitan, les animamos a participar de esta iniciativa con toda la fuerza de sus letras.

# Preámbulo para un expediente

**Jorge Gómez Jiménez**

El lunes veinte de mayo de mil novecientos noventa y seis, doce personas asentadas en distintos lugares del mundo recibieron por correo electrónico la primera prueba de una colección de escritos identificada con el alias «Letralia» y el número uno en su cabecera. Se sabe que el envío se realizó temprano en la mañana desde una oficina en la ciudad de Cagua, en Venezuela, y que se preparaban nuevos envíos para las semanas subsiguientes.

Lo que nadie podía prever en ese momento es que la actividad se mantendría durante años, con alguna interrupción, involucrando en la conjura ya no a una docena, sino a varios miles de sospechosos de los cinco continentes que, con misteriosa avidez, producen o consumen una sustancia peligrosa cuya denominación ha quedado establecida en el sumario como «literatura en español». Una investigación aún inconclusa de los hechos ha arrojado como conclusión preliminar que los efectos de la misma varían dependiendo de cada uno de los sujetos implicados. Las pesquisas, sin embargo, han tropezado con la imposibilidad de delinear con precisión un *modus operandi* común.

En mayo de dos mil trece, veinte autores intelectuales —de los miles de que se tiene conocimiento— acudieron a una cita con el propósito de celebrar los diecisiete años de sus fechorías. En la escena del crimen fueron encontrados textos de diversos calibres:

- **Miguel Aguado Miguel**, español de Burgos, 1934, comete cuatro poemas en los que se ventilan diversas aristas del crimen literario, como las justas injustas y los plagios sin castigo.
- **Felicidad Batista Fariña**, española de Santa Cruz de Tenerife, 1934, incurre en la descripción de hecho punible en el establecimiento de su invención conocido como «Café Savannah».

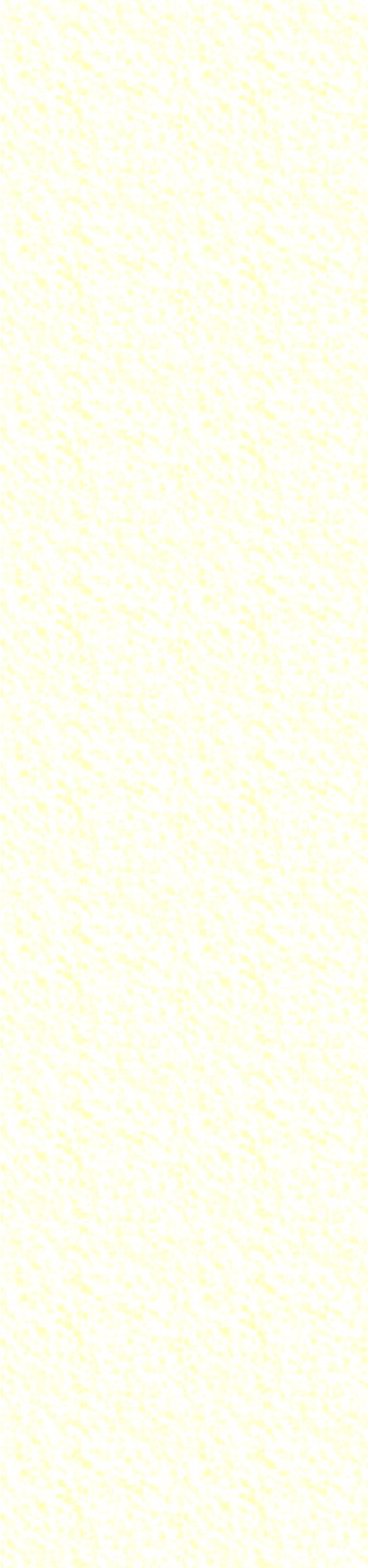
- **Ricardo Juan Benítez**, argentino de Buenos Aires, 1956, denuncia un sospechoso episodio en el que están involucrados un estudiante de ciencias forenses, un cadáver y cierta organización criminal.
- **Sergio Borao Llop**, español de Zaragoza, 1960, delata a los culpables de un asesinato cometido gracias a la sed producida por la ingesta de unos pistachos.
- **María Isabel Briceño Armas**, venezolana de Caracas, 1959, revela un hurto con posible conclusión trágica y ceñido al añoso dicho «Ladrón que roba a ladrón...».
- **Estrella Cardona Gamio**, española de Valencia, registra los testimonios relacionados con la muerte de un millonario, cuyo culpable no es el mayordomo.
- **Wilfredo Carrizales**, venezolano de Cagua, 1951, sigue a un subinspector de Homicidios de la capital china en las averiguaciones sobre el asesinato a cuchilladas de una joven.
- **Jorge De Abreu**, venezolano de Caracas, 1963, acecha a una bestia acechante que mata al compás de Prokófiev.
- **Harol Gerzon Gastelú Palomino**, peruano de Huancavelica, 1968, perpetra el relato de las últimas horas de una primera víctima.
- **Gabriel Jiménez Emán**, venezolano de Caracas, 1950, consuma la historia de una investigación coral sobre el homicidio de una chica de angelical estampa.
- **Marisol Llano Azcárate**, española de Asturias, 1964, atestigua cómo la búsqueda de justicia se convierte en la perdición de una víctima inocente.
- **Ricardo Llopesa**, nicaragüense de Masaya, 1948, hurga en las circunstancias que dieron origen a la carrera de dos hermanos unidos en el delito.
- **Amílcar Adolfo Mendoza Luna**, peruano, 1970, recomienda la lectura de los procedimientos del inspector Kurt Wallander glosados por su autor, Henning Mankell.
- **Natalia Moret**, argentina de Buenos Aires, 1978, no tiene empacho en pormenorizar los diez instrumentos ideales del policial negro en su país.

- **Rolando Revagliatti**, argentino de Buenos Aires, 1945, ejecuta una decena de poemas que tienen como base igual cantidad de filmes relacionados con el mundo delictivo.
- **Raquel Rivas Rojas**, venezolana, declara lo que parece un inocente juego de niños luego de una nevada sin precedentes.
- **Patricia Schaefer Röder**, venezolana de Caracas, acompaña a un hombre que visita a una amiga con un arreglo floral, en la antesala de oscuros sucesos.
- **Gaby Solano**, costarricense de San José, 1974, se percata de que en su última vez en la biblioteca podría haber estado en presencia de una asesina.
- **Alicia Carolina Ugas Pazos**, venezolana de Caracas, 1970, informa de una investigación con judíos, gastronomía y otros elementos.
- **Gabriela Urrutibehety**, argentina, 1961, recoge la confesión de un grupo de menores de edad en torno al asesinato de una docente.

Se deja constancia de que tales hechos fueron cometidos en total impunidad y con el agravante de haber sido ilustrados con imágenes sustraídas de Internet y tratadas con medios digitales para crear una atmósfera de corte pretendidamente *noir*.

Con todo, no existe por el momento evidencia de que el extraño caso de los escritos criminales esté cerca de ser un caso cerrado.





# El extraño caso de los escritos criminales

## Índice

<i>Preámbulo para un expediente</i>	
Jorge Gómez Jiménez .....	3
<i>Poemas</i>	
Miguel Aguado Miguel .....	11
<i>Café Savannah</i>	
Felicidad Batista Fariña .....	23
<i>Instrucciones para el sepelio de una mula</i>	
Ricardo Juan Benítez .....	33
<i>Con sabor a pistachos</i>	
Sergio Borao Llop .....	49
<i>Los profes</i>	
María Isabel Briceño Armas .....	59
<i>4 testimonios</i>	
Estrella Cardona Gamio .....	69
<i>Asesinato en Pekín</i>	
Wilfredo Carrizales .....	89
<i>Crimen</i>	
Jorge De Abreu .....	101
<i>La primera víctima</i>	
Harol Gerzon Gastelú Palomino .....	113

<i>Matar a un ángel</i>	
Gabriel Jiménez Emán .....	133
<i>No existe el crimen perfecto</i>	
Marisol Llano Azcárate .....	163
<i>Entre ladrones</i>	
Ricardo Llopesa .....	173
<i>Wallander: una persona común en situaciones descomunales</i>	
Amílcar Adolfo Mendoza Luna .....	183
<i>Decálogo del policial negro argentino</i>	
Natalia Moret .....	191
<i>Poemas</i>	
Rolando Revagliatti .....	197
<i>El muñeco de nieve</i>	
Raquel Rivas Rojas .....	207
<i>Rebeca</i>	
Patricia Schaefer Röder .....	215
<i>De armas tomar</i>	
Gaby Solano .....	223
<i>Las malas cosas que hace la gente buena</i>	
Alicia Carolina Ugas Pazos .....	231
<i>El día que matamos a la directora</i>	
Gabriela Urrutibehety .....	247



## Poemas

# Miguel Aguado Miguel

Escritor español (Estepar, Burgos, 1934). Su obra permanece mayoritariamente inédita. Jubilado desde 2004. Ganador del XXXI Concurso de Poesía «Espiga de Romanillos» (2008) y del Premio Especial del Jurado en el Certamen Internacional «Guadalquivir Cautivo» (Almería, 2011), así como de un accésit en el X Certamen de Poesía «Amanecer Literario» del Círculo de Castilla y León (Barcelona, 2007). Textos suyos han sido publicados en antologías y en revistas literarias en Internet.

***En esta algaba salvaje / lo que es tuyo te  
arrebatan, / con su firma se delatan. / Si  
acudes al arbitraje / con poco y nuevo  
bagaje, / enfrentado a un gran poeta /  
cuyos pasos son de atleta, / te presentas,  
vulgar necio; / sólo recibes desprecio, / y  
quedas con tu rabieta.***



Sobre fotografía original de RG Images

# Poemas

## *Miguel Aguado Miguel*

### **Género negro**

#### **Versos buenos, malos y un jurado**

Tiempo ha nuestros poetas escribieron,  
plasmaron en papel sus pensamientos;  
genios de la oratoria con acentos  
versos maravillosos compusieron.

Eran tiempos do el vate componía  
unos versos ritmados, cadenciosos,  
al leerlos se oían armoniosos  
y la rima al final se suponía.

Rigurosa labor la del poeta,  
ideas en palabras traducía,  
vocablo que al final se repetía  
su exposición quedando ya concreta.

Dura la esclavitud de ritmo y rima,  
parecidos sinónimos elige,  
cumple leyes que métrica le exige,  
aun con trabas llegar logra a la cima.

Vates como Cervantes o Quevedo,  
Campoamor, Bretón de los Herreros,  
Calderón y Molina y los Quinteros:  
su grandeza plagiar inepto puedo.

Por el arte y placer de asesinar  
contra rígidas reglas se levantan,

los bardos libertad fértil implantan,  
sin rima y ritmo puédanse expresar.

Pugnan dos bandos: buenos y perversos,  
conviven y se miran al soslayo,  
ninguno de otro quiere ser lacayo,  
luchan ambos, se enfrentan con sus versos.

Poeta a quien las musas versos soplan  
agradecido y orgulloso exhibe.  
Confirmación espera y la recibe:  
su armonía y belleza ambas se acoplan.

Su verso con cariño a compañeros  
de trabajo en sus fiestas entregaba,  
con gozo y alegría contemplaba  
las sonrisas en labios hechiceros.

Su obra osado a certámenes presenta,  
pequeño, leve premio va a su mano,  
linda flor en terreno de secano,  
su estima de poeta se acrecienta.

Nuevas justas convocan. Se presentan.  
El jurado imparcial dirime, a veces,  
con falta de rigor y sensateces:  
premio al amigo otorgan y argumentan.

Pronto el novel percibe algo no honesto,  
sus malos pensamientos él rechaza,  
participar peligra y amenaza,  
de nadie ser compinche está dispuesto.

Personas de saber nombran jurado,  
composición del mismo está en secreto  
independiente y libre por completo  
hasta que hayan el premio adjudicado.

Si el certamen cuantioso premio tiene,  
más vates de renombre se presentan;  
lindos versos los nuevos a él ostentan,  
el premio otro se lleva aun peor suene.

Editoriales que al certamen velan  
al ganador publican. Hay dinero.  
Más que al arte el negocio ven primero.  
Por autor conocido ellas apelan.

Quienes dinero aportan al concurso  
se creen con derecho al mangoneo,  
que en su amistad recaiga el tal trofeo:  
por lograrlo no ahorran su discurso.

Buenos, malos, mejores y perversos  
no son los vates, sí lo es el jurado,  
si no vendido, sí lo han ya comprado;  
mientras compone el bardo bellos versos.

La poesía antigua y verso libre  
su labor y belleza equiparados;  
quedarán los jurados malparados  
según el corazón lo sienta y vibre.

## **Género negro**

### **(El poeta, el ratero y el juez)**

En una jungla salvaje  
deambulan los piratas,  
como lapas garrapatas.  
Se lanzan al abordaje  
quebrando cualquier blindaje.  
Escasean escritores  
redactando borradores.  
Crudo y duro es su trabajo  
amparado sólo bajo  
Derecho de los Autores.

A una señorita guapa  
una décima compuso,  
entrególa según uso,  
a sus ojos se agazapa,  
perdido queda en el mapa.  
Firmó nombre y apellido,  
de muy pocos conocido.

Inocente no sospecha  
del verso alguien se aprovecha,  
y lo firma un distinguido.

En esta algaba salvaje  
lo que es tuyo te arrebatan,  
con su firma se delatan.  
Si acudes al arbitraje  
con poco y nuevo bagaje,  
enfrentado a un gran poeta  
cuyos pasos son de atleta,  
te presentas, vulgar necio;  
sólo recibes desprecio,  
y quedas con tu rabieta.

## La taberna

Era taberna sombría,  
parecía casi un antro  
por la escasa luz que entraba  
a través cristal enano.  
Al final del mostrador  
dos hombres encorbatados,  
ambos se miran y callan,  
ambos apuran sus vasos.  
Ambos vestidos de luto,  
aspecto dan de enlatados.  
Varias mozas elegantes  
luciendo sus lindos trapos,  
todas jóvenes y guapas,  
van sus faldas arrastrando,  
sus hombros al aire llevan,  
al vestido falta un palmo.  
Repartiendo lozanía  
entre quienes han entrado,  
comparten su compañía,  
pura oferta de regalo.  
Alredor mesa cuadrada  
seis hombres hanse sentado;  
repartiéndose las cartas

dinero se están jugando.  
Agudamente se miran  
entre reparto y reparto,  
miradas desconfiadas  
en quien pierde y va ganando.  
No es la partida entre amigos,  
son jugadas entre extraños.  
Curiosos son numerosos  
alrededor apiñados.  
Atentos miran, y observan,  
y todos siempre callados.  
Sentado un viejo a una mesa  
mata el tiempo en solitario,  
aburrido algunas veces  
su mente vuela al parnaso,  
sobre papel versos plasma  
que serán pronto olvidados.  
A esta taberna sombría  
acuden gentes a diario,  
entre sí ya se conocen,  
todos toman mismo caldo;  
ninguno en otro confía,  
en el barrio son extraños.  
El aprecio que les une  
les obliga a darse amparo,  
sobre todo cuando el orden  
intenta a alguien apresarlo.  
Un joven entra corriendo,  
sin cumplir quizás veinte años,  
a los pies del mostrador  
apurado posa un farde.  
Veloz cambia su chaqueta  
con un colega de al lado.  
El bolso que trajo el joven  
ha sido ya saqueado,  
con pedazos de pan duro  
de nuevo fue relleno.  
De dulce calma aparente  
el local ha dominado.  
Un viejo con un aspecto  
entre cómico y extraño,

apremiado abre la puerta,  
imita el canto del gallo,  
al borde del mostrador  
se sienta y agarra un vaso.  
Del local presto se largan  
los señores trajeados.  
En el local gran revuelo  
ha el gallo al cantar formado:  
señores que de pie estaban  
unos sillas encontraron,  
otros contra el mostrador  
sus cuerpos han recostado;  
quienes jugaban dinero  
sus ahorros se guardaron.  
De bares el más decente  
aparenta donde estamos.  
Dos polis abren la puerta,  
indagan en claro escaso,  
«Hola, señores, buen día».  
Algunos han contestado.  
Al aire vuela su vista,  
el bribón localizado.  
Se miran y se sonríen,  
caminan los dos al paso.  
«Buenos días, caballero,  
tanto correr ¿no está canso?».  
«Cierto. Un rato me he dormido,  
pero correr no he soñado».  
«¿No ha venido usted corriendo?».  
«Señores, están soñando».  
«¿Esa bolsa no es la suya?».  
«Nadie aún me la ha requisado».  
«¿La podemos registrar?».  
«¿Traen orden del juzgado?».  
«O nos la permite abrir,  
o la bolsa nos llevamos».  
«Ni un secreto puedo haber,  
ni puedo haberlo guardado.  
Abran ustedes mi bolso,  
pero ábranlo con cuidado».  
Satisfechos ambos polis

la bolsa abren apurados,  
descubren secos mendrugos  
de pan duro y atrasado.  
Una carcajada suena  
en los clientes congregados.  
«Para qué usa tanto pan?».  
«Dar de comer a los patos».  
Los polis salen molestos,  
cabreados y enfadados  
El gallo sale a la calle,  
dentro quedan amparados;  
devuelven cuanto cogieron,  
de nuevo llenan el fardo.  
Aunque todos se conocen  
en el barrio siendo extraños,  
hoy los hechos les aúnan,  
mas siguen por separado

### **Género negro\_3**

**(Poema robado y juzgado)**

El verso que ayer querida  
mi dulce amor expresaba  
y quería  
mi alma en la tuya sumida  
explayar bajo chilaba  
mi alegría.

Hoy mi alma sufre y padece,  
lo que era mío, no es mío:  
lo robaron.  
Pensando en ti se estremece  
por perder su amor bravío:  
lo dejaron.

De ladrón al juez acuso  
a quien firma y se delata  
sin temor.  
Lo considera un abuso,  
devolver el juez remata

nuestro amor.

Mundo lleno de crueldad  
hasta a la mente rapiña  
y despoja.

Dueño de su propiedad  
al señor de la campiña  
desaloja.





**Café Savannah**

## **Felicidad Batista Fariña**

Escritora española (Arafo, Santa Cruz de Tenerife, 1961). Es licenciada en geografía e historia y titulada superior-bibliotecaria en la Biblioteca de Presidencia del Gobierno de Canarias. Estuvo entre los finalistas del II Concurso de Relato Corto Mujeresisla, organizado por el Cabildo Insular de La Gomera y la Asociación Insular de Desarrollo Local (Aider).

***Me apoyé en un extremo de la barra sobre la que caía un rayo de luz verdosa. Levanté ligeramente el ala del sombrero. Palpé el revólver en una comprobación rutinaria y pedí un whisky doble sin hielo. Su propietaria y única camarera me invitaba siempre. No sólo por mi placa de comisario, después de tantos años ya éramos amigos.***



Sobre fotografía original de Hans Neleman

## Café Savannah

*Felicidad Batista Fariña*

Siempre me pregunté cómo se mantenía abierto el viejo Café Savannah. Recluido en una esquina entre dos calles estrechas del viejo muelle, resistió una guerra civil, una dictadura, las zozobras de la transición política, los vaivenes de las crisis económicas y un incendio del que se libró por una lluvia repentina. Hasta aquella noche de otoño en la que comprendí que hay lugares que son seres vivos, arquitecturas que laten, que sienten, que tienen su tiempo, sus propias reglas y su destino.

En el Café pululaba más niebla de la que había tenido que atravesar por la calle mojada y salpicada de luz de farolas. Y aunque la ley prohibía fumar en el interior de los locales eso no regía para el Savannah. El olor a salitre y gasóleo del puerto se quedaba en la entrada. Dentro reinaba el sudor añejo y el orín de varias generaciones de clientes. Me apoyé en un extremo de la barra sobre la que caía un rayo de luz verdosa. Levanté ligeramente el ala del sombrero. Palpé el revólver en una comprobación rutinaria y pedí un whisky doble sin hielo. Su propietaria y única camarera me invitaba siempre. No sólo por mi placa de comisario, después de tantos años ya éramos amigos. Eché un vistazo. El piano en silencio. Mesas ocupadas por marineros asiáticos que gritaban en su jerga; jóvenes cadetes de un buque escuela del Perú brindaban y reían; aceitunadas, rubias o rojizas mujeres tomaban a sorbes licor a la espera de clientes. El viejo Marcos, con su barba amarillenta, su cigarro sin filtro y su mirada perdida en no sé qué mares, encerraba la historia de los último veinticinco años de aquel antro. También estaba la mesa de los desempleados, ocho hombres entrados en la cincuentena, despedidos de barcos, de fábricas de pescado o de almacenes náuticos que jugaban a las cartas y bebían ron barato, mientras les caían encima los días sin esperanza.

El local se mantenía en la penumbra y el rincón junto a los aseos, donde se apostaban La Cobra y su amante, era aun más oscuro. Ellos, de vez en cuando,

me suministraban pequeños remedios para alguno de mis males. Esa noche La Cobra vestía un traje negro ajustado y a pesar de su edad madura y sus kilos de más seguía siendo la mujer atractiva que tantas veces pagué. Se había retirado, y ella y su pareja se dedicaban a la venta a pequeña escala. No me di por enterado porque su trapicheo no salía del Café.

Cuando ya apuraba el segundo whisky, su amante vino hacia mí. Nervioso y alterado me tiró de la chaqueta. Tenía algo importante que decirme. Hablaba atropelladamente sin terminar las frases y me señalaba el aseo de mujeres. Manuela Aguirre, la propietaria, se nos acercó alarmada por los aspavientos. Antes de que la clientela notara lo que sucedía, lo mandé a callar con un gesto y nos dirigimos a los baños. Un pañuelo de seda azul con mariposas naranjas rodeaba el cuello estrangulado de La Cobra. Yacía en un suelo mojado y en damero con los ojos abiertos como pidiendo ayuda desde el más allá.

—Tardaba... tardaba tanto en regresar que entré a buscarla y... ahí estaba — señaló a Carmen León, su verdadero nombre—, y la sacudí y no me respondió... —no paraba de moverse como un autómatas al que le acaban de dar cuerda.

—¡Cállese, maldita sea! —le ordené. Y usted, Manuela, vuelva al Café, compruebe si algún cliente se ha marchado y vigile que nadie lo abandone. Cierre con discreción la puerta, quite el cartel de abierto y si alguien le pide salir me viene a buscar. ¿Entendió?

—Sí, comisario Amaro —me respondió segura. Era una mujer curtida de muchas batallas detrás del mostrador y entre las mesas. De mediana edad, fuerte, robusta, y de formas generosas.

Comprobé inexistentes señales vitales de La Cobra. Su cuerpo aún permanecía caliente.

—¿A quién vio pasar después de que la Carmen entrara al aseo?

—Fuimos juntos, yo al de hombres y ella al de mujeres... me demoré un poco... ya sabe... me puse algo...

—Si llamo ahora a la comisaría vas a ir a chirona. Así que más te vale —lo agarré por el cuello de la camiseta— que no me mientas, ni me hagas perder el tiempo.

Lo mandé a sentar y que no se moviera de allí. Examiné de nuevo el cadáver y sus pertenencias. No tenía marcas en el resto del cuerpo ni señales de violencia. El estrangulamiento fue rápido y preciso. Su mercancía permanecía intacta en el bolso. Y nada reseñable después de una inspección exhaustiva de los urina-

rios. Clausuré el aseo. En aquel momento comprendí que debía ser rápido en las pesquisas. El asesino estaba aún el Café. No se largaría pronto para evitar sospechas y, por otra parte, los clientes no tardarían en dejar el Savannah.

Le pedí un café bien cargado a Manuela, que se mantenía vigilante y atenta.

—Tenemos que sacar ese cadáver de aquí —me dijo—. No me conviene un escándalo en estos momentos. Sabes que la municipalidad quiere clausurar el Savannah.

—Tranquila, todo a su tiempo.

El amante era tan sospechoso que esa circunstancia lo descartaba. Él nunca hubiera tenido la delicadeza de estrangularla con un pañuelo de seda. Pedro Salve era hombre de navaja y tajo.

Me aflojé el nudo de la corbata y me ajusté el sombrero. Observé detenidamente el Café. Anegado de humo, de iluminación agónica y amarillenta, y de una ensordecedora algarabía. Me acerqué a la mesa de los cadetes peruanos. Departían entre cervezas, porfiaban y apostaban entre ellos. Ninguno de esos rostros sonrientes y despreocupados traslucía haber cometido un crimen. Les pregunté por su buque escuela, por los puertos de procedencia y por la ruta que singlarían hasta llegar al puerto de Callao. Solícitos y habladores, no percibí ningún retraimiento o desconfianza. Les deseé un buen viaje siguiendo la Cruz del Sur y brindaron con sus jarras al unísono.

Los ocho hombres en paro jugaban al envite con gritos, golpes, celebraciones o lamentaciones. Cortaban y repartían la baraja española, se retaban, ponían las cartas sobre la mesa dando un golpe seco y gritando envidia. Y un equipo y otro se lanzaban señales, muecas, gestos para aceptar el reto o rechazarlo. Los montoncitos de piedras señalaban a los ganadores. No había dinero para apostar. Encendí un cigarro y me acerqué con discreción, como quien pasa por allí sin apenas mirar. No quería que me confundieran con un espía de jugadas de uno u otro bando. El entusiasmo por la combinación de bastos y copas, de espadas y oros, que diera el triunfo que la vida les negaba, los mantenía pegados a sus sillas. Seguro que con las vejigas a punto de estallar y los escrotos enrojecidos. Las botellas casi vacías pero los ojos ávidos de cartas ganadoras.

Mis viejas amigas Evelyn, Nocturna, Lucy y Dori departían aburridas en torno a unos vasos de licor y ginebra. Me senté a su lado y me quité el sombrero.

—Poco trabajo esta noche, muchachas.

—Ni que lo digas —soltó Nocturna con su voz varonil.

—Los chinos no paran de gritar y discutir —agregó Dori—, los chicos peruanos no atienden nuestros reclamos, los de la baraja están limpios como escoplos, y tú ya no nos haces caso.

—Ustedes son muy cómodas, deberían darse una vuelta por las mesas y no permanecer toda la noche aquí sentadas —quise saber lo que habían hecho durante ese tiempo.

—Evelyn lo intentó pero no logró pescar nada —informó Dori.

—Sí, es cierto —afirmó.

Me fijé en la piel pálida de Evelyn, un mapa abierto a posibles señales que delataran lucha, pero manos, muñecas y brazos aparecían libres de marcas sospechosas.

—Y no hubo suerte —insistí.

—No.

—Por cierto, estoy buscando a La Cobra, ¿la has visto?

—No. Hace un rato estaba sentada con su amante, pregúntale a él —su gesto no se inmutó y su voz pareció firme y convincente.

Los infantes de marina levaron anclas y Manuela me hizo un gesto. Podían irse. Les pagué una ronda a las chicas y me senté frente a Marcos. Chupaba humo de su pipa. Intenté regresarlo del Mar de la China, de los peligros del Golfo Pérsico, del huracanado Cabo de Hornos, del gélido Estrecho de Magallanes y encauzarlo por el tranquilo Canal de Panamá.

—¡Eh viejo! necesito que atraques en el Savannah y desembarques —le hablé firme—. La Cobra fue al aseo de mujeres y aún no ha salido, ¿has podido ver quién entró con ella o al rato?

Marcos inhaló lentamente y me arrojó el humo a la cara y aspiré el fuerte aroma a tabaco de Virginia.

—Fue en la bahía de Nápoles. Allí lloraba mi partida. La mujer más bella y cariñosa que yo conocí...

—Marcos, recuerda a quién has visto entrar y salir del aseo. Luego te regreso a Nápoles y te busco a esa mujer inolvidable, ¿cómo se llamaba?

—Bettina, Bettina Cesare. Tiene los ojos como lunas, los pechos como el

Vesubio, grandes y ardientes...

—¿Quién entró con La Cobra?

—Bettina Cesare.

Admití mi derrota con el viejo marino. Del otro lado de la barra Manuela Aguirre me demandó resultados.

—La embriaguez de los asiáticos los debilita sin fuerza ni precisión para anudar un pañuelo sin que Carmen hubiera dado lucha. Los de la baraja están imantados a las sillas. Los cadetes carecen de móvil. Las chicas podían tener deudas con La Cobra pero no hasta el punto de matarla.

—¿Y el amante?

—No, no sería su manera de matar.

—Vale, no hay asesino pero sí un cadáver que puede hundir mi negocio. Échame una mano y lo llevamos al callejón trasero. Después puedes llamar a tus amigos de la pasma.

Desmonté la ventana del aseo y me fui a la calle. Entre Pedro Salve y Manuela la levantaron y la sacaron por el hueco abierto. Tiré de ella y la dejé sobre los adoquines.

El Café permanecía abierto fuera de hora. Poco a poco se había ido vaciando y ya sólo quedábamos Marcos, el viudo, Manuela y yo. Hice un nuevo intento con el marino antes de llamar a mis compañeros. Su mirada ya no viajaba en su barco mercante, seguía los movimientos de Manuela preparándole una copa de coñac. Pero fue inútil. Sólo repetía Bettina, Bettina Cesare.

Esperé a que el Savannah estuviera cerrado. Manuela embutida en su abrigo negro de lana se alejaba engullida lentamente por la niebla. Llamé a la central y antes de que se perdiera en la madrugada lluviosa le grité. Ella volvió sobre sus pasos, cansada y molesta por mi requerimiento.

—Creo saber quién mató a La Cobra —le dije.

—¿Sí? Y lo has dejado escapar.

—Marcos tenía razón.

—Pero si ese viejo no te contó nada.

—Te equivocas. Me insistió en las dos ocasiones en que era Bettina Cesare.

—Sí, vino de Nápoles o del más allá a asesinar a La Cobra —río con desdén.

—No, no. Bettina estaba, ha estado siempre en el Savannah. Sólo que con otro nombre y en otro cuerpo. Bettina Cesare eres tú.

—Bromeas —me miró inquisitiva.

—Tú le recordabas a Bettina. Probablemente es una de las razones por las que el viejo lleva viniendo al Café tanto tiempo.

—Y eso en qué me hace culpable.

—Cuando le pregunté quien había entrado al aseo con La Cobra repetía el nombre de Bettina Cesare, es decir Manuela Aguirre.

—Es tu suposición —e intentó marcharse pero la retuve.

—Carmen estaba frente al espejo. Cualquiera persona que se le acercase ella la hubiera visto. La Cobra se hubiera defendido —Manuela callaba—. Pero era alguien conocido que le regaló un pañuelo de seda para que se lo pusiera al cuello y una vez se lo colocó, actuaste rápida y precisa.

La lluvia le resbalaba por el rostro y los rizos se le pegaban a la frente.

—Tuve que hacerlo. Llevaba dos años chantajeándome con denunciarme por la contabilidad oculta y las facturas falsas para no pagar impuestos. Por el incumplimiento de las leyes y por tráfico de drogas del que ella aportaría pruebas como cliente y testigo. No le bastaba con mis pagos regulares. Cada vez me pedía más dinero. Y tú ya sabes que estamos en crisis y que el Savannah se ha resentido. No podía permitir que La Cobra lo hundiera. Sería mi fin y el fin de un lugar que se rige por sus normas. Tú sabes, Martín Amaro, que es un puerto refugio para marineros errantes.

El pavimento mojado de la calle se fue tiñendo del azul y las sirenas de los autos policiales se acercaban. Reparé en la puerta cerrada del Savannah, recordé la noche de mi cincuenta cumpleaños, derrotado por el abandono de Marian, consolado por el whisky, las canciones de Manuela y su piano. Pensé en los desempleados que emborrachaban sus horas, se encomendaban a la suerte, y se alegraban ganando piedrecitas. En los clientes que arribaban y partían como las mareas. En el faro imperturbable de Marcos.

Miré a Manuela, la lluvia arreciaba, las sirenas aullaban, sus ojos lloraban por el Café Savannah.

—Aún queda niebla —le dije—; que ella te proteja.



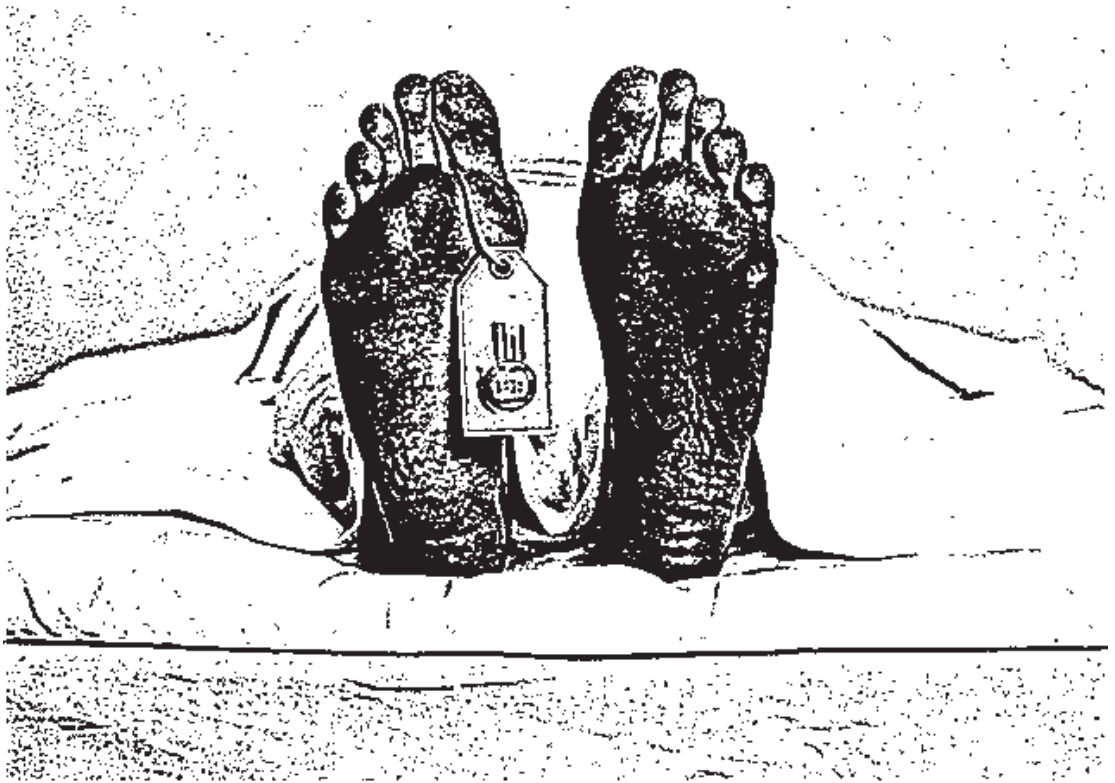


## Instrucciones para el sepelio de una mula

# Ricardo Juan Benítez

Escritor argentino (Buenos Aires, 1956). Colabora asiduamente con medios como *Almiar Margen Cero* (España), *Alma de Luciérnaga* (Israel), *Resonancias.org*, *Herederos del Caos* (EUA), *Revista Literaria Azul@rte* (Inglaterra) y *Uchronicles*, de Giampietro Stocco (Italia). En Proyecto Sherezade (Universidad de Manitoba, Winnipeg, EUA) se han publicado, desde 2006, cinco de sus cuentos. Forma parte del grupo El Escarabajo Literario junto con Andrea Victoria Álvarez Álvarez (Venezuela), Raquel de León Echeverría (Uruguay) y Edgar Borges (Venezuela).

***Su mujer le tenía por un don nadie. Un burócrata de la muerte. Un tipo que lo único que había hecho en los últimos veinte años era embalar cadáveres. ¡Pero él le iba a demostrar cuando se recibiera de médico forense!***



Sobre fotografía original de RG Images - STOCK4B

## Instrucciones para el sepelio de una mula

**Ricardo Juan Benítez**

Jeremías respetaba cada una de sus rutinas. Él creía en lo que decía *El Principito*: «Los rituales son importantes». Recién levantado se tomaba una de sus interminables duchas. Su higiene personal la completaba con afeites y lociones. Luego se vestía con su riguroso traje oscuro, zapatos negros, corbata al tono y su maletín de cuero parecido al de los médicos. Luego compraría el infaltable periódico en el kiosco de la esquina. Antes de salir, dejaba un vaso de agua con las medicinas al alcance de su mujer. Único gesto de ternura que se permitía por las mañanas.

Jeremías sabía de memoria el horario de los diferentes colectivos. Si por algún motivo sufría alguna demora entraba en estado de angustia. Esa mañana marchaba todo de acuerdo a lo esperado. Tenía tiempo para saborear su *cortado* mitad leche, mitad café y hablar con Ricardo, el mozo, de fútbol o política. Por último leía las noticias y comenzaba el crucigrama. Unos minutos antes de su horario de entrada, ingresaba a su trabajo.

—¡Buenos días, Jeremías! ¿Tomás una taza de café? —dijo Gabriel, con cara del que ha pasado la noche de guardia.

—No, gracias, vengo del bar, me voy arriba a acomodar las cosas.

—Bien, todavía falta para que lleguen los demás —respondió con un bostezo—. ¡Ah!, hay dos nuevos arriba.

—Okey, luego nos vemos —respondió Jeremías.

Se puso la bata blanca y el barbijo. Entró en la sala fría recubierta con azulejos blancos. El piso era de mosaicos grises y todo el lugar daba sensación de asepsia. Ahí en el medio de la habitación estaban los dos nuevos. La primera, una muchacha de unos veinticinco años. El tono bilioso de la piel y el color morado de los dedos mostraban un poco prometedor caso de muerte natural. Tal

vez una afección cardiaca. Comenzó a trabajar en el cadáver. En unos instantes la había lavado y hecho una cosmética especial. Luego trajo un ataúd y la acomodó. El cuerpo era un poco largo, pero no había necesidad de quebrarle ningún hueso para que entrara en el cajón estándar pagado por la obra social. Le acomodó la mortaja y llevó el féretro hasta un rincón; la tapa la dejó apenas apoyada.

El otro tipo era enorme. Unos 120 o 125 kilos, a lo menos unos 2 metros de alto. Calzaba 45 y las manos eran proporcionales al resto de su anatomía. Iba a necesitar ayuda para moverlo. Retiró la sábana que lo cubría y casi dio un grito de asombro. El tipo tenía una profunda herida a la altura del hígado. ¿Qué hacía un cadáver en esas condiciones en la funeraria? ¿Quién habría firmado el certificado de defunción? Luego le preguntaría a Armando para salir de dudas.

Tomó el maletín y extrajo una caja plateada con instrumental quirúrgico. Además, unos de los libros con que estudiaba patología.

Su mujer le tenía por un don nadie. Un burócrata de la muerte. Un tipo que lo único que había hecho en los últimos veinte años era embalar cadáveres. ¡Pero él le iba a demostrar cuando se recibiera de médico forense!

Jeremías se tomaba ciertas libertades en su trabajo. Por ejemplo cuando higienizaba los cadáveres él realizaba prácticas. Cortes, suturas y extracciones de tejido. Aquel hombre daba para el estudio.

El tajo era un trabajo profesional, hecho con un cuchillo de supervivencia como el que usan los comandos. El filo había quedado hacia arriba y el corte fue ascendente. Esto se veía en la forma de la herida. El corte superior era limpio y profundo, en la parte inferior del tajo había desgarros producidos por la forma aserrada que tienen esos cuchillos en la parte superior.

Tomó el bisturí, unas pinzas quirúrgicas y las dispuso en la mesa auxiliar. Con sus manos enguantadas puso el cadáver de costado en el lavatorio. Luego realizó una incisión casi sobre el esófago. Miró la hora, aún tenía tiempo antes de que llegara alguien. Las tripas estaban anegadas de sangre. El hombre era del tipo que suele ser colorado y rubicundo, pero tenía una extrema palidez. No sólo había perdido sangre por el tajo, sino que las hemorragias internas habían terminado con cualquier intento que hubiera hecho por salvar su vida.

Hundió las manos cerca de la glándula biliar y luego palpó lo que le quedaba de hígado. La cuchillada le había interesado el órgano y parte de los intestinos. Seguía Jeremías revisando, cuando sintió algo duro en la bolsa estomacal. Trató de atraparlo; pero sus dedos resbalaron en la gelatinosa cavidad.

Jeremías palpó en las cercanías del duodeno, ahí estaba. Con cuidado hizo una incisión en la *muscularis mucosae*. En sus dedos apareció un paquete como envuelto en celofán. Lo puso bajo la canilla y lo limpió; dentro se veía un polvo blanco, como maicena. No era ningún comestible. Él supuso saber de qué se trataba.

«¿Cocaína? Pero esos cristales no parecen de cocaína», pensó escéptico.

Volvió a hundir las manos en el estómago. Empezó a extraer más cápsulas. Eran casi dos docenas, calculó que sería algo así como medio kilo. ¿Qué iba a hacer ahora?

—¡Jeremías! —la voz de Gabriel en el descanso de la escalera—. ¿Está lista la muchacha?

Tomó la sábana que antes cubría a la chica, hizo un bollo y lo introdujo en el tajo del cadáver del tipo. Luego tomó otra sábana y lo cubrió.

—¡Sí! ¡Ya está! —respondió jadeante.

—¡Epa! ¡Qué trabajo hiciste con la muchacha! —dijo admirado Gabriel.

Tomaron la tapa y la aseguraron con sus herrajes al cajón. Luego lo llevaron a la cinta transportadora para trasladarlo al subsuelo, de allí al furgón que lo depositaría en el velatorio.

—¡Ah! ¿Cuánto te falta para el holandés?

—¿El holandés?

—Ese tipo —dijo señalando el cuerpo enorme en la camilla.

—Más o menos, este —dudó Jeremías—, una hora.

—¿Seguro?

—¡Seguro! Ya mismo pongo manos a la obra.

Jeremías tenía las ideas amontonadas.

—¡Los paquetes! —se dijo con desesperación—. ¿Los habrá visto Gabriel?

Ahora ya no tenía importancia. Se sentó y miró sonriente la caja refrigeradora que estaba frente suyo, ya tenía una solución para ocultar el botín y despachar al holandés.

Lo primero era hacer su trabajo. Y por mucho que pesara el muerto, él haría aquello sin ayuda.

Jeremías aún no lo sabía, pero las decisiones y las acciones que estaba tomando cambiarían en menos de veinticuatro horas todos sus ritos y rutinas.

Él era uno de los pocos que conocían una técnica relativamente nueva en el país. La *tanatopraxia*. Él se encargaba de acondicionar los cadáveres para viajes de traslado. Sin necesidad de refrigerarlos. Simplemente les quitaba las secreciones y humores internos y trataba el cuerpo y las vísceras con espermicidas y germicidas. Por último realizaba un arreglo cosmético y lo acomodaba en el ataúd; ya listo para despacho.

Aunque no tenía ganas de almorzar cruzó al bar. Se sentó en la mesa usual.

—¿Doctor, le traigo el *cortado* mitad y mitad? —preguntó Ricardo diligente.

—No, traeme una ginebra...

El mozo lo quedó mirando intrigado. Ese era el primer cambio imperceptible en la conducta de Jeremías. Hacía años que no tomaba alcohol.

—¡Ricardo! ¡Otra ginebra!

—Sí, doctor.

Hacía mucho tiempo que había desistido de la idea de explicarle a Ricardo que él no era doctor, todavía. Cuando volviera el mozo tenía otro favor que pedirle. Una vez habían hablado de una banda de chicos drogadictos. Uno trabajaba en el bar de lavacopas, tratando de llevar una nueva vida. Ahora estaba limpio; pero seguía en ese barrio pesado, y con sus amistades peligrosas.

—Doctor, la ginebra —Ricardo miró asombrado mientras la tomaba de un trago.

—Ricardo, necesito un par de favores.

—Sí, doctor, para lo que guste.

—Primero necesito que me guardés esto un par de días —sacó la caja de metal con el instrumental quirúrgico, retiró un bisturí que se guardó en el saco y luego se la entregó en custodia.

—Lo voy a llevar al cofre donde guardo mi ropa de calle —dijo Ricardo—, en el vestuario.

No tardó demasiado en volver. Jeremías le pagó las ginebras y le dejó el vuelto.

—Ricardo, otra ginebra —ordenó cuando se iba—. ¡Ah! Quiero hablar con el chico... ¿cómo se llama?

—No se lo dije, doctor —Ricardo lo miró con severidad—. ¿para qué quiere hablar con ése?

—Tengo, tengo que... —¿qué se me puede ocurrir?», pensó— hacer unos arreglos —»¡Eso!»—, y necesito unos albañiles baratos... entonces yo pensé...

—Doctor, a éstos no les gusta el trabajo pesado —quiso aconsejar Ricardo—, usted no tendría que...

Jeremías se sorprendió de su propio tono de voz al interrumpirlo:

—¡Ricardo! Quiero hablar yo con el chico, no te pedí tus consejos, ¿entendido?

—¡Si doctor! —retrucó servil— Ya voy.

—¿Cómo se llama?

—Chelo, le decimos el Chelo.

El muchacho se acercó a la mesa mirando desconfiado en todas direcciones.

—Hola ¿vos sos el Chelo? —dijo Jeremías sonriente—. Vení, sentate aquí.

El chico se sentó y miró alrededor. No estaba nada cómodo.

—Mirá, Chelo, no te voy a andar con vueltas —hizo una pausa intencional—, si yo tuviera medio kilo de heroína de máxima pureza, ¿encontrarías comprador?

—¡Yo, señor, no sé nada! ¡Estoy limpio! —se desesperó el muchachito—. Hace mucho que no tomo.

—¡No seas estúpido! ¡Tranquilízate! —otra vez empleó un tono de voz autoritario que jamás había utilizado—. Yo tengo, aproximadamente, medio kilo de *dama blanca*, que parece de la buena, si me conseguís comprador una parte del pago es tuya, ¿sí?

Jeremías había reconocido el tipo de droga por los cristales parecidos al azúcar, y con el Chelo utilizaba el nombre de su jerga. El chico parecía más tranqui-

lo o la codicia podía más que todas sus aprensiones.

—¿Cuánto se puede obtener?

—Cincuenta mil.

—¡Cincuenta mil pesos!

—Dólares —susurró el Chelo—. Esa mercadería en la calle, ya fraccionada, vale entre seiscientos cincuenta y setecientos cincuenta mil euros.

Cincuenta mil dólares. Una fortuna para Jeremías. Una fortuna para cualquiera.

El chico estaba procesando la información. Lo miró a los ojos y le dijo:

—Tengo que hacer unos llamados, no es fácil encontrar comprador.

—Te voy a esperar acá —dijo Jeremías decidido.

Ricardo los miraba con gesto de desagrado.

—Doctor, a éstos no les gusta el trabajo... son vagos.

Jeremías se cruzó los labios con un dedo. El otro se calló.

Chelo estaba de vuelta.

—Mañana al mediodía nos lleva al lugar donde está...

—¡No! Tiene que ser un lugar neutral —Jeremías habló con seguridad—, que llamen acá y acordamos el lugar de la entrega.

Ricardo se aproximó y se quedó mirándolos. Jeremías, para disimular, sacó una tarjeta y se la dio al Chelo:

—Esta es la dirección, mañana al mediodía, ¿está bien?

El muchacho tomó la tarjeta y dijo:

—Sí, está bien, doctor.

—¡Me parece que se amontonan las copas! ¡Chelo! —gritó Ricardo.

—La culpa es mía —dijo Jeremías mientras le daba unos billetes—, para la ginebra, y dejó el vuelto. El gesto del mozo se dulcificó.

Jeremías cruzó a la funeraria. El cadáver del holandés ya había sido despachado al Aeropuerto Internacional de Ezeiza y de allí a Ámsterdam. Terminó algunos asuntos pendientes y al cumplirse el horario salió rumbo a su hogar. De paso entró en el supermercado coreano de la cuadra. Compró una botella de vino selección y un pedazo de queso gruyere.

Su esposa estaba mirando la telenovela. Cuando entró dio vuelta la cabeza y dijo sin mayor interés:

—Hola, ¿cómo estás?

—Bien —daba lo mismo—, voy a la cocina, no te molesto.

—¿Qué? —preguntó con gesto agrio—. ¿Ahora se te dio por el vino?

Los cambios en Jeremías seguían:

—¡Sí! ¿Y qué?

Tal vez haya sido por el tono de la voz o por su gesto. Ella estaba belicosa como de costumbre, pero calló y siguió mirando su programa preferido.

Una vez en la cocina, Jeremías busco una copa y algo con que destapar la botella. La copa no le dio demasiado trabajo. Para destapador utilizó el bisturí que se había guardado. Con el mismo cortó el queso en pedazos y agregó algunas rodajas de pan viejo. Bebió el vino despacio, mientras picaba el queso. Hacía años que Jeremías no estaba satisfecho consigo mismo. En aquel momento sentía algo muy cercano a la alegría, se sentía dueño de la situación y de su propia vida.

A la mañana siguiente se despertó aún en la cocina. Se había quedado dormido en la silla. Miró la hora, iba con atraso. No se podría duchar. Se refrescó un poco el rostro en el lavabo, se echó un poco de perfume, se acomodó el traje y salió.

No le sobraba el tiempo; pero su parada en el bar era sagrada.

—Doctor, buenos días —lo recibió el mozo—, ¿vio el noticiero?

—No, no tuve...

—Espere, escuche doctor.

Una placa roja con letras blancas:

*CASO DE NECROFILIA CAMINO A EZEIZA.*

Y la voz vibrante del locutor anunciando:

«Como adelantamos fue encontrado un cadáver dentro de un furgón funerario camino al Aeropuerto Internacional de Ezeiza... el furgón estaba abandonado con su macabra carga mortuoria. Al cuerpo le extrajeron íntegro el estómago... las autoridades se encuentran desconcertadas... hay más informaciones...».

Jeremías estaba pálido y preocupado. Tanto que no terminó el cortado y cruzó a la funeraria.

Armando estaba conversando con dos hombres de traje y aspecto severo.

—¡Jeremías! Los señores son de la policía, quieren hablar con vos.

—¡Sí, por supuesto!—Jeremías fingió una jovialidad que no sentía—. Antes ¿puedo hablar un segundo con vos?

—Sí, ya vuelvo, señores.

—Armando, estamos en problemas —estaba tratando de hablar con calma—, el cadáver del holandés. ¡Al tipo lo mataron! ¿Dónde está el certificado de defunción? ¡Ahora esta cagada del furgón!

—Tranquilo —sonrió Armando—, este asunto está arreglado. No le conviene a nadie hacer demasiadas preguntas, ni siquiera a la policía.

—¡Mejor que lo arreglés! —aulló Jeremías—, no quiero terminar en cana por un asunto tuyo, ¿okey?

Armando lo tomó del brazo y le dijo:

—Jeremías, quedate tranquilo. Acá hay gente muy importante involucrada en este asunto. ¡No va a pasar nada!

—Pero esos tipos...

—Vos sólo deciles qué le hiciste al cuerpo —Armando bajó la voz—. Estos no nos van a dar trabajo. Después vamos a tener que dar explicaciones a otros tipos más complicados.

Jeremías estuvo un buen rato con los policías. En realidad todo era muy rutinario, todavía los tipos no estaban lo suficientemente suspicaces. Tal vez en la próxima visita fueran más agresivos. Quizá no les interesara averiguar más de lo necesario.

—Bien, amigo, puede que lo necesitemos de nuevo, usted sabe cómo son las formalidades.

—¡Acá voy a estar! Para lo que necesiten.

Los acompañó hasta la puerta y luego que se fueron volvió con Armando.

—Armando, me siento un poco mal, te quería pedir...

—¿Permiso para irte? ¡Claro, hombre! Andá nomás —Armando mostró su sonrisa lobuna—, y lo que te dije, quizás tengas que explicarle a unos conocidos míos qué le hiciste al cadáver ¿sí?

De todas maneras estaba intranquilo. ¿Quiénes serían esos tipos?

Pasó por el bar para ver qué pasaba con el Chelo.

—Ricardo, ¿lo llamás al Chelo?

—Hoy no vino a trabajar, ¡le dije doctor, son vagos!

Ricardo se dio vuelta para atender el teléfono que sonaba en la barra.

—Doctor, es para usted.

Jeremías tomó el auricular algo confundido.

—Sí...

—Hola, papá, somos los albañiles —la voz sonaba curiosamente molesta—, estamos en tu casa, ¿venís con la mercadería?

—Sí, entiendo —Jeremías puteó en silencio, puteó su suerte, puteó al tipo del otro lado de la línea y puteó la puta idea que había tenido de darle la puta tarjeta a ese puto pendejo.

—Papá, no nos vas a cagar, ¡porque te hacemos un desastre!

—¡Y te quedas sin nada! —otra vez Jeremías con su fiereza reprimida—. Le tocás un pelo y tiro todo al inodoro ¡boludo!

—¡Pará, gil! ¿Sabés con quién estás hablando?

—Con un pendejo drogadicto —dijo con frialdad—, quiero hablar con mi esposa.

—Ya te paso, ¡señora! —gritó contrariado.

—¡Pero, Jeremías, me hubieras avisado!—era ella sin dudas, viviendo en una nube de incompreensión—, está todo hecho un desastre como para recibir visitas y...

—¡Callate! ¡Escuchame! —la hizo callar—. Vos tranquila, no tengo tiempo para explicar nada, ya voy para allá, pero quedate en el dormitorio.

—¿Todo bien, jefe? —preguntó el cabecilla.

—Todo bien —murmuró Jeremías—, no te mandés ninguna cagada, voy con eso.

No le sobraba el tiempo, llamó a un taxi.

Al llegar a su casa uno de los tipos le abrió la puerta. En total eran tres, que como los había imaginado, llevaban remeras sueltas, gruesos collares, gorras de béisbol y tatuajes desde el cuello a los tobillos. El Chelo brillaba por su ausencia.

—Nosotros cumplimos, la dejamos tranquila a la vieja —habló el más alto—. ¿Y vos?

—Jeremías, qué suerte que llegaste —la mujer irrumpió entre ellos—, los muchachos, ¿les explicaste el trabajo que tienen que hacer?

La tomó del brazo, con una furia inusual, y le dijo:

—¡Te dije que no salieras del dormitorio! Ahora yo me voy con los muchachos y podés ver tu programa de televisión, ¿entendiste?

Sumisa, sin preguntar, confundida, se fue al dormitorio.

—¿Y, papá? ¿La merca?

—¡Mirá, pedazo de mierda, yo no soy tu papá! —respondió fuera de sí—. No la traje.

—¡Pero, gil! Te vamos a hacer boleta a vos y a la vieja...

—¡Escuchá bien! —el gesto fiero de Jeremías detuvo al tipo que parecía el líder—. Ahora nos vamos de acá y los llevo a donde está la droga, la tocan a ella y no ven un gramo.

—Está bien, vamos.

Los cuatro salieron y cruzaron la calle hasta un Ford Falcón desvencijado. El jefe se sentó al volante y Jeremías atrás con un mono de cada lado.

Un tubo negro y grueso de metal entró por la ventanilla del conductor y se depositó sobre la sien del tipo. Otros dos silenciadores entraron por las ventanillas traseras.

—Bien muchachos, gracias —dijo un tipo canoso de lentes ahumados—, ahora nos hacemos cargo nosotros, ¡vos bajá!

Jeremías pasó por encima del tipo de la izquierda, una vez fuera del auto una mano vigorosa lo tomó del cuello y lo llevó hasta un Honda plateado. Mientras se alejaba escuchó las explosiones apagadas de las armas. Una especie de ¡plop!, seguidas de otros ¡plops! Un último y definitivo ¡plop!

Los cuerpos se retorcieron por los impactos, un líquido purpúreo manchó los paneles laterales, el torpedo y salpicó los vidrios.

Jeremías estaba de nuevo igual que antes, sentado atrás con un tipo de cada lado, pero en un automóvil más lujoso. Uno de ellos se sentó adelante, el canoso de gafas oscuras, se dio la vuelta y le habló:

—Nosotros somos los dueños del paquete, ya hablamos con Armando, ¿entendés por qué estamos acá?

—Entiendo.

—Queremos el paquete —habló con voz grave e impersonal—, nadie tiene que salir lastimado. Somos profesionales, no como esos chicos.

—Claro —dijo Jeremías resignado.

—Incluso, podrán morir de viejos y pensar en esto como una anécdota —el tipo se sacó los lentes—. ¿La tenés?

—La tengo.

—¿Dónde?

—Vamos a la funeraria.

—¡Me estás jodiendo! —dijo el tipo con falsa calma.

—No jodo con algo tan delicado —respondió Jeremías con la misma calma—, a la funeraria.

Llegaron ya pasada la hora de cierre.

—Voy a pegar un vistazo —dijo uno de ellos—, capaz que está la policía o los

periodistas jodiendo.

Jeremías era del personal de confianza, tenía antigüedad en la firma. Por lo tanto disponía de un juego de llaves. Abrieron, pero no prendieron las luces, sólo utilizaban una linterna.

—¿Por dónde?

—A la sala mortuoria.

Jeremías no era el mismo de antes. Ya jamás lo volvería a ser. No estaba cohibido ni asustado. Estaba esperando su oportunidad. Hasta había acariciado el mango del bisturí, dentro de su saco, en un par de ocasiones.

Aquella parecía una buena oportunidad. Los tipos duros, los asesinos que venían a buscar la mercadería sin importarles nada, parecían tenerle miedo a unos fríos cadáveres. Le había parecido, o creyó verles titubear antes de entrar en la sala oscura donde reposaban un par de amasijos de materia inerte cubiertas por sábanas. Pateó un cubo de papeles de metal que cayó con estrépito, el haz de luz de la linterna le abandonó unos instantes. Entonces asestó el golpe, un tajo limpio al cuello de uno de los tipos. Se oyó el porrazo pesado del cuerpo contra el suelo. Luego como un sonido burbujeante y agónico, del que se ahoga en su propia sangre. Arrojó un golpe y la linterna voló por los aires. Entonces un par de fogonazos anaranjados hirieron la oscuridad. Jeremías había tratado de huir; pero no lo consiguió. Dos hierros candentes se hundieron en sus músculos, un dolor insoportable le iba desgarrando las células una a una, hasta que se desmayó.

Cuando Jeremías volvió en sí, lo primero de lo que tuvo conciencia fue de la oscuridad y el frío atroz. Su hombro derecho le dolía horrores. Trató de incorporarse pero su cabeza golpeó con algo muy duro. Entonces se movió a un lado. Esta vez tampoco pudo zafar del lugar en el que estaba. Del otro lado también había una pared. Parecía estar dentro de una bañera. Rebuscó en el bolsillo y sacó un encendedor.

¡Estaba dentro de uno de los cajones del refrigerador!

El asesino le había dado por muerto y lo había guardado ahí.

Jeremías sabía que si mantenía la calma podría salir. Todavía tenía el bisturí. Iluminándose con el encendedor empezó a trabajar en la traba del cajón, hizo un poco de fuerza y libró la pestaña. Luego empujó y el cajón se deslizó sobre los rieles. Dos centímetros. A lo sumo tres. Volvió a probar, nada. No se movía. ¡La maldita camilla!

De seguro que la camilla estaba apoyada contra el cajón. Entró en pánico. Con frenesí comenzó a patear y forcejear. En plena lucha lo sorprendió el sueño. Había perdido demasiada sangre. Sus movimientos se hicieron más lentos. Sus párpados comenzaron a cerrarse. Sin tener conciencia de ello quedó dormido en su tumba de hielo.

A unos pocos pasos, en otro cajón mortuorio, el cadáver de un muchacho con el cuerpo lleno de heroína pura esperaba turno para ser cremado.

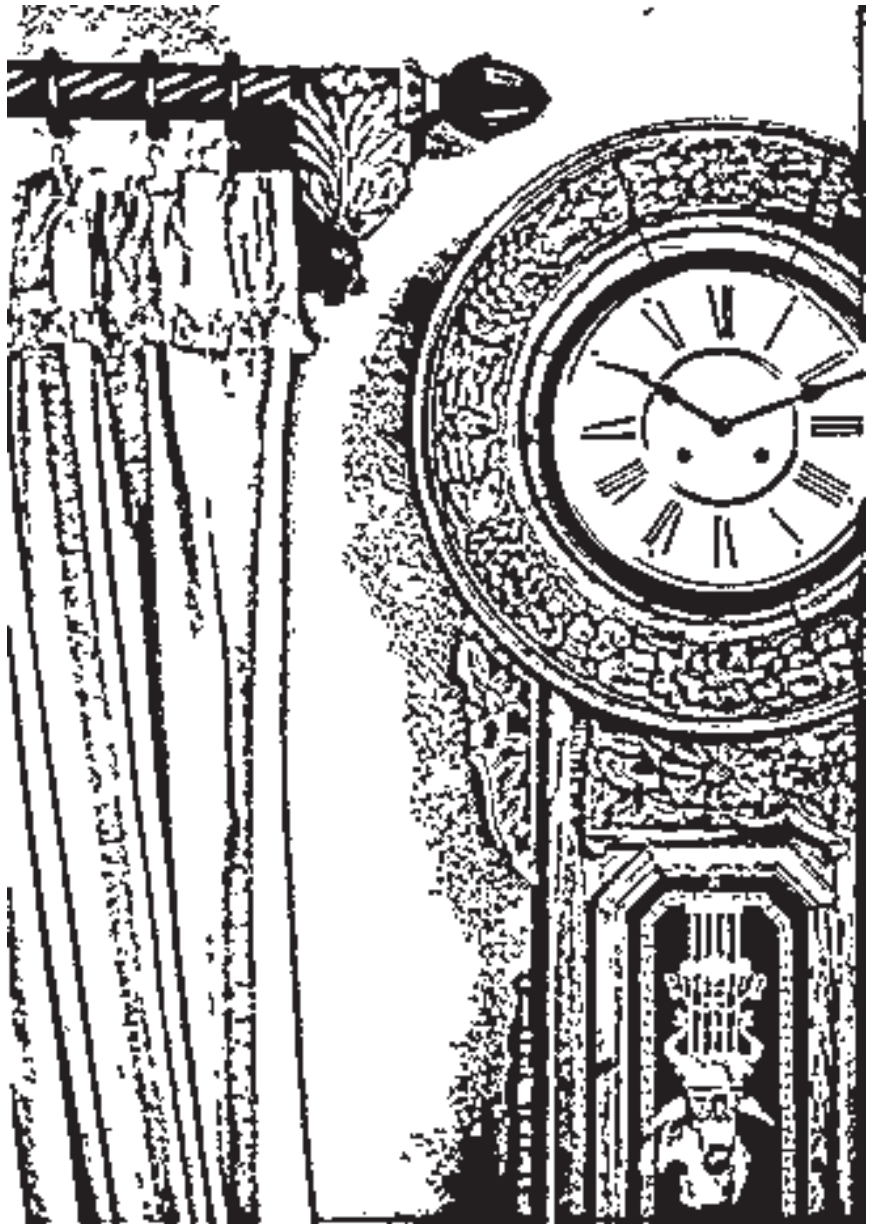


**Con sabor a pistachos**

## **Sergio Borao Llop**

Encuadernador, periodista y escritor español nacido en Mallén (Zaragoza, 1960). Ha publicado cuentos y poemas en diversas publicaciones electrónicas. Además, textos suyos aparecen en las antologías *Relatos Zaragoza* y *Poemas Zaragoza* (ambas de 1990), en las antologías *Callejón de palabras* y *Poemas quietos*, del grupo Mizar, y en diversas ediciones de la revista *Nitecuento*.

***Aquella tarde, el destino me llevó frente a la puerta del pub El Golem. Tenía sed y me dispuse a entrar en él. Recordaba oscuramente que alguien me había hablado de aquel local describiéndolo como uno de esos lugares en los que puede encontrarse un ligue fácil. Pienso ahora que tal vez me decidí a pisar aquel antro a causa de la pelea que esa misma mañana había tenido con Laura, mi amante.***



Sobre fotografía original de Ted Dayton Photography

## Con sabor a pistachos

*Sergio Borao Llop*

Aquella tarde, el destino me llevó frente a la puerta del pub El Golem. Tenía sed y me dispuse a entrar en él. Recordaba oscuramente que alguien me había hablado de aquel local describiéndolo como uno de esos lugares en los que puede encontrarse un ligue fácil. Pienso ahora que tal vez me decidí a pisar aquel antro a causa de la pelea que esa misma mañana había tenido con Laura, mi amante.

En el interior reinaba una tenue iluminación, acorde con lo esperado. Bajé cuatro escalones y me encaminé a la barra. Aún perduraba en mi boca el agradable sabor salado de los pistachos con que me había obsequiado mi amigo Enrique durante nuestra entrevista, apenas unos minutos antes. En el momento exacto en que el camarero, con la habitual amabilidad, me preguntaba qué iba a tomar, tuve un sobresalto. Al fondo, justo enfrente de mí, acodada en la barra y conversando con un hombre, se hallaba mi ex mujer. Ella jamás me perdonó que la abandonase. Suponía (acertadamente) que la había dejado por otra. Si me veía, se iba a armar una buena. Concluí que tenía que salir de allí lo antes posible. Con inusitada rapidez mental, inventé un nombre y una cita:

—¿El señor Luis Alberto Castillo, por favor? Me citó aquí...

Cuál no sería mi confusión al escuchar la respuesta del camarero.

—Sí, un momento, por favor —después se dirigió a un hombre elegante, vestido con traje gris. Tenía el pelo cano, su expresión era serena y fría. Me miró sin prisa y luego vino hacia mí. Sentí que estaba penetrando en un mundo mágico o pavoroso, pero en cualquier caso, desconocido, y por lo tanto, atrayente.

—¿Lo envía Mur? —preguntó a bocajarro. Yo dudé un segundo, pero ya el tipo, con un veloz gesto, había puesto en mis manos un sobre cerrado. Siguió hablando—. Debe llevar esto a la calle Padell. ¿La conoce? —asentí y él conti-

nuó—. Es en el N° 10, en el sótano. Allí le espera Andrés Gil. Sólo a él, en persona, ha de entregarle este sobre. A cambio, recibirá un paquete que usted habrá de llevar al lugar que él le diga. No tome apuntes. Use tan solo su memoria. Nada de papeles comprometedores. ¿Me entiende? Nuestra causa podría fracasar. Confío en que sabrá llevar esto con discreción. Me gusta su aspecto.

Yo, claro, ignoraba a qué causa se refería, pero he de admitir que aquella confianza, de la que me sentía inmerecido destinatario, y sobre todo la última frase de aquel hombre, me persuadieron de llevar a cabo sin dilación la misión encomendada. Se me ofrecía la oportunidad, quizá única, de vivir una aventura, tal vez peligrosa. ¿Quién hubiese dudado? Estreché su mano y conseguí salir de allí sin que Rosa (mi ex) se apercibiera de mi presencia.

Caminé resuelto por la avenida Ortiz hasta llegar al barrio en el que se hallaba la calle Padell. El N° 10 no parecía más siniestro que cualquier otro edificio de aquella calleja donde apenas llegaba la luz solar. El timbre del sótano no funcionaba y golpeé con suavidad la raída hoja de madera. Me abrió un hombre de unos cuarenta años, desaseado y un poco calvo.

—¿Qué quiere? —preguntó con descortesía.

—Traigo esto —respondí enseñándole el sobre. En ese instante me di cuenta de que no sabía el nombre de quien me diera tal sobre. No obstante, dije con aplomo—. ¿Es usted Andrés Gil?

El hombre me hizo entrar sin haber contestado. «¿Es de parte de Mur?», dijo. Me sorprendí diciendo que sí. Él, entonces, pasó a otra habitación y tras un largo minuto de incertidumbre, volvió a salir con un paquete algo menor que una caja de zapatos. «Calle Grao, 21, 4° A», murmuró mientras me abría la puerta.

La calle Grao estaba al otro lado de la ciudad. El hombre me había aconsejado que cambiase un par de veces de autobús para asegurarme de que nadie me seguía. Así lo hice. Cuando por fin llegué ante la fachada del N° 21, ya era noche cerrada. A pesar de ello, el portero aún estaba en su puesto, como algún insoportable centinela de leyenda. En el cuarto piso me esperaba el hombre con el que hablara en el pub. Me saludó con efusión y me invitó a una copa. Sentados en un aterciopelado sofá, *frente a un reloj de brillante péndulo*, charlamos de fútbol y mujeres, del sistema, del incesante compás de los relojes y de las oportunidades perdidas. Me gustaba el sonido de su voz, suave y cálida, pero poderosa a la vez. Noté que me iba adormeciendo y me sentí ingrato al pensar que me habían narcotizado.

Desperté (o creí despertar) al escuchar el ruido de un disparo. Aunque lo mismo podía ser un recuerdo, ya que tenía ese sonido clavado en mi memoria como algo lejano, acaso de otro sueño u otra vida. Pero ahí estaba, en mi mano, esa pistola, aparentemente recién disparada. Ahí estaba, frente a mí, desnuda, Rosa, yacente en una cama, con el pecho destrozado por un balazo y los ojos abiertos y mirándome sin sorpresa. Tal vez oí el sonido de una puerta que se cerraba. Tal vez sólo lo imaginé. Con la mente vacía, ofuscado por el miedo y la incomprensión, registré la casa, pero allí estábamos Rosa, callada para siempre, y yo, confuso y atemorizado. Después, todo ocurrió muy deprisa. Me vestí. Llegó la policía, alertada por un vecino. Rodearon el edificio. Me conminaron a entregarme sin resistencia. Lo hice, sin poder evitar que me golpearan. Me encerraron en una celda. Llamé desesperado a Enrique y le rogué que me buscase un abogado.

El letrado, al conocer la historia, se rió. «Soy su abogado», dijo, «a mí debe contarme la verdad». Repetí mi historia y finalmente se enfadó.

La investigación fue rápida y concluyente. Los hechos habrían sido estos: Rosa y yo nos habríamos citado en su apartamento (me maldije por no haber sabido que ese era su apartamento); luego, yo habría adquirido un revólver, asistiendo a la cita con intención de matarla. Habría llevado a cabo el asesinato después de hacerle el amor, dato confirmado por el forense.

Ni mis obstinadas negaciones ni *la verdad*, que me cansé de repetir, sirvieron para convencerlos de mi inocencia. Todo obraba en mi contra. Dos clientes de El Golem declararon haberme visto hablando con el camarero unos segundos antes de que éste lo hiciese con Rosa. Él afirmó que, en efecto, yo le había dado un mensaje para ella, cuyo contenido se había perdido en su memoria, ya que esta situación se repetía con mucha frecuencia en aquel lugar. Otro testigo afirmó haber visto salir a Rosa pocos minutos después de haberme ido. Además, la pistola no tenía otras huellas que las mías y jamás antes había sido disparada. Andrés Gil resultó ser un traficante de armas y chivato habitual. Por sí mismo acudió a declarar y confirmó haberme vendido la pistola sin conocer el uso que yo había de darle. El portero del N° 21 de la calle Grao me había visto subir unos tres cuartos de hora antes de oírse el disparo, con un paquete mal disimulado bajo la americana. Me sentí derrotado, inseguro de mí mismo. ¿Cómo podía demostrar mi inocencia cuando yo mismo no sabía con certeza lo que había pasado?

Intuía una conspiración, pero no conocía a nadie que tuviese motivos para matar a Rosa ni para inculparme a mí en su muerte.

Mi mente se aclaró un poco al conocerse un detalle significativo: Laura fue vista por el portero y por otros dos hombres cuando salía del N° 21 de la calle Grao, justo después de oírse el disparo. Al ser interrogada, afirmó que yo le había enviado una nota citándola en aquel lugar. Al llegar allí, yo mismo le había abierto la puerta, desnudo. Al descubrir a Rosa tras de mí, me insultó y se fue. Mientras bajaba las escaleras, oyó el disparo, se asustó y echó a correr escaleras abajo tratando de pasar desapercibida. Pero eso, para una mujer como Laura, no resulta fácil. Evidentemente mentía. La policía así lo determinó y la detuvieron. En cuanto a mí, examiné —a la luz de la soledad de mi celda— todos los pormenores del caso y fui atando cabos.

En la primera línea de esta narración, hablo del destino. Para nada influyó el destino en todo esto, eso fue lo que me obcecó antes. Ahora lo veía todo claro. No fue una casualidad que yo entrara en El Golem aquella tarde. Fui allí inducido. ¿Por quién? Es claro: por mi amigo Enrique. Fue él quien, en medio de una borrachera, me habló del pub, lo recordaba ahora con claridad. Conocía mis gustos literarios. Sabía que no me resistiría a visitar un lugar con tan sugestivo nombre, menos aun siendo un devoto lector de Gustav Meyrink. Aquella tarde me invitó a su casa, que está cerca del pub. Estuvimos bebiendo y luego, *cuando se hubo acabado la cerveza*, me ofreció unos succulentos pistachos para provocar mi sed. También fue él quien me indicó el itinerario que debía seguir para encontrar una parada de autobús. El itinerario que había de llevarme frente al pub.

Pero ¿por qué Enrique? Creo conocer la respuesta: a Enrique nunca se le dieron bien las mujeres. En el pasado tuvo una dolorosa relación con una mujer casada y nunca logró reponerse. Cuando le presenté a Laura, su rostro se iluminó de admiración. (Aunque ahora, ya juzgado y condenado, sé que no fue eso exactamente). Según esta hipótesis, ella, ofendida conmigo a causa de la última discusión, sedujo a Enrique y le propuso un plan, en el que ella cumpliría su venganza y tendría, por otra parte, la satisfacción de ver muerta a la primera mujer que amé de veras.

Así que, cuando entré en El Golem, me estaban esperando. Luis Alberto Castillo no existe (dato confirmado por la policía). Cualquier otro nombre hubiese servido. De hecho, no es probable que hubiesen previsto mi actitud al ver a Rosa. Con seguridad, el hombre de bigote cano se habría acercado a mí por propia iniciativa. Sabiendo de mi instinto aventurero y romántico, utilizaron un argumento ambiguo (la Causa) con la certeza de que me dejaría arrastrar hacia mi fatal destino. Ya en el apartamento de Rosa, pusieron algo en mi bebida.

Durante el sueño, me desnudaron y me ocultaron. Luego llegó Rosa (según el portero, unos veinte minutos más tarde que yo). Fue seducida o violada por el hombre elegante. Llegó Laura, mataron a Rosa y pusieron después el arma en mi mano. Cuando despierto, recuerdo el eco de un disparo y creo que es eso lo que en realidad me ha despertado.

Estos razonamientos me llenaron de odio hacia Laura. Impotente, me acusé y la acusé a ella de ser mi cómplice. Así, al menos, nos condenarían a los dos. Su refinada venganza no iba a ser tan dulce como pensaba.

En los días sucesivos vinieron a verme algunos amigos, entre ellos, Enrique. Me negué a hablar con él, pero no pude evitar que nuestras miradas se cruzasen. Fue allí, en el rostro risueño de mi viejo amigo, donde descubrí mi atolondramiento y mi estupidez. Fue allí, en aquella enigmática sonrisa victoriosa, donde me di cuenta del infierno al que había arrastrado injustamente a mi dulce Laura. Porque Enrique, de haber estado yo en lo cierto, debería haber estado triste; preocupado, al menos. Pero no, él había venido exclusivamente a escupirme en la cara mi derrota. ¿Entonces?

Finalmente lo he visto todo claro. Ahora sé la verdad. Y este es el mayor motivo de desesperación, porque jamás podré demostrar una verdad que es apenas la sombra de una locura, jamás podré salvar a Laura del espantoso destino al que yo mismo la hube condenado con mis absurdas acusaciones.

Sí, fue Enrique quien sutilmente me indujo a acudir al pub, pero no por el amor de Laura, sino por el de Rosa. Ella fue la mujer casada que se quedó clavada en el alma de Enrique. ¡Cómo no lo vi antes! Recuerdo ahora que él nos visitaba a menudo, y ¡cómo le gustaba que yo le hablase de Rosa! No fue, pues, una coincidencia que ella estuviese en el pub. Era necesario que los clientes fuesen testigos del movimiento del camarero al transmitirle un presunto mensaje mío. Todo fue calculado con exactitud. Llegué al apartamento veinte minutos antes que Rosa. ¿El tiempo justo para que hiciese efecto el narcótico de mi bebida? No, eso jamás sucedió. Fui hipnotizado. El hombre de bigote cano me invitó a tomar asiento *frente a un reloj de brillante péndulo*. Él mismo aludió un par de veces a la belleza de los péndulos. Su voz hizo el resto. Ya hipnotizado, Rosa hizo el amor conmigo por última vez. Luego llegó Laura, al vernos se sintió herida y se marchó dando un portazo (al despertar de mi sueño hipnótico, creí oír una puerta. Fue tan solo el recuerdo de aquel portazo dado por Laura). No había tiempo que perder: Rosa puso la pistola en mi mano y me ordenó que le disparase. Lo hice momentos antes de que el portero viese salir a Laura (el hombre de

bigote cano había salido mucho antes). El disparo me despertó. Lo demás es historia.

Rosa, convencida de que jamás podría amar a otro hombre, decidió poner fin a su vida, pero sin renunciar a la venganza. Conociendo la adoración que Enrique le profesaba, lo obligó a ser su cómplice. Quizá dejó que le hiciese el amor. El hombre del traje gris acaso fuese un amigo de Enrique, que siempre anduvo obsesionado por los rincones oscuros de la mente y por el ocultismo. Los demás sólo fueron actores de reparto, tal vez movidos por el soborno o simplemente desconocedores de la siniestra trama. Finalmente, me resta felicitar a Rosa, quien supo dar su vida a cambio de mi infierno (y del infierno de Laura), que ahora es doblemente terrible. No me sería difícil hallar en alguna frase de Enrique el exacto motivo de mi última discusión con Laura. También ella se hallaba molesta conmigo (sin duda) a causa de algún comentario oído entre mi amigo y yo.

Quisiera dar mi vida a cambio de su libertad, pero ahora ya nada es posible.

Arderemos juntos y la venganza de Rosa será así efectiva a través de los siglos.



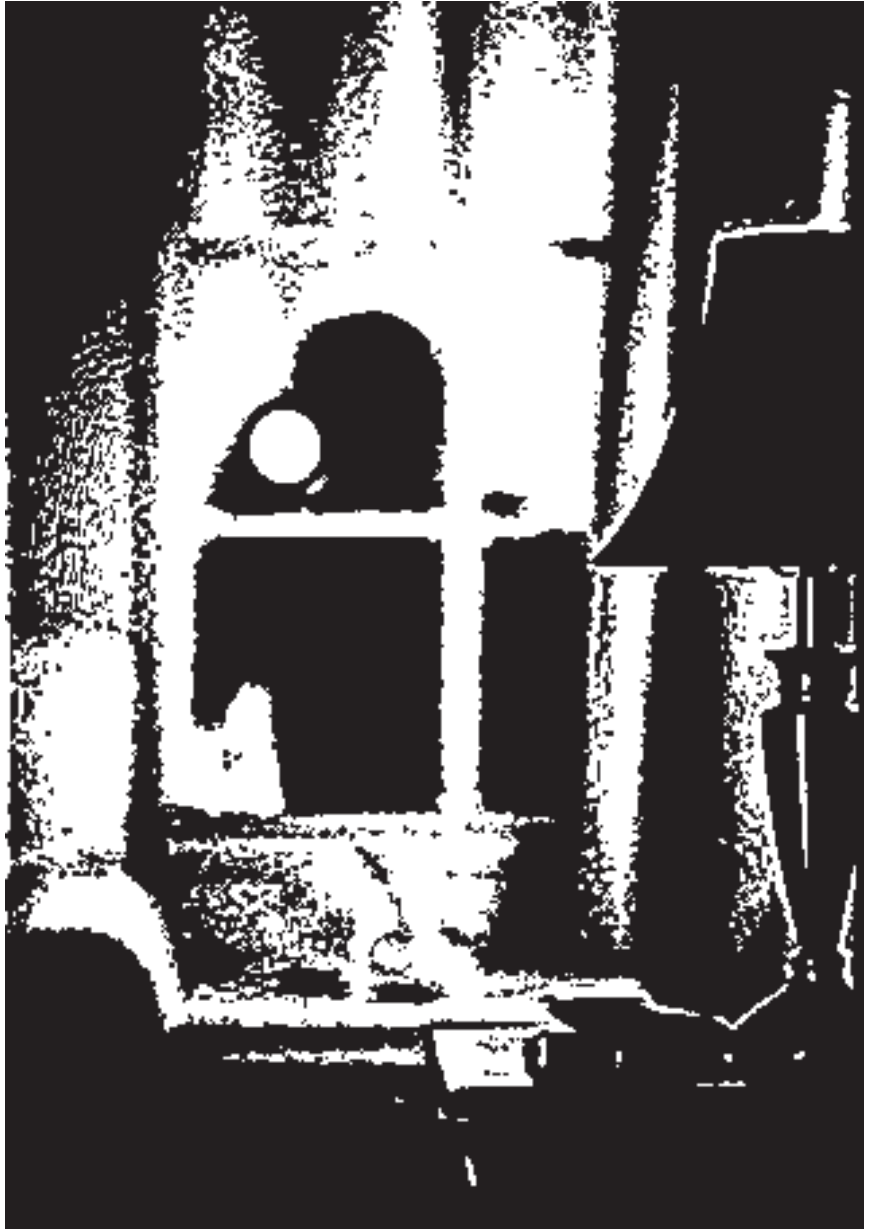


## Los profes

# María Isabel Briceño Armas

Escritora venezolana (Caracas, 1959). Reside en Los Teques, Miranda. Periodista egresada de la Universidad Central de Venezuela (UCV). Tiene un postgrado en psicología. Ha tomado talleres de narrativa con los escritores Ángel Gustavo Infante (Universidad Católica Andrés Bello, Ucab), Israel Centeno (Centro Cultural Trasncho), Carlos Sandoval y Rodrigo Blanco Calderón (Escuela de Escritores). Tiene inédito el libro *¿Qué está pasando? y otros cuentos*.

***Esto, en comparación, es plata para el papel tualé. Te estoy hablando de las propiedades, más los gastos de estadía en Washington para los hijos del asesor and family; postgrados, le llaman. Los coleguitas... casas en Montreal, París. Acciones en Panamá. Yates para veranear por el Caribe.***



Sobre fotografía original de Tetra Images - Corbis

## Los profes

### *María Isabel Briceño Armas*

—En la cocina está un juego de llaves. Encima chamo. Cabeza e Caja dijo que ahí las guardan. Tráigalas pa abrir el portón y meter la picó. ¡Vamos! A soltar cables y despegar aparatos. El 3D es para mí. ¡Muévanla! Hoy todos se fueron al operativo, pero nunca se sabe. Ténganme todo a mano. Un cuchillo y el trapo. ¡Epa chamo! ¡No jurungue esa cerámica! ¡No pensará cargarla! Poceta silenciosa, muy fino pal culo de su suegra. Aunque si es pa callársela... se le hace el favor chamo. ¡Ahí! Ni se les ocurra: son unas rosetas, el Caja las quiere pa no sé qué vaina; él dice que a esta gente le costó una bola mandarlas a traer y otra sacarlas de Aduana. ¡Epaaaa! ¡Ciérreme esa nevera! ¡Vaina! ¡Entonces pásenos ahí unas latas! ¡Ya, ya, chamos! ¡No se vino a comer! ¡Apúrenle con un martillazo! Otro golpe y ya. Tranquilos. Por aquí nadie escucha. Los caballos, allá abajo en las jaras. La caja, la otra también. Los trapos al suelo. Revisen, revisen hasta el fondo. Por algo estos cajones están tan enllavaos. Abra cajas compadre. Rompa. Así. ¡Coño, güevones! ¡No les voy a durar toda la vida!

...

—¿Y dónde almorzaremos, papi? —siempre lo llamaba por «papi». Esta maña le quedó de las rumbas de los viernes; precavidas para no meter la pata al llamarlos por nombres ya en desuso, o, peor, por el de algún otro frente activo.

—Donde quiera mi reina.

—¡Ay! me provoca algo así como un conejito al vino, allá en Los Alpes, con esa ensalada de la casa tan rica, y de postre, el strúdel con helado. Y unos güisquicos, para no perder la costumbre. Pero la dieta...

—No le pares. Esperas después de la navidad y le metes duro en el gimnasio de Maite.

—Donde Maite, donde Maite. Esa Maite no me cae muy bien. No es por ella, sino por sus empleadas, ¡unas chismosas!

—¡No seas tonta! ¿Qué empleada de gimnasio o de peluquería no lo es? Es la manera de poner la cabeza en otro sitio mientras tragan amoníaco, o se llenan de várices.

—Papi, usted sabe mucho de salones de belleza.

—Sobrado de hermanas y primas, algo escuchas.

—La cosa es que te conocen la vida de todo el mundo. Siempre empiezan con la preguntadera. Eso me pone nerviosa. Como los taxistas. Ya sabes.

—Siempre pasa. Llevan un récord de todo el mundo.

—Tampoco me puedo quedar muda; caes antipática y te tienen en sus manos. En las máquinas, te pueden dar los ejercicios menos recomendados. En la pelu, van y te queman con la cera, o te tiñen mal. Por eso les meto un cuento: me dedico a los negocios, vendo Stanhome, tengo tres hijos. Las entretengo con puras pendejadas domésticas. Pero ellas sacan sus cuentas. Ven el carro, la ropa, lo que les gasto cada semana.

—Tú, calladita.

—Lo sé. Yo misma te lo he dicho: bajo perfil, por lo de la inseguridad, y por lo otro.

—Tú tranquila. Igual te puedes hacer la lipo, o alguna vaina de esas de ahora, retoques ¿no? Y te olvidas del gimnasio.

—¡Ah! ¿Y cómo usted sabe tanto?

—¡Ah, pues! ¿No sale a cada rato por ahí? No es ningún misterio.

—Pensándolo bien, no es mala idea. Pero ¿a qué viene tanto consejito? ¿A usted ya no le gusta su gordita? ¿Acaso me los está montando con alguna cabeza de cotufa?

—¡Esto se pone bueno! Chica, ¿vamos a comer o no?

—¡Ay papi! ¡tampoco te me pongas así, no es para tanto! ¡Nos va a caer mal la comida! Si después se nos ocurre otra cosita, peor todavía, porque con la barriga llena, y bravo, papi, ¡qué va! No pega ni con cola, a ver si después va y me le da algo.

—Para andar pensando en cositas estoy yo. Cositas. No jodás. Ni con dos de las azules. Si todavía no tengo cabeza para sacar algo en limpio de las cuentas. Ya sé, ya sé. Hemos invertido en la gente nuestra: el contrato de tu cuñado, la última camioneta para mi hermana, el penthouse en Miami, lo del Junior en Nueva York, lo demás. Nos hemos visto obligados a invertir. A ti te consta. Protegernos de la devaluación, asegurarnos el futuro. Muy mercedamente, además, bastante nos jodemos. Pero este saldo en rojo por todos lados. Proveedores arrechos; el alcalde pidiendo el aumento de lo suyo. No tengo cabeza para sacar algo en limpio de las cuentas. No me cuadran las partidas, coño. Y ese muerto lo más seguro es que lo cargue yo.

—No puede ser tan grave.

—¡Cuentas que no cuadran, hija! Cuentas millardianas. No es nada más lo de nosotros. Esto, en comparación, es plata para el papel tualé. Te estoy hablando de las propiedades, más los gastos de estadía en Washington para los hijos del asesor and family; postgrados, le llaman. Los coleguitas... casas en Montreal, París. Acciones en Panamá. Yates para veranear por el Caribe. Un dúplex para la mujer del otro, aquí, en Altamira, para darse el gusto... ¿has visto?

—¡Ja ja ja! Todo el mundo sabe los gustos de Meche.

—Y las comunidades... las comunidades con esa ladilla, reclamando.

—No se me preocupe tanto, papi. Todo tiene remedio, menos la muerte. Ponga ahí a algún pendejo de sus subalternos.

—Subalterno, subalterno, ¿acaso no lo he pensado? Pero me preocupa la ley. ¡No te rías!

—Papá ¿a usted todavía le preocupa esa vaina? ¿Le cuento la última de nuestro amigo el comisario? ¿El que nos confesó lo de la juez cortada en pedacitos, la encargada del contrabando en la autopista?

—Sí, sí. ¿Qué?

—Él se lanzó con las averiguaciones, cumpliendo con la ley, decía. Lo hubieras oído. Le llegó una contraorden para que dejara todo así, y no continuara con la investigación. No sé ni cómo me lo dijo. Hablaba bajitico, cagadísimo ¡ja ja! Pidió la jubilación, no quiere trabajar más. *Mientras se sude...* me dijo. A cada momento me repetía: *Ahí está el detalle, todos los que son tontos comen pan con sudor, que aparte de ser molesto es una cochinado. ¿Dónde está la higiene? Por eso, yo no trabajo. Mientras se sude...* ¡Ja ja ja! ¡Al comisario se le volaron los tapones!

—Dirás todo lo que se te ocurra, pero yo soy el de la cartera. El de la cartera y el de la firma para todo, para las partidas especiales y para las otras, las no tan especiales, comisiones y. Ahí no cabe subalterno. Tú lo sabes. Ese fue el chino de Recadi, dejándose poner preso como un pendejo. Si enredo a algún subalterno, ya lo verás cantando como un coro sinfónico, y poniéndome de autor intelectual, material, espiritual, cualquier vaina. Luego, te apuesto, se lanza en una de relaciones, carnet por medio, unas buenas tajadas, a enchufarse de nuevo. Y yo, bien gracias.

—¿Uno de sus subalternos con más poder, mi gordo?

—¡Ay, hija! Aquí hasta el menos te controla una vaina. No te extrañe que a quien decidamos joder, sea, ponle, pana de algún pran. Como si a ti y a mí no nos bastara con estar pendiente de cubrirnos las espal...

—¡Ay ay! Quedamos en no hablar de negocios en la calle.

—Estamos en el carro.

—En plena cola. Nos escuchan de los otros.

—No seas ridícula.

—¡Ah! Ridícula.

—Bueno. Eso no fue lo.

—El otro día me acusaste de paranoica. Como si no bastara el riesgo de esto para los niños. ¿No fue suficiente el susto con Marielena cuando nos la secuestró nuestra misma gente, para presionarnos por el porcentaje en lo de lo de las importaciones?

—Perdona gordi. Perdóname. Es el estrés de andar en este modus vivendis.

—¿En dónde? ¿Modu qué?

—Déjalo, ya estamos llegando.

—¡Bueno! Pero tú tranquilo, ¿qué más te pueden hacer? ¡Trabajas demasiado duro! Sales de madrugada y ni duermes pensando en la oficina, en resolverlos a todos. Ellos lo saben. Hay que ser bien malagradecidos.

...

—Se los dije, güevones: aquí estaba lo gordo. ¡Son dólares, marico! ¡Nos

hicimos ricos! Abran las otras dos con la ganzúa. Miren a los profes, pues, ¡las joyitas! ¡Muévanla! No vamos a amanecer por aquí. Las prendas en caja aparte. Con eso nos ayuda el Manolarga. Ese muere callao. Sacudan a los perros pendejos: para cuidar están mandaos a hacer; zúmbenles algo, segurito ni comida. Esta gente piensa nada más en hacer real. ¿Nadie quiere perros en su casa? El gris vale un billete, ¿nadie se anima? ¿nadie? ¡vergación! Las lechugas los dejaron conformes. Viene la Navidad y es cuando los carajitos más piden. Y ni se diga la jeva. Lo que soy yo... ¿Y esa caja, Chocolate? ¡Coñó! ¡cantidad de frascos, compa! De aquí y del bar salen los regalos. Pura vaina fina. Locos se van a quedar. Apúrenle, coño, con las lapto, con todo lo electrónico. ¡El sambil mismo! Vamos a llevarnos otra de las camionetas. A ver, la marrona, la de los vidrios ahumaos, después que la piquen. Váyale metiendo, Manrique, y me la prende para tenerla alistaíta, eso es lo suyo, chamo.

...

—Yo insisto, papi. Debemos tomarnos un descansito. Así no puedes estar, con todas esas angustias. Después viene la diabetes, el cáncer, la, Diosnosampare.

—La verdad es. Ando todo estresado, la tembladera en el ojo. Tienes razón, gordita. Escaparnos de vez en cuando, después de almorzar, a la casa, a echar un camaroncito. Hasta eso lo tenemos abandonado. Ya ni la disfrutamos. ¡Y con lo que se le ha metido! Full bar, isla, gimnasio, jacuzzis, cancha de tenis. ¡Cómo sueño con dedicarme al tenis, con mis bermudas blancas! ¿Recuerdas, aquellas de Aruba, con bordillo azul claro?

—Sí. Allá las tienes. ¿Por mí? Yo encantada. Para eso tengo a Elena en la importadora. Se lo he dicho bien claro: cuando yo no esté, usted resuelve. La muchachita es la propia. Tierruíta, pero ya la mejoraré. De esa no salgo. Aunque ¡ni de broma se lo digo! O viene y me pide un aumento y se me mal acostumbra.

—Tienes razón en todo. Como siempre. Con este conejo también. ¡Delicioso!

—¡Mi amor! Ningún restaurante me va a volver a meter burbujas por chuletas. ¿Recuerdas en España? Salimos con el estómago todavía más estragado.

—¿Cómo no? Tapiamos hasta la madrugada. ¡Qué vaina más buena! Pura comedera, puro zapateo. ¿Recuerdas a la Pilar, la mujer de Fernando? ¿Cómo le hacíamos rueda en aquella cueva? Gozamos una bola, y todo corrió por viáticos. Así es como vale la pena. No veo el momento de arrancar para echarnos otro viajecito.

—¡La cosa es el tiempo!

—Cierto. Ahora entiendo el quebradero de cabeza de los negocios. ¡Los de abajo ni se lo imaginan! Ellos con cobrar su viernes, su dominó, las cervecitas, la parrillita del domingo. Sin mayores responsabilidades. Viéndolo bien, no es ni tan mala vida.

—¡Arnoldo! ¡Estás loco de atar, mijo! ¿No debe ser tan mala vida? ¡Precisamente! Mira, mira para abajo. Yo jamás viviría una vida tan básica, cargada de necesidades, sin dinero para gastar. Con los muchachos estudiando en esos sitios; vestidos con esos trapos. Sin comodidades. Sin ningún confort. Haciendo cola para comprar comida, ¡qué horror! Nunca darse gustos, una buena salida. Tú estabas muy claro cuando lo decidimos. O todo o nada. ¿Fue así o no fue así, Arnoldo?

—Una gran verdad, mujer. Una gran verdad. Déjame darle su propinita al parquero.

—Sí. Así está mejor. Y no se hable más del asunto. Mejor vayamos saliendo. Déjame ver. Los mensajitos. A ver. Tengo de la Beba, a ver, a ver: buzón de entrada, Ma-rie-le-na. Me dice, me dice. ¡Coño, mi amor! ¡Coño! ¡Ay, mi hija!

—¿Qué pasa gorda? ¿Qué está pasando?

...

—Jefe ¡esta carajita estaba escondida en la cocina! La encontramos por los perros, en un hueco bajo la despensa. La propia gata zumbando ñaño.

—¿Le revisaron el celular? ¡Rápido, pendejos! ¡El celular! ¿Llamó? ¿Mandó algún mensaje? ¡Ah! ¿Se la da de arrecha? Pues vamos a hacerla cantá. Tráiganmela a mi primero ¡que bien güena que está la carajita!





## 4 testimonios

# Estrella Cardona Gamio

Escritora española nacida en Valencia. Licenciada en bellas artes, pintora e ilustradora, ha realizado exposiciones tanto personales como colectivas. Ha publicado las novelas *El otro jardín* (edición de la autora, 1978) y *Adriel B., la novela de una alcohólica* (CCG Ediciones, 2006); el libro de relatos *La dependienta* (Nostrum, 2006) y el manual *Taller libre de literatura —respuestas a preguntas de escritores noveles—* (CCG, 2006). Participa con su hermana María Concepción en la conducción de CCG Ediciones. Ha colaborado en periódicos y revistas con artículos y relatos cortos del género gótico y policíaco, y ha dirigido y presentado programas de radio.

***Escucha, muchacho, sé muy bien lo que me hablo, te lo aseguro... Quieren quitarme de en medio, porque muerto valgo para ellos más que vivo. A mi ahijado, por desgracia, le gusta demasiado el juego, mi cuñada y su retoño se han cansado de la asignación que les paso y anhelan despilfarrar a lo grande sin cortapisas...***



Sobre fotografía original de Patrick Orton

## 4 testimonios

*Estrella Cardona Gamio*

### Capítulo I

#### Se cambia un testamento

Nos conocíamos desde hace muchos años y aunque yo era bastante más joven que él, uníamos una buena amistad y la mayor armonía que hubiera cabido esperar entre personas de distinta generación; yo le llevaba sus asuntos legales y, además, era su albacea testamentario.

Una mañana me llamó al despacho, quería verme «lo más pronto posible». Me extrañó la urgencia porque solía ser un hombre sin nervios, mas, afortunadamente para él, yo tenía un hueco disponible y no me fue difícil complacerle.

Era más bien delgado y a sus casi 70 años se conservaba todavía ágil e incluso juvenil. Como siempre había disfrutado de una excelente salud, bien que algo mermada con el paso de la edad —por otro lado los achaques lógicos—, me sorprendió apreciar que mostraba síntomas de cansancio al andar y que respiraba algo arrítmicamente; le dije en tono burlón, intentando disimular una repentina inquietud:

—¿Se ha estropeado el ascensor otra vez y has tenido que subir a pie?

Él hizo una mueca que pretendía ser una sonrisa.

—No, el ascensor funciona, soy yo el que empieza a oxidarse.

—Toma asiento, ¿quieres beber alguna cosa?

Se acomodó pesadamente mientras denegaba con el gesto.

—Mira, chico, voy a ir al grano, tu tiempo es precioso y el mío... En fin, verás, quiero rehacer el testamento y tú como siempre me vas a asesorar, después será

cosa del notario.

No puedo negar que me sorprendió la petición.

—¿Por qué, alguna cláusula nueva?

—Varias.

Él era un hombre de negocios que, pese a su edad, seguía dirigiéndolos con mano de hierro. Nunca se había casado y desde hacía unos cuantos años compartía su hogar con tres sobrinos y la madre de uno de ellos, una chica, en total cuatro personas: su cuñada, también viuda de otro hermano, dos féminas y el varón —este último en realidad ahijado suyo aunque le llamase tío. Los había recogido bondadosamente, primero a unos, luego a otros y desde hacía una década que no cesaba de lamentarlo diariamente; no le había salido, lo que se dice, la familia ideal.

El ahijado era un tarambana que sólo pensaba en divertirse, la cuñadita y su hija un par de víboras dispuestas a sacarle el jugo y la otra sobrina, a quien él quería de verdad, era una jovencita «extraña», por decirlo elegantemente. Padecía una enfermedad mental y alternaba etapas de completa normalidad con otras de enajenación y desvarío que obligaban a su tío a internarla cuando tenían lugar, medida que a él le apenaba sobremanera.

—¿Qué cláusulas?

El anciano respiró profundamente.

—Anda, dame un vaso de agua.

Se lo di; empezaba a alarmarme.

—Te va a sonar demencial, pero te juro que es cierto... Creo que mi parentela alberga la intención de hacerme pasar a mejor vida...

De momento no le entendí porque lo acababa de soltar como una broma, sin embargo, reaccioné enseguida.

—¿Qué dices?, ¿no sabes que esa es una acusación muy grave?

—Ya salió el hombre de leyes... Escucha, muchacho, sé muy bien lo que me hablo, te lo aseguro... Quieren quitarme de en medio, porque muerto valgo para ellos más que vivo. A mi ahijado, por desgracia, le gusta demasiado el juego, mi cuñada y su retoño se han cansado de la asignación que les paso y anhelan despilfarrar a lo grande sin cortapisas...

Encendí un cigarrillo.

—¿También sospechas de..?

El desprecio dio paso a la ternura en el rostro de mi amigo.

—No, no, ella no... Ella está fuera de toda duda, es transparente como el cristal... Por desgracia ayer le volvió a dar, el ataque, quiero decir... Tuve que internarla, permanecerá la semana de costumbre, ya sabes, y luego, como no se acuerda de nada... pues no ha pasado nada... No, ella no, pobrecita. Es la más desvalida, no lo ignoras, y debo protegerla, también por eso estoy aquí, para velar por su futuro, de lo contrario ese hatajo de vampiros...

—Bueno, vamos a ver: tú afirmas que ellos pretenden asesinarte y me imagino que a lo que has venido es a desheredarlos caso de que fallezcas en situación dudosa, pero, ¿no resultaría mucho más fácil agarrarles ahora en vida y advertirles de que si mueres en circunstancias poco claras no van a ver ni un céntimo? Mejor así, ¿no te parece?

Él asumió una vaga expresión de perplejidad.

—Sí, sí, tienes razón, también lo pensé, pero Bella —llamaba de esta forma a su sobrina favorita, porque el cuento de «La bella y la bestia» había sido el preferido de la niña en su infancia— me disuadió al sugerirme otra idea, ya sabes que cuando no está descentrada es sumamente inteligente...

Sin concretar la causa tuve miedo. Bella poseía la inteligencia, o, mejor dicho, la astucia de los locos, y un sentido de la lógica muy particular. Lo que me entristeció fue el darme cuenta de cómo, el paso de los años, menoscababa el entendimiento de aquel viejo y querido amigo.

—Voy a hacer testamento de nuevo, dejando toda mi fortuna, toda, fíjate bien, al que, de entre mis parientes mencionados, confiese, caso de morir yo en extrañas circunstancias, ser el autor de mi asesinato.

Exploté.

—¿De tu asesinato?... ¿Qué clase de absurdo es ese?... ¿Quién va a declararse asesino para cobrar una herencia?

Él me hizo un guiño infantil y malicioso, no estaba ofendido por mi arrebato.

—Ahí está el quid de la cuestión, que nadie va a ser tan estúpido como para autoinculparse, y de esta manera ninguno impugnará la herencia de Bella.

—¡Vaya un arreglo!... Recapacita, «sólo» si mueres de forma sospechosa habrá una investigación y unos presuntos culpables, de lo contrario... Además, ¿quién te ha metido a ti en la cabeza que pretenden asesinarte?... No me digas que ha sido Bella.

Entonces él se puso muy digno.

—Claro que no, existen indicios.

—¡Por el amor de Dios, si crees que eso va a suceder, cámbiate de casa o échales!... ¿Puedes permanecer tan pasivo yendo tu vida en ello? A ver, cuéntame, ¿qué indicios son esos?... Tal vez pueda aclararte las ideas.

Por primera vez, desde que nos conocíamos, él adoptó un acento de voz frío e impersonal y sus facciones se endurecieron.

—Eres mi abogado y tu obligación consiste en obedecer las solicitudes de tus clientes, no en cuestionarlas.

Ahora al que le tocó sentirse ofendido fue a mí; no obstante me sobrepuse y repliqué en un gélido tono profesional:

—A tus órdenes, podemos empezar cuando quieras.

Dos semanas después había consejo de accionistas, un consejo que nunca llegó a celebrarse porque a las 6 de la mañana de aquel mismo día fue hallado muerto en su dormitorio el presidente de la compañía y, como una de sus disposiciones fuera la de que no se abriese el testamento hasta pasado un mes de su fallecimiento, no tuve más remedio que atenerme a lo convenido.

## Capítulo II

### Un hombre asustado

Todo sucedió demasiado rápidamente ya que los hechos, mal de mi grado, se habían complicado, pues el día anterior a la muerte de mi amigo y cliente estaba yo en la cama con gripe, así que no pude asistir a las honras fúnebres del finado.

Convaleciente y aún débil, marché al bufete y lo primero que supe es que nuestro cliente había sido incinerado y las cenizas dispersas en el mar, desde su yate, por sus amantísimos sobrinos, dentro del marco de una ceremonia íntima. Pero no paró ahí la cosa; dos días antes de abrirse el testamento, recibí la visita

inesperada de un sirviente de la casa de mi amigo y el buen hombre me reveló algo inaudito: ningún doctor había reconocido el cadáver dictaminando la causa de su muerte. Ciertamente hubo un médico, pero ni siquiera entró en el dormitorio en donde yacía el cadáver; fue al despacho del fallecido, permaneciendo allí por espacio de una hora, con su ahijado; luego, al irse, dejó en poder de aquel joven desaprensivo un certificado de defunción en el que se dictaminaba que la causa del óbito era un ataque cardíaco, exactamente «fallo del corazón debido a la edad».

Me hubiera dado de bofetadas e, indignado conmigo mismo, procedí a realizar unas cautelosas averiguaciones, a las que siguieron otras no tan discretas — por supuesto, siempre conservando el anonimato de mi informador, quien, por otra parte no dejaba de inspirar una duda razonable al haber sido despedido sin motivo justificado hacía tres días. Y por fin llegó el instante de la lectura del famoso testamento, que, otra condición del extinto, debía ser leído por mí.

Ni que decir tiene que se armó la de San Quintín en cuanto se hizo público. Sólo Bella, apartada en un ángulo, permaneció fría y distante contemplando la escena con un leve matiz de aburrimiento en su hermoso rostro, porque la joven hacía honor al sobrenombre que se le daba. Podría ser una desequilibrada, pero bellísima: rubia, de ojos verdes y cuerpo escultural...

—¡Mi cuñado estaba loco, que todo se pega en esta vida, si no, ¿cómo se le pudo ocurrir semejante testamento? ¿Cuánto le pagó para que usted aceptase redactar tales cláusulas?

—Por favor, señora... Debo aclararles algo, nunca hubiera sacado a la luz este testamento de no mediar una determinada circunstancia y únicamente de ustedes depende el que la situación se despeje —hice una pausa efectista—. Se incineró con tanta rapidez al extinto que ya no es posible hacerle la autopsia...

—¿Y qué —interrumpió bravuconamente el ahijado, al que llamaré sobrino de ahora en adelante—, es un delito incinerar a un cadáver, convierte eso en criminal?

Yo le miré con severidad.

—No, pero sobornar al médico para que extienda un certificado falso, sí lo es.

Al sobrinito se le demudó el semblante y la cuñada y su hija se volvieron hacia él como dos panteras dispuestas a saltar sobre su presa. El joven balbuceó:

—¿Quién... quién le ha dicho eso?

—Poco importa quién me lo haya dicho, pero es usted el más indicado para esclarecerlo.

Igual que el ratón cogido en la trampa, el sobrino de mi amigo adoptó una expresión aterrorizada. Abrió la boca y no profirió sonido alguno.

Su tía chilló de manera muy desagradable:

—¿Qué es lo que pasa aquí?... ¿Quieres explicarme de qué está hablando el abogado?

—Sería mejor que nos dejaran a solas para que este señor y yo pudiéramos hablar con tranquilidad.

La arpía, que debía haber visto muchos telefilms, vociferó suspicaz:

—¡Eso, solitos los dos y a hacer un trato, ¿no?... ¡Ese imbécil se declara culpable y usted saca una buena tajada del caso!

—Señora, les agradecería a usted y a su hija que salieran durante unos minutos a la antesala.

—¿Y «esa» qué, se queda ahí en *petit comité* con los dos?

Bella continuaba inmutable como la Esfinge.

—¿No le molesta que nos acompañe su prima? —pregunté en cuanto las dos mujeres abandonaron a regañadientes la estancia. El sobrino, viva estampa de la angustia, denegó vagamente; había dejado toda fanfarronería.

—Oiga, créame, por favor, yo no le maté... Si se extendió aquel certificado sin comprobar nada, fue por miedo... Últimamente mi tío daba la impresión de haberse vuelto paranoico; cualquier cosa que comiera o bebiera nos la hacía probar antes a nosotros y, al irse a acostar, cerraba con llave la puerta de su dormitorio... En alguna ocasión dejó caer «seguro que os alegraríais si yo muriese»... pero eso no era verdad y se lo digo por motivos egoístas. Él nos confesó hace años que, a su muerte, dejaría un vitalicio a cada uno de nosotros, algo muy digno para vivir con holgura siempre y cuando procurásemos no gastar más de lo necesario... Comprenderá que a mí personalmente, no soy portavoz de nadie, me interesaba mucho que no falleciera, porque sacaba más de él en vida...

Parecía hablar francamente. Le interrumpí con un ademán.

—Bien, admitamos que usted no tuvo nada que ver con su muerte, que ni siquiera le pasó por la mente. Sin embargo, por lo visto él temía que le liquidaran... Si sospechaba de los tres y usted no lo hizo, nos quedan... Dígame, ¿a quién se le ocurrió la idea de incinerar el cadáver?

—A nuestra tía.

Era Bella la que había hablado en voz no demasiado alta.

Lancé una rápida ojeada hacia el sobrino para que me lo confirmase. Éste, que tenía la frente perlada de un sudor frío, nos miró a los dos con mueca de animal acorralado.

—Sí, es cierto, fue a ella.

## Capítulo III

### Segundo testimonio

Bien, ya tenía otro presunto culpable y debo reconocer que no fui muy imparcial a la hora de traspasarle el muerto, nunca mejor dicho, a la dama, pero lo cierto es que la señora despertaba con más facilidad la antipatía que no otra cosa. Conecté el intercomunicador y ordené que se dejara entrar a la hija de la cuñada del fallecido.

Su sobrino me miró con sorpresa.

—¿Ella, por qué no su madre?... Yo pensaba...

No tuve tiempo de responderle, se abrió la puerta, penetró la chica y los gruñidos de la madre quedaron fuera.

—¿Se puede saber a qué viene esta comedia?... ¿Quién se cree que es usted, Sherlock Holmes?, no me haga reír —se sentó enfurruñada en un sillón—. ¿Qué demonios supone que puedo confesarle?

Contaba unos 26 años, era pelirroja y no precisamente guapa, aunque ella sí daba la impresión de creérselo. Se la veía algo obtusa y más que ambiciosa, codiciosa.

—No lo sé, espero al menos que tenga algo que contar referente a la noche en que murió su tío, a qué hora lo vio por última vez, en fin, lo que buenamente recuerde.

Ella frunció el ceño.

—Mi tío y yo... Bueno, me imagino que ya se lo habrán dicho estos dos.

—No me han dicho nada, por eso pregunto.

—¡Vaya, cuánta discreción!... Mi tío y yo no nos tragábamos, ¿sabe?... Él pensaba de mí que yo era una inútil y yo de él que era un viejo tacaño y egoísta... La última noche no le vi más que un momento antes de cenar. Entraban en el comedor, yo bajaba la escalera que conducía al vestíbulo y mi tío me descubrió muy en contra de mi voluntad.

—¿Adónde vas? —quiso saber.

—Salgo a cenar y luego a la disco.

—¿Con quién?

Al viejo le gustaba dárselas de patriarca y esto era algo que a mí me fastidiaba mucho.

—No creo que sea asunto de tu incumbencia.

Él se puso rojo de ira.

—¡Eres una desagradecida y una..!

Mi madre intervino, le repateaba que su cuñado fuese tan intransigente.

—La chica es joven, tiene derecho a divertirse.

Yo estaba furiosa.

—No te preocupes por el dinero, me lo pagan todo.

Mi tío me lanzó una mirada de profundo desprecio, que, la verdad, me hirió en el alma.

—De eso no me cabe la menor duda —dijo pronunciando lentamente las palabras como dando a entender más de lo que decía.

—Ahora sólo falta que añadas que voy de fulana por la vida.

—No pondría la mano en el fuego —afirmó él encogiéndose de hombros mientras daba media vuelta para meterse en el comedor.

Entonces chillé:

—¡Te odio, ojalá reventaras cualquier día de éstos!

Y salí corriendo de aquella casa.

—¿Sabe que semejante declaración no la ayuda en nada?

Ella me lanzó una mirada desdeñosa.

—Tenía que hacerlo porque fue lo que dije y si no lo hago yo, doña perfecta acabaría cotilleádoselo a usted, o mi querido primo.

El primo abrió la boca con aparente indignación, mas optó por cerrarla.

—De acuerdo, continúe, por favor. ¿Qué sucedió luego?

—¿Luego? —se encogió de hombros—. No lo sé, yo no estaba. Regresé sobre las 5 de la madrugada. El viejo siempre se levantaba a eso de las 6 y yo no tenía ganas de encontrármelo otra vez en el hall, con que me metí de puntillas en mi cuarto y a dormir porque me caía de sueño... Al cabo me despertaron pasos, voces, ruido y entró mi madre toda alterada para decirme que el tío estaba muerto, que debía haber fallecido mientras...

La interrumpí.

—¿Su madre no le hizo ninguna pregunta?

Ella sonrió de forma torcida.

—¿Cómo lo sabe?... Gajes del oficio, ¿no?... Claro que me hizo una pregunta, la misma que está usted deseando hacerme, pero de otra manera, quería saber a qué hora había llegado y si me había visto alguien y usted piensa que si fui yo la que vi a ese alguien saliendo o entrando del dormitorio de mi tío, al llegar a casa de madrugada.

Debo reconocer que no era tan estúpida como parecía.

—¿Y vio a alguien?

Ella sostuvo mi mirada con impertinencia.

—Si lo hubiera visto, y esa persona hubiese sido el asesino de mi tío, en el transcurso de un mes yo me habría convertido en la segunda víctima, ¿no le parece?

—Tiene usted mucha razón, señorita, a menos, y es sólo una hipótesis, que fuera usted el criminal, lógicamente, entonces, no podía matarse a sí misma.

Un pesado silencio revoloteó durante varios segundos sobre nosotros tres; de repente, la puerta de mi despacho se abrió de forma violenta —tengo que confesar que me había dejado conectado el interfono a propósito—, e hizo su teatral aparición la cuñada de mi amigo. Semejaba que le iba a dar un ataque; los ojos le salían de las órbitas, gritó agudamente:

—¡Deje en paz a mi hija, yo fui quien le mató, yo lo hice, ella no tuvo nada que ver, fui yo..!

Podrá parecer extraño, pero algo dentro de mí me dijo en ese preciso instante que aquella mujer mentía, ¿o me equivocaba una vez más?

## Capítulo IV

### La señora confiesa

La confesión de la cuñada de mi amigo nos dejó a todos mudos por la sorpresa. La señora, sesentona, rubia teñida, pelo corto, ojos pequeños y muy juntos, alta y robusta, estaba fuera de sí. Oyéndola, a su hija se le había desencajado el semblante, el sobrino tuvo un curioso gesto de alivio, y Bella, imperturbable hasta el momento, esbozó una leve mueca de conmiseración.

—¡Mi hija no ha matado a nadie! —vociferó la mujer una vez más.

Ellos ignoraban que yo procedía según un plan preconcebido. Cogí a la furia aquella por el brazo y me la llevé a un aislado saloncito que era de mi uso personal.

—Siéntese, por favor.

—¡Mi hija..!

—De acuerdo, su hija no ha matado a nadie... Cálmese... Lo hecho está, pero yo necesito saber de qué modo y manera llevó usted a cabo el crimen.

Ella se puso a hablar como si le hubieran dado cuerda.

—Todos estábamos más que hartos porque mi cuñado era un auténtico tirano en casa. Bueno, la excepción, Bella, le tenía literalmente sorbido el seso... Y no es para menos... ¿Sabe usted una cosa?, pues siempre he sospechado que esa criatura era su hija...

Esto sí que no me lo esperaba.

—¿Cómo dice?

Ella sonrió con sucia expresión; muy desagradable.

—Lo que oye, señor abogado, su hija, su queridísima hijita. Legalmente Bella es la hija de su hermano pequeño, pero teniendo en cuenta que el padre de la niña murió al mes de casarse y Bella fue sietemesina...

—¡Señora, eso no prueba nada!

—Por supuesto, ahora, lo que usted ignora, por lo que veo, es que su apreciado amigo y cliente estaba a punto de casarse con la madre de Bella cuando entró en escena el hermano y le birló la novia... Con justificación, créame; era un chico alegre y divertido, al revés del otro, fue lo que se dice un flechazo, se fugaron y todo eso. Él se mató en un accidente de coche, habrá oído hablar de ello, ¿no?, y si tenemos en cuenta que se escaparon a los 15 días de conocerse, y, según luego se rumoreó, ella estaba de dos meses en el momento de huir, no hay que ser demasiado mal pensado, digo yo.

Me serví un trago de algo fuerte; creo que lo necesitaba.

—Pero si Bella hubiera sido su hija... Vaya, que él me lo hubiera dicho y más estando por medio un asunto como el de la herencia...

Ella sonrió triunfalmente.

—Así era mi cuñado de retorcido, nadie lo sabe tan bien como yo... Y le diré más, de un año a esta parte no sé qué misterios se llevaba con la preciosa Bella que todas las mañanas se metía en su dormitorio muy temprano abandonándolo una hora más tarde, igual por las noches y cada vez que salía de allí él por las mañanas, se le veía muy orondo y satisfecho... Complacido, ¿me sigue?

Aquella mujer tenía un basurero por cerebro.

—Señora, eso que está asegurando habría que probarlo y éste no es el caso. Aquí se trata de que usted confiese un asesinato ofreciendo toda clase de pormenores del mismo, según su autoinculpación.

La individua se encogió de hombros contrariada.

—Sí, desde luego —hizo una pausa, sus ojos, como canicas diminutas y brillantes iban de un lado para otro de la habitación, inquietos—. Debía morir para que nosotras fuéramos libres, mi hija tenía derecho a pasárselo bien y a que ese viejo odioso no la estuviera siempre riñendo y amonestando, cuando no la insultaba... Lo hice por mi hija —concluyó con impertinencia.

—Bien, señora, ¿cómo lo mató usted?

Ella me lanzó una mirada pensativa.

—¿Cómo?... Le envenené, le fui envenenando poco a poco cada día, llevaba unos 6 meses haciéndolo, le iba dando arsénico en la comida, en pequeñas dosis al principio... Así él empezó a sentirse mal lentamente. Era listo y debió suponer que algo pasaba...

—Pero él les hacía probar la comida, ¿no?

—Sí, claro, ¡menudo era!, sin embargo yo tampoco soy tonta y siempre encontraba la forma de darle el veneno sin que sospechara.

—No dudo de sus capacidades, mas, por error, ¿no podía suceder que fuese su hija la que resultara envenenada, o cualquier otro?

Ella volvió a sonreír esta vez con expresión de triunfo.

—Mi hija nunca comía ni cenaba en casa, esa era otra cuestión que a él le ponía frenético... En cuanto a los demás no me iba a dejar coger por un error como usted comprenderá.

Me quedé silencioso unos instantes, lo que quería saber ya lo sabía: aquella mujer no era la autora de la muerte de mi amigo. En esta ocasión me tocó a mí sonreír triunfalmente.

—Señora, permítame que le lleve la contraria. Usted no ha matado a nadie. Yo también he hecho mis averiguaciones antes de dar lectura pública del testamento... Desde hace un año, su cuñado venía padeciendo de un problema cardíaco de degeneración progresiva, me lo ha confirmado su médico de cabecera, y le hacían un seguimiento riguroso a base de chequeos mensuales, incluido el análisis de sangre... **POR TANTO, SEÑORA, USTED NO ENVENENÓ A NADIE, PORQUE, JAMÁS, EN NINGÚN ANÁLISIS, SALIERON INDICIOS DE ARSÉNICO EN LA SANGRE DE SU CUÑADO...** Y, además, el envenenamiento por arsénico ofrece los síntomas de una gastroenteritis, síntomas que nunca presentó el fallecido...

La mujer me miraba con la boca abierta y si ya normalmente resultaba poco agraciada, entonces se la veía francamente repulsiva.

—Pues, ¿quién lo hizo?

—Le voy a decir algo, estoy empezando a creer que no lo mató nadie, que se murió de muerte natural, es decir, de un ataque cardíaco, simplemente, pero

que en este asunto, lo que ha entrado en danza ha sido la mala conciencia de algunos... Verá, él tomaba un fármaco llamado Tretapozim, que sólo se expende con receta de tres médicos, fijese si está controlado, y siendo un medicamento eficaz no parecía hacerle ningún efecto, o, en el mejor de los casos, y eso al principio, muy leve...

—¿Entonces?... —preguntó ella desmayadamente.

—Entonces, ahora usted va a ser tan amable de quedarse aquí y no salir hasta que yo la llame.

—¿Les va a interrogar?

Sonreí.

—Tranquila, les voy a tender la misma trampa que le he tendido a usted.

Pero al entrar en el despacho se me ocurrió que si alguien lo había asesinado podía haberlo hecho de forma rápida y por otros medios.

## Capítulo V

### Bella

Cuando entré en el despacho, la hija de la falsa culpable paseaba arriba y abajo como un lobo enjaulado, el sobrino fumaba nervioso, y Bella, aburrida, miraba el suelo.

¡Cielos, qué hermosa era!... Se parecía a Kim Basinger, una Kim Basinger de 18 años. ¿Sería realmente Bella la hija de mi pobre amigo? Y digo bien, «pobre», ya que no se me ocultaba el hecho de que si había sido su hermano quien le robó la novia, mi cliente no era el malo de la película como sugería la víbora de su cuñada.

—¿Y mamá? —quiso saber la pelirroja deteniendo sus idas y venidas.

—No se altere, está muy bien, además, no ha matado a nadie y comparecerá cuando yo la llame. Antes quiero que charlemos un poquito...

El sobrino se revolvió nervioso, se le veía aturdido y confuso.

—¿De qué hemos de charlar?, ¿no se ha confesado mi tía culpable ya?

Decididamente el tipo estaba desconectado.

—Acabo de decir que ella no ha matado a nadie, así que el puzzle todavía está incompleto. Veamos... Aun cuando su confesión de antes respecto al vitalicio de su tío es correcta, en el momento actual usted tiene deudas de juego millonarias y dos días antes de la muerte de su tío un acreedor suyo fue a visitarle con fin y objeto de que aquél pagase por usted, a lo que el fallecido se negó...

A medida que me escuchaba, el sobrino se fue quedando lívido y de súbito explotó apasionadamente:

—¡Era un cerdo, un cerdo, cuando llegué por la noche me lo dijo, que me pudriese en los mismísimos infiernos, que se desentendía de mí, que le importaba un bledo el que me metieran en la cárcel, que me estaría muy bien empleado!

Súbitamente se echó a llorar; constituía un penoso espectáculo.

—¡Y tú le mataste! —aulló su enfurecida prima, mientras Bella les contemplaba a los dos con desdén.

—¡Yo no maté a nadie! —gimoteó el otro—. Pero bien que se lo merecía el muy avaro... ¡Le hubiese retorcido el cuello igual que a una gallina!

—Pudo haberlo hecho, introducirse en su cuarto y estrangularle —insinué yo.

El sobrino repuso malhumorado:

—No sé cómo; siempre dormía encerrado bajo llave. Tuvimos que llamar a un cerrajero para que abriese la puerta a la mañana siguiente.

—Sí, lo sé, pero el asesino podía estar al acecho de que su víctima saliera por la noche del cuarto —al parecer los movimientos de su tío estaban bastante vigilados dentro de la casa—, se esconde allí y cuando él regresa lo mata de forma violenta aunque sin arma blanca, lo pone en la cama, sale, cierra la puerta con llave y posteriormente la reintegra al dormitorio del fallecido en todo el alboroto que se sucede al descubrimiento del cadáver... —miré fijamente a la inquieta muchacha cuya madre se había inculpado—. O bien se tropieza con el asesino por casualidad, al volver de la discoteca, discuten, él, cegado por la ira, la quiere pegar, ella le empuja y él cae al suelo con tan mala fortuna que se rompe el cuello... Después el proceso es el mismo en lo que atañe a la llave.

La pelirroja se mordió los labios.

—No fui yo.

—¡Ni yo tampoco! —saltó el sobrino rápidamente.

Volví a coger el testamento que estaba sobre la mesa del despacho.

—Tal vez ahora cambien de opinión si me dejan concluir la lectura del testamento, cuya última cláusula estipula lo siguiente —leí en voz alta—: «Caso de que mi muerte sea natural, toda mi fortuna pasará a las manos de mi sobrina Bella».

—¡Eso nunca!

De nuevo la cuñada hacía otra de sus apariciones teatrales y en ésta, más desencajada y furiosa que antes.

—¡Con que ese era el juegucito del muy bastardo, eliminarnos de la herencia para dejárselo todo a la loca esta..! ¡Pues si se imaginaba que nos íbamos a quedar de brazos cruzados y muertos de miedo, lo tiene claro allí donde se encuentre!... ¡Impugnaremos, mi hija y yo impugnaremos!

—¡Seremos tres a impugnar! —chilló envalentonado el sobrino.

Yo sugerí como al descuido:

—No hace falta, bastará con que alguien de ustedes se declare culpable y señale evidencias.

—¿Qué evidencias? —exclamó con desesperación el sobrino.

Y la hija de su madre (nunca mejor expresado):

—Podría decir que yo le envenené, o, mejor, mi madre, de esta manera yo disfrutaría de la herencia... No te importa, ¿verdad, mamá?, como ya te has inculcado antes...

—Basta.

Era la voz de Bella, suave pero enérgica. Todos nos volvimos a mirarla. En su condición de persona incapacitada legalmente, la habíamos olvidado por completo, dejándola relegada a su eterna condición de bonito objeto de adorno.

Bella se levantó, acercándoseme.

—No hace falta que busque más, tenga.

Lo que me alargaba era un pequeño frasquito en cuya etiqueta campeaba un nombre: Tretapozim. La miré atónito; ella sonrió divertida.

—Mi tío padecía del corazón y le habían recetado este fármaco. Todo empe-

zó hace un año. El medicamento lo guardaba yo y él venía cada noche y cada mañana a tomarse su píldora... La reacción siempre le dejaba postrado durante media hora. Lo que él no sabía es que yo cambiaba las píldoras por un placebo sustraído en mis internamientos mensuales en el sanatorio, de esta forma iba empeorando... Porque yo, señor abogado, fui quien le mató... Cuando me enteré de que le iban a cambiar de medicación supuse que tarde o temprano me descubrirían y decidí obrar en consecuencia, en lugar de placebo le di un somnífero. Yo tenía una copia de la llave del cuarto, ¿eso no se le había ocurrido, señor abogado?... Aquella noche entré, ahogándole con la almohada, después salí, cerré cuidadosamente y el resto... ¿Me da un cigarrillo?, tengo ganas de fumar ahora...

Maquinalmente hice lo que me solicitaba.

—Pero, ¿por qué, por qué? —empecé a tartamudear consternado.

Ella había tomado asiento sobre una esquina de la mesa escritorio y nos contemplaba a los cuatro como si fuera la espectadora de una obra de teatro.

—Sencillamente —explicó con una voz desprovista de matices—, porque estaba harta de que me encerrase cada vez que me duele la cabeza, harta de que no me dejase vivir como a las demás chicas de mi edad... He tenido institutrices, profesores particulares, nunca he ido al colegio ni a la universidad, jamás se me permitió tener amigas... Estaba harta... Era egoísta y absorbente... y mentiroso... Cuando cumplí los 18 años me reveló que él era mi padre, mi verdadero padre, y como mi madre ya había muerto no pude preguntárselo a ella... Pero mi padre legítimo se mató en un accidente, eso lo sabemos todos, y mamá odiaba a mi tío, nunca me lo ocultó y jamás quiso nada de lo que él le pudiera ofrecer, porque si ella estuviese viva, yo no habría sido recogida por él ni estaría aquí ahora... Ella murió de pena... Sin embargo la he vengado... Yo fui quien le sugerí al tío el que redactara este nuevo testamento, supe convencerle... El muy bobo me adoraba y siempre me lo dio todo, todo menos la libertad...

Yo no sabía ya ni lo que pensaba; el golpe había sido muy fuerte.

—La internarán de por vida, Bella... —atiné a decir con un hilo de voz.

Ella denegó lentamente con la cabeza.

—No, abogado, no, legalmente soy irresponsable... Mi tío era mi tutor y la última cláusula del testamento, que aún no ha acabado de leer, le concede a usted tal prerrogativa... Me encerrarán en una institución mental de lujo durante algún tiempo, luego saldré por buena conducta, incluso dirán que me he cura-

do, quedando bajo su custodia...

En el momento que se describen estos hechos, Bella ya había cumplido la mayoría de edad, y la condena, como ella supuso, no fue muy dura, porque, ¿puede uno asombrarse de que un loco cometa locuras si su mente no rige? Tal fue mi alegato en su defensa.

En la actualidad cuenta 22 años —estando, si cabe, aun más hermosa que entonces—, y hace tres que se halla felizmente casada... Por favor, no me pregunten el nombre de su marido, aunque ya supongo que imaginan ustedes de quién se trata.

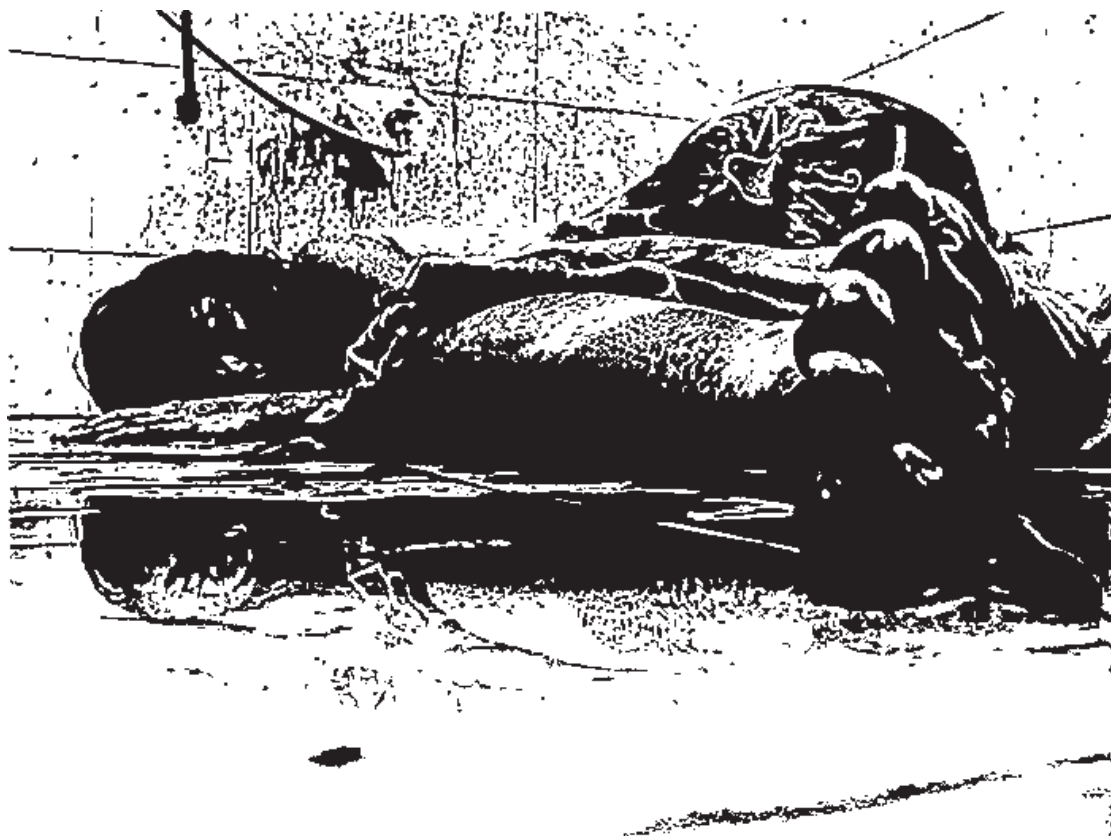


## Asesinato en Pekín

# Wilfredo Carrizales

Escritor y sinólogo venezolano (Cagua, Aragua, 1951). Reside actualmente en Peking, China, donde estudió chino moderno y clásico, así como historia de la cultura china en la Universidad de Peking (1977-1982). De septiembre de 2001 a septiembre de 2008 fue agregado cultural de la Embajada de Venezuela en China. Textos suyos han aparecido en diversos medios de comunicación de Venezuela y China, entre otros países. También ha publicado los poemarios *Ideogramas* (Maracay, Venezuela, 1992) y *Mudanzas, el hábito* (Pekín, China, 2003), el libro de cuentos *Calma final* (Maracay, 1995), los libros de prosa poética *Textos de las estaciones* (Editorial Letralia, 2003; edición bilingüe español-chino con fotografías, Editorial La Lagartija Erudita, Peking, 2006), *Postales* (Corporación Cultural Beijing Xingsuo, Pekín, 2004), *La casa que me habita* (edición ilustrada; Editorial La Lagartija Erudita, Peking, 2004; versión en chino de Chang Shiru, Editorial de las Nacionalidades, 2006; Editorial Letralia, 2006) y *Vestigios en la arena* (Editorial La Lagartija Erudita, Peking, 2007), el libro de brevedades *Desde el Cinabrio* (Editorial La Lagartija Erudita, Peking, 2005), la antología digital de poesía y fotografía *Intromisiones, radiogramas y telegramas* (Editorial Cinosargo, 2008) y cuatro traducciones del chino al castellano, entre las que se cuenta *Libro del amor*, de Feng Menglong (bid & co. editor, 2008). La edición digital de su libro *La casa que me habita* recibió el IV Premio Nacional del Libro 2006 para la Región Centro Occidental de Venezuela en la mención «Libros con nuevos soportes» de la categoría C, «Libros, revistas, catálogos, afiches y sitios electrónicos».

***Lo primero que vio el hombre encargado de la limpieza, cuando empujó la puerta del baño común del edificio, fue el pie ensangrentado de una mujer muerta que yacía tumbada de costado sobre el piso. En un solo temblor salió disparado de allí a llamar por teléfono a la policía.***



Sobre fotografía original de Eikoh Hosoe

## Asesinato en Pekín

*Wilfredo Carrizales*

Lo primero que vio el hombre encargado de la limpieza, cuando empujó la puerta del baño común del edificio, fue el pie ensangrentado de una mujer muerta que yacía tumbada de costado sobre el piso. En un solo temblor salió disparado de allí a llamar por teléfono a la policía. Eran las 6:10 de la mañana de un lunes de mediados de abril que prometía un sol radiante.

El subinspector Liu Wumao (a quien la gente apodaba «el Inexpresivo»), de la Brigada de Homicidios de la Comisaría de Policía del distrito Haidian de Pekín, llegó a la escena del crimen casi media hora después de recibida la llamada. Numerosos curiosos estaban agolpados a las puertas del edificio haciendo conjeturas y discutiendo, contenidos por policías uniformados. Al ver arribar en una patrulla policial al subinspector Liu, todos se callaron y dejaron la entrada libre. Liu los fulminó con una feroz mirada y los curiosos se retiraron un poco. El subinspector ingresó directamente al cuarto del bedel, ubicado al no más traspasar la puerta principal del edificio. Sin anunciarse, entró y encontró a un hombre cincuentón, de contextura robusta, sentado en una silla y fumando dos cigarrillos al mismo tiempo. El cenicero a su lado estaba rebosante de colillas y el humo inundaba el ambiente. El hombre ni siquiera levantó la cabeza cuando Liu se le paró enfrente. Liu dijo: «Soy el subinspector Wumao y quiero saber por qué mataste a esa mujer». El bedel se desencajó y comenzó a tartamudear: «Yo... yo... no he... matado... a... a nadie». Liu, imperativo, le ordenó: «¡Dame un cigarrillo! Olvidé los míos por la premura en venir... Llévame al baño. Quiero echar un vistazo». El bedel lo condujo hasta el final del pasillo donde se encontraba la sala de baño común. El subinspector Liu penetró y también lo primero con lo que chocó su mirada fue el pie izquierdo de la occisa en escorzo. El cuerpo desnudo estaba medio cubierto con una toalla delgada y barata. El piso y las paredes del baño mostraban abundantes manchas de sangre. Liu percibió en la sangre, aún sin coagular del todo, un aroma inaudito, no repulsivo, pero imposible de describir y que nunca antes había oído en otras víctimas de asesinato. Por la

cantidad de sangre acumulada alrededor de la occisa —una mujer de entre 22 y 26 años—, dedujo que había sido herida varias veces con un objeto punzo-penetrante. Antes de abandonar la sala de baño le dio una postrera ojeada a la mujer: era bella, de buenas formas y larga cabellera negra. Al salir, encontró en la puerta del lavatorio al bedel, quien se restregaba las manos y suspiraba ininterrumpidamente. El subinspector lo aferró por un brazo y le dijo que lo acompañara a la comisaría. El hombre se dejó llevar sin oponer resistencia.

En la comisaría, el subinspector Liu les ordenó a dos policías que condujeran al sospechoso a la sala de interrogatorios y que lo presionaran al máximo hasta que confesara y si era necesario, le podían dar un par de bofetadas. Mientras tanto, él se comunicó con el médico forense para que le tuviera listo un informe preliminar esa misma mañana y lo urgió a realizar cuanto antes la necropsia al cadáver. Después de fumarse un cigarrillo, meditó sobre el crimen e intuyó que se iba a resolver pronto y así podría retirarse a su casa a descansar un poco y a jugar con su único hijo, todavía pequeño.

Tocaron a su puerta y entró uno de los policías con una hoja de papel donde había anotado las pocas cosas que le habían sacado al sospechoso: nombre y apellido, edad, lugar de procedencia, tiempo que llevaba trabajando en aquel edificio, situación en la capital, carencia de antecedentes penales, nombres de personas cercanas que lo conocían... El subinspector Liu leyó todo de un tirón. Se levantó de su silla y decidió él mismo continuar el interrogatorio.

El sospechoso estaba como derrumbado en una silla sin respaldo. Su rostro permanecía iluminado por dos potentes focos de luz. Se notaba extenuado y al borde del llanto. Liu lo enfrentó sin ningún preámbulo, llamándole por su apellido: «Mira, Wang, es mejor que confieses de una vez. Mis muchachos están perdiendo la paciencia y todos queremos irnos a descansar». El bedel abrió la boca con desgano y dijo: «Señor, ya les he dicho a ellos que ignoro cómo se llamaba la mujer asesinada. Sólo la vi un par de veces cuando me la topé por casualidad en el pasillo. No sé nada acerca de ella, ni qué hacía, ni dónde trabajaba. ¿Por qué no me creen e insisten en que yo la maté? ¿Tengo yo cara de asesino? ¿Tengo yo manos de criminal?». Esto último lo dijo mostrándole sus manos callosas a Liu, quien hizo un gesto de desdén. El subinspector abandonó el sitio y con un ademán les indicó a sus hombres que continuaran interrogándolo hasta lograr una confesión.

De regreso en su oficina, Liu se puso a revisar unos casos pendientes. A media mañana sonó el teléfono. Era el médico forense. Le leyó pausadamente el informe preliminar a Liu: «La occisa, mujer de entre unos 22 y 27 años, había

recibido veintitrés puñaladas: una en pleno corazón y las restantes en el vientre. Sólo con la que recibió en el corazón habría bastado para matarla. Resulta notable que la última expresión de su rostro no muestra dolor ni sufrimiento. A pesar del número de heridas sufridas, la cantidad de sangre vertida no fue excesiva. Arrojó extrañeza un especial aroma de la sangre y su lenta velocidad de coagulación. Aparentemente no sufrió violación; sin embargo, hay que esperar el informe de la autopsia que se le practicará esta misma tarde». Liu dio las gracias y colgó el teléfono. Prosiguió con la lectura de los legajos. Al rato entró una guapa funcionaria con un breve informe, en parte levantado en el sitio del crimen. Liu lo recibió con un leve movimiento de cabeza y le guiñó un ojo a la joven mujer, quien se ruborizó y salió de prisa. En el informe se leía: «No fueron encontradas huellas dactilares de otra persona, ni sobre las paredes ni encima del piso. El asesino debió utilizar guantes para matar a la mujer con un puñal de mediano tamaño y luego embadurnar las paredes con la sangre de la occisa. Las huellas dactilares de la víctima corresponden a la ciudadana Shi Mei, de 23 años, oriunda de la ciudad de Shangqiu de la provincia de Henan. Hay que pedir apoyo al Departamento de Policía de Shangqiu para ubicar la dirección de la casa de la occisa en esa ciudad. La ciudadana Shi Mei hacía sólo dos meses había llegado a Beijing y trabajaba como ‘dama de compañía’ en un local de karaoke situado muy cerca del lugar donde residía y fue hallada muerta. No tenía amigos o amigas, ni parientes, en Beijing, y vivía sola en uno de los cuartuchos de aquel edificio. En la minúscula habitación no se encontraron rastros de lucha. Las pocas pertenencias de la víctima —un par de calzados a la moda, algunas sencillas prendas de vestir— estaban sobre un cajón. Únicamente se notó la falta de su credencial de identidad. Es posible que poseyera teléfono móvil, pero tampoco se localizó».

A Liu este asesinato comenzaba a parecerle fuera de serie, poseedor de unas características especiales que lo diferenciaban ostensiblemente del resto que había investigado durante su carrera de más de veinte años. Shi Mei, la víctima, tenía 23 años de edad y había sido asesinada de igual número de puñaladas. ¿Habría sido un acto de venganza, un asesinato por encargo o un ajusticiamiento ritualístico? Volvió a la sala de interrogatorios y miró al sospechoso con otros ojos. Algo le decía que aquel hombre era inocente, pero primero tenía que indagar otros detalles. Por la noche iría al local de karaoke a interrogar a los encargados y a las compañeras de la occisa para ver si aportaban nuevos elementos. De paso, ordenó que le trajeran agua y algo de comer al extenuado bedel.

El subinspector Liu se apareció a las ocho de la noche en el local de karaoke acompañado por sus hombres de confianza, todos vestidos de civil para no pro-

vocar una estampida. De inmediato, Liu pidió hablar con los encargados, quienes no le aportaron gran cosa, excepto que la occisa llevaba trabajando allí un poco más de dos semanas. Entonces, el subinspector exigió congregarse a la «mami» y a las muchachas del local que habían tratado a Shi Mei. Las interrogó minuciosamente y sacó en claro dos cosas: la occisa usaba un nombre supuesto para ocultar su identidad (algo muy común entre las trabajadoras de este sector laboral) y no le gustaba intimar con nadie, ni con los clientes ni con sus compañeras.

Liu decidió entonces regresar a su oficina a ver si había llegado el informe de la necropsia. Lo encontró encima de su escritorio. Abrió el sobre oficial y leyó el lacónico documento: «La occisa medía un metro con setenta centímetros de altura, de piel blanca, ojos negros y larga cabellera muy oscura. No presentaba cicatrices en ninguna parte de su cuerpo ni tampoco señales de haber sido violada. Murió de manera casi instantánea como consecuencia de la primera puñalada que le atravesó el corazón. Esto debió ocurrir alrededor de las dos de la madrugada. El resto de sus órganos vitales estaba en perfecto estado. Las otras veintidós puñaladas que recibió se centraron en el bajo vientre. Se constató que la víctima estaba embarazada desde hacía dos meses». Liu, estupefacto, volvió a leer la última línea del informe: «... Se constató que la víctima estaba embarazada desde hacía dos meses». «Definitivamente, el sospechoso no es el asesino. No pertenece al tipo de hombre capaz de hacer una salvajada como esa. Impartiré la orden para que lo pongan de inmediato en libertad», pensó Liu, mientras daba unos pasos en la oficina. Enseguida se comunicó con su superior y le dio por teléfono un informe pormenorizado. Además, le solicitó permiso para trasladarse al día siguiente a la ciudad de Shangqiu, previo contacto con la comisaría de esa localidad.

A las 7:50 de la mañana siguiente, el subinspector Liu Wubao estaba instalado en el tren rápido que lo llevaría a Shangqiu. Arribaría a la estación de trenes de esa ciudad a las 6:40 de la tarde y allí le estaría aguardando una delegación de la comisaría de policía. Recostó su cabeza sobre la almohada de la camaritera y casi al instante se quedó dormido. Lo despertó el agradable olor a comida caliente que emanaba del carrito que recorría los pasillos. Pidió una ración de trocitos de pollo con maní y ají, un tazón de sopa de huevos con tomate, una ración de hongos oreja de palo con cebollín, un tazón grande de arroz y una botellita de aguardiente de cereales de 60 grados. Después del almuerzo pretendía continuar durmiendo, y así lo hizo.

A eso de las cinco se levantó un poco atontado por el efecto del alcohol. Se

dirigió al lavabo y se mojó el cabello y la cara. Luego se cepilló los dientes, se peinó y regresó a su cama. Sacó su cuaderno de anotaciones y apuntó algunos datos que necesitaba recordar.

A la hora pautada, el tren se detuvo en la estación de Shangqiu y Liu descendió con aire enérgico. En el andén lo esperaban varios oficiales, quienes lo condujeron por una puerta reservada a los funcionarios especiales y en pocos minutos ya estaban rodando en la patrulla policial, rumbo al hotel donde se alojaría. En el trayecto apenas hubo un breve intercambio de somera información.

Al llegar al hotel fueron directamente al restaurante donde los estaba aguardando el inspector Tao, jefe de la Brigada de Homicidios de Shangqiu. Cenaron copiosamente y Liu, quien tenía buen diente, pudo degustar algunos platos típicos de la ciudad. Mientras intercambiaba datos y noticias con el inspector Tao, Liu le solicitó toda la cooperación necesaria para ubicar a los padres de Shi Mei y comenzar la indagación que pudiera arrojar algunas pistas acerca de algún enemigo de la occisa. El inspector Tao le dijo que ya le había asignado un vehículo con chofer y un ayudante. Liu le dio las gracias y brindaron por el pronto esclarecimiento del asesinato. Luego Liu se retiró a su habitación.

El teléfono sonó a las siete en punto de la mañana. El ayudante de Liu le dijo que lo esperaba en media hora en el comedor del primer piso para tomar juntos el desayuno. A las ocho abordaron el vehículo policial asignado y el chofer enrumbó hacia la parte antigua de la ciudad construida en 1511 y que aún conservaba intacta su impresionante muralla protectora. El ayudante le informó al subinspector Liu que la casa de Shi Mei estaba ubicada muy cerca de la puerta sur y adosada a la muralla. El padre de ella —viejo obrero ferroviario— había muerto en un accidente cinco años atrás. Ella vivía con su madre y un hermano gemelo llamado Shi Li. «¿Hermano gemelo?», preguntó con sumo interés Liu. «Sí, ellos eran gemelos casi idénticos», respondió el ayudante. Liu se sintió más aguijoneado por la curiosidad. De pronto, el subinspector preguntó: «¿Ya les notificaron a ellos del deceso de Shi Mei y la forma en que ocurrió?». El ayudante dijo que el día anterior por la mañana habían venido unas funcionarias a darles la luctuosa noticia. La madre se desmayó y el hermano, al parecer, recibió con coraje la mala nueva. «Esperemos que la madre se haya recuperado para que usted la pueda interrogar», agregó el ayudante. Liu agitó un poco la cabeza. Cuarenta minutos después estaban frente a una casa de ladrillos con puerta y ventanas con la mitad de vidrio, pero protegidas con cortinas. Bajaron del vehículo y el ayudante se adelantó para llamar a la puerta. Ésta se abrió y apareció una mujer de baja estatura que aparentaba unos cincuenta años. Se veía que estaba sufriendo mucho. El ayudante le hizo una seña a Liu para que se acercara y lo presentó. Liu le dijo a la mujer que su deber le había traído a su casa para

conocer algunos pormenores de la vida de Shi Mei que le sirvieran para atar cabos. La madre los invitó a pasar y se sentaron en un desgastado sofá. El ayudante tomó asiento en un taburete y se dispuso a tomar las anotaciones pertinentes. La mamá de Shi Mei le dijo a Liu que su hija se había ido de la casa hacía dos meses y no sabía a dónde. Se había llevado una maleta pequeña con poca ropa, un par de zapatos y su teléfono móvil. Liu la interrumpió para hacerle una pregunta: «¿Usted no intentó comunicarse con ella a través de su móvil?». «Sí, muchas veces, pero nunca atendió las llamadas. Su hermano Shi Li también procuró hablar con ella. Todo en vano. Ignoro por qué se marchó de su casa de manera tan intempestiva. Ella no tenía novio y yo no la presionaba para que se buscara uno y se casara. Nuestra relación era buena, sin altercados... Ahora está muerta y no la podré volver a ver nunca más...». La mujer prorrumpió en llanto y Liu se sintió un poco azorado. La mujer recobró pronto la calma y se secó las lágrimas con la punta de su vestido. Liu indagó acerca del hermano gemelo de Shi Mei. La madre le informó que éste debía trabajar hasta tarde y que no regresaría hasta que anocheciera. Pero que al día siguiente podía encontrarlo en casa alrededor de las cinco y media de la tarde. Liu le pidió permiso a la mujer para ingresar a la habitación de Shi Mei. La pequeña casa sólo poseía dos cuartos: uno donde dormían los padres de Shi Mei y el otro compartido por ella con su hermano. Las paredes del dormitorio estaban tapizadas con fotografías de Shi Mei y su hermano tomadas durante diferentes épocas: desde la niñez hasta fechas recientes. Se los veía felices, sonrientes, satisfechos con la vida. No había muchos libros en la habitación, pero sí abundantes revistas del corazón, de modas y de artistas de cine. Liu abrió un rudimentario armario y dentro vio colgadas un par de pelucas muy parecidas a la cabellera original de Shi Mei. Repentinamente recordó que el hombre de la limpieza del edificio donde ocurrió el asesinato había comentado que la noche cuando mataron a Shi Mei, él la había visto regresar como a la una de la madrugada y que como una hora después había retornado de nuevo y él no la había visto salir en ningún momento. De vuelta en la sala, Liu le preguntó a la madre por qué Shi Mei usaba pelucas si tenía tan bella cabellera. La mujer le dijo que, debido a que a veces faltaba el agua, no podía lavarse el pelo. Entonces se lo recogía y se ponía una peluca para ir al trabajo. Liu le preguntó: «¿Y dónde trabajaba ella?». «En una farmacia privada situada en la parte nueva de la ciudad», respondió la mujer. Liu miró su reloj y le informó a la señora que debía marcharse, pero que al siguiente día al atardecer vendría a conversar con su hijo. La mujer asintió y no se levantó de su asiento. Liu salió de la casa con el ayudante y cuando iba a subir al vehículo descubrió que los vecinos habían hecho un boquete en la muralla para acceder al exterior sin tener que dar un rodeo por la puerta del sur. Decidió echar una mirada. Fuera de la alta y voluminosa muralla corría un río y en sus orillas había vetustos sauces llorones. Junto a la muralla se veían arbustos florecidos y un

poco más allá, ancianos sentados en bajas banquetas conversando alrededor de sus jaulas de pájaros depositadas en el suelo. El subinspector Liu nunca antes había venido a Shangqiu y le pareció que el tiempo se había detenido al pie de la muralla y que la vida tradicional fluía lentamente y con gran belleza y sobriedad.

Al día siguiente, un poco antes de oscurecer, el subinspector Liu volvió a la casa de Shi Mei. Le dijo al ayudante que lo esperara dentro del vehículo policial, mientras él entraba a la casa e interrogaba a Shi Li. Golpeó repetidas veces la puerta hasta que alguien la abrió. Penetró a la breve sala y allí estaba Shi Li sentado, en pijama, sobre el sofá. Liu tuvo un sobresalto, por un instante le pareció estar contemplando a Shi Mei. Shi Li le indicó que se sentara donde quisiera. Liu tomó asiento sobre una silleta desvencijada. Shi Li esbozó una forzada sonrisa. A continuación preguntó: «¿Viene usted por mí?». Liu afirmó con la cabeza. Shi Li encendió un cigarrillo y lo absorbió a profundidad. Formuló otra pregunta: «¿Quiere usted saber por qué lo hice?». «Sí», dijo Liu en tono sereno, mientras veía hacia la puerta de la habitación de la madre de Shi Li. «No se preocupe», observó éste. «Ella no está. Se ha ido a compartir su dolor con la hermana de mi padre». Shi Li después de arrojar con sumo deleite algunas volutas de humo, se arrellanó en el sofá y comenzó su confesión: «Yo amaba profundamente a mi hermana. Ella a mí también. Tal vez ese sentimiento tan intenso se debió a que procedíamos de un mismo óvulo fecundado. Desde niños nos acostábamos juntos y compartíamos juegos y golosinas. A nuestros padres les parecía muy normal que anduviésemos siempre en mutua compañía. Hasta nuestra pubertad nos bañamos revueltos. Después ella decidió que lo hiciéramos cuando nuestros padres no estuvieran en casa. Sin embargo, por las noches dormíamos en la misma habitación, aunque en camas separadas, pero casi siempre alguno de los dos se pasaba a medianoche a la cama del otro y así nos dormíamos abrazados. Poco a poco comenzaron a gustarnos las caricias recíprocas que desembocaron natural e inevitablemente en el coito y la experiencia sexual precoz. A nuestros padres ni les pasó por la cabeza que sus hijos pudieran estar cometiendo incesto. Nuestra relación era para nosotros una llamada de la naturaleza y se oponía a cualquier tabú. Así transcurrieron los años y a ninguno de los dos le hacía falta buscar pareja y nuestros padres tampoco nos presionaban al respecto. Luego acaeció la muerte de nuestro padre y nuestra relación se tornó más voluptuosa y exquisita, pero relajamos los cuidados para que Shi Mei no quedara embarazada. Hasta que desafortunadamente ella descubrió hace dos meses que estaba preñada y decidió marcharse a Beijing, buscar rápido un trabajo y luego practicarse un aborto. Yo traté de convencerla de que huyéramos

juntos al sur. Yo trabajaría para ella y cuando el niño naciera diríamos que su padre desapareció y entonces nosotros lo criaríamos. Mas ella no estuvo de acuerdo y se fue sin ni siquiera despedirse de nuestra madre y de mí. La llamé varias veces a su móvil y no atendió las llamadas. Un día antes de nuestro cumpleaños la volví a llamar y cogió el móvil y nos deseamos felicidad. Entonces aproveché para preguntarle dónde vivía y si había cambiado de opinión. Vaciló un poco y me dio la dirección, acaso porque pensó que yo no iría a buscarla. Me dijo que estaba trabajando en un local de karaoke, de ocho de la noche hasta la una de la madrugada, y me rogó que me olvidara de ella, que cuidara de nuestra madre y que le deseara suerte en el aborto que pronto le practicarían. Luego colgó y ya no pude comunicarme más. Ese mismo día tomé una decisión: iría a Beijing. Tomaría un tren que llegara de noche. Localizaría el edificio donde vivía y luego buscaría un sitio adecuado para vestirme con su traje y ponerme su peluca y así entraría al edificio sin despertar sospechas. Procedí tal cual como lo cuento ahora. Sólo que al final cuando me dirigía hacia su habitación vi que emergía de ella, con una toalla enrollada a su cuerpo, y se dirigía a la sala de baño. Me puse unos guantes y me descalcé y extraje el puñal que ya tenía preparado. El pasillo estaba casi en penumbras. Me acerqué hasta la puerta del baño y comprobé que no tenía puesto el pasador. Empujé la puerta con cautela y la vi abriendo la llave de la ducha. Avancé rápidamente hacia ella y mientras le tapaba la boca con la mano izquierda, con la derecha le hundía el puñal en el centro del corazón. Emitió un leve gemido y luego esbozó una sonrisa. A continuación, se fue desmadejando suavemente hacia el piso. Aproveché para matar yo mismo a nuestro hijo y le asesté veintidós puñaladas. Después me limpié las manos enguantadas en las paredes y antes de marcharme la medio cubrí con la toalla y la besé en los labios en señal de despedida. En ningún momento me tembló el pulso, aunque sentía que algo se había desgarrado dentro de mí. Regresé a la oscura callejuela donde había escondido la bolsa de viaje con mi ropa. Me cambié de prisa e introduje todo mi disfraz dentro de la bolsa. Vagué un rato por las calles solitarias hasta que tomé un taxi pirata y le dije al conductor que me llevase a la estación de trenes del oeste. Llevaba en mi chaqueta el boleto de regreso. Tomé el primer tren a Shangqiu y llegué a mi casa alrededor de las cinco de la tarde. Por la noche enterré el vestido de Shi Mei que usé y los guantes al pie de la muralla. Con un desinfectante limpié la peluca y la volví a colgar en su sitio. Al día siguiente me incorporé de nuevo al trabajo e inventé una excusa para justificar mi ausencia. Ahora estoy aquí relatándole a usted todo lo sucedido... Quiero que me permita ingresar a mi habitación. Debo vestirme apropiadamente para partir. Sólo aguardará cuando mucho mucho quince minutos».

Fuera, la noche había impuesto su orden y una suave brisa mecía los ramares de los sauces llorones. Unos perros ladraban sin convicción en algún lugar de

la vecindad. Transcurrido el cuarto de hora, Shi Li emergió del cuarto ataviado con un deslumbrante traje blanco de Shi Mei y calzado con zapatos de tela amarilla, bordados. Sobre su cabeza, una peluca completaba el extraordinario parecido con su hermana. Un poco de colorete en los labios le daba a éstos la grandiosidad de lo perenne.

Shi Li pasó frente al subinspector Liu Wumao y éste desplegó desmesuradamente los ojos, pero no hizo nada para detenerle. Shi Li abrió la puerta de calle y el ayudante y el conductor del vehículo policial se pusieron en guardia. Desde la puerta de la casa Liu les hizo una señal para que permanecieran en sus sitios. Shi Li se encaminó con decisión hasta el boquete de la muralla y desapareció tragado por la oscuridad del otro lado. Liu se subió al vehículo y le ordenó al chofer llevarlo al hotel. A la mañana siguiente, el subinspector se enteraría de que había sido encontrado el cadáver de una supuesta mujer, vestida de blanco, flotando en el río donde se reflejaba con fuerza la imponente muralla.



## Crimen

# Jorge De Abreu

Escritor venezolano (Caracas, 1963). Biólogo graduado en la Universidad Simón Bolívar (USB) y con maestría en la misma casa de estudios, especializado en el área de bioquímica nutricional. En 1984 participa con un grupo de estudiantes universitarios en la fundación de UBIK, el club de ciencia ficción de la USB. Desde esa época comienza su actividad literaria en la difusión del género. Colabora en la edición de las publicaciones de UBIK: *Cygnus, la Revista de Ciencia Ficción* (1985), *La Gaceta de UBIK* (1988) y *Necronomicón* (1992), escribiendo algunos relatos y artículos para dichas publicaciones. En 1984 obtiene el segundo lugar en el Segundo Concurso Literario de Ciencia Ficción con su relato "Como una Rata" y en 1988 el primer lugar en el Primer Concurso del Cuento Universitario (organizado por el Decanato de Estudios Generales de la USB) con su relato "Brabante". En UBIK participó en la organización y ejecución de talleres literarios, foros de cine, exposiciones, producciones de video y súper 8. Entre 1985 y 1997 participó como jurado en 12 de los concursos literarios que organizó UBIK (III a XIV). En 1997 inaugura el portal de UBIK, Asociación Venezolana de Ciencia Ficción y Fantasía, y desde esa fecha cumple allí funciones de webmaster. Actualmente desempeña labores editoriales con *Ubikverso*, revista digital de ciencia ficción y fantasía, y *Necronomicón*, revista digital dedicada al terror. Ha publicado relatos en el Periódico Universitario de la USB, *Koinos*, *Axxón*, *Alfa Eridiani*, *Efímero* y *Vórtice en Línea*. Sus relatos han aparecido en las antologías argentinas *Anuario Axxón* y *Los Universos Vislumbrados 2*. Ha sido traducido al inglés, portugués e italiano. En 2008 fue seleccionado para participar en la III Semana de la Narrativa Urbana de Caracas. Mantiene el blog *Yo, Jorge* (<http://www.onilegroj.blogspot.com>).

***Creo que hay pocas personas que saben disfrutar el goce silencioso del acecho. La paz interior que precede al salto del depredador sobre la presa. Hay pocas personas que disfrutan de estos momentos como yo.***



Sobre fotografía original de Image Source - Corbis

# Crimen

## Jorge De Abreu

Creo que hay pocas personas que saben disfrutar el goce silencioso del acecho. La paz interior que precede al salto del depredador sobre la presa. Hay pocas personas que disfrutan de estos momentos como yo. Justo como ahora en este tugurio repleto del humo resinoso, amarillento, que flota sobre nuestras cabezas, arremolinándose alrededor de las lámparas. El vaso de licor se calienta en la mesa ante mí, mientras reviso por enésima vez los datos del malviviente que sirve en la barra al otro extremo del salón. Un rubio desgraciado. Repaso con la vista la luminosa pantalla del apuntador y mis dedos deslizan páginas tras páginas, recorriendo kilómetros de información digital para consumo de mis ojos sedientos. Varias detenciones por averiguaciones, mierdas menores, tenencia de drogas, sospecha de narcotráfico, agresiones a otras personas, robos y hurtos. Toda una joya de la corona. Dos sentencias cortas de tres y seis meses. El hombre estaba a punto de entrar en las ligas mayores y yo le iba a dar el empujón definitivo.

Tomo el vaso y apuro el alcohol hasta ver el fondo acristalado. Miro el reloj, ya casi es la hora en que llega ella con un contoneo mercantil a ofrecer su perfume meloso a quien quiera terminar el día de la mejor manera posible en esta ciudad oscura.

Le hago una seña a una de las chicas y me llena de nuevo el vaso. Apago el apuntador, ya tengo a mis dos candidatos, lo demás es cuestión de tiempo. El local está lleno de los hedores de la buena clase obrera, la noche apenas comienza. Tomo un sorbo de mi nueva ración de licor y con aire negligente miro hacia la puerta de entrada. Ella llega, toda terciopelo y curvas. Tongoneándose desde la altura de sus tacones altos. Sonriendo a las piltrafas de siempre, chulos de barrio llenos de estupefacientes hasta en el culo. La miro acercarse a la barra, saluda al catire y se sienta en el banco. Dejo el vaso medio vacío y me levanto, hoy debo empezar a retozar con mis presas. El aspecto lúdico es importante

antes de lanzar el zarpazo final.

Preparo mi mejor sonrisa, la de carajito, la que desarmaba a mi madre. Me acerco a la belleza de cabellos negros que degusta un martini en la barra. Me siento a su lado, mi sonrisa y mi encanto son lo mejor de la noche. Le hablo, le digo cosas falsas como su vida y hermosas como sus ojos claros. Mis manos trazan curvas elásticas, vibrantes, en el aire, reforzando frases, insinuando deseos, susurrando invitaciones. Hablamos mucho y callamos todo. En el momento culminante del galanteo nos levantamos. El sitio, el precio, la posición, todo está convenido y necesitamos cambiar de aire para finiquitar la transacción. Le dejo unas monedas al catire en el mostrador, está de espaldas secando unas copas. Al sonido de las monedas yergue los hombros. Le miro el rostro de hijo de puta reflejado en el fondo de los vasos que están boca abajo en una larga hilera a los lados del pequeño lavaplatos. Tomo a la belleza por el brazo y salimos.

La mujer yacía boca abajo. Tenía el rostro vuelto hacia la pared. Tal vez su última mirada fue aquel papel tapiz enmohecido repleto de florecitas que tenía enfrente. El cabello se desparramaba, negro, sobre la alfombra manchada. Una antigua lámpara fluorescente iluminaba el cuarto desde una esquina. Una falda roja. Un sostén negro medio abrochado. La cabeza en un charco oscuro. García me tendió la mano.

—¿Cómo estamos, Jefe?

—Aquí, García. Llevándola. ¿Qué tenemos?

—Una mujer blanca. Veintitantos años. Delgada. Uno sesenta y cinco, aproximadamente...

—Una puta —dije mirando el cuerpo tendido en el suelo.

—Muy probable. Tiene herida abierta en el cráneo y varias contusiones en el cuerpo...

Me agaché junto al cadáver y miré con cuidado la pálida piel de la espalda. La tersura yerta matizada con el sutil resplandor verdoso de la vieja lámpara. La suavidad de la curva de la cintura, la concavidad del valle de la columna vertebral. Imaginé los poros, los delgados vellos diminutos, las células muertas... ¡Mierda!

Uno de sus brazos descansaba pegado al cuerpo, el otro se extendía hacia

afuera y por encima de la cabeza. En el puño otrora crispado estaba la prueba definitiva. Sentí durante un breve instante el sordo retumbar de los latidos de mi corazón contra mis tímpanos, respiré hondo.

Hurgué el bolsillo de mi chaqueta y le arranqué un cigarrillo arrugado. García me tendió la llama de un encendedor. Se había agachado a mi lado. Le di una chupada al cigarrillo. Aspiré humo, nicotina, alquitrán. Una cortina gris se elevó frente a mis ojos, leve picor y unas flores manchadas llenas de sangre en la pared. García irrumpió desde mi derecha:

—¡Qué vaina, no? Estaba bien buena...

—Sí, lo sé.

El cuarto está más solo, más oscuro y más mohoso que antes. Otro cigarrillo cuelga de mis dedos a treinta metros del suelo. Miro el perfil irregular de los edificios engullidos por una noche voraz. Me llevo nuevamente el cigarrillo a los labios y agacho la cabeza apoyando el mentón en mis brazos cruzados sobre el alféizar de la ventana.

Los técnicos ya se han ido con sus mochilas llenas de herramientas. Es poco probable que hallen algo más que lo que la muerta tenía en su mano derecha. Como siempre me las tendré que arreglar para encontrar las pruebas necesarias, los testigos convenientes. Oigo la voz apagada de García en el interior del cuarto hablando con los paramédicos. Están retirando el cuerpo de la mujer. Apenas escucho lo que dicen, afuera la ciudad me habla a mí solo, con sus voces estridentes y sus relámpagos de gente en movimiento. Luz, sonido y vida. Siento una brisa fría y seca que me golpea el rostro. Aspiro profundamente y arrojó la colilla en parábola descendente hasta que choca contra la calle. Desde la ventana veo cómo saltan trémulas chispas diminutas. Alrededor, ignorantes, circulan peatones cargados de culpas y pecados.

Sus lágrimas. Sus lamentaciones. Su llanto mojigato, escandaloso, inolvidable. Me detengo y la escucho. Su voz llena de recriminaciones, su eterna letanía sobre la salvación de mi alma. La oscuridad está densa, viscosa; rebosa de palabras santas y alusiones a un panteón politeísta de divinidades cristianas. La oigo llorar y rasgarse sus vestiduras, mi cabeza rebosa ceniza. Estoy al otro lado, afuera, el frío y la soledad no son tan terribles como su voz que azota mi cuerpo una y otra vez. Me llama y me dice cosas sobre Cristo, el diablo, infierno y purgatorio. Su voz murmura incansable en la oscuridad, dentro de mi cabeza. Cierro

los ojos y veo su boca que se abre y se cierra, que derrama sus palabras continuas y eternas. Extiendo mis manos y mis dedos tropiezan la pared, cuatro paredes que me cercan, ahora estoy adentro, el siseo de su voz callada repta por mi cuerpo repitiendo su rosario. Cuentas infinitas que me flagelan por siempre, yo entre los trastos que me oprimen, ella al otro lado de la puerta, arrodillada, rezando, repitiendo una y otra vez sus oraciones por la salvación de mi alma. Doce años es una edad difícil.

Abro los ojos.

Aguardo en el hediondo callejón. Quizás más de una cuarta parte de mi vida me la he pasado esperando. Diagonal frente a mí está la puerta trasera del bar que he frecuentado en los últimos días. Ya me he fumado media cajetilla y cerca de una decena de ratas han desfilado entre los desechos que cubren el piso y las paredes de este oscuro recodo de la ciudad. El ruido estruendoso de la música de los tugurios se mezcla en una sola armonía urbana de ritmos sin patria. Cada cierto tiempo escucho el lema aburrido de los antros de la virtualidad, panaceas del héroe contemporáneo, adalid de las normativas y del estrés de las horas pico, del hombre que desea despertar en Marte. Oigo el ruido de la puerta al ser abierta. Me llevo el cigarrillo a los labios e inhalo una buena bocanada de humo. Sale un hombre gordo, de hombros caídos y andar arrastrado. Masculla algo que no entiendo con alguien de adentro, termina de ponerse la chaqueta y se dirige hacia la calle. Apenas merezco una pequeña mirada indiscreta, pronto su corpachón va a disolverse en una madrugada anónima, caliginosa.

El tiempo pasa aburrido y anodino. Intuyo la salida del catire antes de siquiera escuchar la tranca de la puerta. Segundos después está allí, en el umbral, enfundado en un mono gris oscuro. Se queda viéndome un instante, como presintiendo mi misión y la inconveniencia de su presencia allí en ese momento. Duda, pero no lo suficiente, se voltea hacia el interior del negocio y grita un buenas noches. Suelta la puerta y ésta se cierra con un sonoro golpe.

Comienza a caminar, arrojó el cigarrillo a medio terminar en su camino, se detiene e intenta descifrar mi figura en las sombras. No le doy más tiempo, la tregua llega a su final. Me acerco y él se voltea para hacerme frente, con ambas palmas de mis manos lo empujo hacia la pared.

—¡Eh, qué pasa!

—¡Contra la pared... de espaldas!

—¿Qué te crees? —alza la voz, molesto, grotescamente escandalizado.

—¡Cállate! Policía. ¡Pégate a la pared! Las manos... Quiero ver esas manos. Pégate a la pared.

Sus ojos dudan. Saco el arma para ayudarlo a tomar la decisión. Clava la vista un instante en el negro cañón de la pistola y su voluntad flaquea lo suficiente como para voltearse y colocarse contra la pared. Comienzo a revisarlo con mi mano izquierda.

—Mierda, la placa. ¡Quiero ver la placa! —escupe segundos después cuando la impresión retrocede lo suficiente para permitirle concebir algún tipo de razonamiento.

—¡Cállate, cabrón! —le clavo la pistola en la nuca y golpeo con mi pie uno de sus talones para obligarlo a abrir más las piernas.

Trato de aparentar minuciosidad en mi revisión, pero ese no es mi objetivo. No me interesa si carga drogas, si tiene un arma o si lleva una bomba atómica metida en el culo.

—Coño, la placa... —trata de parecer todo un gallito de pelea, aunque el hilo trémulo de voz lo deja en evidencia.

Aprovecho la excusa y le agarro la cabeza con fuerza, intento que mi furia sea genuina y que mi verdadera intención quede sepultada en la marejada de violencia que imprimo a mis acciones. Halo hacia atrás su cabeza, presiono el arma en su cuello y lo aplasto contra la pared. Mis dedos se afianzan entre sus mechones rubios con astucia, enredándose, halando, desprendiendo. Mi voz ruge por encima de su sorpresa y de su miedo.

—¡Que te calles, carajo!

—¡Aaaah! —sorprendentemente se queda en silencio, quizás masculla algo, pero no me interesa. Lo suelto y guardo en el bolsillo de mi saco sus preciosos cabellos. Termino la requisa y le doy un empujón. Me alejo, caminando rápido, en silencio. Lo abandono para que recupere su aliento, para que el alma le vuelva al cuerpo, para que poco a poco recupere sus propios fantasmas y vuelva a su miseria. Guardo el arma justo antes de salir de aquella calleja y me meto entre la gente. Camino apurado, con prisa en llegar a ningún lado, rebaso personas, cuerpos anónimos que dejo atrás en su ignorancia. Comienzo a reírme sin saber por qué, aflojo el paso y suspiro. Hoy es una buena noche.

Otra noche húmeda. Abro la puerta del vehículo, ya han pasado diez minu-

tos desde que entraron en el hotel barato. Salgo y piso un charco de agua. No he olvidado el bate rojo de aluminio. Lo guardo bajo la chaqueta larga, cruzo la calle y me encamino hacia el hotel. Me meto en el papel, soy el ungido, el corde-ro de Dios, soy invisible, soy indestructible. Saco los anteojos oscuros que llevo en el bolsillo del mono gris y me los pongo. Empujo la puerta de vidrio y me dirijo resuelto hacia las escaleras. Paso frente a la recepción en el pequeño ves-tíbulo. El encargado no levanta sus ojos del periódico, quizás demasiado intere-sado en la lectura, tal vez dormido. Subo los escalones de dos en dos. Ella está siempre en la misma habitación, en su habitación del segundo piso. La 212, su nido de amor. Llego al piso y entro en el pasillo. Mis pies rebotan ingravidos sobre la mullida alfombra. Mis zancadas son largas, resueltas. No hay nada que pueda interponerse a nuestro destino. La puerta al fondo se acerca ineludible. Saco los audífonos y me los coloco, necesito acallar el clamor de mi madre, de sus letanías. Ave María, libre de todo pecado. Dios que estás en los cielos.

Me detengo frente a la puerta. Mi madre grita como posesa: amor, sexo, pecado, condenación. Ajusto los lentes sobre el puente de mi nariz y presiono esa zona un breve instante con mis dedos índice y pulgar, buscando asir nueva-mente la realidad. Cierro los ojos. Los alaridos se acallan un poco. Enciendo el mp3 del cinturón y Serguéi Prokófiev inunda mi mente con los compases de Romeo y Julieta Opus 64, el baile de los caballeros. Sus violines arrastran a mi madre a un rincón apartado donde su voz se resigna a ser una leve percusión sobre mis tímpanos. Estoy de nuevo en el pasillo. Me paso la palma de la mano por encima de mi recién estrenada cabellera rubia y toco la puerta.

Un hombre bajito de mediana edad me abre. Nos quedamos unos instantes viéndonos en silencio. Tiene los labios fruncidos en un círculo de asombro o duda, la comisura izquierda está manchada de carmín. Una mano inquieta aban-dona el marco de la entrada y se alisa la camisa a medio desabotonar. La otra mano se aferra a la puerta y su cuerpo parece querer oponerse a mi presencia. Apoyo la palma de mi mano derecha sobre la madera bruñida y empujo con fuerza, venciendo su débil resistencia. Me mira atónito por encima de sus gafas gruesas de pasta. La puerta gira libre y golpea la pared, la veo a ella al fondo de la habitación.

—¡Lárgate! —le digo al hombrecito en un gruñido y entro en el cuarto desplazándolo, sin siquiera mirarlo.

Me detengo a un par de pasos y espero que el pequeño hombre de negocios termine su carrera precipitada dentro de la habitación. El saco colgando a me-dias en los brazos y unos zapatos desamarrados se escabullen raudos a mis es-paldas. Cierro la puerta.

—¡Querida, estoy en casa! —no puedo evitar sonreír ante su rostro contrariado que comienza a dejarse invadir por el pánico. Ella está al lado de la cama, la blusa reposa sobre las sábanas, la falda cuelga de su cintura.

—Qué coño... —comienza a decir, reacciona, a lo mejor ya me ha reconocido, poco me importa y a ella pronto le importará mucho menos.

Saco el bate de debajo de la chaqueta y lo blando sobre mi cabeza. Un solo relámpago rojo que traza un amplio arco horizontal, como quien trata de batear un sencillo con una sola mano. Intento estar sereno e ignoro la «letanía» de mi madre, su voz quebrada de pasión que abjura demonios y pensamientos pecaminosos. Me sumerjo en la marea de tubas y trombones, en la ola de acordes que me eleva sobre aquella mujer semidesnuda y un cuarto hediondo a sexo. A pesar de la violencia del golpe, estoy lo suficientemente calmado para recordar que el primer impacto no debe ser mortal y así debe quedar asentado en el informe del forense. Golpeo su brazo izquierdo y me parece escuchar algo que se rasga. La colisión con el bate aleja el cuerpo de la mujer de la cama, da unos traspíés, se tambalea, oigo un quejido agudo y su muslo derecho choca contra la mesita de noche. La lámpara que estaba encima de la mesa cae y el bombillo se revienta dejándonos en la semioscuridad. Por la ventana entra la luz de una ciudad ahora distante. Veo claramente su silueta oscura, ligeramente doblada sobre su cintura, el brazo derecho sujetando el izquierdo que cuelga a un costado. La dejo sufrir un par de segundos, la dejo sola con sus miedos el tiempo suficiente para que conciba que está a punto de morir; pero sobre todo espero el tiempo necesario para que la investigación encuentre una razón fuera de toda duda para explicar el puñado de cabellos amarillos en la mano de la puta muerta. Un muerto no arranca cabellos, para eso se debe estar vivo. Su cara se me escapa, se escurre entre mis recuerdos, desdibujándose a cada golpe del bate rojo. Cada mazazo diluye nuestro efímero amor tarifado, sólo quedan la cháchara de mi madre y una vigorosa melodía reconfortante al fondo. Afortunadamente Prokófiev nunca tuvo que escucharte, querida madre.

—¡Eh, jefe! ¡Ya está! —García habla a mis espaldas y me trae de nuevo a la resistencia física del tiempo.

La ciudad continúa viviendo. Hace pocos minutos me pareció ver el punto brillante de un spinner al norte, cerca de la montaña. Los ríos de luces siguen dividiendo este mundo de oscuridad en zonas de vida y zonas de muerte. Tiempo acelerado al que a veces puedo escapármele por unos instantes, para contemplarlo ajeno, en silencio. Me incorporo con dificultad e ingreso nuevamente

en la escena del crimen, del último orgasmo de una vida.

—¿Un café, García?

—Vale, jefe. Un café bien cargado.

Salimos del cuarto. Mi madre se ha recluso de nuevo entre mis recuerdos de la infancia, acurrucada con la cabeza sobre las rodillas, rezando un padrenuestro, para proteger a su criatura de tanta bicha mala. Agradezco la pausa, le doy una palmada a García en el hombro:

—Bien cargado, García. Bien cargado.





## La primera víctima

# Harol Gerzon Gastelú Palomino

Escritor peruano (Huancavelica, 1968). Pedagogo en arte y literatura, labora como profesor para el Estado. En 2004 obtuvo el Premio Nacional de Educación Horacio en cuento y, al año siguiente, fue finalista en novela en el mismo concurso.

***Estrella se arrepentiría de haber subido al auto del hombre de la cicatriz. Parecía tan amable, un caballero a pesar de la cicatriz en la mejilla izquierda que la barba apenas conseguía disimular. ¿Cómo no se dio cuenta de que esas ropas negras eran signos de mal augurio?***



Sobre fotografía original de Klaus Tiedge

# La primera víctima

*Harol Gerzon Gastelú Palomino*

A Jazmín

—¡Muere, perra!

Estrella sentiría una tenaza apretándole el cuello, sentiría la piscina abriéndose bajo sus pies, sentiría un remolino tragándola igual que al protagonista de «El río», el cuento que el hombre de la cicatriz le había leído la víspera. Empezó a chapotear con desesperación, a mover brazos y piernas tratando de zafarse de las garras. Algún día estarán así Emilia Salizar, Mariana, Carolina, Jonás y John, pensó el asesino. ¡Perra, perra, perra! Me voy a hacer hombre, papá; voy a terminar mi carrera, mamá; no se preocupen, estudiaré y trabajaré para mantener mi hogar. Los hijos vendrán después, señora María, primero haremos nuestra casita, compraremos nuestras cositas. Bien que habían venido después, bien que habían hecho su casita, bien que se había hecho hombre. Diecinueve años después de ese matrimonio de mierda, John no tenía ni dónde caerse muerto, era un mentiroso, un estafador, un pobre diablo. A los dos los habían expulsado de la Organización de los Testigos de Jehová. Estaban separados, tenía un hijo botado, tenía una deuda impagable por manutención.

Diecinueve años después, sus padres estaban muertos. Apretaría con más fuerza, se enfurecería. John era el único culpable: si no fuera por ese mal matrimonio, Mariana no habría convertido la vida de su madre en un infierno, su madre viviría. Su padre, antes de morir, lo había maldecido, había maldecido al que había sido su hijo favorito, el más inteligente de los Gastelú Palomino, el único que tenía un futuro brillante. Se había cagado la vida por una concha. A él no le pasaría eso. A tiempo había abierto los ojos para deshacerse de Julissa, de Silvina, de Nena Cabello, de Martha Carranza.

Él no les había dado disgustos a sus padres, no los había hecho llorar, no les había dado dolores de cabeza, no les había hecho pasar vergüenzas. Él solo les

había dado alegrías: los premios Horacio 2004, 2010, 2011, los premios Cuentos Ciudad de Trujillo y PUCP 2007, el premio Sexto Continente 2010, el premio Ten en cuento a La Victoria 2011, y una infinidad de premios más. Los libros que había publicado. ¿Qué Carolina, qué Mariana, qué John? Ni mierda. Eran gente inútil, escoria.

—¡Como tú, perra!

Estrella se arrepentiría de haber subido al auto del hombre de la cicatriz. Parecía tan amable, un caballero a pesar de la cicatriz en la mejilla izquierda que la barba apenas conseguía disimular. ¿Cómo no se dio cuenta de que esas ropas negras eran signos de mal augurio? Pero la noche había sido pésima, era lunes, ni un solo cliente en tantas horas de estar parada sobre sus tacos. Seguro todos se habían ido a La Tía Olga, un night club recién inaugurado donde decían que atendían unas chiquillas apenas desfloradas que te hacían ver las estrellas. La carne tierna atraía, la piel tersa, las tetitas en flor. E iban a cobrar la mitad durante toda la semana por inauguración. ¿Le diría que era profesor, que enseñaba en la Universidad Femenina y en el Colegio Mayor? ¿Le preguntaría si era española? ¿Estrella le diría que se había venido por la crisis? ¿Le contaría que escribía? ¿Le diría que siempre le había ido mal en el amor?

Estrella pensaría que era un ángel, un hombre golpeado por la vida. Como ella. Quizá si se movía bien y lo hacía gozar rico podría conseguir otras prebendas pero olvidó que los ángeles no tiran con putas, que los ángeles están en el cielo. O no existen.

Los caballos relincharían, el perro gruñiría alrededor de la piscina. ¿Qué haría con su cadáver? ¿Lo tiraría al río? ¿Lo enterraría en el monte? Morir lejos de Barcelona, lejos del mar, en un país que había sido conquistado por sus antepasados. ¿Pensaría eso? ¿Se arrepentiría de haber tomado el mal camino? ¿Pensó en mí?

La presión en su garganta aflojó antes de que sus pulmones estallaran como granadas.

—Joder, tío, no te juegas así —las palabras saldrían raspándole la garganta, tragaría grandes bocanadas de aire—. Casi se me sale la mierda por tu culpa. ¿Así te excitas?

El hombre la miraría con desprecio. Las facciones duras como talladas en piedra, la mandíbula apretada. El bosque había vuelto a la calma. El viento apenas si movía las hojas de los árboles.

—¡Perra! —la voz fría e indiferente.

Le iba a decir perra tu madre, pero recordó que le había dicho que su madre estaba muerta y a los muertos ella los respetaba.

—Igual que Emilia, que Mariana, que Carolina. ¡Perra!

—¿Sabes qué, tío?: me voy. Págame de una vez.

Darí un paso atrás cuando el hombre extendió los brazos.

—Ya deja de jugar a Freddy Krueger y vamos a tirarnos el último polvo que me tengo que ir, tío.

—¡Al infierno te irás, perra!

Sentiría miedo de nuevo. ¿Gritó para que alguien la escuchara? A un lado estaba la Carretera Central. Alguien pasaría y escucharía sus pedidos de auxilio. Retrocedió.

—¿Tienes miedo, perra?

—Ya deja de perreararme y págame de una vez para irme, tío —se detuvo: sin darse cuenta, había avanzado de espaldas al lado hondo de la piscina. Tiritaba. Había empezado a sentir frío y la piel se le había vuelto de gallina a pesar del sol.

—¡Cómo tiemblas, perra! —tenía la voz gruesa y arrastraba las erres como francés.

Era cierto: temblaba. Estaba arrepentida de haber subido al auto del hombre.

—Tengo un hijito... —mintió. Era su mentira favorita. Quería gritar de nuevo pero no lo hacía. ¿Y si estaba bromeando? Quizá así se excitaba, se arrechaba, como decían los peruanos. Había conocido masoquistas a quienes les gustaban los golpes para excitarse, a otros a quienes les gustaba que les metieran el dedo en el culo para sentir placer—. ¿Me dejas ir, por favor?

—¿Suplicas por tu vida, perra? —pensó que su madre no había tenido la oportunidad de suplicar para que la dejaran vivir, para que no hicieran de su vida un infierno, para que no la martirizaran. ¿Pero acaso se les tiene que pedir permiso a los hijos para vivir? ¿Tanto la odiaban que no se daban cuenta de que su vida pendía de un hilo? Después de ese ataque cerebral del 24 de junio del 2005, vinieron los paramédicos de los bomberos y reunieron a la familia para decirles que la vida de su madre estaba en peligro. Él no había estado, tampoco Mariana, y seguro Carolina tampoco, menos John. ¿Solo estarían Dora, Flora y los chicos? Me han dicho que la próxima vez que me dé un derrame, me voy a

morir. Y así había sido. Pero no era necesario todavía que los paramédicos les advirtieran que, la próxima vez que a su mamá se le subiera la presión arterial, sería fatal. Mariana y Jonás eran enfermeros, tenían más de veinte años trabajando en hospitales, a cuántos habrían visto morir de un derrame cerebral. Carolina también había estudiado enfermería. Igual Dora. Pero ni Dora ni Flora jodían a su madre como las otras. Habían metido las patas, pero no se quejaban ni traían problemas como John, tampoco repartían odio como Mariana y Carolina—. ¿Tienes miedo de morir?

¿Si le decía sí no le diría entonces muere de una vez, perra?

Su mamá sí le temía a la muerte: varias veces la había visto llorar ante la posibilidad de morir. Quizá por eso se había desmayado: para no darse cuenta de que se estaba muriendo. ¿Pensó en él en el instante en que la muerte le lanzó su zarpazo? Quizá. Los chicos la habían visto en la ventana de Dora. Quizá miraba la calle preguntándose a qué hora vendría su hijo. Era más o menos las tres y media; él le había dicho que vendría a las dos. ¿O estaba mirando a la casa de don Leoncio pensando que ya iban a ser las cuatro y no había quien llevara a Bere a la fiesta de la nieta de la bruja? Ni Flora ni Dora querían hacerlo porque estaban peleadas con Mariana y ella apenas se hablaba con esa gente a quien Mariana había escogido como familia. La llevas a las cuatro, le había dicho dejándole una caja donde estaba el regalo para la sobrina de Julián, el supuesto padre de Bere. Bonita familia se había buscado Mariana: putas, vagos, ladrones, bastardos. ¿Emperatriz no era puta? Cuando eran chiquillos ella les había enseñado a cachar.

Quizá tuvo un segundo de lucidez para darse cuenta de que iba a morir, de que ese dolor agudo en su cabeza eran las arterias de su cerebro estallando. O el derrame cerebral no le dio tiempo para nada: no había en su rostro una mueca de terror, de miedo. Tenía la faz apacible, serena, hasta parecía sonreír. Quizá en el segundo final pensó que nunca más la iban a volver a atormentar, que al fin se libraba del infierno en el que había vivido desde que John se casó con Emilia, y sonreiría para burlarse de sus verdugos.

—Nadie le dio a mi madre una oportunidad.

—¿De qué hablas, ah? Tú estás loco, tío —estaba en el lado opuesto de la escalera, si no habría intentado subir, escapar, echar a correr al bosque y ocultarse entre los matorrales, o tirarse al río. Los ojos fijos como bolas ensartadas en las cuencas—. Si me haces algo, la policía lo sabrá. Tengo amigos en la embajada...

Rió con ganas. El bosque se alborotó.

—¿Tú crees que a la policía le importe lo que le pase a una puta?

Tomó aire y se zambulló y pataleó en dirección a la escalera.

La cogió del pie derecho con mano firme y Estrella empezó a tragar agua y a mover los brazos y el pie libre con desesperación. Le dio una patada en el rostro y el hombre la soltó y trató de llegar a la escalera. El perro ladraba, los caballos relincharon y los pájaros alzaron vuelo agitando el bosque.

Antes de poner el pie en el primer escalón, sintió las garras en su cuello.

—¡Perra! —maldijo el hombre cuando las uñas de la chica abrieron un surco en su antebrazo. Apretó con más fuerza. Sintió bajo sus dedos las vértebras haciéndose trizas, astillándose, estallando. ¡Ah, así les apretaría los cuellos a esos malditos!

Lanzaba manotazos, patadas, se retorció. La levantó y luego la hundió y la volvió a levantar y a hundir como si fuera una muñeca.

La soltó y la mujer se hundió en el agua y después salió a flote de culo al sol. Estaba muerta. Había matado. Era la primera vez que mataba. Lanzó un grito, salió de la piscina y echó a correr en dirección al bosque sin importarle que las espinas se le clavaran en los pies y la uña de gato le desgarrase la piel hasta llegar a un claro del bosque donde estaba la tumba de sus padres. Subió de un salto a la plataforma y cayó de hinojos sobre el mármol blanco donde estaban grabados los nombres de sus padres con sus respectivas fechas de nacimiento y muerte:

Juan de Dios Gastelú Luján, 8 de marzo de 1927-19 de marzo del 2009

María Palomino Ceras de Gastelú, 28 de febrero de 1936-22 de julio del 2005

Estaban muertos. Nunca más los volvería a ver, ni siquiera en esa otra vida de la que tanto pregonaba su padre cuando eran chicos.

¡Mi mamá no, mi mamá no!, había chillado Carolina cuando supo que su madre acababa de morir. Tanto venir con chismes, calumnias, mentiras, tanto odio que le habían dado había hecho que su cerebro explotara. Ahora se joderían con él. Los mataría uno a uno, con sus propias manos, como había matado a la puta. Pero antes de darles el tiro de gracia los haría sufrir, suplicar por sus vidas, por sus miserables vidas. Les daría tiempo de arrepentirse de todo el daño que le habían infligido a su madre. ¿Qué clase de seres serían esas bestias? ¿A quién habrían salido? Sus padres los habían criado con amor, se habían partido los lomos para darles de comer, vestirlos, educarlos. Eso no habían hecho ni Vásquez

ni Galdós ni Bendezú ni Montes ni Navarro a pesar de tener mejores trabajos y más ingresos que sus padres. Él había sido jardinero para mantenerse en la universidad, había trabajado cuatro años en Multitemp, jodiéndose los riñones, ¿y acaso por eso había sido malo con ellos, vejándolos, humillándolos?

—Échales tierra en los ojos cuando estén llorando durante mi entierro —le había pedido su madre antes de morir. No lo había hecho por guardar la compostura. Ahora les echaría tierra, pero encima. O los dejaría a la intemperie para que se pudrieran como esos perros que atropellan los vehículos y quedan tirados a los lados de la carretera y se llenan de gusanos y en una semana desaparecen dejando como único recuerdo de su existencia un pellejo negro, maloliente.

—Por catarsis —le había dicho John meses después de la muerte de su madre cuando le reclamó el por qué venía a joderle con sus problemas una y otra vez.

—Catarsis te voy a dar ahora, huevón —se dijo, limpiándose las lágrimas que caían sobre el mármol mezclado con la sangre que manaba de sus labios partidos por la patada de Estrella. Siempre había sido un irresponsable, un sinvergüenza. ¿No lo había metido en un mal negocio el año pasado? A ese ladrón de Núñez y a la flacuchenta de su hija también les daría su merecido. Ojalá que la plata que le habían birlado les durara para siempre.

Cachorro empezó a ladrar. Se sobresaltó. Quizá sus sobrinos habían venido a visitarlo para nadar un rato como despedida de las vacaciones de verano.

Tenía que esconder a Estrella. ¿Qué les diría si veían el cadáver?

—¿Quién? —preguntó por el intercomunicador. Sólo se escuchaba el ruido que hacían los vehículos que pasaban por la carretera. Insistió:—. ¿Nacho, Diego?

Volvió a la piscina al no obtener respuesta. Estrella flotaba de espaldas al sol. Tenía las nalgas redondas, la piel casi traslúcida en el lugar de la ropa interior, una espalda vasta como un desierto partida en dos por la hendidura de la columna vertebral, el cabello desparramado. ¿Quiénes eran a su lado las mujeres que conocía? Cuerpos fofos, blandengues, excesivos, magros. Imaginó a Chío en lugar de Estrella: sería como una foca. ¿Y Vilma? Ni flotaría. A la gorda tendría que clavarle un arpón para matarla. Al tratar de reír le dolió el rostro. La perra le había pateado como un caballo.

Le dio vuelta al cadáver. Un rictus de terror dibujado en el rostro. Los ojos abiertos. Las tetas medianas coronadas por unos pezones oscuros como aceitunas. Pasó sus brazos por debajo y la cargó. ¿Pesaría cincuenta kilos? ¿Cuánto

pesaría Lexi Belle? Estrella le recordaba a Lexi. Quizá debió mantenerla cautiva, tirársela todos los días hasta cansarse y recién después matarla. La depositó en la poltrona. Si no fuera por la mueca de terror, diría que dormía. El vientre plano, el hoyo del ombligo, una rosa roja tatuada en la franja de piel entre el ombligo y el pubis, el vello recortado como un corazón castaño oscuro, los labios asomándose como lagartijas en busca del sol.

Se inclinó, le abrió las piernas y deslizó su lengua a lo largo de la hendidura. Sintió los pliegues fríos, pero todavía no tenían la frialdad ni la consistencia de un cadáver. Aún tenía el sabor y el aroma de una vagina recién lavada. Dentro de unas horas la carne empezaría a corromperse, después se llenaría de gusanos, se pudriría. Lástima que esa chucha se tuviera que echar a perder, se veía tan bonita. Le buscó el clítoris, lo chupó pero no consiguió que se endureciera. Su verga era la que estaba dura. Se irguió, levantó las piernas de la muerta, trató de meterse y le dolió. Se echó saliva y su verga se deslizó sin dificultad. Estaba fría, no tenía ese calorcito de las mujeres vivas.

Qué fácil había caído. Estaba a unos treinta metros de La Tía Olga, sola, en la semipenumbra, como para tratar de pasar desapercibida. Llevaba minifalda, pantys de red, botas y un corsé, todo negro como una viuda.

Deslizó suavemente el auto hasta estar a su altura.

—Hola, corazón, ¿atiendes?

—Claro, mi amor —le había dicho la chica. Tenía un dejo a española. ¿Fingiría como algunas que se hacían pasar por argentinas, venezolanas, selváticas?

—¿Dónde?

—En el hostel de la vuelta, o donde quieras tú.

—¿A domicilio?

—También. ¿Dónde vives tú?

—Cruzando el puente Los Ángeles, entre Chaclacayo y Chosica, ¿conoces?

—No mucho. ¿A cuántos minutos de acá?

—Media hora, o menos. ¿Vamos?

—¿Pero me reconocerás el taxi de regreso?

—Por supuesto. Si quieres, te traigo de vuelta.

—Vamos entonces.

¿Miraría de reojo para ver si las putas que estaban más allá se fijaban en la chica que subía a ese auto negro de lunas polarizadas cuya placa no se distinguía?

Las piernas largas, estilizadas. Estrella montaría una pierna sobre la otra.

—¿Te llamas? —puso el auto en movimiento.

—Estrella.

—¿Española?

Cruzaron frente a los bares, las discotecas, los night clubs que vomitaban las canciones de moda.

—¿Me delata mi deajo?

—Ajá. ¿Qué te trae por estos lares?

—La crisis.

—¿Cierto que está fea la situación en la tierra de Julio Iglesias y Camilo Sesto?

—Superfea —dijo, sonriendo—. ¿Por qué crees que me tienes acá?

El auto iba a regular velocidad por la carretera de Carapongo abierta en algunos tramos en medio de las chacras.

—¿Casado, soltero, viudo o divorciado?

—Soltero.

—¡Te creo!

—En serio.

—¿Tienes treinta y cinco, cuarenta años?

—Voy a cumplir cuarenta y cuatro en junio. ¿Y tú?

—Veintitrés —desmontó la pierna derecha.

—Eres jovencita.

—Un ángel en el infierno por culpa de la crisis española —dijo Estrella. Le-

vantó el brazo izquierdo para alisarse los cabellos y el aroma a desodorante de sus axilas penetró por sus fosas nasales. La verga se le empezaría a poner dura.

Rieron. Las casas y chacras se iban sucediendo en las ventanillas.

—¿Trabajas en? —Estrella montó la pierna izquierda.

—En la Universidad Femenina y en el Colegio Mayor —dijo. Pasaron frente a la Universidad Peruana Unión. ¿Recordaría que el año anterior había sido jurado en el concurso José María Arguedas y que Niñachay, la alumna que eligieron como ganadora de la Ugel 06, había obtenido el primer lugar a nivel nacional?—. Soy profesor.

—Al menos trabajo no te falta, te envidio. ¿Qué enseñas?

—Historia del arte y pintura —acariciarle las piernas, el pubis.

Doblaron a la derecha, después a la izquierda, descendieron por la carretera en declive y esperaron que unas mototaxis cruzaran el estrecho puente de Ñaña. ¿Se habría acordado que hace unos treinta años habían vivido por allí cuidando la casa de los Pajares y que un día su papá lo mandó a cobrar y un hombre lo estuvo persiguiendo? Entonces Ñaña era casi un lugar solitario.

—¿Tú vives en?

—Sol de Vitarte. Cerca de Ceres. ¿Conoces?

—Sí. Una colega mía vive por allí, Kelly Wing. ¿No la conocerás, por si acaso?

—No —dijo Estrella—. ¿Es china?

—Media nomás. Su otro apellido es más autóctono que Machu Picchu.

Volvieron a reír. Cruzaron el puente, doblaron a la izquierda y entraron a la Carretera Central.

Estrella le pidió papel higiénico. Él le dijo que había en la guantera.

—¿Eres tú? —Estrella encontró sus libros, miró las carátulas, lo miró—. ¿Eres escritor?

—Casi —rió. Tenía torcidos los dientes superiores—. Soy un escritor desconocido.

—Mata a alguien para que te hagas famoso.

¿Pensó a ti te mataré, perra?

Pasaron frente al hospital Miguel Grau donde el 22 de julio del 2005 había muerto su madre. Dentro de cinco meses serían siete años ya.

—Tú deberías escribir tus memorias.

—¿Crees que a alguien le interese mi vida?

—Estoy seguro que a mucha gente.

—Mejor yo te la cuento y tú la escribes, ¿te parece?

—Claro. La mandamos a un concurso y nos repartimos el premio.

—En el Premio Planeta te dan medio millón de dólares. ¿Qué harías con esa plata?

—Viajaría, contrataría a Lexi Belle para que me la chupe —le dijo que Lexi Belle era una de sus actrices porno favoritas. Estaban pasando frente a El Cuadro. Dos rubias levantaron las manos creyendo que era un taxi. Quizá la siguiente vez pegaría un logo de taxi y se detendría y las recogería. Tendría que conseguirse una pistola, o uno de esos cuchillos dentados, para intimidarlas.

—Bonito tu cuento «El otro» —dijo Estrella, blandiendo en el aire el ejemplar de *Monsieur Wylie y ocho cuentos en busca de autor*.

¿Recordó a Lisette y ese viaje a Huancayo en agosto del 2010? Los dos besos de Lisette cuando le entregaron su premio. Los libros que le regaló.

—A veces me sale una perla —dijo.

Pasaron frente a la entrada del cementerio de Chaclacayo. Un día había llevado en hombros a sus padres por ese polvoriento camino. Mañana Mariana y Carolina les llevarían sus flores. ¡Si supieran que los nichos estaban vacíos! Mañana era 28 de febrero. ¿En qué condiciones habría nacido su madre? Quizá hace setenta y seis años su abuela Felicitas estaba sintiendo los primeros dolores de parto. Su mamá era la hija mayor. ¿Cuántos años tendría la abuela?

—¿Vives solo?

—Sí.

—¿O sea que me podría quedar hasta mañana?

—Claro. Si gustas.

Pasaron frente al Estenós, frente al colegio fiscal, frente al Banco de la Nación.

—¿Te parece si compro pollo a la brasa para cenar? —dijo, cuando cruzaron frente al paradero de Huampaní.

—Claro —dijo Estrella—. Me encanta el pollo a la brasa.

Se detuvieron frente al Doky's, a un paso del Parque Central de Chaclacayo. Estrella lo vio entrar al restaurante con paso firme. Vestía un jean y polo color negro. Sacó su celular. En España eran las cinco de la mañana. ¿Nuria seguiría durmiendo?

Marcó mi número. Esperó oyendo timbrar al otro lado.

—¿Nuria?

—Hola, loca, ¿Dónde estás?

—Acá, trabajando —rió.

—¿Cómo te va? ¿Cómo estás?

—Bien, ¿y tú?

—Sobreviviendo. ¿Crees que me podrías conseguir un trabajo?

—Claro.

—Pero algo diferente.

—Lo sé. Esto no es para ti —me dijo—. He conocido a un tipo, es profesor, quizá...

Vio salir al hombre cargando una bolsa en cada mano. ¿Pensaría después que esa fue su oportunidad para escapar? ¿Pero cómo podía adivinar lo que vendría? Abrió la puerta de atrás y puso las bolsas sobre el asiento. El interior del vehículo se llenó del olor al pollo a la brasa.

—Yo te aviso.

—Vale.

—Es Nuria, una amiga de España —dijo. El hombre le sonrió. Se puso al volante y reanudó la marcha. El estadio de Chaclacayo—. También se quiere venir.

—Que venga. Aquí hay trabajo hasta por gusto.

—No es puta. Está estudiando para periodista —Los Geranios, La Floresta, La Victoria, Santa Inés, El Sol—. ¿Tú no le podrías dar una mano?

—Claro. Encantado. Tengo un amigo en *La República*, allí podría trabajar.

—Gracias. Le diré que se venga.

—Haz eso.

—Sí, porque el Titanic se hunde sin remedio y nadie se salvará.

El puente Los Ángeles, la casa de la hermanita Clarisa, después la de los Salizar. Le habían dado casa, un lugar para construirse una mejor, si quería, y John no había sido capaz ni de levantar una pared en casi veinte años. ¿Quién no se cansaría de un marido así?

Se desvió hacia la derecha hasta llegar a un portón de madera que empezó a elevarse por los aires. Avanzaron lento por un tramo oscuro iluminado sólo por las luces del auto. ¿Allí tuvo miedo? ¿No sospechó nada? ¿No tuvo un palpito?

Los faros iluminaron a un pastor alemán que venía brincando.

—Es Cachorro —dijo.

—¿Muerde?

—Depende de qué cara le pongas cuando te pida un oral.

Rieron. Una pared blanca. Un portón de madera.

—¡Wao, vives en una fortaleza!

—El castillo de Drácula, dicen mis sobrinos —dijo.

—¿Y no te da miedo?

—No. Aquí no hay nada que robar, aparte de los caballos. El castillo de Drácula está casi en ruinas.

Entraron a un patio empedrado donde había una pileta con una sirena.

Bajaron del auto, le pidió que le ayudara con una de las bolsas, espantó a Cachorro, metió la llave en la cerradura y abrió la puerta. Apretó el interruptor. Un pasillo de baldosas rojas. Las paredes blancas.

—Bienvenida a mi refugio. Pasa.

—Gracias.

Le miraría el culo, el calzoncito perdido entre las nalgas. Pensaría que faltaba poquito para tenerla desnuda, para entrar en ella.

Entraron a la sala comedor. El lavadero antiguo, los anaqueles antiguos, las paredes con las mayólicas desprendidas. Allí habían crecido Nacho y Diego. Allí habían estado sus padres. Si no fuera por Mariana, habría sido el paraíso para ellos.

Guardó una de las bolsas en la refrigeradora. Se lavó las manos, escuchó el ruido de una bomba de agua, abrió la bolsa, el olor a pollo a la brasa lo invadió todo.

—Cenemos.

—Gracias.

—¿Un vinito?

—Si no es mucho pedir.

Sacó un Concha y Toro de uno de los anaqueles. Llenó dos copas.

—¡Salud! —dijo, levantando la suya.

—¡Salud! —Estrella lo imitó.

Los cristales tintinearón al chocar. Empezaron a comer.

—¿Por qué no te has casado?

—He tenido mala suerte en el amor —dijo, mientras ensartaba una papa. ¿Pensó en Tania, en Silvina, en Julissa, en Martha?—. Siempre me han tocado pendejas.

—¿Con esa carita de ángel?

—¡Ah, si te contara!

—Cuéntame.

—Mejor hálame de ti que recordar malos amores, no vale la pena.

¿Le contó sobre mí, los veranos en las playas de Barcelona, nuestros paseos

en la Barceloneta, nuestros años escolares, nuestras primeras salidas a las discotecas?

—¿Cómo así optaste por este trabajo?

—Por necesidad —el rubor se apoderó del rostro de Estrella. Comió una papa—. La situación está jodida en España.

—Me imagino.

Terminaron de comer y beber.

—Gracias —le dijo Estrella, sobándose el estómago—. Estaba rico el pollo a la brasa.

—¿Deseas un poco más?

—Déjalo para el desayuno. Después no me voy a poder mover con la panza llena.

Una sonrisa ancha.

—Deja que le dé su cena a Cachorro —dijo el hombre, juntando los restos.

Estrella lo vio salir de la sala comedor. El ruido de una puerta, los ladridos del perro. ¿Le diría mañana tendremos carne en abundancia?

Regresó.

—¿Vamos?

El largo pasillo de baldosas celestes. El techo alto. Las puertas a los lados.

—¿Cuántas habitaciones tiene?

—Unas veinte, me imagino.

—Conviértelo en un hotel.

—¿Crees?

—Claro. O en un prostíbulo.

—Eso suena más interesante.

—Yo te lo podría administrar.

—¿Podría tirarme un polvo gratis todos los días?

—De todas maneras —las botas de Estrella resonaban en las baldosas. Su padre trapeaba un par de veces a la semana los pasillos, le quitaba el polvo a las paredes. El tiempo que estuvo acá había engordado.

Doblaron a la derecha y entraron a una habitación amplia. La cama en el centro. El piso de listones de madera.

Escucharon el relincho de un caballo.

—Ese es Relámpago.

—¿Mañana lo puedo montar un ratito?

—Claro. ¿Nunca has tirado con un caballo?

—No —Estrella rió. Se sentó en la orilla de la cama—. Con un perro, sí.

—¿Con un perro? —entró al baño—. Un duchazo para oler rico.

—Un tío de plata quería que se la succione a su perro...

—¿Y aceptaste?

—Siempre hago lo que el cliente pide...

Escuchó el ruido del agua al caer. También tendría que bañarse. Se quitó la minifalda y el corsé y quedó en ropa interior. ¿Pensó en todos los polvos que se había tirado? ¿En qué piensa una persona unas horas antes de morir?

—El baño es tuyo —le dijo, al salir, mirándola—. Tienes bonito cuerpo.

Estrella sonreiría. Entró al baño. Se quitó la ropa interior y abrió el grifo. El chorro de agua tibia cayó sobre ella. La miraría ducharse acariciándose el miembro. La vio salir de la ducha. La piel blanquísima, lisa, la sombra cubriendo el pubis. La piel despidiendo un aroma a frescura.

Con un gesto le indicó que se la chupara. La boca tibia. ¿Recordó las veces que Pía se la chupó? Los dientes hundiéndose suavemente en su miembro. Le acarició los cabellos, los hombros, la espalda. La piel suavcita.

—Ahora yo.

Estrella se echó en la cama con las piernas abiertas y él hundió el rostro en ese sexo que despedía un aroma a mariscos frescos. Así había estado Pía, con las piernas abiertas como una puta. Le había pasado la lengua por el sexo hinchado. ¡Ya no, ya no!, le había pedido. Su pubis cubierto por una mata espesa y dura de

vellos. Sintió hincharse su clítoris. Lo sostuvo entre sus labios e hizo girar su lengua alrededor de ella. Estrella empezó a gemir. ¿Fingiría? Las putas siempre fingían.

Empezó a entrar en ella. El interior tibio envolviendo su miembro. Los pezones suaves endureciéndose en su boca mientras se la metía y sacaba. Le besaba el cuello, el rostro, las axilas. Estrella gemía y él arremetía con más ganas. Goza, perra, pensaría, como cuando se tiraba a Pía Vittery.

—Ahora te toca a ti.

Estrella le agarró la verga y la colocó en la entrada de su vagina y se fue dejando caer lentamente. Tenía los ojos cerrados. ¿Lo estaría disfrutando o estaría pensando en otro hombre como él pensaba en otras mujeres? ¿Recordaría otros polvos como él también los recordaba?

Empezó a subir y bajar. Las rodillas lisas, redondas, brillantes, los muslos duros, el pubis con el triángulo oscuro invertido, la franja blanquísima de carne, el hoyo del ombligo, las tetas brincando, el cuello delicado.

Le agarró de las nalgas para cabalgar al mismo ritmo. La piel sudada, fría. Morderle los pezones suavemente, aspirar el aroma a transpiración de sus axilas.

—Hazme perrito, ¿quieres?

El culo blanco, la piel blanquísima en el lugar de la ropa interior, el sexo como un pan francés. De nuevo el calorcito envolviendo su verga. La espalda perlada de sudor.

—¿Te dejas por el culo?

—Claro. Hago todo lo que quieras —dijo Estrella, con la voz acezante—. ¿Sabes hacerlo por atrás, no?

—Sí.

El ojo del culo arrugado, marrón. Echarse saliva para que entre facilito.

—Despacio.

Pía quería experimentar por el culo. Lástima que no se la cachó por atrás. Si no hubiera precipitado el rompimiento, se lo habría partido.

Entrar, salir, entrar salir, terminar, tomar aire, sentir galopar su corazón.

—¿Tú te casarías con una puta?

—¿Por qué no? A mí me gustan las mujeres expertas, que sepan cachar, mamar.

—¿Puedo postular entonces?

—Claro —la abrazó. Podría lucirse con ella en las ceremonias de la Universidad Femenina o del Colegio Mayor. ¿Qué le dirían sus colegas si supieran que estaba con una puta? Recordó a Giovanna Blas Sánchez, una bailarina con quien estuvo un tiempo.

—¿Dormimos o quieres seguir follando?

—Hay que dormir. Mañana la continuamos.

Se dieron un beso en la boca y se durmieron.

Fue el primero en despertar. Era el martes 28 de febrero, cumpleaños de su mamá. Setenta y seis años antes, su madre había nacido en Huancavelica. Estrella dormía plácidamente. Bajó con sigilo de la cama, se puso un buzo y se internó en el monte hasta llegar al claro donde estaba la tumba de sus padres.

Se vengaría. Un día se vengaría de todos los que les habían hecho sufrir, pasar humillaciones, vergüenzas. Sus muertes no quedarían impunes. ¿Mariana, Carolina, Emilia, Jonás, John creerían que él tenía mala memoria? ¿Creían que se había olvidado?

Dejó el claro y se dirigió a la piscina. Se desnudó y se tiró al agua. Un rato después, apareció Estrella.

—Ven —la llamó—. El agua está rica.

Estrella se quitó la minifalda y la ropa interior y se arrojó a la piscina. Antes de salir a flote, sintió unas garras aprisionándole el cuello. Y ahora estaba muerta y él se la metía y sacaba y juraba que se vengaría.



## Matar a un ángel

# Gabriel Jiménez Emán

Escritor venezolano (Caracas, 1950). Su obra narrativa y poética ha sido traducida a varios idiomas y recogida en antologías latinoamericanas y europeas. Ha representado a Venezuela en diversos eventos internacionales. Ha publicado los libros de cuentos *Los dientes de Raquel* (1973), *Saltos sobre la soga* (1975), *Los 1.001 cuentos de 1 línea* (1980), *Relatos de otro mundo* (1988), *Tramas imaginarias* (1990), *Biografías grotescas* (1997), *La gran jaqueca y otros cuentos crueles* (2002), *El hombre de los pies perdidos* (2005), *La taberna de Vermeer y otras ficciones* (2005) y *Había una vez... 101 fábulas posmodernas* (2009), entre otros, así como las novelas *La isla del otro* (1979), *Una fiesta memorable* (1991), *Mercurial* (1994), *Sueños y guerras del Mariscal* (2001; 2007), *Paisaje con ángel caído* (2004) y *Averno* (2007); los libros de ensayo literario *Diálogos con la página* (1984), *Provincias de la palabra* (1995), *El espejo de tinta* (2008), *Una luz en el camino: fundamentos de ética para adolescentes* (2004), *Espectros del cine* (1998) y *El contraescritor* (2008); los poemarios *Materias de sombra* (1983), *Narración del doble* (1978), *Baladas profanas* (1993) y *Proso estos versos* (1998), *Historias de Nairamá* (2007), y las antologías y trabajos de investigación *Relatos venezolanos del siglo XX* (1989), *El ensayo literario en Venezuela* (1988), *Mares: el mar como tema en la poesía venezolana* (1990) y *Ficción mínima: muestra del cuento breve en América* (1996), entre otros. Ha recibido el Premio Municipal de Narrativa del Distrito Federal, el Premio Nacional de Narrativa Orlando Araujo y el Premio Solar de Ensayo de la Fundación de Cultura del Estado Mérida, entre otros reconocimientos. Actualmente dirige la revista *Imagen*.

***Justamente en el instante en que abrió los ojos y se incorporaba poco a poco de la cama, surgía entre la oscuridad nocturna la figura del hombre que la vigilaba desde afuera.***



Sobre fotografía original de CKDJ

# Matar a un ángel

*Gabriel Jiménez Emán*

## 1

Patricia Sanders llegó a su casa exactamente a las 12:45 minutos de la noche de un sábado de abril del año 1999. Regresaba de una fiesta, y sus amigos la habían dejado frente a la reja del jardín, que debía abrir antes de llegar a la puerta principal. Les dijo adiós a los amigos en el auto antes de meter la llave en la cerradura y trancar tras de sí la puerta, muy suavemente. Colocó el bolso de mano y el suéter en el perchero, caminó hasta la cocina para servirse un vaso de agua del refrigerador y se sentó en una de las sillas de la cocina, a beberse el contenido del vaso a medio llenar. Se despojó de los zapatos de tacón alto y caminó descalza hasta su cuarto, donde se tendió en la cama dando un suspiro. Miró la habitación sin detallarla, pues su mente estaba puesta en el recuerdo de los momentos anteriores de la fiesta donde la había pasado tan bien con los amigos y con el hombre de quien se había enamorado, aunque éste no lo sabía. Por un momento, sus ojos se iluminaron con los ensueños del amor perfecto.

Cerró los ojos por unos instantes, logrando relajarse e irse hundiendo en la suavidad de sus propios pensamientos, hasta quedar dormida durante unos pocos minutos. Justamente en el instante en que abrió los ojos y se incorporaba poco a poco de la cama, surgía entre la oscuridad nocturna la figura del hombre que la vigilaba desde afuera.

El hombre había saltado la reja exterior con facilidad y ahora se movía alrededor de la vivienda, tratando de ubicar con precisión todos los espacios de la casa. Hasta ahora estaban encendidas las luces de la sala, la cocina y la habitación principal, y el hombre tuvo el cuidado de caminar agachado y de irse ocultando tras las paredes, hasta dar con el cuarto en el que Patricia terminaba de incorporarse de la cama, daba un leve bostezo y se desperezaba, estirando los brazos. Intuyó algo quizá, pues miró hacia fuera y su mirada atravesó los vidrios de la ventana cerca de la cual el hombre esperaba verla mejor, y así fue: cuando

comenzó a desvestirse, se despojó primero de la falda, y luego de la blusa. Al quedar sólo en ropa interior el hombre logró verla asomando el ojo desde la oscuridad, por el mínimo pliegue de una persiana.

El cuerpo de Patricia era hermosísimo; veintidós años bien repartidos por las piernas, las nalgas, los senos firmes, los lindos pies, la espalda, la piel tostada, el cabello castaño claro que se derramaba como una cascada, el rostro fino de ojos grandes y claros, de cejas pobladas y boca perfectamente dibujada. Llevaba un conjunto interior negro de pantaletas pequeñas y *brassieres* de encajes que aumentaban el deseo del ojo psicópata. Patricia no se desnudó en la habitación; antes, caminó en ropa interior hasta el baño, por lo cual el hombre hizo un gesto ácido de fracaso ante la fallida contemplación del cuerpo desnudo.

Por el lado de afuera, el observador furtivo se desplazó en dirección a donde él pensó podía estar el baño, pero allí no había ventanas, de modo que se vio obligado a imaginarse el momento en que Patricia se despojaba de la pantaletica negra, para dejar al descubierto la dulce fruta de su pubis y las perfectas tetas coronadas por los rosados pezones. En cambio sí podía percibir el sonido del agua cayendo desde la ducha al suelo, interceptado a ratos por el cuerpo desnudo bajo el chorro, y el hombre se imaginaba entonces en qué posición estarían las nalgas y los muslos y el pubis mientras las gotas se desplazaban por aquella tersa superficie, por aquellos poros que recibían el líquido ahora acompañado de la caricia de la pastilla de jabón en plena producción de pompas fragantes, espesas, blancas, que se encargaban de refrescar y aromar el cuerpo en todos sus rincones.

La imposibilidad de presenciar la escena estimuló al hombre aun más a llamar a la puerta principal. En cuanto sonó el timbre, Patricia cerró la ducha y se inquietó, volvió a repicar el timbre y entonces salió de allí hacia la puerta del baño, desde donde preguntó «¿Quién es?» dos veces, sin obtener respuesta. Entonces cubrió su cuerpo con una bata para salir a la sala, sin atreverse a abrir. El hombre volvió a accionar el timbre y ella a preguntar quién era con evidente nerviosismo. Se acercó un poco más a la puerta para asegurarla con doble cerrojo. Mientras ella hacía esto, el hombre daba la vuelta por la derecha, colocándose cerca de la ventana del dormitorio. Patricia apagó la luz de la sala y fue hasta la cocina, a tomar el teléfono para llamar a la policía. En eso estaba cuando el hombre asestó la primera patada a la ventana del dormitorio, haciendo saltar los vidrios en añicos y despedazando el marco de madera. Patricia dio un grito al oír el impacto en la ventana justo cuando el hombre daba nuevos golpes con las grandes botas a los marcos hasta destrozarlos completamente. Las astillas volaban por el cuarto junto con los trozos de vidrio, y entonces Patricia dio dos nuevos gritos, sin poder tomar el teléfono, aunque sí corrió hacia los gabinetes de la

cocina a buscar algún cuchillo para defenderse. El hombre ya estaba dentro del dormitorio y se disponía a ir hacia la sala cuando todas las luces de la casa se apagaron, pues Patricia había desconectado los fusibles del sistema eléctrico. Entonces el hombre pronunció el nombre de ella diciéndole que no le iba a hacer daño, sólo quiero darte un pequeño regalo, mi amor, decía, y luego Patricia empuñó mejor el cuchillo y caminó pegada a las paredes, pero ya los ojos de ambos se habían acostumbrado a la oscuridad y podían ver en medio de las sombras los perfiles y siluetas de muchos objetos. Él comenzó a decirle esas frases cínicas y cariñosas tan propias de los maniáticos, y ella entendió entonces que nadie podía defenderla. De modo que estaba dispuesta a valerse por sí misma a como diera lugar, sacando coraje de sus últimas fibras. No dio más gritos; se armó de valor y trató de despistar al hombre: su objetivo era llegar hasta la puerta principal y abrirla sin que aquel hombre se percatara. En la calle habrá alguien para ayudarme, pensó.

Pero el hombre era muy astuto, y comenzó a pronunciar frases lascivas en la penumbra, con el objeto de enervar a la muchacha, que ahora se movía a tientas por la alfombra. Sin querer tropezó la pata de una mesa, y un florero rodó sobre la superficie de ésta, sonido que resultó una ventaja para el perseguidor. Pero la muchacha tomó un nuevo impulso y ganó terreno hasta el comedor: pretendía dar la vuelta cerca del dormitorio pequeño de la casa para confundir al malhechor, y desplazarse hacia la puerta principal. Estaba sudando y el hombre también; abrían ambos las pupilas y los ojos como si quisieran penetrar la tiniebla; cada movimiento tenía un peso enorme, cada suspiro, cada inhalación de aire iba acompañada de sobresaltos que se anudaban en las gargantas de ambos; en el hombre, la voluntad de poseer aquel cuerpo por la fuerza se convertía en emoción, en una violencia deseosa que iba aumentando como una fiebre, mientras que en ella todo se resumía en un miedo que engendraba otros pequeños horrores dentro de la cabeza, en el pecho, los brazos y las piernas.

El hombre comenzó a moverse más rápido y a tumbar involuntariamente objetos; ella llegaba al límite del espanto y empezó a gemir, de su garganta salió un crujido doliente y profundo, que orientó de nuevo al hombre y le sirvió para tenerla más cerca; de hecho, ese fue el signo que le permitió correr hacia ella y distinguirla. Saltó sobre ella y le desgarró la bata; con manotazos salvajes le fue halando y haciendo trizas las vestiduras, hasta que terminó por abrirla la correa. Ella se defendió pero su fuerza no fue suficiente para contenerlo, y entonces comenzó a gritar, pero él se le fue encima y terminó por golpearla en la cara y luego desnudarla por completo. Sí, allí estaba ahora la presa deseada, allí a merced suya la fabulosa pieza que había espiado por semanas, estudiando a qué horas salía y entraba y con quién. Patricia no ofreció resistencia al principio, dejó que el hombre la desnudara y le estrujara los senos y las piernas y luego se

acostara sobre ella, y ella aprovechó esta pausa para descansar y empuñar bien el cuchillo y clavarlo con seguridad en su espalda una vez; sin embargo el hombre reaccionó y logró arrebatarse el cuchillo, clavándolo a ciegas en una de las piernas de ella, que comenzó a pedir auxilio pero el hombre logró asirla de nuevo a pesar de su herida y la golpeó en la cara; los dos se abrazaron rodando por la alfombra hasta que ya no se distinguía en la penumbra sino un ovillo de miembros que se escurrían entrelazados; el arma había quedado fuera del alcance de ambos, y mientras ella luchaba por llegar a la puerta él se las arreglaba para incorporarse y correr en la misma dirección hasta dar de nuevo con la chica y echársele encima para dominarla y tratar de asfixiarla. Los dos perdían sangre copiosamente; él se fue debilitando más rápido —la herida era mayor—, ella más lentamente, pero igual los dos fueron perdiendo fuerzas hasta quedar exhaustos sobre un gran pozo púrpura, denso, de olor acre, compuesto por la sangre de ambos.

## 2

A pesar de vivir solo desde hacía años en un pequeño departamento de La Candelaria, Sigfrido Monteverde no se sentía incómodo, más bien disfrutaba de cierta independencia, compartiendo sus ratos entre sus investigaciones privadas, sus lecturas de libros disímiles de los que hallaba en la calle —sobre todo bajo el puente de la avenida Fuerzas Armadas— los fugitivos encuentros con algún viejo amigo y las visitas de su hija de veinticinco años, fruto de su primer y único matrimonio, y acaso la mejor recompensa que el mundo le había prodi-gado en medio de sus vaivenes. Por esa hija valía la pena vivir.

Después de mirar un rato la televisión, salió del departamento a cenar algo por ahí cerca —odiaba cocinar para él solo— tomó un bocado en una panadería y luego se fue a buscar su automóvil para recorrer un poco la ciudad; aún era temprano y la noche estaba fresca. El tráfico era escaso; recién había escampado y los automóviles se desplazaban lerdos, metiéndose en los pequeños charcos y produciendo chasquidos con los cauchos. Mientras viraba a la derecha desde la avenida Francisco de Miranda hacia Sebucán, se dio cuenta de que su abdomen rozaba cada vez más el volante, e hizo un gesto ácido; seleccionó otra melodía en el disco compacto, un jazz más suave para esa hora. Hacía buen clima; los árboles ayudaban a la noche a despejar el ambiente. En una de las transversales percibió un brusco movimiento de gente, carros y patrullas que se desplazaban rápido, mientras una ambulancia aparecía detrás del suyo; la vio por el retrovisor y se echó a un lado de la vía para dejarlos pasar. No era un vecindario muy poblado; entre cada casa mediaban extensiones considerables de terrenos bal-

díos.

El teniente Monteverde (en verdad era ex teniente, pero aún le hacían valer su rango) se bajó de su Chevrolet y observó la escena con las manos en los bolsillos: los carros y los vecinos se agolpaban rodeando a un grupo de agentes de policía situados frente a una quinta. Se fue acercando al grupo de gente y no vio allí al principio a ningún agente conocido del cuerpo policial al que había pertenecido tiempo atrás. Se dirigió a uno de los detectives que estaban cerca de las ambulancias, y éste le anunció que una mujer joven llamada Patricia se hallaba desaparecida de ahí, de su casa, donde habían encontrado caos y mucha sangre, pero el cuerpo de la muchacha no estaba, no se sabía...

—Se había quedado sola por unos días —interrumpió otro agente. Los padres están de vacaciones, deben venir en camino... oiga, ¿no es usted el teniente Monteverde? —preguntó el oficial.

—Para servirle.

—Lo he visto a veces por la comisaría.

—¿Sigfrido Monteverde? —preguntó el otro—. Es usted una leyenda.

Monteverde se sintió al principio un tanto abochornado, pero luego entró en confianza con los agentes.

—¿Me permiten echar un vistazo? —inquirió.

—Todavía no, teniente. Hasta que no lleguen el capitán Berlín y los expertos.

—El teniente es de confianza...

—Bueno, teniente, pase —dijo el otro.

Monteverde caminó hasta la verja, inspeccionó y luego cruzó la veredilla hasta la puerta principal. Minutos después llegó Jorge Berlín, el capitán jefe de policías de Chacao, a investigar con sus ayudantes.

—Cómo se enteró de esto, teniente —saludó el capitán Berlín—. Llega antes que nosotros...

—Casualidad. Sólo pasaba por aquí. De todos modos, no he visto nada... estoy llegando... no culpe a sus hombres, que son muy gentiles.

—Ahora si me permite, teniente, voy a continuar trabajando.

—Por supuesto.

Monteverde salió de la casa y se sentó en un pequeño banco que había en el jardín. Sacó un cigarrillo de la pitillera y lo encendió. Mientras lo fumaba, miraba la topografía de la zona y su escasa iluminación. Pasó frente a un grupo de muchachos y muchachas jóvenes, con las caras dominadas por la contrariedad y el asombro. Adentro los esperaba el capitán Berlín para hacerles unas preguntas; las requisitorias de rigor: a qué hora fue la última vez que la vieron, usted sabe si tenía enemigos, quién era su novio, etc. A todas contestaron, de una u otra manera. Eran tres parejas jóvenes y desenfadadas, con vestimentas quizá demasiado vistosas o estrafalarias. El teniente Monteverde se les acercó para preguntar a una chica que tenía lágrimas en los ojos dónde estudiaba su amiga Patricia y desde cuándo la conocía. La muchacha le dio la información y él se despidió de ella y le dio las gracias. Luego apareció el capitán Berlín impartiendo órdenes a los subalternos, y acercándose a Monteverde con gestos y preguntas huidizas. Después concluyó, con un dejo de frustración:

—No sabemos nada, ni siquiera si la muchacha está muerta.

### 3

La policía continuó investigando en las semanas siguientes. La búsqueda del cuerpo de Patricia Sanders resultó infructuosa. Sin embargo, el estudio de las huellas dactilares reveló la presencia de un hombre, el atacante, y de una persecución a oscuras por toda la casa. Ahora eran dos los desaparecidos; el asesino andaría suelto por ahí. Había varios sospechosos, relacionados con vagos incidentes anteriores de violencia, pero nada sólido. Las declaraciones de los padres de Patricia, en cambio, habían resultado más pobladas de signos extraños. El señor Román Sanders, empresario de comunicaciones, norteamericano de nacimiento pero con su vida hecha en Venezuela, tenía un carácter agrio y reservado, en contraste con el de su mujer, la caraqueña Lucía Lovera de Sanders, una mujer jovial que ahora se veía más abatida que nadie, y apenas daba una información sobre su hija, prorrumpía en sollozos. Ya estaban los esposos Sanders agobiados por los interrogatorios. La policía les había ofrecido seguridad en la propia casa; además la madre de Lucía había ido desde Maracay con su hijo mayor a pasar unos días con ellos. El señor Sanders, desesperado, se estaba poniendo en contacto con varias agencias de detectives privados a fin de contratar uno, y agilizar las investigaciones.

El caso tenía pensativo a Sigfrido Monteverde, esa era la verdad. Al principio parecía un simple secuestro a un asesinato, producto de la mente de un

psicótico, como los hay miles. La copiosa mancha de sangre sobre la alfombra cerca de la puerta era el único indicio, la pista única de violencia. La gran pregunta era por qué no había rastros de sangre en el resto de la casa o en la salida, y cómo pudieron desaparecer ambos cuerpos sin dejar rastros. Por ejemplo, si el hombre se había llevado a la chica debió sacarla cargada de allí, y puesto luego en un automóvil. Pero nada de eso. Luego, el móvil del asunto: por qué alguien querría matar a un ángel como Patricia Sanders. Pero los ángeles siempre quieren ser inducidos a la perversión o dañados; su belleza angélica, a la manera de un gran imán, atrae el mal hacia sí, arrastrando hacia ella todos los deseos oscuros, hasta crear una suerte de campo magnético donde se mezclan ilusiones rotas, frustraciones infantiles y carencias de afecto, nada de caricias tiernas, sin padres ni madres ni hermanas que estén allí brindando calidez humana. Nada de eso saben las almas de esos infelices que desean arrebatarse jirones de belleza a este pobre mundo árido y breve, pensaba Sigfrido para sus adentros, y por ello había aceptado el caso, cuando Sanders le llamó por un golpe de suerte, buscando servicios en alguna guía donde aparecían las señas del teniente. Para colmo, no se trataba de un secuestro, pues los autores o el autor del probable plagio no se habían comunicado con nadie para solicitar una suma a cambio de la libertad de la muchacha.

Empezó el teniente por indagar más con los amigos de la chica, y no averiguó mucho. El consumo de droga y alcohol en la Universidad Central para ese año 1999 había disminuido, pese a los pronósticos negativos. La educación había mejorado de modo imprevisto, a pesar de los malos augurios. En cambio, casi todo el este de Caracas era un emporio de cocaína y heroína; los jóvenes de los barrios del oeste de la ciudad —de Catia principalmente— vendían la droga en el este a mejor precio. La marihuana estaba legalizada y su consumo era estable, y no era tan costosa y tan perjudicial como el alcohol. El único inconveniente: la hierba sumía a los consumidores en una abulia incorregible.

Los amigos más cercanos de Patricia estudiaban ciencias de la comunicación en la Universidad Central, y compartían clases, paseos, fiestas y preocupaciones. A decir verdad, Sigfrido no veía desde hacía tiempo a un grupo tan compacto. Sólo Patricia no tenía novio estable, como los demás, aunque durante un año había mantenido un amorío con Arturo González, estudiante de medicina, relación que había terminado unos seis meses atrás. Se mostró según ellos muy afectada con tal ruptura; sus amigos de la facultad, en medio de bromas y juegos, le sacaron entonces de su estado depresivo, y así volvió a tomar las riendas de sus estudios; eso le dijeron a Sigfrido los esposos Sanders.

Monteverde averiguó más acerca de Arturo González, quien además trabajaba como asistente de la cátedra de anatomía, para ayudarse a costear los estu-

dios. Había llegado a Caracas desde el oriente del país, en medio de muchas dificultades. Los problemas suscitados en el seno de la pareja se debían sobre todo a la diferencia de status, a la dificultad de Arturo para ponerse en el ámbito de la familia Sanders. La joven había hecho todo lo posible por aclimatarse a su mundo, pero él no podía superar su complejo social.

Los amigos más cercanos de Patricia eran dos parejas: una compuesta por Minerva Márquez y Antonio Gutiérrez, que vivían ambos en la urbanización Los Palos Grandes. La otra pareja, Elvis Vásquez y Rosa Ramos, eran vecinos en Chacao. A pesar de ser tenido como municipio modelo en toda la ciudad, en Chacao se producían los casos criminales más sonados y retorcidos. Averiguó Monteverde que Rosa Ramos escribía reportajes sobre delincuencia para un diario capitalino, y por lo tanto estaba doblemente interesada en averiguar la desaparición de su amiga. De Rosa obtuvo Monteverde muchos datos valiosos acerca de Patricia Sanders, pero también mucha información inventada e innecesaria, especulaciones y teorías rebuscadas, sin duda producto de su imaginación novelesca, con la cual trataba de llamar la atención sobre su tesis de grado en ciernes.

Los dos jóvenes amigos Elvis Vásquez y Antonio Gutiérrez eran estudiantes de la especialidad de comunicación audiovisual. Antonio, por su parte, hacía una tesis sobre novela y periodismo. De cualquier modo, resultaban interesantes como personajes de una historia que parecía inventada, aunque de hecho la literatura policial le era odiosa a Sigfrido Monteverde, quien no soportaba la chatura y la linealidad de los personajes literarios de este tipo de relatos, prefiriendo en todo caso hundirse en novelones románticos, góticos o fantásticos. Apenas soportaba algunas viejas películas del llamado cine negro norteamericano. Sobre el cine actual de este género tenía una opinión mucho más que negativa; sus gustos llegaban apenas hasta cintas como *Chinatown*, de Polanski, a la cual consideraba el canto de cisne del buen cine policial.

Transcurrió una semana sin que Monteverde pudiese tener pistas concretas. Mientras tanto, el teniente se decidió visitar el prostíbulo donde ocasionalmente era bien recibido por Ramona Calvino, una italiana entrada en carnes que regentaba el lupanar, y sus chicas, todas especiales y bien entrenadas. Ella le divertía con un buen número de historias sórdidas, aunque benignas la mayoría de ellas. Mientras campaneaba un escocés e intercambiaba anécdotas con Ramona, Sigfrido buscaba con la mirada a su último amor, Kesa Orikawa, una japonesa preciosa, de quien se había enamorado sin que ésta lo supiese. Cuando él pagaba para tenerla, salía de la habitación pseudojaponesa como levitando, y ella lo hacía feliz no sólo con el sexo, sino con un conjunto de caricias que olían y sabían a algo celeste, una suerte de mundo perfecto a donde ella lo trasladaba,

y el teniente, a pesar de hacerle elogios y atenciones que iban más allá de lo normal, la dulce japonesita los tomaba como simples cumplidos de un hombre decente y chapado a la antigua, pues la predilección de ella por los jóvenes atléticos era evidente. Completamente hechizado por Kesa Orikawa, Monteverde la veía sentarse luego en las piernas de alguno de aquellos jóvenes; luego, resignado, el teniente le contaba sus contrariedades a Ramona, quien le consolaba y le despedía en medio de gestos aprendidos pero eficaces. Después, trataba de olvidar.

A los días, el empresario Román Sanders le llamó un par de veces y él acudió a visitarle en la Quinta, advirtiéndole en su esposa Lucía una alteración nerviosa evidente. Ésta le imploró a Monteverde, con lágrimas en los ojos, que le ayudase a encontrar algo, algún indicio, al menos el cuerpo, o a identificar a un culpable, un secuestrador, algo debía haber, por el amor de dios, se quejaba. Monteverde no sabía qué decirle; encendía a duras penas su vieja pipa y le daba golpecitos, mientras inhalaba el humo del tabaco aromático. Entró la sirvienta de la casa a preguntar algo; luego sonó el teléfono, y la señora Sanders —era tan joven y bella aún que Sigfrido no se atrevía a llamarla doña Lucía— invitó a Monteverde a quedarse para el almuerzo, antes de atender la llamada. Éste cortésmente rechazó la invitación pero ella insistió en que se quedara, cuestión que certificó don Román un par de veces. Aceptó un martini como aperitivo, mientras los sirvientes disponían la mesa para la comida, que consistía en carne a la parrilla acompañada de ensalada. La carne, cocida al término medio, era trinchada y servida por un mayordomo pronto, los jugos de la carne corrían por las tablas de madera a unirse con trocitos de yuca y guasacaca. Con los años, Monteverde venía experimentando un sentimiento nuevo hacia la carne asada; no soportaba ver los tenedores y cuchillos troceando los filetes, ni a los dientes masticándolos.

—¿No le apetece la carne? —le preguntó el señor Sanders.

—No es eso —se disculpó Monteverde—. Es la gota. Estoy a punto de convertirme en un detective gótico, si no cuido mi apetito carnívoro.

—Podemos ofrecerle otra cosa —repuso la señora Sanders—. Algo de pescado quizá, a la plancha.

—No se moleste —contestó Sigfrido—. La ensalada es abundante, y me viene bien a esta hora. Dígame, señora Sanders, ¿por qué su hija no les acompañó en el viaje?, y... disculpe si soy inoportuno.

—Tenía que presentar exámenes el día lunes —respondió Lucía.

—Entiendo. ¿Pero no temieron ustedes dejarla sola? Esto por aquí es un poco aislado y solitario, arriesgado para una joven. Quizá un amigo o la mujer de servicio hubieran podido acompañarla.

—Sí, es verdad, no tomamos esa precaución... hay tantas cosas que no hemos debido hacer. Pero ella insistió en que no había peligro, y que necesitaba tranquilidad para estudiar. La mujer de servicio siempre se va los fines de semana. Nunca imaginamos que algo así...

—¿Y no estudiaba con sus compañeros?

—Sí, también, a veces. ¿No ha hablado con la policía, teniente? ¿Le han revelado pistas?

—Qué le hace pensar que yo pueda encontrar algo que lo policía no... —intervino un tanto imprudentemente—. El capitán Berlín dice tener algo, pero no me ha comunicado nada concreto. Y no es que desconfíe de la policía, pero prefiero trabajar solo. Además, ellos me ocultan cosas, usted sabe, por razones de competencia profesional.

—Siempre cuatro ojos ven más que dos —anotó don Román—. Ya usted sabe, teniente, estamos desesperados.

Monteverde no dijo nada. Terminó su ensalada, dio las gracias por el almuerzo y se despidió. Se metió en su viejo Chevrolet, sobrellevando un orgullo un tanto incómodo. Salió de la urbanización en dirección a la Cota Mil, comprobando en su reloj las 3:47 minutos. Semejante a tantas otras tardes de Caracas a esa hora, aquella se había pegado al parabrisas del auto como un tatuaje. En el cielo se dibujaba un crepúsculo magro, cuyo hermoso color naranja quebraba un poco el absurdo de ese momento. Los habitantes de la zona céntrica estaban acostumbrados a los desvaríos de aquel paisaje, que de improviso podía extraer de su fealdad una mínima belleza para saludar a sus habitantes, algunos de los cuales se ufanaban más en sus cosas, mirando brevemente el cerro Ávila y suspirando de cuando en cuando, para tomar nuevos ánimos.

Monteverde pisó el acelerador, prendió el radio para oír las noticias o un poco de música ligera, lo que fuese. Iba muy contrariado, en verdad.

## 4

—Qué te parece la vaina —preguntó Elvis Vásquez a Antonio Gutiérrez.

—Todo feo, mano, muy feo —contestó Antonio.

—Ya han pasado tres semanas, y no encuentran el cuerpo ni aparecen secuestradores, ni nada.

—No me cuadra esta vaina por ninguna parte —dijo Antonio.

—Pienso y pienso y no encuentro ninguna explicación. No sé quién querría joder de esta manera a la pobre Patricia.

—Qué has podido saber de lo que se dice por ahí en la universidad, o en la policía. Por ahí anda un tal Monteverde averiguando la cosa, contratado por el pure de Patricia. ¿No ha hablado contigo?

—Sí —dijo Elvis—. Ya vino a verme. Le di algunos datos, no sé de qué puedan servirle. También estuvo el capitán Berlín, de la policía, con dos detectives. Esos tipos me sacan la piedra. Creo que hasta sospechan de nosotros, se te montan encima a hacerte preguntas hasta que te hacen decir hasta lo que no sabes.

—Sí, a nosotros también nos paró en la calle. A Minerva no se cansó de hacerle preguntas.

—Dime la verdad, vale. Tú que has conocido mejor a los novios que tuvo Patricia. ¿Qué hay de ellos?

—Andan por ahí. Uno estudia medicina y otro es dueño de una tienda de ropa. Tú sabes muy bien que casi nunca los veíamos, no pertenecían a nuestro grupo. Nunca me cayeron bien esos tipos, aunque no creo que sean mala gente.

—Supongo que la policía y ese detective ya los habrán interrogado.

—Seguro.

—Mira, te soy sincero, Elvis, esta vaina no me deja dormir, y a Minerva tampoco.

—Sí, las carajitas están chorreadas. A Rosa tengo como cuatro días que no la veo. Los pures no la dejan salir. La atormentan con todo tipo de historias macabras que podrían sucederle a ella también.

—Minerva también anda jodida. Fuma como una chimenea y toma pastillas para los nervios, que no le hacen ningún efecto.

—No es para menos. Era la mejor amiga de Patricia. Por cierto, ¿qué te ha dicho?

—Nada. No logro sacarle nada. Llora de repente, y anda muy mal con las

clases, la acaban de raspar en dos materias. Tenemos que ver qué hacemos nosotros, Elvis. Empecemos con la discoteca La Mosca.

—En ese negocio se han vuelto una tumba. Ahí estuvimos la última noche con ella. Era el único sitio donde íbamos a bonchar últimamente. De resto sólo estábamos en la facultad, en el cine o en nuestras casas.

—Qué tal si empezamos a averiguar nosotros mismos, Elvis. Esto no se puede quedar así.

—Esta misma noche empezamos —dijo Elvis.

## 5

El capitán de policías Jorge Berlín, acompañado de sus dos inspectores, trataba de armar algunas pistas sobre el caso de la desaparecida Patricia Sanders, y la verdad es que ya estaba llegando al límite. Varias tazas plásticas de café se amontonaban en su escritorio, junto a trozos de sánduches, pizzas frías, refrescos calientes y demás restos de comida basura. También tenía otros casos por resolver, y pese a que sus ayudantes estaban trabajando duro, no lograba hacerse del tiempo necesario para obtener más pistas concretas. Ya había comenzado a sentir la presión de sus superiores. El ministro del Interior y el gobernador de Caracas lo habían llamado un par de veces cada uno, para preguntarle cómo iba el caso. El señor Sanders era un empresario poderoso en el terreno de las comunicaciones, hacía fuertes inversiones en telefonía celular y televisión por cable; su influencia en los medios sociales era evidente, y el asunto ya le estaba quitando el sueño a Berlín.

Jorge Santaella, el inspector de su mejor confianza, trajo al escritorio de Berlín una carpeta con fotos y fichas, que éste manoseó. Ellos dos también habían visitado la discoteca La Mosca y hablado con el dueño, un tal Edgar Pérez. El encargado la última noche que Patricia visitó el lugar era un español cincuentón y desgastado que apodaban El Quique, quien no respondía a casi ninguna pregunta. Desde sus ojos pequeñísimos, resguardados por unas ojeras azulosas y un eterno cigarrillo en las comisuras, pronunciaba las palabras a medias, cerrando uno de los ojos por los efectos del humo, mientras quitaba y ponía botellas y vasos en la barra. Edgar Pérez, el propietario, era dueño de una cadena de negocios similares, discotecas o bares de mediano perfil, y se dejaba caer por La Mosca sobre todo en las tardes, a «organizar» el negocio antes de la faena nocturna. La última noche en que Patricia Sanders había estado allí con el grupo de muchachos y muchachas él no se encontraba; entonces todas las preguntas

recayeron en El Quique, quien estaba harto ya de los interrogatorios y averiguaciones de la policía.

—Joder —expresó El Quique con su típico timbre gangoso—. Estos tíos ya me tienen las pelotas hinchadas. ¿Cómo quieren que yo me acuerde de todas las cosas de esa noche? ¡Y menos en medio de esa oscuridad!

En cambio, Elvis, Antonio y sus novias Rosa y Minerva sí sabían con quién había bailado esa noche. Ahora se encontraban ambos en La Mosca, tomando tragos y reconstruyendo los últimos momentos de Patricia en el sitio.

—Bailó primero contigo —dijo Elvis a Antonio—. Dos o tres piezas —agregó.

—Sí, después se sentó un rato con otros amigos aquí a la barra —anotó Antonio—. ¿Bailó luego con uno de ellos, no?

—Sí, con el tipo que había sido su novio, Arturo, el estudiante de medicina.

—Pero eso duró muy poco. Creo que estaban discutiendo mientras bailaban —dijo Antonio, mientras se empinaba un largo trago de cerveza.

—Sí, ella después volvió a la barra con nosotros. Pero luego la invitó ese otro tipo, Dino, el italiano, con quien se veía entusiasmada.

—Ah, sí, Dino Campanella, que estudia en la facultad de nosotros y atiende una boutique de su mamá por las tardes.

—No vale, esa *boutique* no es de su mamá, es de él.

—Bueno, no sé, ese es el tipo, todo un donjuán. Estuvo compartiendo con nosotros, pero en verdad estaba interesado en Patricia, y ella en él.

—A esos dos tipos debería averiguarlos la policía, a Campanella y a Arturo el matasanos del futuro —concluyó Elvis—. Los dos la pretendían.

—¿Con quién vas a hablar tú? —preguntó Antonio, fumando lo último de un cigarro, y aplastando la colilla contra el cenicero.

—A mí déjame al matasanos —respondió Elvis—. A ti te dejo con el galán, que a mí me cae de la patada.

—Okey —dijo Arturo.

—Bueno, ahora vámonos de esta vaina, que me trae malos recuerdos —dijo Elvis, poniendo tres billetes de mil sobre la mesita y dejando a medio llenar la jarra de cerveza.

Lucía Sanders era un atajo de nervios. Además de atender en su quinta los detalles domésticos de jardinería, aseo y cocina, dando indicaciones a la servidumbre, se pasaba el resto del día viendo la TV, hojeando revistas y aguardando el repicar del teléfono. Su esposo venía casi todos los días a almorzar —no le gustaba comer en restaurantes—, y no traía noticias sustanciales acerca de su hija, sólo palabras consoladoras. La servidumbre dispuso la mesa, donde cotidianamente no faltaba la carne: asada, horneada, estofada. Don Román comenzó a seleccionar sus jugosos trozos de lomo, mientras su mujer apenas si probaba la comida. Tomaba los cubiertos para jugar nerviosamente con ellos; acariciaba el borde de las tazas vacías con sus dedos temblorosos. El señor Sanders parecía concentrarse espantosamente en sus mordidas carnívoras, y ella ya no soportaba más.

—¡Está muerta, muerta, muerta! —explotó—. ¡Mi hija está muerta y no han hecho nada! ¡Inútiles, malditos! —tiró los cubiertos al suelo y se levantó, sollozando, de la silla, para ir a llorar sobre un gran mueble lleno de cojines. El señor Sanders se quitó los anteojos, pasando luego las manos sobre la cara, como para deslastrarse de aquel momento trágico, de aquella realidad que su esposa y él ya no toleraban.

—Cálmate, querida —le dijo él—. Voy ahora mismo a la policía. Sé que ellos y el detective Monteverde están trabajando intensamente.

—¡Pero no tienen nada! —volvió a gritar ella, entre sollozos. El señor Sanders la atrajo hacia sí para consolarla y la mantuvo un rato abrazada, hasta que se calmó. Luego tomó el teléfono y discó el número de la policía, para hablar con el capitán. Berlín le tranquilizó hablándole de las visitas que había efectuado a la discoteca La Mosca. La teoría más manejada era que el asesino había estado esa noche fatídica en la discoteca. Le comentó que se había topado un par de veces allí con el teniente Monteverde, quien era más o menos de la misma opinión. Pero ninguno de ellos sabía que los amigos de la muchacha también andaban averiguando por su cuenta. De hecho, en ese mismo momento, Elvis estaba tratando de ubicar a Arturo González en la Facultad de Medicina, donde le informaron que no se había inscrito en el semestre actual. Se internó por los pasillos de la facultad y preguntó a varios estudiantes y profesores que le conocían si le habían visto o sabían dónde vivía, y ninguno supo dar su paradero. Se dirigió entonces al decanato, donde buscaron en el computador de control de estudios su dirección. La anotó y se dirigió allá.

Mientras tanto, Antonio se presentaba en la boutique de Dino Campanella. Pensaba que Dino no tenía interés en estudiar comunicación social, sino sólo en

obtener el título para la familia, una familia de comerciantes que estaba abriendo otras tiendas en la ciudad. En la cara de Dino se estampó un gesto de incomodidad, al notar la presencia de Antonio en su establecimiento. Le preguntó si estaba interesado en comprar alguna ropa. Antonio fingió detallar unos *blue jeans* y preguntó el precio.

—Oye, Dino, creo que puedes ayudarme en algo —le dijo—. Si no te molesta, me gustaría hablarte allá afuera.

Ambos salieron.

—Cuál es el misterio, chamo —dijo Dino.

—Es importante, Dino, disculpa que te quite tiempo.

—Oye vale —le dijo con acento italiano—. Tienes una cara de película. Si quieres vamos a una cafetería. Cruzaron la calle, y Antonio le anunció que prefería hablar con él en la Plaza Las Mercedes, donde nadie los oiría. Ahí le preguntó datos sobre el comportamiento de Patricia Sanders aquella noche en la discoteca, qué le había dicho, de qué le había hablado ella.

—Era lo que me faltaba —dijo—. Ya la policía y el teniente Monteverde han venido a preguntarme un montón de vainas. Yo les he dicho lo que sé, sobre las cuatro pendejadas que hablamos en la discoteca, bailamos, bebimos un poco...

—Sí, ya lo sé — dijo Antonio—. No te pregunto por nada en especial. No creo que ellos quieran inculparte. Es que no tienen pistas. No aparecen secuestradores, ni el cadáver, suponiendo que esté muerta, o quizá haya huido a otro país con alguien.

—Nadie con ese nombre salió del país, eso me dijo la policía. Si fuese un secuestro, ya habrían llamado a los padres.

—Entonces qué es toda esta mierda, pana. Elvis y yo decidimos averiguar por nuestra cuenta y riesgo, quizá tú nos ayudes. No puede ser que se haya desvanecido en el aire.

—¿Y qué dice la policía?

—No sé. Los Sanders contrataron a un tal Sigfrido Monteverde para que averiguara también. No sé cuánto sabrá, al tipo lo noto medio perdido, lo cierto es que averiguó en la discoteca, alguien que estaba ahí y la siguió, o quizá no, alguien estaba haciéndole la cacería en la casa, esperándola a que llegara. Pero por el momento lo que quiero saber es si ella estaba empatada contigo.

—No, yo le estaba cayendo, pero ella no se decidía. Había roto hacía varios meses con ese otro tipo, Arturo González, tú sabes, el estudiante de medicina.

—¿Te dijo ella algo?

—Sí, me dijo que el tipo estaba como tostao, quería casarse con ella, pero era muy pobre.

—¿Y qué más?

—Mira, vale, ella era muy reservada en ese sentido, y yo no quise averiguar más.

—¿Y contigo, iba bien?

—Ese no es problema tuyo, chico.

—Disculpa.

—Yo estaba enamorado, yo le gustaba, coño. Pero ella me rehuía, no sé por qué. Estoy cagado, Antonio, la policía sospecha de mí, pero te juro que a esa carajita yo no era capaz de tocarle ni un pelo.

—Te creo, pana. ¿Y tú sospechas de alguien?

—No tengo la menor idea. Yo ni siquiera conozco a la familia de Patricia. Ese tipo Sanders, con todos sus millones, se cree el dueño de la tierra. Yo creo que la tenían jodida, aunque ella nunca me lo dijo.

—¿A qué te refieres?

—Bueno, todo el tiempo estaban controlándola, regañándola, sobre todo el papá, porque Lucía es una mujer diferente.

—¿Eso es normal, no? Casi todos los padres celan a sus hijas. Y más una carajita tan bella como esa.

—Pero no podían impedirle que saliera con sus amigos de clase media. Los Sanders son muy ricos, y en el fondo deben sentirse superiores a la gente de aquí —dijo Antonio.

—Sí, por eso te digo —respondió Dino.

—Lo peor del caso —prosiguió Antonio— es que los Sanders deben estar ahora dándose la razón. Perdieron a su hija así como así, por haber salido a un lugar que no era de su categoría.

—¿Y qué ha averiguado Elvis? —preguntó Dino.

—No sé. Quedamos en vernos esta noche —contestó Antonio.

## 7

Todos tenían razón. El asesino estaba en el club. Tomaba tragos en la barra, confundido en el gentío. Un enfermo sexual típico. Un psicótico como esos que aparecen en las películas, que a su vez son espectadores pasivos de violaciones y asesinatos en la pantalla, y las imitan. La gente cree que no hay tipos así, que sacan sus planes de los malos filmes de violaciones, que son para ellos los mejores. Tipos solos o fracasados, que trabajan en oficinas burocráticas o no trabajan; viven en habitaciones o departamentos pequeños, comen por ahí, en cualquier parte, van a bares o ven películas porno o se vuelven fanáticos del VHS, han tenido accidentes o perdido la familia en una tragedia, o las mujeres lo han echado por borrachos o porque han conocido un mejor partido, todo ese atajo de clisés que no parecen verdad, sino encarnaciones de una psicología barata, pero tan real que puede palpase con los dedos, con toda su fuerza prosaica. Toda ella sirve para alimentar al público anodino de un *suspense* craso, que puede olerse y sentirse desde el humus de la noche perversa, en esa gran ciudad que fabrica infinitos arquetipos con los argumentos de un guionista mediocre, que suda su tinta alquilada para un canal de televisión o para la incipiente industria pornográfica y violenta y así puede alimentar a su familia y hasta darse buenos gustos con ella y sus amigos los fines de semana, fanfarroneando con ellos, sin saber que esos personajes salidos de sus tristes elucubraciones, de sus pesadillas burocráticas, andan por allí también cazando a sus víctimas, y hasta han compartido con su autor un café en las barras, en las cafeterías de la calle. Esto era, en síntesis, lo que pensaba Sigfrido Monteverde de estas situaciones, que tanto había estudiado y repasado en su vida de detective, llegando a la conclusión de que su oficio era deleznable, una verdadera basura.

Así como detestaba las novelas policiales, también lo hacía con estos autores que, en medio de su confort social, podían darse el lujo de escribir cuentos o poemas para páginas dominicales de literatura, o artículos de prensa donde se llamaba a la conciencia cívica y a la responsabilidad social, aunque su verdadero oficio era dar perfil a estos asesinos que luego irían a adquirir realidad en la vida cotidiana. Mientras el escritor disfruta de un buen almuerzo con una chica de la TV a la que en el fondo quiere llevar a la cama, su personaje está matando a alguien en una película, y ese alguien desdoblado perpetra un crimen real por allí afuera, quizá a unas pocas cuadras, o en el mismo edificio donde ahora tú te comes el bistec ficticio de las piernas de la actriz protagonista, que en este ins-

tante se llevaba a los labios una copa de vino blanco.

Pues bien, el asesino está ahí en la barra tomando su trago y fumando su cigarrillo, mientras espía los movimientos de Patricia. Patricia habla con los amigos, ríe, baila con Dino, luego con Elvis y de repente reparte besos en la barra a sus amigas, a Minerva, a Rosa, a Antonio. Mientras baila, él aprecia sus movimientos sensuales, se va excitando progresivamente con las fantasías eróticas que obtiene mientras la desnuda con violencia, la amenaza con el cuchillo y rasga sus vestiduras, le dice frases crueles y poco a poco va disfrutando del miedo de ella, de su tensión y sudor, hasta lograr con un juego perverso que todo aquello se convierta en una escena filmica memorable, donde los jadeos y las lágrimas de ella son los ingredientes perfectos para alimentar la perversidad. Luego aquel cuerpo blanco desnudo y los cabellos rubios desparramados sobre los senos, mientras en su imaginación le abre las piernas y la penetra calibrando el placer en sus ojos azules, con los jadeos dolorosos de la penetración...

Pide otro trago, enciende otro cigarrillo y va acercándose más a la mesa donde se encuentra el grupo de muchachos que beben y fuman como él, todos esos estúpidos carajitos hijos de papá que no saben nada acerca de la soledad, el sufrimiento ni el verdadero placer. Ya han bebido y reído y bailado y pagado y ahora se dirigen a los carros para ir a sus casas. Él tiene el suyo estacionado cerca de los de ellos, y antes de que salgan se ha adelantado a meterse en el suyo a esperarlos. Ve que la linda Patricia, su elegida, se sube al Fiat gris de Elvis y sigue ese auto sin que ellos lo adviertan siquiera, pues se mantiene a una distancia prudente. Cuando Elvis —que conduce— y sus amigos se detienen a dejar a Patricia, él la ve salir del auto, abrir la reja, atravesar el jardín y decir adiós a sus amigos desde la puerta. Por supuesto, él ya la había estado vigilando por días sucesivos, ha visto el momento en que sus padres se han despedido el día anterior, el viernes dieciséis de abril de ese año 1999, y se han marchado en su lujoso carro Mercedes Benz. Él no iba a desaprovechar esa situación ahora, cuando su sueño erótico está solo en la casa a la cual se ha acercado, ahora que está casi completamente seguro de que a esas horas ya nadie va a ir a visitarla ni a llamarla, pues es ya pasada la medianoche. El hombre se baja de su carro, un Malibú despintado y chocado, y se acerca cautelosamente a la casa, salta la reja exterior y comienza a merodear la habitación de la joven. Lo demás ya es historia sabida.

## 8

Para descubrir al asesino, Sigfrido Monteverde hubo de soportar varios tragos amargos.

Como sabemos, había estado haciendo sus trabajos de pesquisa en la discoteca La Mosca, en casa de los amigos y los padres de Patricia, en la universidad y en los lugares públicos que frecuentaba. Como siempre, se le adelantó al capitán de policía, pero sus descubrimientos no se debieron nada más a su astucia o a su poder deductivo, sino también, y como a menudo le ocurría, a la intervención del magnífico, del inefable azar.

Luego de abandonar su departamento en La Candelaria, se fue a desayunar en la avenida Urdaneta con una arepa de camarones, y entre mordisco y mordisco y sorbos a una merengada, garabateaba notas en una libreta y hojeaba un tabloide donde los titulares anunciaban las nuevas medidas económicas del presidente militarista. Terminó el desayuno y salió a la avenida, directo a tomar su Chevrolet para ir a la Torre Empresarial en el este de la ciudad, donde se había dado cita con Román Sanders, en su oficina. Quería comprobar el teniente las condiciones físicas de la oficina de Sanders, la gente que le rodeaba, el entorno humano. Preguntó datos sobre las personas que laboraban allí: secretarias, mensajeros, asistentes; miró objetos en las mesas y se paró un momento frente a un gran ventanal de vidrio, desde donde se podía ver una bonita panorámica de la ciudad. Sanders le ofreció café y él aceptó; le provocó fumar pero no lo hizo, pues necesitaba antes decirle a Sanders lo que debía.

—Bien, usted dirá, teniente.

—No es fácil para mí hacerle estas preguntas, Sanders. Sólo tiene que ser honesto conmigo. No puede ocultarme nada. Y que todo sea por el bien de su hija. Bien, se lo preguntaré sin rodeos.

—Adelante —dijo Sanders, haciendo girar su silla ejecutiva.

—Quiero que me diga algo acerca de las amistades de su esposa, a quién frecuenta, cuál es su familia y quiénes son sus amigos cercanos.

—¿Y eso por qué?

—Debemos averiguar todo, don Román, incluso aquello que parezca más obvio.

—Mi mujer ve a sus familiares con frecuencia, como cualquier otra persona.

—Me gustaría conocer a su familia.

—No entiendo por qué.

—Ya lo entenderá, don Román. Por ahora facilíteme la información.

Sanders le hizo una relación de los familiares y amigos de su esposa, que Monteverde iba anotando en una libreta: nombres, teléfonos, direcciones. En Maracay, Caracas, Estados Unidos. Sanders le dijo que incluso le había recomendado a su mujer viajar a la casa de su madre en Maracay, y así lo hizo. Una vez doña Lucía hubo salido hacia la capital aragüeña, Monteverde quiso constatar la veracidad de ese destino, y se encontró con lo que sospechaba: que Lucía Sanders había ido a encontrarse en verdad con un apuesto joven: Dino Campanella. Luego de haber visto cómo se encontraban frente a un hotel e ingresaban a éste, Monteverde hizo guardia afuera durante unas horas, hasta que salieron, los siguió hasta una fuente de soda y los vio despedirse. La siguió a ella luego hasta una casa, donde una señora mayor —su madre, con toda seguridad— la recibía efusivamente.

Luego, en Caracas, Monteverde visitó a Dino Campanella y le describió la escena que había visto en Maracay: el muchacho, blanco como un papel, quedó paralizado sin saber qué decir, reaccionó luego con temor, y le dijo al teniente que aquello no tenía nada que ver con Patricia, le juró a Monteverde que sus amoríos con Lucía Sanders habían comenzado mucho antes de conocer a Patricia, y que si le decía algo a don Román éste lo destruiría. Nervioso, violento y con los ojos nadando en lágrimas le confesó a Monteverde que don Román también le ponía los cuernos a su esposa con una jovencita que vivía en Los Corales, allá en el litoral central, a unas cuantas cuadras de la casa de playa de los Sanders. Con el pretexto de ir de viaje de negocios o de encontrarse con algún cliente, Sanders se iba con la muchacha a un hotelito estratégicamente ubicado en una calle solitaria y ciega. Aunque no era testigo directo del hecho, Monteverde le hizo saber a Román Sanders la información suministrada por Dino —aunque no dijo la fuente— y éste se puso lívido, tan pálido como un desahuciado.

—¿De dónde sacó eso? —inquirió.

—No importa. Lo que cuenta es que se trata de información de primera mano.

—No veo qué tenga que ver esto con la desaparición de mi hija.

—Pues nada —dijo Monteverde—. Pero al menos van surgiendo cosas interesantes de la gente.

Después citó a Lucía Sanders en un café y le comentó otro tanto de sus encuentros en Maracay con Dino Campanella. Ésta lo acusó de chantajista, para luego ofrecerle dinero por su silencio. Decir aquello a don Román iba a ser catastrófico. Era verdad, el muchacho visitaba a Patricia sólo como pretexto para ver a su madre. Monteverde le aclaró a Lucía que no iba a decirle nada a nadie, que eso complicaría más las cosas y por el momento no tenía que ver con su hija

desaparecida.

Después, Monteverde trabajó duro sobre los puntos débiles de Dino Campanella, consiguiendo que éste le revelara más detalles de los sondeos que estaba haciendo con Elvis y sus otros amigos. Habían indagado sobre el estudiante de medicina, Arturo González. Y el teniente profundizó sobre esa información hasta averiguar para quién trabajaba y dónde vivía en realidad González, pues la dirección que le habían suministrado a Elvis ya no era válida. Se había ido González de Caracas, a vivir en un barrio de mala muerte en el litoral, cerca del aeropuerto.

En La Mosca, Monteverde había logrado entrar en confianza con El Quique, el barman español, con quien hablaba de fútbol y de lo linda que era España, intercambiaban bromas acerca del sexo femenino. Poco a poco se fue abriendo al teniente, hasta confesarle que había visto a un tipo que iba solo por las noches por allí, se sentaba a una mesa a beber y fumar en exceso. No le fue difícil al barman detectar la lujuria en los ojos de aquel hombre cuando fijaba su mirada en Patricia. La primera pista acerca del tipo surgió una noche en que éste comenzó a asediar a otra chica, bailó con ella un par de veces y luego la siguió hasta el baño. La chica lo mandó al demonio, pero el individuo, ni corto ni perezoso, la forzó a besarlo, ella le estampó una cachetada y el tipo se metió al baño de hombres, drogado. La muchacha le informó a El Quique sobre la conducta del individuo, y éste fue a reclamarle. Le buscó en el baño y oyó gemidos que salían de una de las cabinas de los retretes. Era el psicópata, que estaba masturbándose. Fornido, de mal semblante, no iba a ser nada fácil enfrentarlo, y no lo hizo. Esperó a que se calmara; más tarde lo vieron irse del local, de cocaína hasta el tuétano. Avisó entonces El Quique a Sigfrido Monteverde, quien no vaciló en irlo a identificar a la discoteca en los días subsiguientes; el tipo había vuelto un par de veces en la semana, y todos allí estaban a la expectativa en la noche del sábado en que acechaba desde la barra a Patricia, la última en que le verían por allí. De hecho, al saber la noticia de que se había esfumado, El Quique y el dueño de La Mosca, Edgar Pérez, relacionaron inmediatamente la muerte de la muchacha con aquel hombre, a quien no se había vuelto a ver más por allí, circunstancia que lo volvía doblemente sospechoso. Con los datos obtenidos por las bocas nerviosas de El Quique, Elvis y Dino, Monteverde recompuso la trayectoria del asesino. Con la descripción hecha por éstos del hombre y del auto que conducía, el Malibú, no le fue difícil al teniente realizar el mismo trayecto de esa noche fatídica hasta la casa de Patricia, y luego decirle a Jorge Berlín que le buscara en las computadoras de la policía, donde su identidad fue determinada: era un tal Rodolfo Suárez, delincuente con un amplio prontuario policial que alcanzaba casi los cuatro folios. Berlín empleó un sofisticado equipo para hallarlo, causando en sus agentes y detectives una sensación molesta de autorita-

rismo. Pero sus pesquisas no sirvieron de nada: el hombre no aparecía, pese a haber sido buscado en varios de los lugares posibles e imposibles. Cuatro, cinco semanas fueron empleadas en su búsqueda, y los resultados eran cada vez más decepcionantes. Berlín y Monteverde dejaron de verse por un tiempo. Al parecer, ya no tenían nada de qué hablar.

Monteverde se refugió en su departamento, donde recibió una visita de su hija Claudia, que lo complacía llevándole salchichón picante, pan de ajonjolí y otras *delicatesses* para saborear con buen vino o cerveza. Le alegraba que Claudia fuese bien en sus estudios y en el amor, y que su madre estuviese bien... La muchacha le preguntaba a Sigfrido si no tenía novia nueva o amante, y él sonreía con tristeza, mientras recordaba buenos y viejos tiempos.

—Algunas amigas me visitan de vez en cuando —le respondió, en tono pícaro.

Una tarde acompañó a su hija al cine, y ésta le anunció que estaba muy enamorada y que pensaba casarse; Monteverde se sobresaltó, aunque después asintió con un gesto comprensivo. Claudia condujo con destreza el automóvil de su madre hasta la sala de cine. Luego de la función ella le llevó hasta las puertas de su edificio; cuando Claudia le pidió la bendición y le dijo adiós desde el carro, él sintió una ternura mezclada al miedo; miedo de que su hija pudiese algún día ser dañada o perjudicada por algún demente o enfermo. Aquella simple frase, «Bendición, papá», contenía tanto de dulzura y ternura, y cuando él le respondía, «Dios te bendiga, hija», experimentaba un extraño poder en su corazón solitario, algo que le hacía elevarse por encima de las miserias de este mundo.

Una vez en su departamento, se puso cómodo para hojear el periódico de la tarde, se detuvo en algunas noticias del mundo político, leyó con gusto un cuento de Borges, «El Zahir», reproducido ahí con motivo del centenario del escritor argentino, se enteró de las nuevas víctimas que un asesino antropófago había cobrado y confesado tranquilamente, rellenó con cierta dificultad un crucigrama dedicado a deportes, y fue quedándose dormido. En plena madrugada se despertó en medio del sueño, pues en la entretela de su inconsciente había descubierto la pista que le conduciría a despejar el caso sobre el que había estado trabajando en las últimas semanas.

## 9

Al cabo de varias semanas, Monteverde se topó con Berlín en la barra de la discoteca La Mosca, en pleno día, aun cuando allí dentro se continuaba respi-

rando un olor nocturno. Ambos coincidieron con sendas jarras de cerveza en la mano.

—Qué tal, Berlín cómo van los asuntos... —dijo sin disimular su asombro.

—Nada, Monteverde, no tenemos nada. A ese hombre se lo tragó la tierra.

—Exacto.

Berlín encendió un cigarrillo y apuró un trago de cerveza.

—Qué quiere decir —dudó.

—Lo que acaba de decir puede ser algo más que una metáfora. Literalmente, o técnicamente si lo prefiere, ese hombre está muerto —respondió Monteverde, colocando luego en su lengua una hojuela de papa frita.

Estaban a una distancia prudencial. Berlín se levantó del taburete para acercarse más, invitando a una nueva tanda de birras.

—Lo he pensado varias veces, teniente, se lo aseguro —dijo.

—Estamos claros en que luego de asesinarla, la sacaron de allí en el carro, ¿no?

—Sí, eso ya lo sabemos, el Malibú abandonado a orillas de la carretera de Catia La Mar a Tocoa —repuso Berlín.

—Tenemos un carro chocado. ¿Por qué está chocado? —inquirió Sigfrido. Y se respondió a sí mismo:—. Pues chocó contra otro carro. Pero aquí en La Mosca las muchachas y El Quique lo habían visto llegar en su Malibú, y el carro estaba intacto. Chocó contra otro carro el mismo día del asesinato. Acabo de confirmarlo en el estacionamiento de la policía. Está tiznado con pintura de otro carro.

—¿Y dónde está el tipo contra quien chocó? —interrogó Berlín.

—Lo averigüé.

—¿Cómo?

—Tómelo con calma, capitán. Escuche mi teoría. Rodolfo Suárez, el psicópata asesino, siguió a Patricia Sanders hasta su casa, como sabemos, y allí la violó y asesinó, como sabemos —afirmó Sigfrido.

Berlín carraspeó. Y el teniente continuó.

—Luego la cargó hasta su carro y se la llevó. Pero otro individuo lo estaba viendo desde afuera perpetrar el crimen. Suárez tuvo el cuidado de envolverla bien con mantas y alfombras del dormitorio, como dedujimos, y luego meterla en la maleta del auto.

—Sí.

—Antes de que saliera Suárez, el otro desquiciado, asesino también, se alejó corriendo a todo lo que daban sus pies hasta un parque cercano. Ahí, en la oscuridad, tenía su propio auto estacionado. Nadie lo vio. Luego siguió al asesino hasta las afueras, hacia la carretera que va de Catia La Mar a Tacoa. En uno de esos tramos solitarios le dio alcance, chocando al carro por detrás, para lograr que se detuviera.

—Coño, Monteverde, qué imaginación —objetó Berlín.

—Ya verá —Sigfrido prosiguió—. Luego el primer asesino sale atolondrado del carro, con una pistola en la mano, y el tipo del otro auto, un Dodge viejo, espera a que se acerque, armado él también, con una bonita pistola 45, con la que le dispara a quemarropa, cuando lo tiene como a dos metros. Lo liquida en el acto.

—¿Y?

—Esa zona es oscura y poco transitada. Los escasos carros que van por allí dudan en detenerse. De hecho, casi nadie lo hace, nadie ve cuando el nuevo asesino mete a su víctima en el asiento trasero de su Dodge, luego saca el cadáver de Patricia del Malibú y lo mete en el maletero de su Dodge.

—¿Adónde se los lleva? —insta Berlín a Monteverde.

—Pues, a su casa, que está cerca. Eso sí es pura casualidad, que el otro asesino tuviera su tugurio por allí cerca también, en un barrio mísero que está cerca del aeropuerto. Ahora, lo que no sé y acaso nunca sabré es por qué Rodolfo Suárez tomó esa ruta, posiblemente iba a ahogar el cadáver de Patricia en el mar.

En ese momento El Quique trae otra tanda de cervezas.

—¿Y qué hace con ellos?

—Pues se los come, poco a poco se los come.

—¿Qué dice Monteverde, qué carajos está diciendo?

—Ya habrá leído los periódicos, capitán, ya se habrá enterado de que tenemos a un respetable caníbal en nuestra ciudad, un hombre que es noticia en todo el mundo. Es apuesto, da declaraciones a la prensa con una sangre fría impresionante. No me diga que no lo ha puesto atención, capitán. Bueno, este hombre, el famoso andino llamado Juan Gerardo Picón, que se ha comido hasta ahora unas treinta víctimas femeninas, es el maestro de Rodolfo Suárez, que trabajaba para aquél, conseguía y cazaba a las chicas, y participaba después de los festines. Luego que atraparon a su profesor, Suárez se dio a la tarea de hacer por sí mismo el trabajo.

—No me diga que...

—Apuesto a lo que sea. Una de las madrigueras del hombre queda por ahí, en uno de esos caseríos sucios que están cerca del aeropuerto.

Muy pronto, El Quique y Edgar el dueño se unieron al coro de quienes oían la versión de Monteverde.

—Puede que tenga razón, Monteverde. Pero me pregunto de dónde sacó esas conclusiones.

—No he hecho otra cosa en las últimas semanas sino sacar conclusiones, buenas y malas, erróneas o acertadas. Este caso no me deja dormir. En el tuguero de que compartían los dos asesinos podrán encontrar los huesos de ambos, después de someterlos a experticias. Se tomaría al menos unas dos semanas en comérselos a Patricia y luego a Suárez. Tenía una buena técnica, aunque no tanto como la de su maestro Picón. No olvide usted que el tipo fue un estudiante adelantado en anatomía, en la escuela de medicina.

—No sea asqueroso, Sigfrido.

—Lo que no logro entender es que hacía ese caníbal por allí a esas horas —consultó El Quique.

—No era Sánchez el único psicópata que deseaba ardientemente a Patricia Sanders. Sólo que éste, al llegar a esperarla cerca de la casa, se encontró con que tenía un sorpresivo invitado. En todo caso, fue una manera muy singular de vengarse de la niña que no lo quiso, y del loco que la poseyó primero que él.

—¿Pero dónde carajo está el tipo ahora?

—En su casa, capitán Berlín, está en su casa, y supongo que podrán atraparlo en cualquier momento. Allá fui a atraparlo, con la ayuda de dos de sus ex detectives. Logré dispararle y herirle, antes de que él me lo hiciera a mí.

—Está loco de remate, teniente. Puede ir preso por esto, perfectamente. Por ocultar información a la policía. Esto puede costarle caro.

—Por cierto, no sé cómo voy a decirle esto a los esposos Sanders —manifestó el teniente.

—Déjeme eso a mí —respondió Berlín. Inmediatamente sacó su teléfono celular y dio órdenes a varios oficiales de buscar al hombre donde había indicado Monteverde. Él iría inmediatamente para allá.

—Si lo hace usted todo, no voy a cobrar mi trabajo completo, capitán Berlín —repuso Monteverde.

—Es el colmo, que esté pensando en dinero en este momento.

—No me creería si le digo que no me han pagado todavía.

—Bien, bien, yo les diré del excelente trabajo que usted ha hecho, en caso de que tenga la razón. Y si no es así, será mejor que se prepare para un juicio. Si no, esta farsa lo va a poner en ridículo.

—Corro mis riesgos. Lo que no va saber nunca por boca mía, capitán, es cómo hice para averiguar todo esto. A lo mejor el infeliz aquél les confiese, después de todo. Esta escuela de caníbales modernos terminan por describir con lujo de detalles cómo llevan a cabo sus grandes obras. Fíjese usted en el que está hoy encerrado, Picón lleva tiempo hablando de su modus operandi. Todo un banquete para psicólogos y analistas.

Sabiendo de la propensión del maestro antropófago a hablar hasta por los codos, Monteverde había ido a visitarle, y le sacó toda la información. Lo que quedaría para siempre en la sombra era cómo había deducido el teniente que el asesino del asesino de Patricia era un típico comegente. Había ido a comerse a Patricia nada más, pero alguien llegó primero que él a la casa. Los agentes de Berlín encontrarían más tarde, en la covacha de Catia La Mar, a Arturo González amarrado a una silla, sangrando por un brazo, desmayado. A unos pocos metros, en el patio que daba a una playita sucia, podían verse huesos desperdigados de seres humanos.

—Me temo que los Sanders no van a querer hacer parrilladas durante mucho tiempo —dijo Sigfrido a manera de despedida, dejándole la cuenta a Berlín y saliendo por la puerta de la discoteca La Mosca, que a esas horas de la tarde tenía un aspecto ajado, como si hubiese recibido una paliza del tiempo.

Se montó en su viejo Chevrolet y arrancó. Las infames comidas y el mal

dormir le habían provocado una fea hinchazón en los párpados, que pudo comprobar en el espejo retrovisor. Subió buscando la Cota Mil, colocó una cinta de las piezas para piano de Erik Satie y pensó de qué modo detestaba su trabajo, cuánto lamentaba el espantoso final de la bella Patricia Sanders, lo mucho que quería a su hija Claudia y cuánto había amado a la madre de la chica, Malena, en aquellos enloquecidos años sesenta, cómo gustaba de aquella mujer, la japonesita Kesa Orikawa, que tarde o temprano iría a visitar otra vez en el grato lupanar, y en fin, cómo las mujeres hermosas suelen ser omnipresentes en la vida de un hombre que se precie de verdadera; en todo ello pensaba mientras miraba los pálidos reflejos del crepúsculo caraqueño aparecer, y luego diluirse lentamente sobre el parabrisas de su viejo Chevrolet.



## No existe el crimen perfecto

# Marisol Llano Azcárate

Escritora española (Asturias, 1964). Estudió filología hispánica (literatura) en la Universidad de Oviedo y trabaja como profesora de lengua castellana y literatura en Las Palmas de Gran Canaria desde 1989. Ha publicado las novelas *Génesis de un crimen*, *Ella no hace daño a nadie*, *¿Quién mueve los hilos?*, *La muerte acecha en Luna Europa*, *Mosaico ensangrentado* y *Tarda tanto la muerte...*; la novela juvenil *Alerta en la estación espacial*; los libros de cuentos *Siete relatos con Roberta*; *Víctimas, fugitivas, asesinas...*, y *Palabras para un asesino y otros relatos de perdedores*, además de relatos diversos en publicaciones periódicas impresas y revistas literarias digitales. Obtuvo el Premio Literario de Cuentos «Maresía» 2002 con «La esposa del noctámbulo». Ha participado en los libros colectivos *Ínsulas encantadas*, *Encuentro de Arte y Género de Médicos del Mundo* (Canarias; reeditado con el título *Mujeres de palabra*), *Rojo sobre negro*, *Por la isleta* y *Voluntad y palabra*. Ha impartido el Taller de Escritura de Ámbito Cultural de El Corte Inglés, en Las Palmas de Gran Canaria, en 2008 y 2009.

***Había tenido la santa paciencia de esperar el momento idóneo para deshacerse de aquel hombre odioso. Y al fin, ese momento había llegado. Mientras se regocijaba interiormente, Héctor miraba la excavación que su vecino estaba realizando a unos pocos metros, en su parcela, a unos pasos del jardín que rodeaba el chalecito del propio Héctor. ¡Al fin podría llevar a cabo aquel plan largamente acariciado!***



Sobre fotografía original de Justin Paget

## No existe el crimen perfecto

*Marisol Llano Azcárate*

Había tenido la santa paciencia de esperar el momento idóneo para deshacerse de aquel hombre odioso. Y al fin, ese momento había llegado. Mientras se regocijaba interiormente, Héctor miraba la excavación que su vecino estaba realizando a unos pocos metros, en su parcela, a unos pasos del jardín que rodeaba el chalecito del propio Héctor. ¡Al fin podría llevar a cabo aquel plan largamente acariciado! Eliminar a un aborrecido vecino y culpar de ello a otro que tampoco le resultaba muy simpático. Así de fácil. Y aquellos niños, sus vecinos, sus *niños perdidos*, no tendrían que temer nunca más las palabras agrias de su padre ni el acecho del viejo pederasta que tanto preocupaba a Héctor. Y sobre todo, Rosalinda, su adorada Rosalinda, igual que *Wendy*, igual que la madre de los *niños perdidos*, quedaría libre de aquel marido grosero que tan mala vida le daba.

Héctor se sentía identificado con James Matthew Barrie, el célebre autor de *Peter Pan*, no sólo porque ambos escribían libros para niños y porque, a él tampoco, su madre nunca lo había querido, sino también por su enamoramiento, hasta aquel momento sólo platónico, de su vecina Rosalinda, la que para él estaba llamada a ser como Sylvia du Maurier para J. M. Barrie. Y del mismo modo que algunos biógrafos de Barrie admitían que entre éste y Sylvia había habido una relación adúltera, Héctor esperaba conquistar a Rosalinda en cuanto hubiese despejado el camino y alejado de ella el obstáculo que suponía el marido, su particular Arthur Llewelyn Davies, adaptado para la ocasión en un hombre obeso y malencarado, su vecino Arturo, ¡qué coincidencia!

Héctor adoraba a los hijos de sus vecinos, los pequeños Fran, Álex y Jorge, y la diminuta Rosalinda. Precisamente, en aquel mismo momento Fran observaba a su padre, sudoroso, extrayendo tierra del hoyo con una pala. Héctor se esforzaba en espiar sin dejarse ver, desde detrás de los visillos casi transparentes. Una sombra lo sobresaltó..., una sombra larga y delgada que se acercaba a

Fran..., era el vecino odiado, el que acechaba continuamente a los niños, el que intentaba atraerlos a su casa ofreciéndoles golosinas o regalitos, el que era sospechoso de pederastia, aquel de quien todas las madres —con su eterno instinto de conservación— desconfiaban, aquel a quien no querían ver cerca de sus hijos... Héctor esperaba poder solucionar pronto ese problema. A quienes temían por la seguridad de sus retoños, la desaparición del pederasta, cuando se produjese, les proporcionaría una inyección de tranquilidad. Y aquella pequeña localidad resultaría muy beneficiada, según esperaba Héctor, cuando él pudiese llevar a cabo sus planes. Tenía la certeza de que eso ocurriría en breve, al ver lo rápidamente que avanzaba la excavación que estaba llevando a cabo su vecino Arturo. Prestó atención a la conversación que éste mantenía con el acosador de niños. Al día siguiente vendría una cuba con el hormigón para encofrar, oyó Héctor. Perfecto, pensó frotándose las manos para conjurar su nerviosismo, debía poner en marcha su plan y actuar aquella misma noche.

Eran más de las cinco cuando Héctor regresó a casa, de madrugada. Parecía una sombra más en la noche oscura, apenas iluminada por una tímida luna nueva. El cielo estaba cuajado de estrellas que no proporcionaban luz suficiente para distinguir con facilidad a una sombra enteramente vestida de negro, incluidos pasamontañas y guantes. Había finalizado con éxito la misión que se había propuesto: el pederasta ya no volvería a molestar a ningún otro niño, pues yacía boca abajo y cubierto con una capa de tierra en el hueco destinado a recibir el hormigón contratado por Arturo para el día siguiente.

El acosador había picado el anzuelo tendido por Héctor. ¿Cómo no?, pensaba éste, ¿cómo iba a resistirse a aquella nota escrita con una letra redonda, infantil e ingenua? ¿Quién, de la misma calaña que él, se resistiría a acudir a una cita con un chico que, quizá por los nervios, le había escrito con alguna falta de ortografía? ¡Qué tierno parecía comerse una hache o sustituir una uve por una be para dar más credibilidad a la misiva! A Héctor le rondaba una pregunta: ¿por qué el pederasta no había desconfiado, al recibir la nota pidiéndole un encuentro?, ¿ni siquiera se le había pasado por la cabeza pensar que aquella nota en realidad podía no ser de Fran, aunque el nombre del muchachito figurase al final con una firma algo torpe e inmadura, como había de ser todavía la de un chico preadolescente? Claro que no, se respondió, de igual modo que él iría al fin del mundo si Rosalinda lo citase, aunque la carta en realidad estuviese escrita por una bruja barbuda y horrible que en nada se pareciese a «su» Rosalinda-Sylvia, «suya» sólo en su imaginación hasta aquel momento. Aunque sospechase en algún momento una superchería o pensase que otra persona había usurpado el lugar de su enamorada para enviarle un mensaje, él tampoco se arries-

garía a faltar a la cita y parecer estúpido al perder una oportunidad única. Por eso, comprendía a la perfección que el pederasta hubiese mordido el anzuelo que él le había tendido.

Se quitó la ropa sobre unas hojas de periódico que había esparcido en el suelo antes de vestirse. Con ellas envolvió aquellas prendas negras y las entregó al fuego de la estufa del salón, que ardía vivamente, prendió en ellas y las consumió con rapidez. Antes de salir de casa, había avivado las brasas y añadido leña de abedul; quería encontrar a su regreso llamas que destruyesen por completo las ropas empleadas para llevar a cabo aquella ejecución y cualquier rastro que pudiese haberse adherido a los tejidos en la escena del crimen.

Se puso el pijama y se acostó en su cama. Se levantó a la mañana siguiente como de costumbre, a la misma hora que los demás días, como si hubiese pasado una noche como otra cualquiera. Realizó de modo consciente las mismas acciones que otras mañanas llevaba a cabo automáticamente, teniendo buen cuidado de que no hubiese en su ritual nada distinto, nada que pudiese ser observado por sus vecinos como un cambio en su rutina. Sabía perfectamente que son las pequeñas cosas, los detalles mínimos, los que conducen a que alguien sea considerado sospechoso.

Con cuidado de no ser visto desde el exterior, estuvo muy pendiente de la ventana, esperando con ansia la llegada de la cuba de hormigón. Cuando la vio llegar, su corazón comenzó a latir más rápidamente. Esperaba que todo saliese según lo que había previsto, pero se mantenía alerta en previsión de lo que pudiese ocurrir. Comenzó a retorcerse las manos cuando vio al conductor del camión bajarse de la cabina a observar la excavación y su corazón dio un vuelco cuando oyó que le decía a Arturo:

—Hay demasiada tierra suelta, hay que sacarla... Si se echa el hormigón ahí encima, va a quedar muy mal...

Arturo soltó una blasfemia, Héctor no alcanzó a oírla, debido al sonido del motor del camión, pero lo dedujo por los gestos y por el movimiento de los labios. El conductor y Arturo cogieron unas palas y comenzaron a quitar tierra, mas a las pocas paletadas se encontraron con una desagradable sorpresa y cesaron de repente en su tarea. Ambos palidieron, pero el conductor tuvo más reflejos e inmediatamente llamó a la guardia civil, encargada de los delitos en las zonas rurales.

Héctor vivió con gran preocupación toda la escena, eso sí, sin dejarse ver, oculto tras los visillos casi transparentes, sin hacer ni un solo movimiento brusco que pudiera delatar su interés. Vio al conductor retirar el camión, quizá para

verter su contenido en otra obra y que no fraguase dentro de la cuba. Más tarde, el hombre regresó, conduciendo un utilitario, probablemente su vehículo propio, según supuso Héctor. Asistió, mientras se tomaba varias tazas de tila, al desfile de curiosos que acudieron a ver el lugar del crimen, pues la noticia se extendió con rapidez por las aldeas cercanas. El coche de la guardia civil llegó pronto, con dos efectivos que se hicieron cargo de aligerar el tráfico, alejar a los curiosos e impedir a los cotillas el paso hacia el lugar del delito, o posible lugar del presunto delito, como diría un periodista que se personó en la zona para cubrir la noticia.

Cuando comenzó a haber más alboroto en la zona, Héctor se armó de valor, salió de su casa con toda la naturalidad que fue capaz de aparentar y se dirigió a la vivienda de sus vecinos para interesarse por lo que había ocurrido, sorprenderse ante el relato de los hechos, lamentarse de que una desgracia tan grande afectase a la pequeña localidad en que todos vivían tan felices y tranquilos hasta aquel momento, emocionarse por la tragedia acaecida y ofrecer su ayuda en todo lo que él pudiese colaborar en aquel trance que les había tocado tan de cerca a sus vecinos, por haber ocurrido en su finca y a pocos metros de la vivienda familiar. De paso, se dirigió a un guardia civil y le preguntó si se sabía ya quién era el fallecido. Cuando el policía le respondió, Héctor se llevó la mano a la boca y, con gesto de dolor y sorpresa, exclamó:

—¡Qué tragedia! ¡Un vecino tan querido por todos!

Como su presencia no era necesaria, pasado un tiempo prudencial, Héctor se retiró, con permiso de los agentes, y regresó a su hogar. Varias horas más tarde, la jueza ordenó el levantamiento del cadáver. Antes había llegado personal de la policía científica para recoger muestras y todavía siguieron durante una hora más, peinando la zona en busca de restos. Llegaron otros dos coches de la guardia civil y los agentes comenzaron a hacer preguntas aquí y allá, a vecinos y curiosos. Héctor salió de nuevo, con la disculpa de llevar una sopa y bocadillos de tortilla para los niños. Rosalinda se lo agradeció con una mirada lánguida. Él le prometió que, más tarde, les llevaría puré de verduras y bocadillos de pavo para la cena, con el fin de que ella no tuviese que preocuparse de las cuestiones domésticas en ese momento tan difícil.

No habían pasado dos días completos desde el hallazgo del cuerpo, cuando la guardia civil se personó en casa de Arturo con una orden de detención. Era considerado sospechoso de la muerte de su vecino. El hallazgo del cadáver en su propiedad y su reticencia a retirar la tierra que lo cubría, de acuerdo con la versión del conductor del camión, no le beneficiaban en absoluto. Héctor se frotó

las manos de gusto, al conocer la noticia, y enseguida acudió junto a la afligida Rosalinda, con intención de consolarla. En primer lugar, atendió las necesidades de alimento de ella y de sus hijos; Rosalinda llevaba dos días sin saber dónde tenía la cabeza, dejándose cuidar por Héctor, siempre amable, siempre solícito, tan diferente de su marido. Héctor cocinaba para ella y para su prole, y eso la hacía sentirse cuidada, halagada, considerada. La sopa de cocido y la carne estofada con verduritas y arroz dejaron satisfechos a los niños y muy complacida a la madre, que sonreía abiertamente, ya olvidada de la detención de su cónyuge. Rosalinda admiraba a aquel escritor solitario que en varias ocasiones les había regalado libros a sus hijos, y lo miraba con ojos sorprendidos, pues nunca había pensado que pudiese esconder aquella faceta de persona altruista capaz de volcarse y ayudar a sus semejantes. Además, si se fijaba bien en él, resultaba totalmente distinto de su esposo: Héctor era un hombre con aspecto interesante, alto, delgado, de tez clara y ojos azules que le conferían un lejano parecido con Paul Newman, con sienes plateadas y manos finas, delicadas, como correspondía a un escritor.

Durante una semana vivieron en un estado muy próximo a la felicidad absoluta, a pesar de todo lo que ocurría a su alrededor. Pero, una tarde, el abogado de Arturo se acercó a Rosalinda con un mensaje manuscrito de su marido y Rosalinda apenas se despidió de Héctor:

—Debo ir a la cárcel, Arturo me necesita —dijo ella, por toda explicación.

Y ahí finalizó el idilio que Héctor se prometía tan feliz, cuando todavía no había pasado de ayudar a Rosalinda a cuidar de su prole, proporcionarle todo lo que ella necesitaba para su comodidad y tranquilidad, y enviarle por la noche, antes de dormirse, y por la mañana, inmediatamente después de despertarse, amorosos sms que ella le respondía con frases de colegiala pudorosa.

Como ella se marchó precipitadamente, él se quedó al cuidado de los pequeños Fran, Álex y Jorge y de la diminuta Rosalinda. Aquella misma noche, tras la cena que Héctor les llevó, cuando los niños ya dormían en sus camitas, llegó Arturo, el padre, malencarado, como era su costumbre; era evidente que la semana de cárcel no había mejorado su carácter. Héctor no se atrevió a preguntar cuándo volvería Rosalinda; dejó a Arturo al cuidado de los hijos y regresó a su casa. Después de concederse un tiempo de reflexión, llamó al teléfono móvil de Rosalinda, pero una voz grabada respondió que el teléfono estaba «apagado o fuera de cobertura» en aquel momento, las catorce veces que lo intentó a lo largo de casi dos horas. Entonces comenzó a preocuparse: ¿le habría ocurrido algo a su enamorada?, ¿aquel energúmeno le habría hecho daño?, ¿dónde estaría ella?, ¿por qué no contactaba con él? Creía que su afecto hacia ella quedaba

sobradamente demostrado con todos aquellos días de atención exclusiva y continua. ¿Acaso no era así para ella?

A Héctor le costó muchas horas de desvelos y preocupaciones conocer la verdad de lo sucedido a la mujer que amaba. Una tarde, cuando vio que el abogado de Arturo visitaba a éste, se dedicó a espiarlo y, cuando lo vio salir, lo abordó lo más educadamente que pudo y le preguntó si sabía dónde estaba Rosalinda. El letrado se sorprendió, pero quizá porque el semblante de aquel hombre reflejaba una preocupación extrema, decidió dejarse de secretos y respondió:

—Está en la cárcel.

—¿En la cárcel? —repitió, incrédulo, Héctor.

El abogado lo miró fijamente, era evidente que su interlocutor albergaba por aquella mujer un sentimiento mucho más profundo de lo habitual entre vecinos. Sintió que Héctor le caía simpático. A él tampoco le gustaba Arturo, lo defendía porque de algo tenía que vivir y el trabajo de abogado defensor no le permitía seleccionar a sus clientes, y menos aun después de la subida de las tasas judiciales propuesta por Gallardón.

—Se lo contaré —le dijo—. Arturo le envió una nota ordenándole que se presentase en el juzgado y se autoinculpase de la muerte del vecino cuyo cadáver apareció en su finca. ¡Ah!, y que lo exculpase a él... Así él ha salido, al menos por el momento, y ella está en prisión preventiva.

—¿En serio? ¿Y va a ir a la cárcel por él?

—Pues... parece que sí... Francamente —el abogado hizo una pausa, quizá para evaluar si era prudente o no dar su opinión—, viéndolo a él y observando cómo la trata, yo tampoco lo entiendo.

—Le agradezco mucho la información, señor, sé que para usted no ha sido fácil elegir... —dijo Héctor, sin terminar su frase, tendiéndole la mano derecha y despidiéndose de él con un breve apretón de manos. De inmediato había comprendido que aquello no tenía solución y que si ella había acatado sin rechistar la voluntad de su marido, no serviría de nada que él, Héctor, le implorase que le diese una oportunidad, le prometiese una felicidad que nunca conocería con su marido o intentase que ella abriese los ojos a la realidad que la rodeaba. Probablemente, el maltrato a que la sometía su marido se remontaba a los primeros años, meses o días de su matrimonio y ya era, para ella, tan natural como respirar, tanto que ya formaba parte de su rutina, de su vida diaria.

Héctor no tenía madera de redentor. ¿Qué podía hacer? Nada. Él había acabado con el pederasta por dos razones: la segunda era el deseo de evitar que volviese a hacer daño a ningún niño; el acecho continuo a Fran por parte del acosador había llevado a Héctor a actuar con prontitud para evitar otra desgracia. El primer motivo era más antiguo y le afectaba profundamente: su único sobrino, el hijo de su hermana, se había suicidado unos meses después de haber pasado un verano en casa de Héctor. A pesar de la vigilancia de éste y de los cuidados de su hermana, su sobrino había sido atraído por el pederasta con la promesa de unas crías de hámster. Pero había encontrado allí algo muy distinto del regalo prometido. Ni siquiera habrían sabido lo ocurrido de no haber sido porque el adolescente, antes de lanzarse a la calle desde la azotea del edificio en que había vivido siempre con su madre, había escrito una carta narrando detalladamente la agresión sufrida y expresando la imposibilidad de seguir viviendo. Las frases del acosador habían quedado grabadas en su mente y se habían convertido en una obsesión. Además, el delincuente sexual le había hecho desarrollar una conciencia culpable, haciéndole creer que era responsable de lo que él le hacía, por «ser tan rubio, tener los ojos tan azules y parecer un ángel renacentista».



## Entre ladrones

# Ricardo Llopesa

Escritor y editor nicaragüense (Masaya, 1948). Desde 1965 reside en España y desde 1967 en Valencia. Es investigador de la obra de Rubén Darío, de quien ha publicado diversas ediciones como *Poesías inéditas*, *Poesías desconocidas completas*, *Prosas profanas* y *Teatros*, entre otras. También es autor de los ensayos *Modernidad y modernismo* (2000), *Lectura de Azul...* (2001) y *El ojo del sol: ensayo sobre literatura nicaragüense* (2004). Sus artículos han aparecido en reconocidas revistas de Europa y América como *Anales de Literatura Hispanoamericana* (Universidad Complutense de Madrid, UCM), *Cuadernos Americanos* (Universidad Nacional Autónoma de México, Unam) o *Revista Hispánica Moderna* (Universidad de Columbia, Nueva York; EUA).

***Cuando los muchachos llegaron a casa del padrino, éste les recomendó que se lo pensarán muy bien porque se trata de un oficio ingrato, al que la sociedad le niega los méritos y en el que es preciso ser astuto y andar atento, con los cinco sentidos bien puestos, para no equivocarse en el más mínimo detalle. —Los errores en el robo se pagan caro, más que en cualquier otra profesión —dijo—. Más que en la ciencia médica..***



Sobre fotografía original de Alexander Benz

## Entre ladrones

### *Ricardo Llopesa*

Cuando el padre preguntó a sus dos hijos lo que querían ser de mayores, ellos fueron tajantes en la respuesta.

—¡Ladrones! —respondieron.

El padre, por un instante, quedó un poco turbado por el énfasis de la respuesta. Pero pronto comprendió el deseo de sus hijos, y pensó en la persona idónea para disciplinarlos en el robo. La elección no era fácil. Tenía que ser un buen profesional, conocedor a fondo del arte del robo. Un excelente ladrón, de esos a quienes la gente llama «limpios», porque ejecutan el robo con esmerada pulcritud. Además, suelen caracterizarse por tener las pisadas y las manos ligeras como los ángeles para no ser vistos ni escuchados por nadie, por lo que se les reconoce el mérito de escapar de las vulgares calificaciones de rateros o simples ladrones. Al mismo tiempo, ese ladrón debía reunir la doble cualidad de ser astuto e inteligente. El padre estaba plenamente convencido de que el robo tiene mucho de ingenio e improvisación. Por lo tanto, debía confiar a sus hijos en buenas manos.

—Irán donde su padrino Armengol Barbajacobo —les dijo.

Los muchachos se pusieron contentos porque, además de la admiración que profesaban a su padrino, conocían de él muchas de sus grandes hazañas teñidas de audacia. Hasta el punto de que las historias que de él se contaban habían traspasado las fronteras, hasta más allá de otras regiones que lo colmaban de gloria. A pesar, muy a su pesar del rencor de la justicia local que nunca pudo acusarlo de ninguna de sus fechorías, a las que ellos llaman «delito» y todo por carecer de pruebas suficientes.

Cuando los muchachos llegaron a casa del padrino, éste les recomendó que se lo pensarán muy bien porque se trata de un oficio ingrato, al que la sociedad

le niega los méritos y en el que es preciso ser astuto y andar atento, con los cinco sentidos bien puestos, para no equivocarse en el más mínimo detalle.

—Los errores en el robo se pagan caro, más que en cualquier otra profesión —dijo—. Más que en la ciencia médica.

—Sobre todo, no hay que hacer daño a nadie —recomendó.

El padrino aprovechó la ocasión para hablar de su larga experiencia profesional. Refirió a los muchachos el caso de aquel pobre ladrón que, al ser sorprendido por la guardia de vigilancia con un saco de patatas sobre la espalda, contestó que no lo había robado él, que alguien se lo había puesto encima, sin su consentimiento y, por tanto, pedía a la justicia que se lo quitara el mismo que se lo había colocado. También relató el caso de aquel ladronzuelo que se ofreció acompañar a un vecino, a quien por las noches unos desconocidos entraban a cacharle las gallinas de la finca, hasta que un día el dueño de las gallinas puso a prueba al vecino, diciéndole que aquella noche descansarían. Cuando llegó la medianoche el ladronzuelo aprovechó el sueño feliz de su amigo. Pero éste, más precavido que el vecino, había tendido una trampa y lo sorprendió con un saco lleno de gallinas.

—Son los malos ladrones —afirmó el padrino.

Así llegó la hora de la cena y con ella la noche, refiriéndoles el padrino historias que dejaban embobados a los muchachos. Pero, en realidad, los muchachos no se embobaban con las anécdotas del padrino. Cazaban al vuelo las historias porque sus mentes tenían la extraña facultad de comunicarse entre sí. Al hilo del relato ellos resolvían la historia de una manera sorprendente, revolviéndose de gozo en sus asientos. Sin embargo, el padrino estaba lejos de comprender el pensamiento de los muchachos, porque toda la noche los observó silenciosos. De lo único que se preocupó el padrino fue de ofrecer a los ojos de los muchachos una imagen digna de su posición, que justificase sus actos, con la intención de colocar su estatura en el pedestal de los inmortales, entre los grandes protagonistas del robo. Era algo así como recuperar en la vejez el respeto que debía rendírsele a un hombre que había impuesto a los demás la ley de su astucia. Pero tenía un defecto, su enorme egoísmo le hacía dudar de la astucia de los demás.

Así que, a la mañana siguiente, con la convicción de que los muchachos sentirían frustradas sus aspiraciones, se los llevó a un camino por donde venía un hombre con una vaca.

—Quiero que me traigan aquella vaca, pero sin dañar al dueño. Es mi amigo

—dijo.

Los muchachos se escondieron, ocultos entre los matorrales, para no ser vistos por el hombre de la vaca. El uno al otro se preguntaron, preocupados, la artimaña que emplearían para robar la vaca sin que el hombre se percatase de las intenciones.

Cuando el hombre se aproximó al lugar donde estaban los muchachos, uno de ellos se quitó su bota de charol y la tiró al camino. Al ver que relucía en el camino, el hombre se detuvo, quedó mirándola cómo brillaba bajo el sol y se la puso. Como le ajustaba al pie, anduvo rastreando por los contornos para ver la posibilidad de dar con la otra. Pero se llevó el desengaño de no encontrarla, por lo que tuvo que quitarse la que se había calzado para continuar el camino.

Habiéndole ganado los muchachos la primera prueba, recogieron la bota y sin hacer ruido salieron al encuentro del hombre, tirándole la otra bota. Al verla, el hombre la recogió lleno de alegría, porque, en efecto, era el complemento que antes había buscado. El hombre ató la cuerda que sujetaba a la vaca en la rama de un árbol y regresó en busca de la otra bota. Cuando llegó al lugar donde la había dejado, no la encontró, no estaba. La buscó por todas partes, pero fue inútil. Desengañado de la alegría pasajera que había experimentado por un momento se descalzó porque más bien le estorbaba, caminando como pata de cojo, y desengañado decidió regresar al lugar donde había dejado a la vaca.

Cuando el hombre llegó a la rama se sintió desorientado, perdido, en medio del monte. Experimentó esa inmensa soledad de desasosiego que produce el desencanto, tras comprobar que la vaca había desaparecido.

El padrino presintió la llegada de los muchachos en compañía de la vaca y se sorprendió, hasta el extremo de sobresaltarse de asombro. El hombre enmudeció. Las palabras se le trabaron en la lengua y únicamente acertó a preguntar si habían infligido algún daño al hombre.

Sólo cuando los muchachos relataron los detalles de su ejecución el padrino suspiró, y pensó:

—¡Estos hijoputa sí que son ladrones! —pero calló.

El padrino no terminaba de convencerse. Lo atribuyó a la casualidad del azar. Esas cosas de la vida que un día se realizan de cualquier manera y salen bien por designio de Dios, más que por ingenio del hombre. Al padrino le resultó difícil establecer una relación entre la casualidad y la habilidad, porque según él sólo existían la experiencia y los años. Por eso mismo, el padrino no alcanzó a comprender que aquellos muchachos, llegados hasta él en busca de consejos,

conjurasen al destino con la sutilidad del refinamiento profesional. Así que a la mañana siguiente, casi con el sol, los levantó y se los llevó al monte.

—Este trabajo es difícil —anunció el padrino, mientras señalaba con el índice a un hombre que araba la tierra<sup>3/4</sup>, deben robarle los dos bueyes sin que él se percate.

El padrino regresó frotándose las manos de satisfacción porque ahora estaba plenamente convencido de que los muchachos encontrarían mucha dificultad para robar los bueyes. En ese caso, llegarían hasta él para suplicarle los favores de sus consejos y, aunque así lo hicieran, sería la ocasión propicia para soltarles un sermón de templanza, con el decálogo incluido que debe conocer todo aquel que quiera llamarse ladrón.

Tranquilizado el padrino por los devaneos de la imaginación, que era también una manera cómoda de ganarle tiempo al ocio, el padrino cortó una flor blanca de heliotropo y se tumbó a esperar el sueño, colgado de una hamaca de hilo, bajo la sombra verde de un palo de mango, mientras respiraba el aroma del heliotropo o su pensamiento se regocijaba en su propio orgullo. Pues había establecido un diálogo imaginario entre él y los muchachos, que concluía siendo él el ganador.

En medio de tanta exuberancia y grandeza, el padrino se durmió entre el olor de los matorrales y un rosal que tenía al lado. Mientras tanto, los muchachos lucharon a golpe partido con la imaginación, a fin de alcanzar el hilo de la lógica que los condujera hasta los bueyes, sin ser sorprendidos por la mirada del hombre, quien no apartaba sus gruesas manos del arado. Después de haber desechado varias opciones posibles, eligieron la que consideraron más adecuada, mientras contemplaban el ir y venir del hombre con el arado, de un lado a otro del terreno, de arriba abajo y de abajo arriba, con la paciencia de los bueyes en las patas, en ese ir y venir sin tiempo, perdido en el sueño de los surcos de la yeguada, donde paca la esperanza.

Fue cuando los muchachos decidieron encaramarse en las ramas de un árbol, donde permanecieron ocultos. Cuando el hombre pasó frente a ellos, uno de los muchachos gritó: «¡Me sorprendo!», y cuando el hombre llegó al otro extremo del terreno, donde estaba el otro muchacho encaramado en otro árbol, gritó: «¡Me sorprendo!». Hasta que el hombre se cansó de tanto oír el mismo grito: «¡Me sorprendo! ¡Me sorprendo! ¡Me sorprendo!».

Fue cuando el hombre se detuvo a mirar de dónde venía la voz y vio a un muchacho encaramado en el árbol.

—¿De qué te sorprendes, muchacho? —preguntó el hombre.

Pero el muchacho calló, no respondió. Solamente, se echó a reír a grandes carcajadas, con un ja, ja, ja, ja, ja, ja, que fue infinito, con la intención de llamar la atención del hombre, para distraerlo, mientras el otro muchacho bajaba de la rama, desataba uno de los bueyes y se escondía en el monte.

—¡Me sorprende que sea con un solo buey! —gritó el muchacho.

Al volver el hombre la mirada y ver un solo buey en la yunta se sorprendió de la propia realidad, perplejo de sí mismo. Por un momento, dudó si había puesto uno o los dos bueyes en la yunta, y como le fue imposible recordar dio las gracias al muchacho. Dejó el arado en el suelo con el buey y, como tenía la duda de que el otro buey se hubiese soltado, marchó en su busca. El otro muchacho bajó, tranquilamente, del árbol y se llevó el otro buey.

El padrino daba rugidos de tigre cuando aparecieron los muchachos con los bueyes. Sólo el ruido del hocicar de los animales lo despertó del bello sueño. Incorporó su pesado cuerpo para levantarse, en medio de la sorpresa andante de los bueyes cargados de paciencia. De inmediato, los muchachos leyeron en los ojos del padrino su irritación. Pero el padrino, dotado de cierta predisposición para el olfato y la desconfianza, se fue donde su mujer y le advirtió:

—Hay que andar con cuidado con esos muchachos.

En ese instante dio la orden de matar el cerdo que engordaba a buen ritmo. El padrino se olía algo raro. La mujer aprovechó que los muchachos andaban entregándole al padre los trofeos robados para descuartizar el cerdo. Previsor, como siempre, el padrino advirtió a la mujer que escondiese la carne del chanchito colgándola de una viga de la casa. Ella lo hizo.

Cuando los muchachos regresaron, advirtieron la ausencia del cerdo. Pero se abstuvieron de preguntar para no despertar sospechas. Con disimulo, salían al patio, entraban a la casa, daban vueltas por los corredores, sin oír el hozar del cerdo.

De modo imprevisto, ocurrió lo insólito. Uno de los muchachos bebía agua en una jícara, con tanta sed que apuró hasta la última gota de agua, empujándose la jícara por encima de la nariz. Abrió tanto los ojos, que de un bocado se quedó con un pedazo de jícara en la boca. En seguida sospechó que se trataba de la carne del cerdo y corrió a decírselo a su hermano. Esa misma noche, mientras todos dormían, los muchachos se levantaron en silencio, bajaron el saco y lo ocultaron debajo de la cama, listos para salir antes del amanecer. Mientras tanto, se tumbaron a dormir.

El padrino, viejo y previsor, se levantó a media noche para asegurarse si el saco seguía donde lo había colgado. No se llevó ninguna sorpresa. Había sucedido lo mismo que lo llevó de la cama a la viga. Sabía también que los muchachos estaban dormidos. Tenía la convicción de que cuando el ladrón ejecuta su golpe experimenta sosiego físico y mental, que ayuda a relajar su conciencia y el cuerpo. Y así fue. Sin ningún obstáculo rescató el saco. Pero esta vez lo ocultó en lo más recóndito de la casa, en el armario de su dormitorio.

—Guarda la llave dentro del corpiño —le dijo a su mujer y se acostó a dormir.

Tal como estaba previsto, los muchachos se levantaron antes del canto de los gallos y se llevaron la sorpresa de haber sido burlados por el padrino. No sabían qué hacer. Sintieron el desasosiego del fracaso. Pero una voz lánguida, salida del sueño de la mujer, les dio la pista. Uno de los muchachos llegó hasta el lecho, pidió la llave y ella la entregó bajo el estado hipnótico del sueño.

Con los gallos despertó el padrino, sobresaltado por la pesadilla de un extraño sueño de ajuste de cuentas en el que él descargaba las seis balas de su revólver sobre el cuerpo de un hombre al que no había visto antes.

—Dame la llave —dijo a la mujer.

—Ya te la di.

—¿Cómo?

—Sí, me la pediste porque tenías hambre.

En ese instante la carne se le puso de piel de gallina, el pelo se paró de punta y la cara encendió de cólera. Se vistió de prisa, atravesó montes y caminos para anticiparse a los ahijados. Nadie sabe de dónde cogió fuerzas el padrino, pero llegó antes.

Se escondió en medio de la oscuridad para que la primera claridad del día no lo delatase. Se bajó el ala ancha del sombrero para ocultar el rostro, colocándose en la puerta de la casa, casi en la entrada, a fin de esperar el botín en la puerta. De espalda. Cuando los muchachos llegaron, nerviosos y descompuestos, el padrino fue parco en el hablar. Los muchachos comprendieron que su padre reclamaba el botín y ellos lo entregaron.

Cuando se percataron de la burla, ni siquiera reconocieron la sombra del padrino, que se perdía en la frondosa espesura de los cañaverales. Los muchachos no se desalentaron. Pronto comenzaron a creer que no todo el lado de la

suerte les acompañaba frente a la astucia del padrino.

Como pudieron, los muchachos se disfrazaron de perros, anduvieron caminos y montes de regreso, hasta que llegaron a casa del padrino.

En un recodo estrecho lo asaltaron por sorpresa, dándose a la fuga monte adentro, hasta lo más recóndito de la montaña. Ahí encendieron una fogata para asar la carne y comérsela, porque sólo así no volvería a manos del padrino.

En eso estaban, asando la carne, dándole vueltas para que las brasas dorasen los músculos, cuando percibieron unas luces extrañas que se movían en medio de la densidad. Eran luces, como lenguas de fuego, que salían por la lengua y el culo de un extraño personaje o animal. Dos lenguas de fuego que se aproximaban.

Los muchachos perdieron los nervios como si la sangre se vaciara a través de las venas y salieron corriendo con la carne a cuestas con la intención de salir de aquel infierno verde. Detrás de ellos, al galope, se oía la voz del padrino, persiguiéndolos y gritando enfurecido:

—¡Ladrones! ¡Ladrones! ¡Sois unos ladrones!

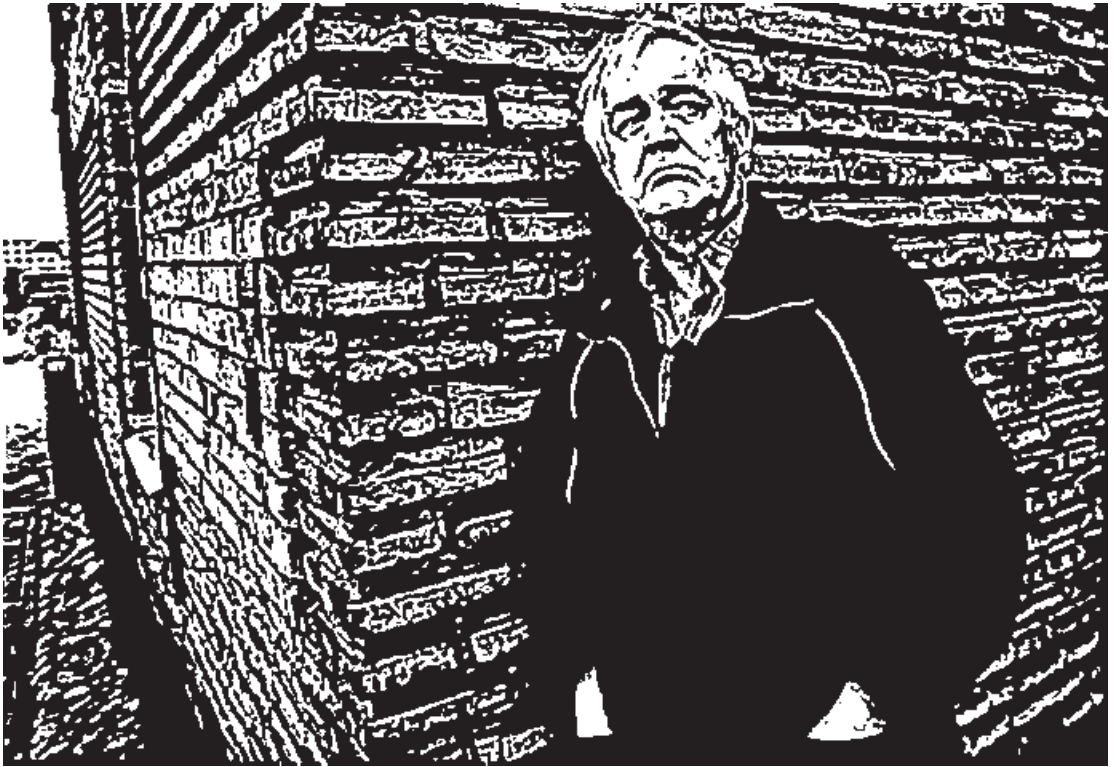


## **Wallander: una persona común en situaciones descomunales**

# **Amílcar Adolfo Mendoza Luna**

Escritor peruano (1970). Autor del libro *El Evangelio de Lilith y otros cuentos* (2013). Abogado (1998) y magíster en derecho civil (2002) por la Pontificia Universidad Católica del Perú (PUCP). Máster en derecho (2006) por la Universidad Tor Vergata, de Roma, Italia.

***Que la literatura sueca está en la cresta de la ola, nadie lo puede negar. Sería una injusta omisión olvidar a Henning Mankell, notable dramaturgo sueco, quien saltó a la celebridad gracias a la saga de uno de los detectives más conflictuados y sufridos de los últimos tiempos, el inspector Kurt Wallander, de la lejana y pequeña localidad de Ystad.***



Henning Mankell

## Wallander: una persona común en situaciones descomunales

*Amílcar Adolfo Mendoza Luna*

Que la literatura sueca está en la cresta de la ola, nadie lo puede negar. Al contrario, es una agradable realidad. Baste recordar el gran suceso editorial de la trilogía de Stieg Larsson: *Millenium*, o el Premio Nobel de 2011, el poeta Tranströmer. Ello no es tan reciente como puede parecer, si hacemos caso a las múltiples referencias en la novela *Los hombres que no amaban a las mujeres*, la primera de la trilogía de Larsson, al personaje Kalle Blomkvist, de la escritora Astrid Lindgren, el cual debe ser muy célebre, al extremo de inspirar el apodo que flagela al personaje principal de la novela.

De lo expuesto, sería una injusta omisión olvidar a Henning Mankell, notable dramaturgo sueco, quien saltó a la celebridad gracias a la saga de uno de los detectives más conflictuados y sufridos de los últimos tiempos, el inspector Kurt Wallander, de la lejana y pequeña localidad de Ystad.

He tenido la oportunidad de conocer a este personaje a través de la serie sueca producida por Yellow Bird (que también llevó a la gran pantalla la famosa trilogía de Larsson); y a través de la galardonada serie de la BBC inglesa protagonizada por Kenneth Branagh, uno de los grandes nombres de la escena británica.

Siendo un rendido fan de las series, era tan sólo cuestión de tiempo a que me animase a leer las novelas de Mankell. Y con mucho agrado quiero comentar aquí *Los perros de Riga*, la segunda entrega de las historias del inspector Wallander.

Es importante comentar que las novelas de Wallander constituyen una desmitificación de la felicidad al estilo del estado de bienestar sueco; en el aspecto más personal e íntimo, el inspector Wallander es una persona común y

corriente (insegura, atrapada en sus conflictos familiares, y diversos achaques en su salud) que en varias ocasiones se ve perturbada por la crueldad desplegada en los casos que enfrenta.

No tarda en captar nuestra simpatía por su afán de hacer lo correcto, a pesar de no ser lo más sencillo; su búsqueda de la felicidad a través de las cosas sencillas y rutinarias; los errores que comete a nivel personal y profesional; así como su evidente melomanía, que por momentos nos lleva a leer sus novelas escuchando a María Callas a la luz de la luna y saboreando un buen vino.

Alguna vez leí, en algún foro de comentarios sobre Wallander, que es el personaje más jodido de la literatura reciente. Razones no faltan: está divorciado; tiende a la depresión; se cuestiona sobre su trabajo y su vocación; tiene tensas relaciones con su hija y su padre, con quienes le cuesta comunicarse; su manía por la comida chatarra y el trago: no es raro que empiece tomando media botella de vino antes del almuerzo para rematarla con generoso chopp de cerveza; los soplos al corazón; el stress que lo lleva al hospital en medio de la investigación y una larga historia clínica donde la diabetes no está descartada. Último, pero no menos importante, es dudoso como un héroe de acción, porque no es capaz de noquear a alguien sin luxarse la mano. Tampoco es una máquina de deducción como en las narraciones de Sir Arthur Conan Doyle, Agatha Christie u otros. Durante toda la novela asistimos a sus dudas y escasos aciertos, los cuales no son obra de una aguda intuición sino de un deliberado y perseverante seguimiento a los detalles. Si algo lo salva al buen inspector es su tesón desplegado en las investigaciones que, de puro sórdidas, parecen no tener puntos de partida para abordarlas.

Comentar *Los perros de Riga* es interesante porque fue escrita en 1991, cuando la Unión Soviética se resquebrajaba y el duro dominio que ejercía sobre las naciones del báltico, entre ellas Lituania, empezaba a disolverse. Esta novela tiene el gran mérito de tomar el pulso al momento a través de un personaje apolítico que se ve orillado a tomar decisiones con trascendencia política dentro de un marco de acontecimientos convulsos, donde la búsqueda de la libertad y la justicia se realiza en las calles a través de personas comunes y corrientes, de aspecto mustio y alejadas de cualquier arquetipo heroico tan familiar a las películas de Hollywood.

La trama de la novela no podía comenzar de una manera más bizarra: unos contrabandistas encuentran un bote salvavidas con dos cadáveres vestidos de manera elegante y lo remolcan hasta las playas de Ystad para evitar que sigan a la deriva sin que la Policía les haga incómodas preguntas. Lo que parecía un caso fácil de descartar se complica con la aparición de diversos funcionarios

traídos de la capital, Estocolmo, así como del simpático e inteligente mayor Karlis Liepa de la policía lituana, quienes colaboran con una investigación que se complica al extremo de que el bote salvavidas es robado ¡de la propia comisaría! y se llega a la constatación de que estaba repleto de drogas. Más aun, el asesinato del mayor Liepa lleva a Kurt Wallander a la capital de Lituania, Riga, y a enfrentarse a un enjambre de conspiraciones y conspiradores para ayudar a Baiba Liepa, la viuda del asesinado mayor. Si caben más complicaciones, el inspector se enamora de Baiba, y se ve envuelto en un romance platónico que contrasta con la crueldad y masacres que perpetran los culpables del asesinato del mayor Karlis Liepa.

Lo que empezó como un bote a la deriva se convierte en una sórdida conspiración contra los indignados de la resistencia lituana y oscuros negocios de narcóticos. Wallander termina atrapado en este mortal juego de intrigas y su única salida es descubrir el móvil del asesinato del mayor Liepa.

Hay momentos particularmente logrados en la trama de la novela, como el inicial descubrimiento del bote salvavidas, los conflictos de Wallander con su jefe, el robo del bote salvavidas, la estadía de Kurt en Riga y su clandestino regreso, sin olvidar la persecución final y el momento del cara a cara con los asesinos. Pero lo particularmente interesante es cuando el protagonista se cuestiona sobre la marcha de las instituciones suecas, lo cual da lugar a párrafos decididamente deliciosos de los cuales vale la pena citar algunos, como cuando el inspector, presa del desaliento, quiere dejar la policía y convertirse en guardia de seguridad en una empresa privada, al constatar que los crímenes en la bucólica Ystad se vuelven cada vez más truculentos:

Últimamente, Kurt Wallander pensaba lo mismo que Martinson: cada vez era más complicado ser policía. Los tiempos que corrían mostraban un tipo de criminalidad del que hasta ahora no había constancia. Era un tópico afirmar que muchos policías dejaban su profesión por razones económicas, para hacerse guardias de seguridad o trabajar en empresas privadas. En realidad, los abandonos se debían a la inseguridad.

O cuando Bjork, jefe de Wallander, se queja de la intromisión de funcionarios venidos de Estocolmo:

He sido jefe de policía el tiempo suficiente como para saber lo que pasa en el país. A veces me dejan de lado a mí, otras es al ministro de Justicia a quien engañan, pero la mayoría de las veces a quien no le dicen más que una ínfima parte de lo que realmente está sucediendo es al pueblo sueco.

Mankell también hace gala de sorprendente humor en diversas situaciones

de la novela, como las repetidas alusiones a la capacitación del personal:

Wallander escuchó con cierta envidia las explicaciones en inglés de Martinson: la pronunciación era espantosa, pero el vocabulario resultaba bastante más rico que el suyo. «En lugar de los malditos cursos de mando de personal y democracia interna, la jefatura debería organizarnos cursos de inglés», pensó irritado.

Notable me parece la escena en el archivo policial, justo cuando está a punto de develarse la razón última de todas las conspiraciones. Wallander está desesperado por encontrar el archivo fatídico, en el momento en que sus vísceras le juegan una mala pasada la desesperación se convierte en escatológica y un oportuno tacho de basura servirá para aliviar la tensión del personaje y del lector sumido en el clímax de la novela.

Habiendo hecho mención de estos pasajes, recomiendo con entusiasmo esta novela. De más está decir que la leí de cabo a rabo, y con las menores interrupciones posibles. Si pueden acompañarla con un CD de Maria Callas cantando alguna pieza de *La Traviata*, mucho mejor. Creo que es lo más adecuado para seguir los pasos del inspector Kurt Wallander en la idílica Escania y la siniestra Riga, capital de Lituania, donde los perros abundan y las facciones se ensarzan en luchas fratricidas.



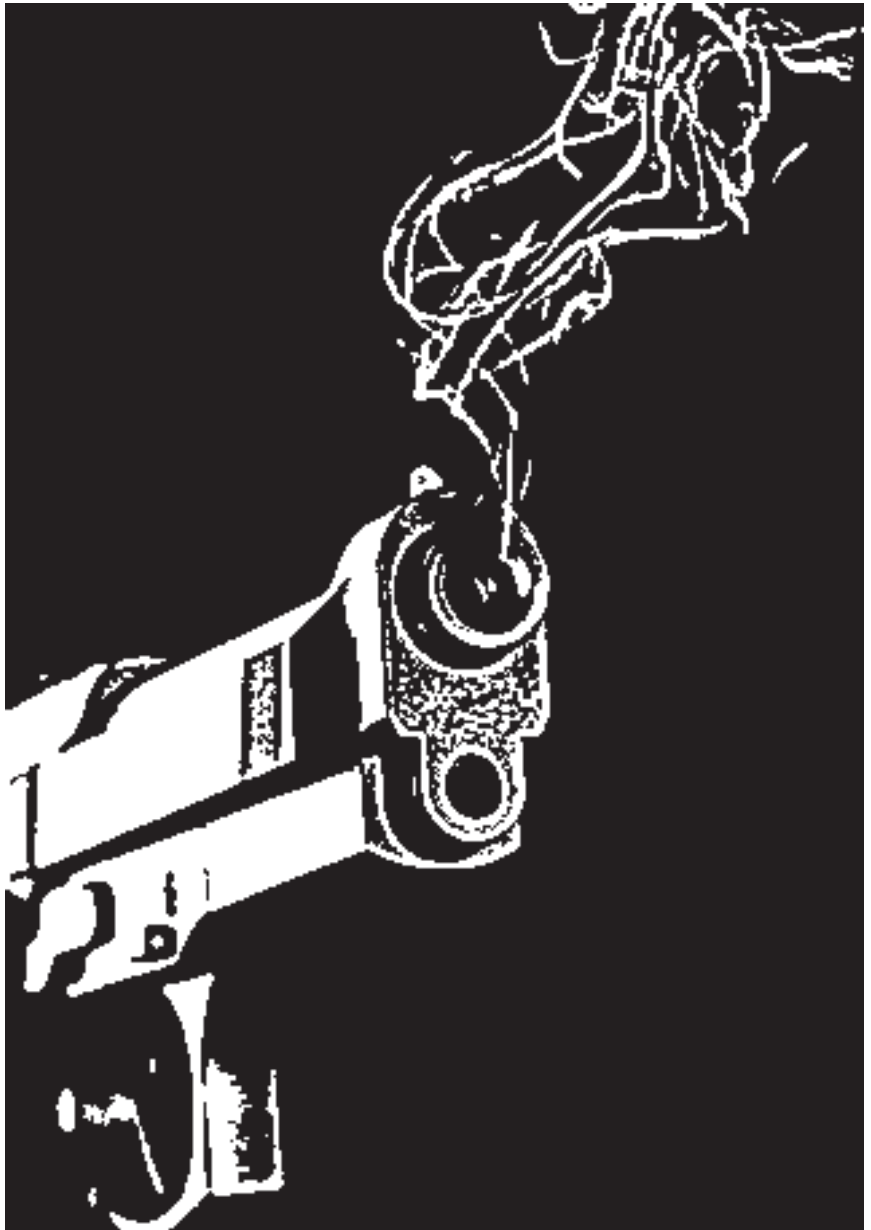


## Decálogo del policial negro argentino

### Natalia Moret

Socióloga y escritora argentina (Buenos Aires, 1978). Asistió a un taller literario con Abelardo Castillo. Publicó cuentos en revistas, en su mayoría literarias, y en antologías (*Narrativas Breves 2004*, Ed Sudamericana; *Narrativas Breves 2006*, Ed Sudamericana, *Nuevas voces para otra navidad*, 2005). Es colaboradora en el suplemento de cultura del diario *Perfil*, de Buenos Aires, y en las secciones de crítica de otras revistas literarias. Realiza correcciones de estilo y traducciones del inglés.

***La misión de la Justicia no es encubrir a la policía: los policías y los delincuentes rasos egresan de las mismas villas miseria y pueden ser muy útiles, por ende, como chivo expiatorio. La única misión de la Justicia es encubrir al poderoso. En consecuencia, a los políticos. En consecuencia, a sí misma.***



Sobre fotografía original de moodboard - Corbis

# Decálogo del policial negro argentino

*Natalia Moret*

Parfraseando el «Decálogo del policial argentino» de Carlos Gamerro, propongo mi propio decálogo del policial negro argentino.

## 1

Debe haber un crimen, pero no es necesario que los policías tengan un rol fundamental en la trama. Si lo tienen, son corruptos, criminales, o, en el mejor de los casos, ineficientes.

## 2

Si existe un policía íntegro y honrado, deberá ser el protagonista. Para más información sobre cómo construir un policía argentino íntegro, honrado y verosímil remitirse a *Sérpico*, de Peter Maas, y *Don Quijote de La Mancha*, de Miguel de Cervantes.

## 3

Si el crimen involucra a alguien poderoso, la investigación policial se cajonea. En caso de existir, y en el aun más improbable de avanzar, el propósito de esta investigación es negociar lo mejor posible el precio por ocultar, develar o retocar la verdad, dependiendo de cuáles sean los requisitos del poderoso.

## 4

El crimen siempre involucra, en última instancia, a alguien poderoso.

## 5

La misión de la Justicia no es encubrir a la policía: los policías y los delincentes rasos egresan de las mismas villas miseria y pueden ser muy útiles, por ende, como chivo expiatorio. La única misión de la Justicia es encubrir al poderoso. En consecuencia, a los políticos. En consecuencia, a sí misma.

## 6

Las pistas e indicios materiales no interesan. El ejercicio de la deducción tampoco. Siguiendo a Raymond Chandler en *El simple arte de matar*, el policial negro puede valerse del gradual esclarecimiento del crimen siempre y cuando lo haga para desarrollar lo que en verdad le interesa: el gradual esclarecimiento de los personajes.

## 7

El crimen puede, o no, ocupar el centro de la historia. Si lo hace, referirse al punto 6 de este decálogo.

## 8

Como en la vida, en el policial negro nadie resiste un archivo, ni siquiera los héroes. La novela negra quiere ser realista. La novela negra quiere contar el lado peor de las cosas. El mismo hombre que hoy construye Notre Dame mañana construye Auschwitz, y la novela negra nunca lo olvida.

## 9

Un buen policial negro es siempre, también, una buena comedia negra. Por eso, se recomienda enfáticamente evitar pantanos temáticos en los que el sentido del humor corra el riesgo de ahogarse. En Argentina, a partir del siglo XXI, y

hasta nuevo aviso, se recomienda en lo posible evitar alusiones muy directas a la dictadura y a los desaparecidos durante el Proceso de Reorganización Nacional, a no ser que el escritor esté preparado para tocar el tema de una forma profunda y novedosa que algunos podrían considerar políticamente incorrecta. Para más información remitirse a *Las benévolas*, de Jonathan Littell.

## 10

El capitalismo no fracasó. Su éxito es, justamente, el sustento último de la novela negra.



## Poemas

# Rolando Revagliatti

Docente y escritor argentino (Buenos Aires, 1945). Ha hecho estudios de realización cinematográfica, formación actoral, psicodrama psicoanalítico y psicoanálisis, entre otros. Ha sido traducido y difundido a diez idiomas en medios gráficos y electrónicos. Ha coordinado cafés literarios y ha dirigido espectáculos teatrales. Textos suyos pueden leerse en diversos medios latinoamericanos. Entre 1988 y 2009 ha publicado los poemarios *Obras completas en verso hasta acá*, *De mi mayor estigma (sí mal no me equivoco)*., *Trompifai*, *Fundido encadenado*, *Picado contrapicado*, *Tomavistas*, *Propaga*, *Ardua*, *Pictórica*, *Desecho e izquierdo*, *Sopita*, *Leo y escribo*, *Del franelero popular*, *Ripio* y *Corona de calor*; la obra teatral *Las piezas de un teatro*; los libros de cuentos *Historietas del amor* y *Muestra en prosa*; las antologías poéticas *El Revagliastés* y *Revagliatti: antología poética* (con selección y prólogo de Eduardo Dalter). Excepto *Historietas del amor*, cuentan, además, con ediciones electrónicas, así como también sus cuatro poemarios inéditos en soporte papel: *Ojalá que te pise un tranvía llamado Deseo*, *Infamélica*, *Viene junto con* y *Habría de abrir*, disponibles gratuitamente para su lectura o impresión en la página del autor, <http://www.revagliatti.net>.

***Se encastró el asunto / roñoso desde el mismo principio / abundaron las salpicaduras // Expeditivo el parco pistolero / teñido y contratado inicia la masacre / en la nocturnidad helada de una ruta // Escasos minutitos para la penosa transformación / de humanos vivos y diligentes, aunque provisorios / en acumulados fiambres / abandonados a dicha nocturnidad.***



Sobre fotograma del filme "Fargo", dirigido por Joel Coen

## Poemas

### *Rolando Revagliatti*

#### **Let him have it**

Ahora mismo  
es ahora cuando lo hacen  
con nuestro hijo  
y hermano

Ahora mismo  
mientras  
          nos abrazamos

Es también ahora  
cuando ellos  
          son eficaces

Funcionarios  
deciden y lo hacen

Ahora mismo ratifican:  
lo están  
          ahorcando.

*Let him have it (La muerte cumple condena)*, filme dirigido por Peter Medak.

#### **Docteur Petiot**

Escarmiento al descuartizador  
al aprovechado su última sesión de maquillaje

Con ninguna de las atiborradas  
valijas descenderá

hacia su destino sudamericano  
separándolo de su cabeza

ese filo de un tango.

*Docteur Petiot (El extraño caso del Dr. Petiot)*, filme dirigido por Christian de Chalonge.

## Death and the maiden

País de Sudamérica  
llueve  
en el país de Sudamérica

Apuntado mientras dormía  
es golpeado cuando despierta  
dos veces por el arma  
en la cabeza

Cae Franz Schubert, regresando  
sobre el olor del apuntado

País de Sudamérica  
confesando  
en el país de Sudamérica.

*Death and the maiden (La muerte y la doncella)*, filme dirigido por Roman Polanski.

## Hammett

*Aguas del futuro  
me introducen por la ventana abierta  
a la palabra FIN de esa novela:*

—No sé si es el whisky o qué vicio  
Aun con mi poco cerebro no olvido el nombre  
de la piba que busco en el barrio chino

«Hola, Sam» «Hola, Mike»  
«Hola, Tom» «Hola, Bill»



No hay nombre para los gemidos  
de esos corderos.

*The silence of the lambs (El silencio de los inocentes)*, filme dirigido por Jonathan Demme.

## Leaving Las Vegas

Quiero que sepas  
que nuestro acuerdo  
ya se revienta  
¿de acuerdo?

Quiero que sepas que si accedo  
es sólo porque mi pene  
está muy solo

y acaso es cierto este desierto  
en el desierto

¿de acuerdo?

*Leaving Las Vegas (Adiós a Las Vegas)*, filme dirigido por Mike Figgis.

## Fargo

Se encastró el asunto  
roñoso desde el mismo principio  
abundaron las salpicaduras

Expeditivo el parco pistolero  
teñido y contratado inicia la masacre  
en la nocturnidad helada de una ruta

Escasos minutitos para la penosa transformación  
de humanos vivos y diligentes, aunque provisorios  
en acumulados fiambres  
abandonados a dicha nocturnidad

Chambón, el otro pistolero  
hecho mierda y contratado

esconde mucha guita  
en la nieve

En la nieve  
tan embarazada como certera  
la comisaria  
destiñe al parco.

*Fargo*, filme dirigido por Joel Coen.

## **La taberna fantástica**

Ciego en Gato Negro  
ciego en el Gato con Gafas  
el ciego con gafas oscuras en el Gato con Gafas

El Rojo en el Gato Negro  
borrachín en el Gato Abstemio  
Rogelio, el Rojo, acompañado en su dolor  
y hasta la última gota

Coñac, cerveza y vino blanco  
refrescando un guapazo sus cataplines  
con los que ha barrido el piso modesto  
de la Fantástica

Anís y vino tinto, y oporto  
entonando a los quintilleros desafiándose  
circunvalándose

Rojo gato atravesado  
por la navaja del motociclista.

*La taberna fantástica*, filme dirigido por Julián Marcos.

## **Police Python 357**

Sus propias balas lo llevaron al último tren de París  
a ser fotografiado en la noche  
a lamerse solo

No requirió a otro balas  
para ser el positivo de esos negativos recuperados  
para seguirla y golpearla a la fotógrafa  
para liberar, en curda, a los chanchos

Sus propias balas lo llevaron a desaparecer  
con sus objetos por el fuego  
al estigma del vitriolo  
a la escena del crimen

Sus propias balas lo llevaron a la bala que lo mata  
al asesino.

*Police Python 357 (Policía Python 357)*, filme dirigido por Alain Corneau.

## **Confidential Report**

Bracco  
un apellido  
no todavía un muerto  
habla enmascarado  
y algo dice  
sigue diciéndonos algo  
que no terminamos de discernir  
de configurar

Se matará  
desenmascarado  
Arkadin:  
otro apellido.

*Confidential Report (Reporte confidencial)*, filme dirigido por Orson Welles.





## El muñeco de nieve

# Raquel Rivas Rojas

Escritora venezolana. Fue profesora titular del Departamento de Lengua y Literatura de la Universidad Simón Bolívar (USB) hasta septiembre de 2008. Licenciada en Comunicación Social por la Universidad Central de Venezuela (UCV, 1985), Magíster en Literatura Latinoamericana por USB (1992) y PhD en Estudios Culturales Latinoamericanos (King's College, University of London, 2001). Entre 1995 y 1997 fue investigadora del Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos (Celarg), y entre 2002 y 2004 coordinó el Postgrado en Literatura de la USB. Ha publicado *Sujetos, actos y textos de una identidad* (Caracas: Celarg, 1998) y *Bulla y buchiplumeo. Masificación cultural y recepción letrada en la Venezuela gomecista* (Caracas: La Nave Va, 2002), además de artículos en revistas arbitradas como *Estudios*, *Journal of Latin American Cultural Studies* y *Latin American Research Review*. Su libro *Narrar en dictadura* obtuvo el Premio de Ensayo de la Bienal José Antonio Ramos Sucre 2009. Actualmente vive en Edimburgo (Escocia) y se dedica a escribir.

***Miré el cielo azulísimo y pensé que si no volvía a nevar estaríamos a salvo. ¿A salvo de qué? No sé. Ya lo dije. No sé muy bien dónde empieza esta historia. Pero creo que ese día de cielo azul y de compra precaria fue el día que vi a los niños haciendo en la plaza un inmenso muñeco de nieve.***



# El muñeco de nieve

*Raquel Rivas Rojas*

Para Lyo, que inventó conmigo este cuento

En realidad no sé cómo empieza esta historia. Cuando la gente le dice a uno que empiece por el principio, es porque no se da cuenta de que justamente el principio es el lado más oscuro, más indescifrable de un relato. A veces lo más difícil es encontrar el hilo que da inicio a la trama. Digamos que esta historia comienza con la nieve. Había nevado. Había más de medio metro de agua helada sobre todas las cosas y el mundo parecía hecho de esa sustancia blanca que aplaca los sonidos y los pensamientos, que calla los pájaros y sólo deja hablar la luz.

En las mañanas, mirando por la ventana mientras me tomaba el segundo té después del desayuno, escuchaba en la radio las noticias sobre la gente atrapada en las carreteras y las autopistas. Decían que no había nevado así desde hacía medio siglo. Nadie sabía muy bien qué hacer. Hasta un ministro renunció por no ser capaz de manejar la crisis. Sus partidarios se quejaron porque su retiro forzoso del cargo no se debía a que era incapaz, sino a que la naturaleza se había ensañado con esta parte del reino. Y así todas las mañanas. Un escándalo cada día, una furia que parecía fabricada para contrarrestar el silencio helado de la nieve que seguía creciendo, indiferente.

El pan y la leche se habían acabado en el abasto del pueblo. También la carne, el pescado, el pollo y todos los productos frescos. Entrar en aquel lugar desolado me hacía recordar la tierra remota en la que nací, donde el más mínimo rumor desataba una ola de compras nerviosas que en minutos dejaba las estanterías de los abastos arrasadas, vacías como la boca inútil de un viejo sin dientes. En esas dos semanas había ido varias veces a hacer compras y había recorrido los pasillos con mi bolsa de yute debajo del brazo, sin saber qué llevarme. Esa vez elegí unas cebollas mustias que quedaban al fondo de una cesta azul, un kilo de arroz basmati y tres latas de atún en aceite de oliva. También

aproveché que acababa de llegar la leche y compré un litro y medio, junto con unas galletas que sabían apenas a las galletas de soda de mi infancia.

Regresé a la casa con la sensación de que el fin del mundo estaba llegando pero no nos habíamos dado cuenta todavía. Mientras caminaba con cuidado para no resbalarme en las aceras abultadas de hielo se me ocurrió que el ruido que hacían mis botas sobre la nieve se parecía mucho al sonido de fondo de una película de catástrofes inevitables. Miré el cielo azulísimo y pensé que si no volvía a nevar estaríamos a salvo. ¿A salvo de qué? No sé. Ya lo dije. No sé muy bien dónde empieza esta historia. Pero creo que ese día de cielo azul y de compra precaria fue el día que vi a los niños haciendo en la plaza un inmenso muñeco de nieve.

Tenía que bordear la plaza para llegar a mi puerta. Me paré un momento a decidir cuál camino estaba más despejado. Y fue en ese instante que fijé en la memoria la imagen de los tres niños. Estaban vestidos con ropas oscuras. Uno de ellos tenía un gorro rojo con un gran pompón arriba que sobresalía como un chiste malo. Recuerdo que pensé que no tenían guantes y que se les congelarían los dedos antes de que terminaran de hacer el muñeco de nieve. Elegí el camino de la derecha, que un vecino fortachón y retirado limpiaba todas las mañanas con un entusiasmo sospechoso, y antes de llegar a mi casa le di una última mirada al grupo que reía y gritaba festejando pasadas o futuras ocurrencias.

Por las huellas que habían dejado en la nieve, se veía que habían hecho una primera bola, más bien pequeña, tal vez usando una pelota o algún otro objeto de relleno, y la habían ido empujando alrededor de la plaza. A cada vuelta la bola crecía más y más, dejando un rastro que parecía el de un gusano gigante que hubiera perdido el rumbo. Antes de abrir la puerta noté que la bola de nieve, que estaba ya en el centro de la plaza, era del tamaño del más pequeño de los tres niños. Pensé en las maravillas que se pueden hacer con ese material, al mismo tiempo duro y amable, que se deja moldear y que puede esconder tantas cosas.

Supongo que sería al día siguiente, al mirar por la ventana de la sala con mi segunda taza de té en las manos, que vi el muñeco terminado. Le habían añadido una cabeza y le habían hecho una cara. Tenía puesto el gorro rojo que usaba uno de los niños y una bufanda desflecada que seguramente se había congelado ya. Debajo del gorro, después de una nariz hecha con lo que parecía un trozo de palo seco, le habían construido la boca con un objeto que no podía identificar de lejos, pero que le daba al conjunto un aire más bien siniestro. El muñeco de nieve parecía reírse ahí afuera de todos y de todo.

La vez siguiente que salí al abasto, sin demasiadas esperanzas de conseguir mucho que comer, crucé en diagonal la plaza, enterrándome en la nieve hasta más arriba de los tobillos. Me acerqué al muñeco blanco que seguía entero dominando el lugar y fue cuando lo vi. Debía haber sospechado algo en ese momento, pero después de sentir una especie de escalofrío que me paró los pelos de la nuca, pensé que todos los vecinos habían visto aquello y si a nadie le había parecido extraño, tal vez no lo era. La boca del muñeco de nieve era un zapato de bebé incrustado de perfil.

Ese día regresé con la bolsa del abasto algo más pesada. No tanto de comida sino más bien de papel sanitario, jabón de lavar, destapador de cañerías. Cosas que tal vez no necesitaba de inmediato, pero que sentía la necesidad de acumular, como si me preparara para tiempos más difíciles. Los estantes estaban llenos a medias, pero yo ya me había resignado a comer arroz con atún hasta que el mundo volviera a la normalidad. El camino de regreso lo hice bajo una aguanieve gris que amenazaba con convertir la visión impoluta de la plaza en un charco más bien inmundado. Me apuré a entrar en la casa sin mirar hacia atrás.

Pasaron días, supongo. No sé en realidad si pasaron días, pero para todos los efectos mi memoria ha construido aquí una pausa, un tiempo que no recuerdo en términos precisos. Sólo sé que hubo lluvia, algo de sol, más lluvia. Unas estalactitas transparentes y deformes, como largas zanahorias de hielo que crecieran en el aire, se instalaron en mi ventana por más de una semana. Uno de los días soleados pasé un largo rato tomándole fotos a esos extraños objetos que habían invadido mi campo visual. Ese día, por no dejar, le tomé también una foto a lo que quedaba del muñeco de nieve.

Parte de la cabeza se había disuelto ya y el zapato de niño que una vez le había servido de boca se había caído al piso y parecía esperar el regreso de su dueño. Tal vez fue al día siguiente que me di cuenta del zapato, cuando miraba las fotos de las estalactitas en la pantalla de mi laptop. La verdad es que no le di importancia. Pero el resto de una idea se me quedó pendiente en algún lado, algo como la letra de una canción que no terminaba de recordar, como la pieza que no encaja y se queda danzando hasta en los sueños. Por eso, cuando volví al abasto a comprar atún y leche me metí en el bolsillo la cámara, casi sin pensarlo.

Me paré frente al muñeco de nieve y le tomé cuatro fotos, una por cada lado. No sé por qué lo hice. Fue un impulso. Es lo que le dije al par de policías que vinieron a tocar a mi puerta una semana después. Imprimí las fotos y se las entregué en un sobre transparente al día siguiente que descubrieron el cuerpo. A simple vista no había nada en las fotos que indicara que ahí adentro había un niño. Pero si se miraba bien, ampliando un par de puntos oscuros, en una de

ellas se veían claramente tres dedos y en la otra una mata de pelo oscuro y revuelto. Es posible que me llamen a declarar, o al menos eso me informó uno de los policías con fingida amabilidad.

Tampoco sé cómo termina esta historia. El final de una historia debería revelar una verdad, apuntar hacia una certeza. Pero en este caso no es posible. No puedo ofrecer más que un cierre indeciso a esta historia que no sé cómo empezó. Tal vez todo comenzó como un juego de niños que querían aprovechar que había nevado como nunca en los últimos cincuenta años. Unos niños en busca de un lugar donde esconder una presa cobrada por pura diversión. Parte de lo que pasó lo vimos todos, sucedió frente a nuestras casas y a plena luz del día. Tal vez por eso esta historia sólo puede tener un final abierto. Un futuro lleno de sospechas, miradas de soslayo, puertas cerradas con doble llave, pesadillas al filo de la madrugada.

Los funcionarios del equipo forense siguen en la plaza buscando evidencias. Cruzan de un lado a otro con sus trajes blancos que les cubren el cuerpo entero de la cabeza a los pies. Llevan y traen bolsas, cajas y contenedores varios. La plaza está rodeada de una cinta amarilla y roja que prohíbe el paso y tres policías de uniforme negro y chalecos fosforescentes vigilan que la prohibición se cumpla al pie de la letra. Los vecinos se asoman de vez en cuando a las ventanas. La señora que atiende el café de enfrente sale cada dos o tres horas con un termo de té o café y ofrece la bebida humeante en vasos de plástico. Los vasos se acumulan en el basurero de la esquina.

En el noticiero de la televisora local ya se comenta el hallazgo. Es muy pronto para saber qué pasó. El cuerpo no ha sido identificado todavía. Algunos vecinos aparecen en la pantalla comentando el suceso asustados o sorprendidos o indiferentes. Al final de la noticia aparece la foto fija de tres pequeños dedos congelados. Reconozco la imagen y me asalta la certeza de que ya nada será como antes. Ahora miro la plaza como si fuera un cementerio con una sola tumba. Esta mañana alguien dejó en el piso, sobre la nieve y casi frente a mi ventana, un pequeño ramo de flores secas.



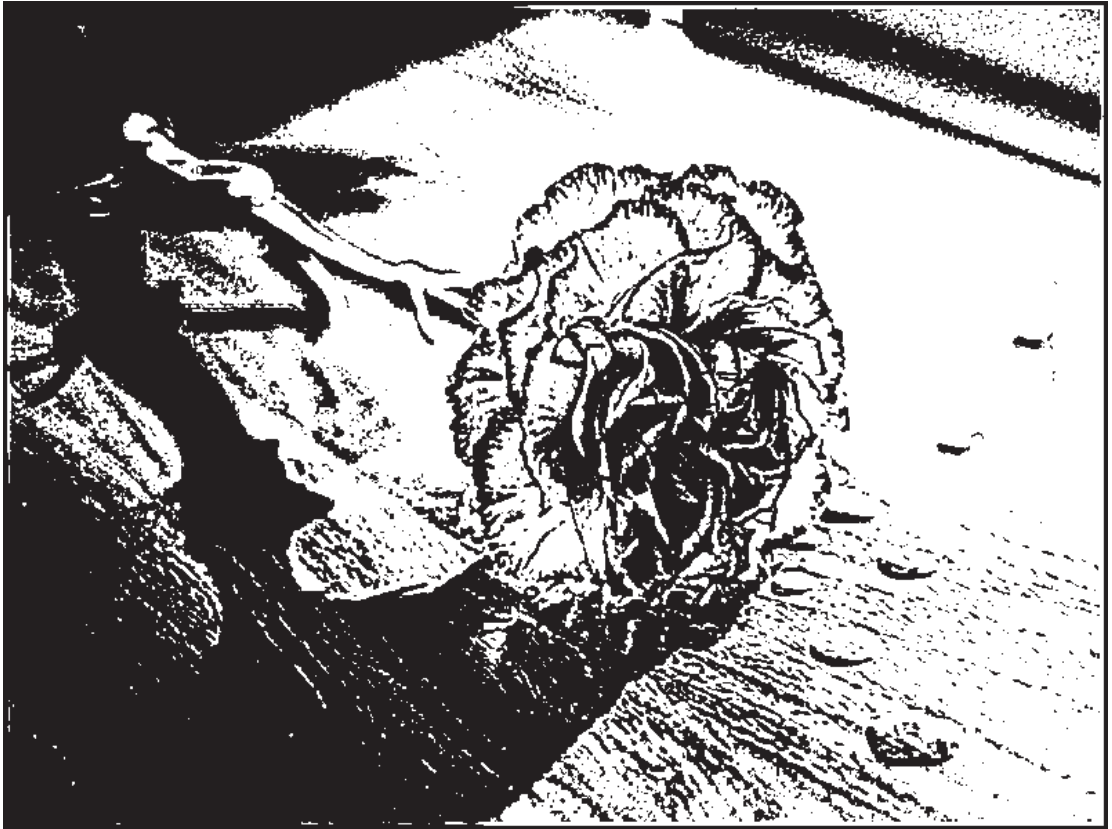


**Rebeca**

## **Patricia Schaefer Röder**

Escritora venezolana (Caracas). Es licenciada en biología. Vivió en Heidelberg, Alemania, y en Nueva York, EUA, donde retomó el oficio de escribir y se dedicó a la traducción y las artes editoriales. Desde 2004 vive en Guaynabo, Puerto Rico, donde dirige su propia empresa de traducción y producción editorial. Ha recibido premios nacionales e internacionales y textos suyos han sido publicados en diversos medios. En 2011 recibió el Primer Premio en Narrativa del XX Concurso Literario del Instituto de Cultura Peruana de Miami (Florida, EUA), con su cuento "Ignacio". Su antología de relatos cortos *Yara y otras historias*, publicada en 2010 por Ediciones Scriba NYC, es su trabajo más reciente.

***Le debo una visita a Rebeca; se lo merece. Lo haré este jueves; me tomaré el día libre en la oficina. La ocasión lo amerita. Le llevaré un arreglo de claveles rosados y blancos, sus favoritos. Sé que le va a encantar; lo prepararé esa misma mañana para que las flores estén lo más frescas posible.***



# Rebeca

*Patricia Schaefer Röder*

Le debo una visita a Rebeca; se lo merece. Lo haré este jueves; me tomaré el día libre en la oficina. La ocasión lo amerita. Le llevaré un arreglo de claveles rosados y blancos, sus favoritos. Sé que le va a encantar; lo prepararé esa misma mañana para que las flores estén lo más frescas posible.

Rebeca y Enrique acaban de anunciar que serán padres por segunda vez. Me parece que fue ayer cuando fui testigo de su matrimonio hace ya ocho años. ¡Cómo pasa el tiempo! Rebeca Fuentes es mi gran amiga desde la niñez. Nos criamos juntos, nos conocemos en detalle. Siempre nos mantuvimos cerca, aún después de haberse casado con Enrique. Prácticamente soy otro miembro de la familia; participo en todos los eventos y reuniones, y me tratan como a un hijo y hermano. Por mi parte, siempre que puedo ser útil me pongo a la disposición del que me necesite. Soy muy afortunado de pertenecer a ese círculo de gente tan especial.

A golpe de las cuatro de la tarde toqué a su puerta. Rebeca estaba sola con Miguel, su hijo de cinco años. Se alegró muchísimo por la visita, y sobre todo le encantó el arreglo de claveles que llevaba en los brazos y que casi no le dejaba verme la cara. Lo coloqué con cuidado en su dormitorio, como me pidió, porque ella pasaba el mayor tiempo ahí y así lo disfrutaría más.

Estuvimos charlando en la cocina mientras me preparaba un café y luego pasamos a la sala. Parecía un repentino salto atrás en el tiempo. De pronto estábamos merendando café con galletas, como hicimos miles de veces durante nuestra juventud. Era una especie de *déjà vu* añejo que trae consigo un cargamento de recuerdos buenos y mejores, mezclados todos en la taza de la que bebía mi café.

—¡Qué bello te quedó este arreglo, gracias! —dijo Rebeca, mientras me abrazaba fuertemente.

—¿Y cómo querías que me quedara, si lo hice especialmente para ti? Tuve la

mejor maestra y creo que aprendí bien de ella.

Rebeca sonrió y me volvió a dar las gracias. Ella me enseñó primero a manejar las plantas y después a trabajar las flores. A lo largo de muchos años aprendí innumerables cosas sobre las flores: desde las técnicas para cultivarlas hasta cómo mantenerlas hermosas durante más tiempo. A veces hacía arreglos complejos, en otras ocasiones las secaba para preservarlas. Agregándole un poco de colorante o unas gotas de esencia perfumada al agua, podía teñirlas de colores exóticos e incluso cambiarles su fragancia natural. No hay duda de que las flores son nobles; siguen vivas por varios días, transpirando al ambiente el líquido del que se nutren y regalando su aroma a pesar de haber sido cortadas de sus tallos.

Pasaron un par de horas y llegó Enrique.

—¡Enrique! ¡Felicidades por el nuevo embarazo! Les deseo mucha dicha y suerte con el crecimiento de la familia.

—Gracias. Y tú, Rafael, ¿cuándo nos das la sorpresa y te casas?

—¡Ja, ja! Eso será cuando al perro le salgan plumas.

—No hables así —dijo Rebeca—. Yo te conozco. El día menos esperado te apareces con una chica y nos cuentas que se casaron en secreto.

—Tal vez —contesté, y desvié la conversación hacia algo más mundano. Les recordé que debían comenzar de nuevo con todo el proceso de los pañales. Eso les cambió la cara durante unos diez segundos. Todos nos reímos. Después seguimos hablando de mil cosas diferentes durante la cena y la sobremesa. Fue una velada muy agradable.

Mientras regresaba a casa me invadió una sensación de vacío y saturación a la vez; algo que nunca antes había experimentado. «Tanta charla me dejó algo aturdido», pensé.

El domingo hizo un hermoso día de julio, perfecto para visitar a la familia Fuentes. El sol brillaba con fuerza resaltando los colores intensos de la ciudad. Desayuné bien, con calma, y me puse el traje oscuro que reservo sólo para ocasiones especiales.

Llegando, una cantidad inmensa de arreglos florales dejaba ver el gran número de personas que conocían a Rebeca. La variedad de flores parecía infinita: claveles, rosas, azahares, gladiolas, orquídeas, tulipanes, calas, nardos... La mezcla de aromas llenaba el aire limpio del fin de semana capitalino, inundando todo el ambiente. Rebeca siempre fue una con las flores y para mí son una pa-

sión que compartía con ella, mi gran amiga.

En los pasillos de la funeraria se escuchaban los comentarios típicos: «¡Pobrecita, tan joven y llena de vida!», «¡Qué tragedia, además estaba embarazada!». «¿De qué murió?», preguntaban todos al llegar, pero las respuestas eran vagas. Nadie comprendía cómo pudo sucederle algo así a Rebeca; morir de esa manera tan trágica e inesperada. Enrique, su esposo, había perdido el habla por el gran pesar que le invadía. Aun así, se estaba ocupando personalmente de su pequeño hijo de cinco años, que no terminaba de entender cómo su mamá se fue tan de repente y sin despedirse de él. La familia de Rebeca se hallaba dispersa por todo el lugar, recibiendo las condolencias de los amigos y allegados.

Entré en la capilla donde velaban a Rebeca y les presenté mis respetos a sus padres, a sus hermanos y a Enrique. Como amigo de la familia desde hace tantos años, era lo menos que podía hacer. Había visitado a Rebeca y Enrique tres días antes con un gran arreglo de claveles rosados y blancos para felicitar a la pareja por el nuevo bebé que esperaban. Curiosamente, habían colocado ese mismo arreglo dentro de la capilla, cosa que me conmovió. Los claveles estaban tan hermosos como el primer día; el ramo incluso parecía recién hecho.

Mientras saludaba a los que estaban en la capilla, me percaté de que la urna no tenía vitrina.

—¿Por qué no se puede ver a Rebeca? —le pregunté discretamente a su hermano.

—La pobre quedó irreconocible —dijo, mientras me acompañaba hacia el pasillo.

—¿Irreconocible? No entiendo; me dijeron que había fallecido a causa de una enfermedad. ¿Acaso estoy equivocado?

—No, Rafael. Lo que pasa es que tuvo una muerte rápida por una reacción alérgica de esas que le hinchaban la cara. ¿Recuerdas que de vez en cuando se le disparaba una alergia?

—Claro que recuerdo. Cuando eso pasaba, había que llevarla al servicio de emergencias más cercano. Allí le ponían oxígeno y le inyectaban medicinas por todas partes para evitar que se asfixiara. Era toda una pesadilla.

—Pues esta vez los médicos no pudieron impedir que sus pulmones colapsaran. La inflamación fue muy intensa y fulminante. Cuando llegó a la clínica ya no había mucho que hacer. Los médicos intentaron todo lo que estaba a su alcance, incluso una traqueotomía, pero ni siquiera eso funcionó. Fue horrible verla luchando por

respirar y no poder hacerlo. Tampoco pudo hacerse nada por el bebé.

—No sabes cuánto lo siento. Debe haber sido terrible. Nadie se espera que una simple alergia pueda ser fatal.

—Lo fue. Al principio no pensamos que la reacción pudiera ser tan severa, a pesar de la taquicardia. Sin embargo, se le veía ya bastante mal camino al servicio de emergencias. No hay palabras que puedan describir el horror que sentimos...

—Me lo imagino. ¡Qué espantoso! ¿Y qué fue lo que ocasionó la alergia?

—Eso es lo que nadie sabe. Rebeca no tomaba ninguna medicina a la que fuera alérgica. Ella se cuidaba mucho cuando le recetaban un medicamento nuevo; antes de usarlo se aseguraba mil veces de que no le haría daño. Pero además, desde que supo que estaba embarazada, no tomó más nada nunca. Y ya estaba en el quinto mes... Según los médicos fue algo que comió, aunque me parece raro porque ella nunca fue alérgica a ningún alimento, sólo a los analgésicos como la aspirina y a todos los antiinflamatorios sin esteroides. Pero los médicos insisten en que tuvo que haber sido algo que ingirió durante el día y creen que fue el picante que le puso a la carne. En fin, ya no hay nada que hacer. Rebeca y su bebé murieron.

—Me imagino que los médicos sabrán lo que dicen. Las alergias son impredecibles; hoy en día todavía no se comprenden bien las causas que hacen que aparezcan o desaparezcan de repente.

—Creo que tienes razón. De cualquier forma, ya pasó.

—Es triste, pero es así... Se nota que Enrique está destrozado. Voy a ofrecerle un café.

Me acerqué a Enrique, que salía al pasillo. Como iba solo, no me fue difícil abordarlo.

—Ven, Enrique. Vamos a tomarnos un café.

Él asintió y nos dirigimos hacia la mesa donde estaban el café y el agua. Mientras le servía un café negro con poco azúcar, le comenté cuánto sentía lo ocurrido. Enrique escuchaba sin hablar, con la mirada un tanto perdida. Después de un rato, me miró a los ojos y, rompiendo su silencio, me dio las gracias.

—¿Por qué?

—Por estar siempre allí cuando más te necesitamos.

—¡Pero no faltaba más! —le contesté—. Para eso son los amigos, ¿no?

—Sí... Fue bueno que pasaras el otro día por la casa. Rebeca estaba tan contenta con las flores, que las puso en el dormitorio.

—Sí; ella me dijo que las colocara allí porque ese era el lugar donde pasaba más tiempo. Me alegro que le hayan gustado tanto...

—Le encantaron. ¿Las viste en la capilla? Todavía hoy siguen hermosas —dijo. Y con los ojos llenos de lágrimas se alejó sin decir nada más.

Me quedé un rato más en la funeraria, saludando a los amigos y conocidos que se acercaban a darle el pésame a los familiares de Rebeca. Entre lo que más comentaban estaba lo rápido que había sido todo y lo monstruoso que puede ser desarrollar una alergia tan repentina y con resultados tan fulminantes. Había un cierto halo de misterio y superstición en el ambiente, a pesar de que los médicos diagnosticaron un shock alérgico al picante que Rebeca había comido en el almuerzo de ese día. Esa fue la versión oficial de la muerte de Rebeca y su bebé.

Camino al cementerio fui recordando uno a uno los momentos que Rebeca y yo pasamos juntos a lo largo de tantos años. Los juegos inocentes de nuestra infancia, las charlas interminables de nuestra juventud, las confidencias guardadas. ¡Cuánta falta me haces ya, querida amiga!

Una vez reunidos alrededor de la tumba, mientras rezábamos por su alma, rompí en llanto. Era demasiado para mí. No podía dejar de pensar en ella; su hermoso cabello castaño oscuro con visos rojizos, los ojos negros, grandes y profundos, y el aroma de su piel que me robaba el aliento. Toda mi vida estuve enamorado de esa mujer; siempre cerca, ayudándola y compartiendo sus sueños. Sin embargo, y a pesar de que conocía mis sentimientos, Rebeca siempre me trató como a un gran amigo y solía decir que me quería «como a un hermano». Nunca me quiso dar una oportunidad. ¿Por qué, Rebeca? ¿Qué podía ofrecerte Enrique que no pudiera darte yo? Mira qué bello el arreglo de claveles que hice especialmente para ti, como muestra de mi amor incondicional. Incluso disolví tres aspirinas en el agua para que las flores se conservaran frescas por más tiempo. ¿Qué pasó, Rebeca? ¿No podías respirar? Así mismo me sentí yo durante ocho largos años. Pero no te preocupes, que ahora todo será mejor. Y para que nunca me olvides, el mismo Enrique arrojó a la fosa esos claveles frescos y perfectos que tanto te habían gustado, mi amor.

Desde ahora, mis visitas a Rebeca serán en el cementerio; las circunstancias lo ameritan.



## De armas tomar

# Gaby Solano

Ingeniera electrónica costarricense (San José, 1974). En 2003 su cuento «1948» ganó el concurso «Cuentos de Guerra» de la página ElEscriba.com y su poema «Today» fue seleccionado para publicación en la página PoeticVoices.com. En enero del 2004 su cuento «Carlos Guevara» fue finalista en el concurso sobre escritores de ElEscriba.com.

***¿Habría manera de penetrar esta farsa?  
Se me ocurrió una, que, en mi opinión,  
era la única variable fuera de su control:  
el personal de la biblioteca. Una mujer así  
no pasa desapercibida. Y pues sí, el  
Marlowe en mí se decidió a hacer un  
intento.***



Sobre fotografía original de Liane Riss

## De armas tomar

*Gaby Solano*

Ya de entrada me pareció que el usuario promedio de la biblioteca había cambiado un tanto desde mi última visita. Una guapa mujer alta y rubia, iPad en el regazo, Louis Vuitton sobre el asiento de al lado, tirado con tanto descuido como si hubiera sido mi maletín Totto. Me senté bien lejos, nada más para evitar posibles comparaciones.

Pero tal defensa de mi autoestima resultó inútil. Nadie más entró a la biblioteca en el lapso de 20 minutos que tomó que las muchachas de documentos históricos se bebieran su obligatorio café a la hora de empezar a trabajar.

Levanté los ojos de mi libro un par de veces, a ver si la rubia se movía, puesto que, después de todo, ella había llegado antes que yo. Mas parecía demasiado entretenida con su juguetito, y desde mi asiento pude ver que tenía la mano derecha enyesada. Un yeso color perla, como el de su traje sastre, de manera que seguro se lo cambiaba todos los días para combinar con los zapatos y el carro.

Me fui entonces a la única ventanilla abierta, ¿y a quién me encuentro, si no a la copia trigueña de mi acompañante de la sala de espera? Una joven guapísima, vestida sin el lujo de la otra, pero con aire de diosa que a bastantes debe dejar pasmados. ¿De dónde salen estas mujeres? A mí esto no me gusta nada.

Y por supuesto que las bellezas inalcanzables no deberían dedicarse a servidoras públicas. Con mal modo me señaló los errores que había cometido al llenar mi tarjeta de solicitud, me entregó otra con una sonrisa desdeñosa, y (supongo) me miró con desprecio mientras me devolvía al asiento a volverla a llenar.

Este intercambio debió haber despertado a la rubia, pues tan pronto llegué yo a la silla, se levantó ella de la suya y se dirigió a la ventanilla. Le tomó como un minuto caminar esos diez metros en tacones de seis pulgadas, y por supuesto

que a mí, la audiencia, no me hizo nada de gracia.

Cuando abrió la boca, su voz tenía una estridencia casi histérica que me hizo sonreír. ¡Por lo menos habla feo!

—¡Qué pena, muchacha, no ve que me quebré esta mano y no pude llenar la tarjeta!

La sonrisa de la otra (y sí, ni yo sé por qué les estaba poniendo atención, ni me pregunten) fue como la de Atenea dándole la bienvenida a Afrodita.

—Ay, tranquila, yo se la lleno. ¿Qué era lo que ocupaba?

Aquí volví yo a mi tarjeta, y ya harta de la pérdida de tiempo, me levanté y me paré detrás de la rubia, haciendo fila en un cuarto vacío con 30 asientos.

La tarjeta terminada, y la trigueña a punto de irse a buscar lo que putas fuera que la otra quería, la voz volvió con la discordancia que había perdido al dictar sus datos:

—¡Usted si que tiene bonita letra! Me da vergüenza, pero le quiero pedir un gran favor...

—Adelante, si para eso estamos.

—Le va a sonar raro, pero es que le compré una tarjeta a mi novio, lo voy a invitar a una velada especial, usted sabe... Pero, diay, no le puedo escribir con esta mano.

Aquí la sonrisa de servicio al cliente satisfactorio.

—Dígame qué le pongo, tranquila. Pero le va a parecer raro a su novio, que se lo escriba con una mano «extraña»...

—Si viera que a él hasta le gustan las manos extrañas.

Aquí me tuve que sonreír yo, pero por supuesto que ninguna de las dos me estaba poniendo atención.

La rubia le entregó un sobre plateado de Hallmark.

—»A las siete, ni te imaginás la recompensa que te espera«.

La trigueña se rió ahora abiertamente.

—¿Se ha portado bien, entonces?

—¡No tiene ni idea!

La trigueña volvió a poner la tarjeta en el sobre, y se lo devolvió.

—Usted es un ángel... pero vea si soy tonta, dejé mi libreta de tomar notas en el carro. Mejor déme la tarjeta, y bajo corriendo y vuelvo y se la doy, para no dejar aquí el libro solo.

En mi opinión, la mirada que se dieron al despedirse fue más de amantes que de comadres en eso de la belleza. Pero tal vez eso fue más mi envidia. Por supuesto que a mí no me trató de la misma manera.

Al día siguiente, de pura casualidad, porque yo no veo noticias, me entero del asesinato-suicidio del diputado. Asesinado por la novia, en el «nidito de amor». Y la novia, que dicen en la tele tenía años de ver a un psiquiatra, había sido finalista de Miss Costa Rica y otras cosas. Receta perfecta para la Teja y La Extra. Pero hasta La Nación sacó una foto de ella. Y aunque al principio no la reconocí, porque nadie se pone tanto maquillaje para trabajar en la biblioteca pública, pronto su sonrisa desdeñosa de modelo me la trajo a la mente.

Ese mismo día que yo la vi en la librería, doce horas más tarde, esta muchacha mataba a su querido y se pegaba un tiro después. ¡Lo que es la vida!

O al menos eso pensé durante dos días. Hasta que, en transmisión directa de la misa, sentada en la primera banca, con un Louis Vuitton negro esta vez, los ojos hinchados por el llanto, y ahora ningún yeso, reconocí también a la viuda del diputado.

Lo que sentí al respecto fue más un «¡no lo puedo creer, tan tontita que se veía!» que un «¡alguien tiene que hacer justicia!».

Podía imaginarme sus largas veladas analizando a la querida, buscando una manera. Sólo pude suponer que tenía todas las bases más que cubiertas. La pistola le pertenecía a la bibliotecaria, y su tarjeta había atraído al diputado al nidito en una noche no pactada. Lo que pasó ahí, sólo ella lo sabría. ¿Habría manera de penetrar esta farsa? Se me ocurrió una, que, en mi opinión, era la única variable fuera de su control: el personal de la biblioteca. Una mujer así no pasa desapercibida. Y pues sí, el Marlowe en mí se decidió a hacer un intento, y si fructificaba, iría al OIJ.

El guarda tenía que recordarla. ¡Hasta a mí me seguía con los ojos aguados! Así que me le planté, anteojos oscuros y sombrero de fieltro aunque estuviera nublado.

—Señor, ¿usted se acuerda de una muchacha alta y rubia que vino aquí el lunes pasado? Yo me encontré una billetera de ella.

Lo que brilló en sus ojos no fue reconocimiento.

—Diay, si me la da yo se la guardo, por si viene.

No, en ese caso mejor yo trataba de buscarla de otra manera.

Y la cámara de seguridad estaba dañada desde hace un mes, me contó una amable señora de la limpieza. Pero ya ya la iban a arreglar, decían.

Aun si yo hubiera podido probar que la rubia había venido ese día, ¿qué? Es una biblioteca pública, después de todo. Y yo había sido la única testigo de algo que fue parte de algo... y que tal vez había sido bien merecido. Pero, lo más importante, yo con esto en realidad no tenía nada que ver. No soy dueña de la verdad, como cierto diputado.

Decidí ir a tomarme un café por ahí cerca. En todo caso, de las dos, me caía peor la bibliotecaria.



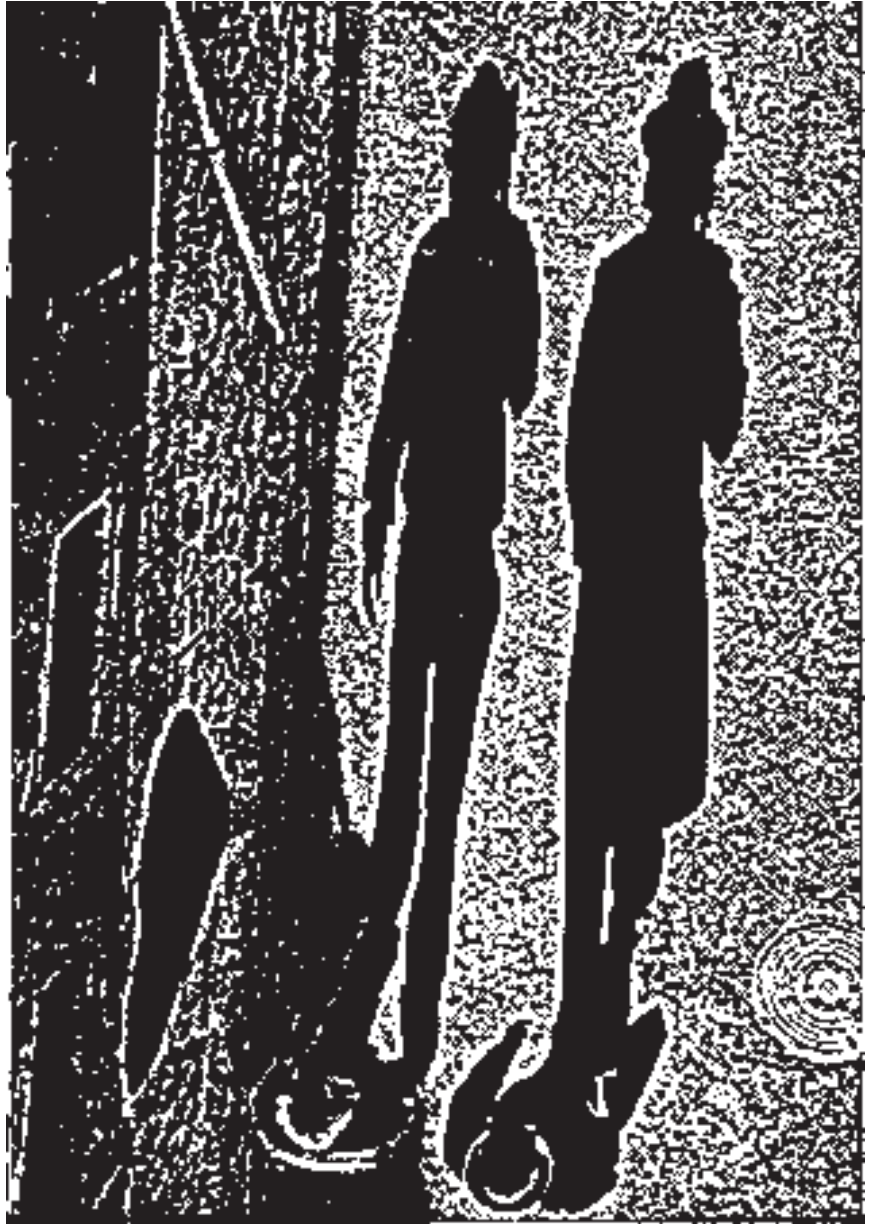


**Las malas cosas que hace la gente buena**

## **Alicia Carolina Ugas Pazos**

Escritora venezolana (Caracas, 1970). Es asistente de Redacción en la *Revista Nacional de Cultura*. Formada como asistente editorial en el Centro Nacional del Libro (Cenal). Relatos y reseñas literarias suyas han aparecido en la Revista Nacional de Cultura y en la revista *Imagen*.

***Te cuento, Tancredo, a mí se me dan muy bien tres cosas: la investigación policial, la cocina y la judaica, en lo demás no soy gran cosa, pero así somos los seres humanos, no, un poquito de canela en rama y otro poquito de guayabita.***



Sobre fotografía original de Gabriel Rif

## Las malas cosas que hace la gente buena

*Alicia Carolina Ugas Pazos*

«En ese caso entrar en Moria sería meterse en una trampa, apenas mejor que ir a golpear las puertas de la Torre Oscura. El nombre de Moria es tétrico».

J. R. R. Tolkien. *El Señor de los Anillos*.  
Libro I. *La Comunidad del Anillo*

Después de tocar el timbre y esperar a que me abriera la puerta, el tipo, muy envuelto en una especie de bata de casa y unos bóxers negros con ribete gris, se dignó a abrirme y hacerme pasar. Un especiado aroma de algo al horno, exquisitamente sabroso, me hizo olvidar repentinamente que lo estuve esperando casi cinco minutos.

—¿Gustas pasar? —me preguntó con desenfado aquel hijo bastardo de Amy Winehouse y un rabino hassidim.

Sabía, desde el principio, que asociarnos para este caso particular no pintaba bien, pero qué culpa tengo yo si mis superiores del CICPC me mandaron a trabajar con él.

—Disculpa que no te había abierto antes, pero estaba sacando algo del puchero. ¿Qué quieres de beber? Es muy temprano para caña. ¿Café, té, manzanilla?

—Ebenezer, no es que es.

—Sí, Ebenezer Templesmann. Yo mismo soy.

—Ya veo... bueno, un cafecito no estará mal.

—¿Papelón o miel?

—Papelón, por favor. La miel me baja la tensión.

Me traje un tazón con aquel café succulento y semidulce. Este tipo con todo y su pinta de rabino trasnochado, hace un café buenísimo. Y lo del horno, ¿será obra suya?

—Gracias. Oye, qué bien huele. ¿Tu señora cocina?

—No, no tengo señora, pero yo sí cocino.

—Eso huele bien. ¿Qué es, si me disculpas lo metomentodo?

—Es pavita en salsa de castañas. Sobre la mesa se están enfriando unas albóndigas *kosher* en salsa de hierbas. No sé qué olor te dio primero.

—Así es la cosa. Yo que creí que sólo eras policía de homicidios.

—Te cuento, Tancredo, a mí se me dan muy bien tres cosas: la investigación policial, la cocina y la judaica, en lo demás no soy gran cosa, pero así somos los seres humanos, no, un poquito de canela en rama y otro poquito de guayabita.

(Tengo que reconocer que muy al principio de nuestra labor conjunta, no entendía mucho sus símiles con la comida, pero al paso del tiempo me acostumbré y ahora hasta recuerdo con nostalgia lo de su «Psicorrepostería»).

—¿Vienes por lo que tengo del caso de Amschel Bimblich? No voy a disfrazarte la verdad. Es poco lo que vamos a sacarles a mis correligionarios. Si alguien vio, o no vio, quién mató a Amschel, no nos lo va a decir de buenas a primeras. Acá, en el gueto, la gente esconde cosas. Debemos prepararnos para una tenaz resistencia a la verdad. Te advierto para que estés preparado.

—Creí que por ser tú...

—¡Error! El hecho de que pertenezco a esta comunidad no quiere decir que me lo van a contar todo a mí por estos lindos *peyes* que me cuelgan frente a las orejas. No creas eso, porque no es así. Aquí la gente prefiere morir callada a insinuar alguna cosa que pueda comprometer a sus vecinos o familiares. Incluso si se trata de un asesinato, como es el caso que nos ocupa. Entre nosotros, los judíos de esta aljama, existen varias leyendas urbanas que aturden los sueños de muchas parejas jóvenes, y de otras ya no tanto.

—Caramba, entonces estamos...

—Como al principio, sólo que un poquito más informados. Te resumo lo poco que tengo y que he ido sacándoles a unos y a otros usando toda mi paciencia, que no mi pericia:

1) Nataniel estuvo brevemente casado con Jael, la hija de Ruth y Jecheskel. Lo cierto es que el viejo patriarca de los Bimblich, David Bimblich, obligó a Nataniel, el primogénito de sus nietos, a casarse con aquella muchacha. Baruch, el padre de Nataniel, no quiso casar al hijo con aquella costurerita sin conocer la razón paterna. Lo que el padre contó al hijo sólo entre ellos quedó, pero lo que se dijo a puertas cerradas era tan grave que Baruch enfermó y murió sin comentarlo ni con su mujer, ni mucho menos con el rabino. Y eso que el rabino Pinchas y él eran amigos desde sus tiempos en la *Yeshiva*. Te confieso, Tancredo, que esta última parte de la información se la sonsaqué a mi papá. Él, el viejo Pinchas y el difunto Baruch fueron amigos en la escuela talmúdica y hasta participaron juntos en el mismo batallón en el sesenta y siete.

—¿En el sesenta y siete? ¿Y por qué esa fecha?

—La guerra de los seis días, amigo.

—¡Ah!

—Sigo:

2) Jael y Nataniel celebraron la boda un miércoles porque, de acuerdo con la Cábala, el miércoles es el día más propicio para casarnos los judíos (mentira, es el día más propicio para elaborar un contrato, y una *ketubá* qué es sino un contrato más).

Nataniel fue muy infeliz con aquella joven, y eso que ella se desvivía por atenderlo; pese al mal matrimonio, Jael Bloom intentó ser una buena compañera, y un día hasta una buena madre porque concibió un hijo de Nataniel. Amschel se volvió desde entonces para Jael algo más que esa necia obligación de tener hijos para nuestro pueblo. Él era como una especie de venganza sobre los Bimblich. Te cuento esto, primero para que sepas dónde te estás metiendo, y segundo para que te cuestiones a ver si de verdad quieres seguir investigando el crimen en el gueto. ¿Continúo? Por la expresión de tu cara, veo que sí.

3) Pasados tres años, Nataniel pidió el divorcio, y el rabinato no se lo negó, a pesar de las protestas de la esposa repudiada. Como te imaginas, Jael se dedicó a criar a Amschel, pero lo que pocos sabían era lo de su inestabilidad emocional. Nadie quiere escuchar de una mujer abandonada que pierde el juicio por culpa de un mal amor; tal parece que el dolor no es patrimonio hegemónico de los gentiles. También nuestras mujeres pueden sufrir, y mucho. Eso sucedió con Jael. Nataniel cumplió cabalmente con su hijo, llevándose los fines de semana y sus cumpleaños, y algunos Sabbath incluso los pasaba con la nueva familia de su padre...

—¿Y qué pasó?

—Pasó el punto número cuatro: Lía salió embarazada, ambos se lo contaron al niño, contentos por darle un hermanito, y el entonces pequeño, inocente, se lo comentó a su madre. Ese mismo día, ella se cortó las venas hasta morir desangrada. Como podrás imaginártelo, Amschel odió desde entonces, y para siempre, a la familia de su padre, pero no con ese odio chiquito de la gente pequeña, sino con el odio grande de la gente de gran estatura. Y cuando Herschel, de hermano menor de Amschel pasó a ser su rival en amores, pues... ya ves los resultados, alguien mató a Amschel, y aunque todos tenemos teorías de quién pudo haberlo hecho, no estamos seguros de quién lo hizo.

—Ebenezer, esto es...

—Demencial, sí, pero qué te digo. Así son las cosas en este crimen: o puré de papas con vegetales al vapor, o arroz a la jardinera y plátano al horno. No hay otra cosa como guarnición.

(Allí andaba otra vez el judío este haciendo analogías con la comida).

—Yo también traje algo.

—Cuenta, hombre, saca tus apuntes. Te oigo.

—Hice un esbozo de la víctima y los sospechosos:

**Víctima:** Amschel Bimblich Bloom. Treinta años. Soltero. De profesión economista. En vida se destacó como jefe de inversiones de la aseguradora de riesgo Banhemann y del Chase Manhattan Bank de Panamá a su regreso de Israel, donde cumplió el servicio militar durante dos años. En Panamá dejó amigos y buenas referencias comerciales antes de volver a Caracas. Regresó a Venezuela con el fin de casarse con su prometida, Micol Bloomfield Glassberg.

**Sospechosa N° 1:** Micol Bloomfield Glassberg. Veinticinco años. Soltera. Trabaja como profesora de orfebrería en los talleres que abre el Museo de Arte Contemporáneo. Estuvo prometida en matrimonio con el occiso, pero rompió el compromiso con él para enredarse con Herschel, el medio hermano del difunto. La ruptura fue difícil y conflictiva. Motivo probable: deshacerse del ex novio.

**Sospechoso N° 2:** Herschel Bimblich Cranenbach. Veinticinco años. Soltero. De profesión administrador. Lleva los negocios de la familia, debido a que Amschel, el hermano mayor, tenía sus propios negocios y nunca se mostró inte-

resado en los asuntos Bimblich. Gente que conoció bien a ambos hermanos admite que Herschel nunca fue tan exitoso como su hermano y que había cierta rivalidad entre ambos, primero a nivel profesional, y luego personal, cuando Micol se transformó de novia en manzana de la discordia. Motivo probable: celos y envidia.

**Sospechoso N° 3:** Nataniel Bimblich Brad. Cincuenta y cinco años. Casado. De profesión abogado. Nunca ha ejercido su carrera por dedicarse a los negocios de la familia. Se casó obligado con la primera esposa de quien se divorció, y ha sido muy feliz con la segunda. La relación con el hijo mayor, el difunto, siempre fue difícil, tensa la mayor parte del tiempo. Tal vez porque el hijo siempre lo acusó de la muerte de su progenitora; tal vez porque él se sentía culpable, pero tener diferencias con un hijo no quiere decir que uno quiera matarlo. Aunque se han dado casos.

**Sospechosa N°4:** Lía Cranenbach de Bimblich. Cincuenta y dos años. Casada. Fotógrafa profesional. Actualmente preside el Consejo Nacional de Fotografía. Se le considera una de las mejores en su campo. Ha estado en guerras, golpes de Estado, cambios de gabinetes ministeriales, y otras fragosidades. Fue madrastra antes que mamá, lo cual la hizo muy susceptible a los cambios de humor en niños y similares. Tal vez un rencor oculto contra el hijastro la llevó a matarlo. Desde *Blanca Nieves* para acá, uno siempre sospecha de las madrastras como posibles autoras de un crimen.

**Sospechosa N° 5:** Deborah Glassberg, viuda de Bloomfield. Cincuenta años. Es la madre de Micol. No tengo datos laborales sobre ella. Se sabe que deseaba ver a su hija casada con el mayor de los hermanos Bimblich. Se opuso ferozmente a que la hija rompiera su compromiso con Amschel, pero no pudo impedir la ruptura. No piensa darles su bendición a la futura pareja Micol-Herschel, y Lía, una madre devota y fanática, la detesta por oponerse a la felicidad de su vástago. Aparentemente le era adicta al difunto, quizás demasiado, y no sabemos si en el fondo Amschel le gustaba para ella y no para su hija. Pudo haberlo matado por celos, o bien por despecho.

**Sospechoso N° 6:** Es el último de mis sospechosos. Hillel Levin Brunstein. Treinta y un años. Soltero. También economista. Amigo y confidente del difunto. Fueron compañeros de armas en Israel. Según rumores en la sinagoga, Hillel le debe la vida a Amschel. Pienso que si uno le debe la vida a alguien no lo mataría, pero nunca se sabe qué oscuros abismos abaten las pasiones de los hombres.

—Tancredo, te felicito. No sabía que habías progresado tanto.

—Uno también tiene sus métodos, no creas.

—Pienso que debemos visitar, primero, a este último. No deja de ser interesante eso de ser amigo y sospechoso a la vez. Pero antes comemos; con la barriga vacía no pienso.

—Tampoco yo, Ebenezer.

Y me sirvió ingentes bolas de carne con salsa, la pavita que sacó del horno, y un puré de arroz envuelto en acelgas que no he vuelto a probar en mi vida. El rabino con toda su parsimonia se bañó, se vistió, y al final se puso en la cabeza el gorrito chiquitito, ese que sólo tapa la coronilla.

—¿Qué me miras? ¿Estoy tan buenmozo así que levanto hasta tipos? ¡Susto! Debe ser el perfumito que me trajo mi mamá de la Casa Dior de París, como anda en esas de buscarme novia para uncirme al yugo, pues...

—No, no, es el gorrito que te alfilereaste en el coco.

—¿El yarmulke? Es que uno se cubre la cabeza para no andar descubierto frente al Padre Eterno.

—¿Y sus mujeres no se cubren?

—También, pero en el caso de ellas, su pelo es su velo. Vamos a las Residencias Parque Terepaima, frente a ese edificio viven mi contadora y su esposo, quien, por cierto, fue mi endocrino de más chamo. Allí, en el penthouse, vive Hillel.

—¿Endocrino? ¿Eras gordito?

—No, pero era chiquito y mis papás estaban preocupados con mi baja estatura. No sé por qué; ellos no son ningunos gigantes. El doctor Eduardo me puso un tratamiento para que la hormona de crecimiento terminara de funcionar. Y funcionó, pasé de enanito a mediano, como un personaje de Tolkien.

—¿Y tu contadora está buena?

—Sí, vale, Maigualida está bien buenas tardes, lo que pasa es que como es la esposa del que fue mi médico, pues yo respeto, tú sabes.

Nos fuimos hasta aquel sitio para encontrarnos con otro de esos especímenes de barba y bigotes, y el pelo alborotado como rastafari. Era más alto y más corpulento que mi compañero Ebenezer. Los ojos verdes nos miraron con una tristeza infinita.

Mostramos las placas para que no hubiera duda de ser esa una visita oficial.

—Hola, Hillel. Te presento a mi colega, el detective Tancredo da Ascençao. Estamos al frente de la investigación por la muerte de Amschel. Por ser judío, y vivir aquí, en San Bernardino, mis superiores esperan que encuentre pronto al autor del crimen. Creo que tú puedes ayudarnos.

—¿En qué puedo servirte, Ebenezer?

—En mucho, tú eras amigo de Amschel, ¿no es verdad?

—Sí, Amschel era casi familia para mí. Le debo mi vida.

Vi que era mi momento de intervenir:

—¿Cómo fue eso de que te salvó la vida?

—Fue en Jerusalén, en el dos mil dos, mientras hacíamos el Servicio Militar. Un francotirador nos disparó desde la azotea de una casa árabe en Jerusalén Oriental, si no es porque Amschel me sacó de la mira del tirador, empujándome hacia un lado, no estaría aquí, hablando con ustedes. La bala iba directo a mi cabeza.

Ebenezer, con un ojo tan entrenado como el mío, miró en torno a la sala y vio que la cocina hacía tiempo no era usada.

—¿Todavía estás de luto, Hillel?

—Sí... yo.

Y no me dijo más, ni yo supe de qué hablaron porque de inmediato empezaron a hablar entre ellos en yiddish. Por suerte, Ebenezer luego me tradujo, cuando ya nos habíamos marchado de aquel apartamento:

*—La ley de Moisés dice que familiares y amigos guardarán luto, por quien haya muerto a espada, durante ocho días. Y Amschel ya lleva de fallecido casi un mes. Sólo a una viuda o al hijo primogénito se le permite un duelo tan prolongado.*

El otro joven bajó la cabeza antes de responderle:

*—Es que en mi corazón así me siento, como su viuda.*

*—Explícame eso. ¿Ustedes tenían algo?*

*—No, no, él no era como... yo. Además era de las pocas personas que me*

*aceptaban tal como soy. Ni siquiera mi familia. Cuando ellos descubrieron mis preferencias, me arrojaron a la calle como si fuera basura. Amschel salvó mi vida en Israel. Me llevó a trabajar con él a Panamá, y cuando regresó a Venezuela me trajo consigo, de vuelta a la vida que había dejado aquí. Nunca se sintió incómodo con mi homosexualidad, y a pesar de que una vez, bajo los efectos del dieciocho años, le confesé lo que sentía por él, nunca se ofendió por mis sentimientos, ni me alejó de sus afectos. Dices que me estoy comportando como su viuda, es verdad, me siento como si lo fuera. Y hago votos por que si llegas a encontrar al que le haya hecho esto, lo voy a matar con mis propias manos, sea hombre, mujer o algún miembro de su familia. Eso dalo por descontado.*

—*Si lo haces, tendré que meterte yo en la cárcel. ¿Estamos, Hillel?*

—*Estamos. Por Amschel, lo que sea.*

Se miraron ya sin cordialidad, y mi colega le recordó:

—*No salgas de la ciudad. Te estaré llamando por si necesito interrogarte de nuevo. Shalom.*

—*Shalom.*

En el carro le insistí:

—*No me acapares los testigos, compañero. ¿Qué te dijo el amigo íntimo?*

—*Un par de cositas bien interesantes.*

Me contó todo lo que le dijo aquel hombrón.

—*Oye, ¿y con ese tamaño es gay?*

—*Pues sí. Yo respeto, no, pero aquí en la comunidad hay tanto ultraortodoxo medio locadio que no me extrañaría saber de algunos haciéndole la vida imposible. Menos mal que muchos se han mudado a Altamira y La Castellana, que si no... ahorita estaríamos investigando quizás su propia muerte.*

—*Y eso lo coloca a él en una posición desfavorable en el cuadro de sospechosos. Ahora sabemos que tenía un motivo para matar a Amschel: un amor frustrado.*

—*Además de ponerse, y ponernos, en un contexto que no habíamos considerado.*

—*¿Cuál?*

—La verdadera situación del fallecido en el seno de una familia conservadora, como la mía o la de Amschel, donde hay el antecedente de un suicidio.

—No entiendo qué quieres decir con eso.

—Que la incomodidad no era sólo percibida por el muerto. Tampoco su familia se sentía cómoda con él, el hijo de una suicida viviendo bajo su techo, en su propia casa. Eso es grave entre nosotros. Bastante.

—¿Y?

—Pasa que entiendo por qué Amschel hizo tanta amistad con Hillel, a pesar de saber las costumbres de su amigo. Se apoyaban y comprendían mutuamente. Se aceptaban cuando nadie más los aceptaba. Ven, vamos a buscar a las chicas de tu cuadro-resumen; quiero escuchar primero lo que ellas tienen que decir.

—¿Dónde crees que estén?

—¿Dónde más? En el Centro Cultural Hebreo. Pronto será la fiesta del Sucot, y todas las mujeres se están abocando a la hechura de las techumbres para cada casa. Noemí, la esposa del rabino Yair, está coordinando la fiesta.

Al rato me vi subiendo por una de esas calles en forma de estrella de David, que tanto desquician a conductores propios y ajenos de la avenida Vollmer y de más allá. El Centro Cultural rebosaba de vida, mujeres con sus niños, o sin ellos, de un lado para el otro. Micol y Deborah, su madre, nos miraron desde lejos. Luego de un frío saludo le dijeron al «Rabicop»:

—¿Tú por aquí?

—Anjá, necesito hablar con ambas.

—Pregunta lo que quieras —insistió la más joven—, no tenemos nada que ocultar.

—De ser posible, por separado. Puedes acompañarme a la biblioteca, Micol, y tu madre quedarse aquí, conversando con mi compañero.

A ninguna le gustó la propuesta, pero no podían negarse. Me quedé muy aplastado en el sofá de aquel pasillo, mientras le preguntaba a la mujer las dos cosas que quería saber: si tenía una coartada, y si ella sabía quién lo había hecho. A la primera pregunta me contestó que el día de la muerte de Amschel estaba en el Goethe Institute viendo una película del Ciclo de Cine Judío. A la segunda me contestó que no, y que lamentaba mucho la muerte de aquel hombre:

—Fue una gran pérdida para todos nosotros. Todavía no entiendo cómo mi hija pudo haber roto su compromiso matrimonial con él. Tan buen partido, tan excelentes cualidades, tan...

—Tan rico, con tanta plata en la cartera... ¿Es lo que iba usted a decir, no?

La matrona me lanzó una mirada envenenada, y se levantó para irse por el pasillo, caminando hasta un salón que se habilitó para uno de los tantos comités de faena.

Ebenezer no la tuvo mejor que yo:

—¿Qué te dijo la «junior»? , porque la «senior», de haber tenido una tijera podadora, viene y me emascula sin miramientos.

—Nada nuevo. Que ella estaba en el festival de cine judío con su mamá, que le tenía cariño al difunto, pero no amor, que si ella es buena y el mundo es malo, etc.

—Vamos con la otra doñita.

—La vi. Está en la cancha de squash.

Cuando nos llegamos hasta allí, la madrastra conversaba con otra dama. La despidió para poder atendernos.

—Imagino que quieren hablar conmigo sobre la muerte de mi hijo.

—Su hijastro, señora.

—Insisto, mi hijo. Llevaba veinticinco años viviendo en mi casa. Tengo derecho a llamarlo hijo, aun cuando él siempre me trató como a una extraña. Lo más doloroso fue cuando se mudó porque pensó que su padre y yo nos poníamos de parte de Herschel y de Micol, y no de su parte. Es duro tener que escuchar cómo un hijo nos dice tantas cosas horribles, que salieron de su corazón, sí, pero también de un odio desmedido por quienes no quisieron otra cosa más que su bien. No me diga que no es mi hijo, si cuando lo encontraron muerto creí que me volvería loca.

(Y, por extraño que parezca, Ebenezer y yo vimos cuando sus ojos se llenaban de lágrimas).

Le preguntamos un par de tonterías para dejarla más sosegada y luego nos fuimos de allí. Apuntamos los cañones hacia El Rey David, porque el viejo Nataniel era cliente fijo para los bombones y mermeladas naturales. Y, ¡bingo!,

su vástago sobreviviente lo acompañaba en aquellos dulces vicios.

—¡Mira, Tancredo!, la mermelada de melocotones orgánicos que ando persiguiendo desde hace un mes. Aunque aquí esta carísima. Yo no he cobrado los cestatickets todavía. ¿Y tú? ¿Ya te los dieron?

La forma de entrar junto a ellos en escena perturbó a ambos hijos del sabio rey Salomón. Nos miraron con unas caras largas de incordio mal contenido. Sin preámbulos, el más viejo preguntó:

—¿Vienes a interrogarnos? ¿Me crees culpable? ¿Tú de verdad piensas que pude haber matado a mi hijo? ¿Es que no son Isaac y Rebeca, tus padres, mis amigos de toda la vida?

—Nataniel, eres abogado, deberías saber que yo sospecho de todo el mundo hasta que sepa que alguno de verdad es inocente. Por mí, todos ustedes, como sospechosos, y de paso coherederos del difunto, estarían presos ahorita, pero bueno, como existe eso que se llama ley... tú me dirás. Será por esa razón que la pobrecita Temis tiene una pintica de chamita violada que no me la aguanto: cieguita y con una tética afuera... pobrecita.

Confieso que casi me reí, pero solo casi.

—Papá, ¿quieres que llame al doctor Curiel, el abogado de la familia?

—Deja la pendejada, Herschel. Tú no eres Ben Stiller, ni tu papá Woody Allen, y por ser famosos los ando persiguiendo para pedirles autógrafos. Esto es Caracas, loco, no es Nueva York. ¡Ubícate!

Vi que las bromas de mi amigo se estaban pasando de castaño oscuro, así que intervine:

—Queremos saber dónde estaban el día que se encontró el cadáver de Amschel. Eso es todo.

—Yo estaba en una cena en el Hotel Marriot, con mis inversores de Curazao.

—Y yo lo acompañaba. Fuimos los primeros sorprendidos cuando mamá nos avisó.

—Bien. No salgan de Caracas, ni del país, por si necesito contactarlos nuevamente.

Salimos de allí y terminamos tomándonos unas cervezas bien frías en La Candelaria. Ebenezer viene y me suelta:

—Esos dos son *pie de limón*. Dulcitos y merengosos por arriba, pero abajo ácidos, bien ácidos. Si son las mujeres, la esposa de Nataniel es *marquesa de chocolate*, pero la chica y su madre son *mousse de parchita*.

—¿Qué? ¿De qué hablas?

—Una teoría personal que llamo «Psicorrepostería»; de acuerdo con ella, los biotipos criminales vienen sólo en cinco formas posibles:

- **Marquesa de chocolate:** Los que dan aspecto de sufrimiento y son los más fríos de todos. Calculadores, arteros. No me fío de ellos.
- **Pie de limón:** Se creen mucho y la gran cosa, pero aunque se la dan de mucho no llegan a nada. Esos son los resentidos.
- **Mousse de parchita:** Intolerantes, quieren hacerte creer que tú eres el patán, cuando ellos son los verdaderamente maleducados. Rateros, estafadores, en fin, los de crímenes menores.
- **Ganache de chocolate blanco:** Juras que son inocentes. Todo sencillez y candor, cuando han explotado mujeres y vendido drogas a niños por la medida pequeña.
- **Tres leches:** Esos son los verdaderamente peligrosos. No sabes cuándo van a atacar ni cómo lo van a hacer, pero son los amos del juego, desde antes, incluso, de haber empezado la partida. Por eso son tres leches, una para cada muerte: Accidente, asesinato, suicidio o muerte natural. Obvio que el merengue, es la muerte natural.

—¡Vértigo! Ahora sí que me sorprendes, compa.

Tratamos de organizar nuestras ideas y aclarar nuestras dudas. Cada teoría parecía llevarnos de un sospechoso a otro. A la media noche le dije:

—Tú estás relativamente cerca, rabino, pero yo voy lejos.

—¿Dónde es que vives tú?

—En El Hatillo, de donde es mi familia. Bueno, ellos son de Madeira, pero yo nací aquí, y tengo que rodar muchos cauchos todavía. ¿Te llevo?

—Chévere, gracias.

Salimos de allí y todavía me persigue en sueños ese disparo de M16 que le voló la cabeza, tres balas de una sola carga y a una distancia de quinientos me-

tros. Mirilla telescópica; visión infrarroja. Aún no he dado con el asesino de Amschel, ni tampoco con el de mi compañero Ebenezer. Pero voy a encontrarlo. Estoy seguro de que fue la misma persona, y hasta disparó con el mismo fusil de asalto, porque ya me lo confirmó balística. Fue él. Fue...

—¡Otro disparo!

—¿Hay bajas?

—Sí, vale, cayó Tancredo, el hijo del portugués... sólo quedó la grabación.

## Glosario

- **Peyes:** Pelo que cuelga de las «patillas» de muchos varones judíos. Su uso se popularizó en tiempos de Antioco V, porque los griegos se afeitaban esa parte, no así los judíos.
- **Hassidim o Jasidim:** «Piadosos». El término corresponde a aquellos judíos dedicados a la enseñanza del alefato y los principios básicos de su fe en las escuelas que nosotros llamaríamos preescolares.
- **Ketubá:** Contrato matrimonial. La mayoría de los matrimonios judíos la cuelgan en la cabecera de la cama.
- **Kosher:** Comida aprobada por un rabino especialista en la ley sobre alimentos: no mezclar productos cárnicos con lácteos, no comer cerdo ni animal que no tenga pezuña partida, ni conejo, ni pescado sin escamas, ni mariscos, entre otros usos.
- **Yiddish:** *Lingua franca* de los judíos en Europa Central (los Azkhenazi). Es una lengua germana que se escribe en alefato o alfabeto judío, posee palabras tomadas del polaco, el checo, el serbio, el ruso, el italiano, el inglés y hasta el español.
- **Shalom:** Literalmente significa «paz» y es una fórmula de saludo.
- **Sucot:** Proviene de la palabra «suca», que significa «cabaña»; con la Fiesta de las Cabañas, el pueblo judío, celebra y recuerda haber vivido cuarenta años en el desierto en cabañas, luego de su salida de Egipto.
- **Yeshiva:** Escuela talmúdica. Los asistentes son hombres solteros que ya conocen bien la Torah, el Talmud y la Cábala. Los hombres casados sólo asisten a ella para dar clases, y excepcionalmente se permite el ingreso de hombres mayores de cuarenta años, solteros, si han demostrado una conducta piadosa.



## El día que matamos a la directora

# Gabriela Urrutibehety

Docente y periodista argentina (1961). Reside en Dolores, Buenos Aires. Ha publicado la novela *Caras extrañas* (2001), y cuentos suyos han aparecido en algunas antologías.

***Cuando estábamos por saltar por la ventana del baño para el lado de la calle me di cuenta de que me estaba llevando la tijera en el bolsillo del pantalón y me acordé de que no podíamos quedarnos con las evidencias y me volví rápido veloz y por las dudas se la metí bien adentro en el pecho a la directora que ni se movía de muerta que estaba.***



Sobre fotografía original de Image Source - Corbis

## El día que matamos a la directora

*Gabriela Urrutibehety*

El día que matamos a la directora llovía y a mí me dio cosa haberme embarrado tanto porque mi vieja iba a estar todo el día con eso de que está podrida de lavar y que no cuidamos nada y que no sabemos qué valor tienen las cosas, que es la cancioncita con la que hincha todos los días, porque al final todos los días llevo embarrado de la escuela o de la cancha o de la casa de mis amigos que son Santi y el Colorado, principalmente, aunque tengo un montón más.

Me acuerdo también que no hacía nada de frío aunque estábamos en julio pero ella igual se había puesto un abrigo pesado que nos costó un trabajo bárbaro atravesar, porque era como duro y brillante, esos abrigos que usan las maestras en las fiestas de la escuela como la de la independencia que había sido un rato antes y había estado buenísima porque Jessica se había puesto una pollera corta aprovechando que no estaba tan frío como siempre para la fiesta de la independencia y el Colorado le hacía señas de que le mostrara la que te dije y ella se hizo la difícil pero al final, antes de que se fueran las banderas, se la mostró, nada más que un flash, así de rapidísimo pero se la mostró. Y hasta se metió el dedo y se corrió la bombacha, me parece.

Lo que mejor estuvo, aparte de eso que acabo de contar, es que las maestras repartieron unas canastas celestes y blancas, como una escarapela pero más honda, en las que había caramelos y otras pavadas de esas y que se cerraban con un cordón dorado como los rayos del sol de la bandera que si tirabas de a poco se iba desprendiendo y que después resultó más largo de lo que pensaba porque tenía como doscientos centímetros o más y era fuerte y resistente como la tela del hombre araña.

Con eso la ahorcamos aunque el Santi dice que en realidad la degollamos pero yo no estoy muy seguro de que sea eso porque en una película que yo vi por la tele al degollado le quedaba la cabeza colgando y a ésta sólo se le hizo un tajo finito finito en la parte del costado del cuello, como los subrayados de título con

rojo que hace Bernárdez con una lapicera que dice que se la trajo de Estados Unidos un hermano que es ingeniero allá y habla todo el tiempo en inglés aunque nació acá a la vuelta como dice mi viejo y yo le creo más a mi viejo que a Bernárdez, aunque no me vaya a comprar una lapicera como la que tiene él jamás en la vida. O en la laif, como dice Bernárdez cuando habla en inglés.

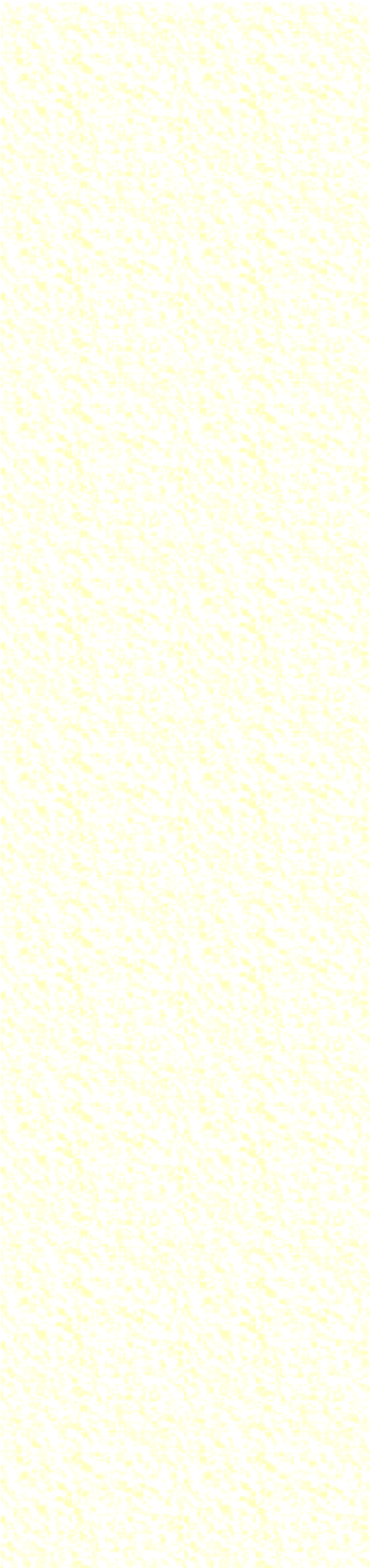
Lo que le clavó Santi al lado de la marca roja de subrayado fue una lapicera azul, no roja, que la directora tenía en el escritorio y era más bien rara, metálica y pesadísima, como si fuera un adorno y no una lapicera nomás de escribir común y corriente, de las negras o azules que todos tenemos para usar en el aula, aunque después ésta se puso toda roja porque le saltaban unos chorros tan largos que a mí me pareció que le habíamos encontrado la yugular que te muerden los vampiros que el Colorado dice que no existen pero a mí me parece que sí aunque no se lo puedo decir porque se lo bocinea a todo el mundo y después viene el Gordo Peralta y te dice maricón y te agarra para que le veas la pija toda peluda que tiene él porque repitió quinto y hasta dicen que a uno se la hizo meter en la boca en el baño del gimnasio.

Ahí fue donde escondimos el guardapolvo de Santi que fue al que le pegó el chorro de sangre más fuerte y se lo dejó todo encastrado y a mí ni una gotita porque estaba del otro lado y en el preciso momento pegué un salto hacia atrás y solté la cabeza que se fue a dar con todo contra la punta de una mesa que hasta a mí me dolió la forma en que sonó con ruido de hueso roto pero eso hizo que no me manchara nada y el Colorado tampoco porque la agarraba de las patas y se ladeó también a tiempo y le dijo sí serás pelotudo Santi te van a reventar en tu casa y fue entonces que se acordó de que las asistentes sociales reparten siempre guardapolvos para los chicos que no pueden comprarlos o los padres dicen que no pueden y vaya uno a saber si después no los andan vendiendo por ahí como los chicos de Ramírez de a la vuelta de casa que mi vieja dice que los mandan a pedir para comprarse vino el viejo y la vieja y los hermanos más grandes.

Con un cuchillo de abrir cartas que había en el escritorio de la directora el Colorado abrió la puerta de la sala de las asistentes sociales, que eso lo había aprendido en la tele y lo venía practicando de toda la vida con todas las puertas de la escuela y así también hizo saltar el candado del armario donde se guardaba la ropa y le buscamos al Santi un guardapolvo de su talle pero el idiota además quería que fuera de la misma marca porque la madre se iba a dar cuenta de que venía con guardapolvo cambiado pero al final lo convencimos y le pusimos uno que le quedaba medio corto pero estaba precioso y con una tijera le cortamos el manchado en tiras recontra finas y lo tiramos a los inodoros del baño del gimnasio como ya dije.

Cuando estábamos por saltar por la ventana del baño para el lado de la calle me di cuenta de que me estaba llevando la tijera en el bolsillo del pantalón y me acordé de que no podíamos quedarnos con las evidencias y me volví rápido veloz y por las dudas se la metí bien adentro en el pecho a la directora que ni se movía de muerta que estaba y después se lo comenté a los otros dos cuando estábamos tomando la leche y me dijeron que estaba bien lo que había hecho y que ahora había que olvidar y no hablar más del asunto y la verdad es que hasta ahora ni me había acordado.

*El extraño caso de los escritos criminales*  
es el libro conmemorativo de los 17 años de  
*Letralia, Tierra de Letras*,  
la revista de los escritores hispanoamericanos en Internet.  
Fue publicado en *Editorial Letralia*,  
espacio de difusión del libro digital,  
el 20 de mayo de 2013.



# El extraño caso de los escritos criminales

**Varios autores**

*[http://www.letrealia.com/ed\\_let/17](http://www.letrealia.com/ed_let/17)*